

—Era una mujer.

—¿Ildaura?

—La misma. Ildaura, que como sabeis, fué su primer amor; Ildaura á quien adora sobre todas las cosas de este mundo; Ildaura...

—¿Pero qué ha sido de ella?

—Se la han robado.

—¿Qué decis? Robada...

—Entre las sombras de la noche; á favor del combate; entre la confusion de un asalto...

—¿Y sospechais?...

—Nada; absolutamente nada, señor. El infante me mandó venir á Oviedo, hacer pesquisas, inquirir y ofrecer por fin al que la descubriera, su fortuna; su vida; todo lo que de él dependa; cuanto posea y pueda ser suyo.

—Pero hasta ahora no comprendo...

—Voy á contaros hasta el fin.

—Os escucho.

—Nada he conseguido saber. Cuantas averiguaciones he practicado han sido de todo punto inútiles. Ayer... ¡qué quereis!... acaso como recurso extremo, tal vez por una preocupacion que á nada conduce, he querido consultar á un hombre, cuya ciencia, por no sé qué artes adquirida, pasa por infalible á los ojos del vulgo. Fuí á la morada del viejo Ismail, un judío recién llegado de Toledo; le vi, le hablé, y me aseguró que solo vos podriais encontrar la solucion de este enigma. En su consecuencia, vine al alcázar á ofrecerlos en nombre de mi señor cuantas satisfacciones os digneis pedir, en cambio...

—De que yo le devuelva á su amada.

—De que como rey persigais y castigueis al causante de tan indigna felonía.

—¿Y en qué funda ese judío su creencia de que solo el soberano puede satisfacer á su enemigo?

—Lo ignoro, señor.

—Yo os lo diré. No es su ciencia la que se la dicta; es su razon recta y clara. Decidme ante todo. ¿Dónde vive ese hombre?

—En la calle de la Estrella; en la última casa de la izquierda.

—Está bien. Partid, y decidle á vuestro señor que el rey Ordoño sacrificará hasta su último soldado y derramará hasta su último puñado de oro por vencer una rebelion tan indigna como traidora. Pero añadidle que como soberano y como caballero, sabrá castigar la ofensa hecha á

una dama; el honor y la justicia se lo aconsejan, y jamás dejará de responder á sentimientos tan grandes y sagrados.

—¡Ah!... gracias, señor, por esas palabras; tal vez el que hoy es vuestro enemigo, se trueque por azares de la suerte en vuestro más leal y valiente defensor.

—Dejemos eso para más tarde;—murmuró el rey al par que sus ojos despedían una chispa de rencor.—Por ahora, concretad vuestro pensamiento á retener lo que acabais de oír.

—¿Puedo volver á Saldaña?

—Cuando gustéis.

—¿Repetiré al del Carpio...

—Palabra por palabra, las que me habeis oído.

—En ese caso, que el cielo os guarde, señor.

—Él os guíe.

El rey quedó solo, aun no vuelto de su asombro, y procurando desleír y aclarar todos los puntos y accidentes de aquella misión extraña.

El paje se dirigió á su casa á buen paso.

Entró en su aposento y se despojó de sus atavíos.

Después, doblando una rodilla y dirigiendo sus ojos al cielo, murmuró: «Dormid en paz, pobre mártir. El odio de un implacable enemigo os arrebató á quien más que á su vida os amaba. Pero yo os juro que sabré vengar vuestra muerte de una manera que haga eterna vuestra memoria. Dormid en paz, que mientras yo respire, el crimen con vos cometido no ha de quedar impune. Érais el único objeto que nos unía á la vida; érais nuestra luz, nuestro porvenir, nuestro cariño. Hoy... ya que no otra cosa, sereis nuestro recuerdo eterno, la sombra que nos impela más á la venganza. Dormid, dormid en paz, mientras el llanto empaña nuestras mejillas, mientras la angustia conmueve nuestro pobre corazón.»

El llanto humedeció sus ojos.

Por largo espacio de tiempo continuó en aquella posición, oculto el rostro entre sus manos.

Oraba por su señora.

Daniel no dudaba que había sido víctima del puñal de un asesino.

CAPÍTULO XIV.

Resolucion tardía.

—Pronto, pronto;—decía D. Vela á sus mejores capitanes despues del último asalto;—rodear el campamento de centinelas, porque es posible que los del castillo quieran seguirnos hasta aquí y completar la derrota. Que los restos del ejército formen con la precision y el orden posibles, y en caso necesario, que peleen hasta que no quede uno solo con vida.

—¿Lo estais viendo? ¡Voto á mi panza! Acabaremos por volver solos á Oviedo.

—Callad, Porcello; no es este el instante de vagas declamaciones. La fortuna nos vuelve la espalda, y contra esto, el único recurso es quedar muerto en el campo de batalla.

—No es la sangre la que aquí se disputa, es...

—¿Qué es?

—La vergüenza de tanta y tanta derrota.

—Vive Dios, conde, que no escaseamos el valor.

—Pero permitid que os diga que en cambio se ha prodigado muy mucho la torpeza.

—Dejemos esto, conde, que semejantes discusiones ni son del caso, ni evitan las contrariedades que nos persiguen.

—Sea como vos decis.

—Pero no por eso,—dijo Witesindo que hasta entonces guardara silencio,—debemos dejar de ocuparnos de lo que en tales circunstancias debemos hacer.

—¡Ira de Dios!... ¿Creeis que estamos en el caso de continuar una campaña con los pocos soldados que nos quedan?

—No es eso lo que yo pretendo, señor conde.

—En ese caso...

—Sobrado sé, por desgracia, que con las fuerzas de que en este instante disponemos, no es prudente ni aun el permanecer en estos sitios.

—Entonces...

—Creo que lo urgente es participar al rey lo que sucede, pues con nuestro silencio pertinaz nos exponemos á hacernos cómplices á sus ojos de una falta cuyas consecuencias, por mi parte, estoy dispuesto á rechazar.

—¡Oh!... decir á D. Ordoño...

—Esa es vuestra obligación, conde. Ni podemos permanecer cerca de Saldaña, ni podemos alejarnos y levantar el cerco sin una orden del rey. Ved pues que en este caso, lo conveniente es aclarar ante todo nuestra situacion embarazosa y arriesgada.

—Pero el rey... el rey... ¡Qué va á creer!...

—¡Por el alma de mi abuela!—exclamó Porcello en el colmo de la exasperacion.—¡Por el alma de mi abuela, que voy calculando que estais loco, conde D. Vela! ¡Qué dirá el rey!... Diga lo que le plazca el bueno de D. Ordoño, y mande otro ejército si quiere que prosigamos la partida. Pero de todas maneras, ya veis, y tiene mucha razon Witesindo, que lo peor de todo es esperar aquí, hechos unos bellacos, á que á los de Saldaña se les antoje salir de su escondite, cogernos como chorlitos, y colgarnos bonitamente en sus torreones. Ni esto puede ser, ni la reserva que guardais con el soberano puede continuar un solo dia.

El conde D. Vela guardaba á su vez silencio.

Las palabras de los dos caballeros pesaban en él de una manera incontestable.

Su despecho, su incertidumbre, su vergüenza, cedian ante la más imperiosa necesidad.

El rey estaria desesperado.

Él habia guardado silencio esperando un favorable resultado, y este se habia hecho tan adverso, que solo le quedaban unos tres mil soldados de su lucido ejército.

De cuanto allí pasaba, él solo era el verdadero responsable.

Su situacion, ya de antemano crítica, se hacia ahora desesperada.

El rey, el reino entero achacarian á su impericia ó á su torpeza, la ruina que tan de cerca les amenazaba.

Retroceder, imposible.

Avanzar, más imposible aún.

Su arrogancia cedió á la fatalidad.

Su cinismo principiaba á verse abrumado por el temor.

Su osadía terminaba en los sombríos presagios que le ofrecia su mente.

¿Qué hacer?

No lo sabia.

En esta duda de difícil solucion para el conde, venció la opinion de sus capitanes.

El favorito resolvió remitir un pergamino al rey.

Aunque con trabajo, y cual si en cada frase perdiera un quilate de su posicion y su fortuna, relató súbitamente lo acaecido desde el principio de aquella desdichadísima campaña. Despues terminó de esta manera:

«Ante fuerzas tan numerosas, ante asechanzas de esta naturaleza, vos, señor, comprendereis que nada de extraordinario tiene una derrota. Pero previsor y prudente, comprendiendo lo sensible que ha de seros el derramamiento de sangre cuando no aparece con gran seguridad el triunfo que todos apetecemos, no me determino á resolver por mí nada que en mayor daño convertirse pueda, sin participaros antes, á fuer de leal, que con el ejército que hoy guarnece la fortaleza, nada bueno adelantaremos sin contar á nuestra disposicion doble ejército que ellos.

»El reino está apurado; si nuestras fuerzas alcanzasen á levantar otros ocho mil hombres de guerra, el éxito seria seguro; de otra suerte, os lo confieso, es para mí muy duro.

»Espero vuestras órdenes, señor, dispuesto á cumplirlas, como dispuesto estoy á dejar mi vida en los muros de Saldaña.»

Leido este escrito á Porcello y Witesindo, y conforme todos con su contenido, entregáronle á un hombre de confianza, que más que á paso se dirigió á la capital.

D. Vela quedó solo.

Los emisarios de doña Luz pidiéronle permiso para entrar.

—¿Qué ocurre?—les preguntó al verles en su presencia.

—Que estais servido, señor conde.

—¿La dama?...

—En nuestro poder.

—¿La dejásteis?...

—Á dos pasos de esta tienda.

—Traedla aquí con el posible sigilo.

Los dos hombres salieron.

CAPÍTULO XV.

La ejecucion.

Bernardo vió partir á Daniel con el corazon destrozado por el sentimiento.

¡Ayl... el del Carpio, despues de la victoria, rodeado de su ejército invencible, colmado de laureles, dueño de los destinos del reino, capaz si á eso hubiese aspirado en aquel momento de marchar sobre Oviedo y poner en gran compromiso á D. Ordoño, todo lo olvidaba para convertirse en el ser más desgraciado, para derramar en la soledad de su aposento lágrimas ardientes de dolor.

El último golpe, como complemento de tantas desdichas, anonadó su espíritu de tal manera, que mucho más que el fuerte guerrero, el hombre de acerada fibra, el caballero que en otros tiempos hiciera frente con ánimo sereno á las más terribles contrariedades, parecia el tímido soldado, que más por ostentacion que por arrojo y valentía, acertaba á vestir sus atavíos de guerra.

Desde que su amada desapareció; desde que Daniel partió á la córte, Bernardo se consideró solo en el mundo.

Lo acaecido con Ildaura, al par que mataba violentamente su vida y el amor de su alma, revelaba de una manera terminante que en Saldaña se ocultaban algunos traidores.

¿Cómo se comprendia que un castillo vigilado y guarnecido con la más exacta y segura precision hubiese sido susceptible de una sorpresa, en la cual habia dado el asalto todo el ejército real?

Imposible.

El escalamiento de Saldaña podia ser hijo de la connivencia; pero en manera alguna de la ignorancia de los centinelas.

Esto, como nuestro lector comprenderá, colocaba al del Carpio en una situacion violenta, llena de zozobras y de incertidumbres.

Estaba vendido.

Acaso en el más impensado instante se encontraria á merced de sus contrarios.

No solo habrian conseguido labrar su eterna desgracia, si que tambien borrarían la única esperanza que le restaba en el mundo: su venganza.

La memoria de su padre; la sangre de su amada; sus propias ofensas; los millares de víctimas que aquellos empeños ocasionaron, todo, todo podia desaparecer con solo el deseo de un miserable.

Él debía evitarlo.

Él debía guardar tambien, no su vida, que poco ó nada le importaba perder, pero sí la de tantos otros que defendian su causa.

Reunió en el acto á sus capitanes.

El consejo duró mucho tiempo.

Todos convinieron en que aquel conflicto no habia podido ser suscitado por los tercios del rey.

D. Vela no se hubiera aventurado por sí solo á tan arriesgada empresa.

Alguno queria entregar el castillo.

Todos se fijaron en el desconocido que poco antes se presentó, solicitando servir al infante.

Le llamaron.

El emisario de doña Luz habia desaparecido.

¿Era bastante aquel incidente para juzgar de la culpabilidad del soldado?

No.

Aquel hombre pudo morir durante el asalto.

Muchos de sus compañeros habian rodado hasta el fondo del precipicio que á la fortaleza servia de foso.

¿Por qué no pudo caberle á él la misma suerte?

Era preciso que las averiguaciones se ampliasen.

Así lo hicieron.

De todo ello resultó que el lienzo de muralla donde las escalas se afianzaron estaba guardado por un centinela.

Aquel centinela no dió la voz de alarma.

Se le interrogó, y su turbacion, sus reticencias, su inseguridad en los descargos hicieron recaer en él solo las sospechas.

Estrechado por los que ya se constituyeron en sus jueces, confesó.

La traicion se presentó tal y como la fraguó el favorito.

Al asomar la aurora, colgaba un cadáver de la almena más alta de la fortaleza.

En sus piés se veia un cartel.

En él, y en caracteres muy gruesos, se leian estas palabras: « Por traidor. »

En vista de la infame conducta del privado, los principales jefes de castillo aconsejaron al del Carpio que hiciese una salida al frente de sus tercios, procurando acabar de una vez con el ya destrozado ejército enemigo.

Bernardo lo rechazó.

Su objeto no era buscar á sus contrarios.

No queria ser el iniciador de un derramamiento de sangre, que á él tanto como á D. Ordoño le dolia.

Queria conservarse á la defensiva.

Les explicó todo esto, asegurándoles que cuando por culpa del rey pereciese hasta el último soldado al pié de los muros de su castillo, entonces y solo entonces marcharia sobre la capital, para lanzar de su trono á un monarca tan injusto como cruel.

CAPÍTULO XVI.

Rumores.

Cerca del pabellon que ocupaba D. Vela en el campamento que eligiera últimamente para su ejército, se habia hecho otro en pocos momentos, distinto de los demás, por sus condiciones, esmero y comodidades.

Componiase de un pequeño gabinete dedicado á la persona que le habitaba, de una gran cámara para la servidumbre, y de otro departamento á la parte exterior del edificio, donde se guarecian algunos soldados, que al parecer, daban la guardia.

Á la sazón, estos se ocupaban de la persona á quien custodiaban.

—Está visto,—decia uno de ellos;—con esto y con que el del Carpio haga una salida, cazándonos aquí como zorros, buena campaña habremos hecho.

—¡Valiente vapuleo nos está dando!—Respondió otro que se paseaba de un lado para otro con aire amostazado.

—Sois descontentadizos;—añadió un tercero;—despues de todo, nuestro servicio tiene algo de original y entretenido.

—¡Y vaya si lo es! ¿Os parece poco el no poder cerrar los ojos en toda la noche, oyendo á nuestra vecina cada disparate que tiembla el misterio? Lo que es yo, os lo aseguro; estoy tan satisfecho, tan cóntento, que á poco más, no espero á las espadas de esos montaraces de Saldaña, sino que bonitamente me cuelgo del primer árbol que encuentre á mano.

—¡Já, já, já!... ¡Donosa ocurrencia!...—Exclamaron á coro sus compañeros.

—¿Pero qué diablo de capricho es ese de nuestro caudillo?

—Él lo sabrá, que ningun otro será capaz de acertarlo.

—Aquí la dejaron aquellos dos bribones que sin detenerse marcharon á Oviedo; nada contaron, y creo que ellos mismos han de estar tan desorientados como nosotros.

—Pues señor, ruende la bola. Lo cierto y verdad es que con la adquisición de esa mujer no hemos de adelantar un solo paso en la guerra.

—Y á propósito...

—¿Qué?

—¿No sabeis las nuevas que corren por el campamento?

—No.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—Hoy me han dicho.....

—Acaba.

—Cuidado, que me encargaron el más escrupuloso secreto.

—Hombre, entre nosotros.....

—¿Me ofreceis olvidarlo al punto en que os lo diga?

—Por supuesto.

—Pues habeis de saber que ya tenemos para rato.

—¿Pues?...

—Quiero decir que no termina por ahora la campaña.

—¡Bah!... Buena noticia te dé Dios.

—¿La sabias?

—Ni ganas.

—¿La razon?...

—Porque no puede suceder.

—Pues te digo que sí.

—¿Cómo nos hemos de sostener aquí con cuatro hombres, sin provisiones, y lo que es peor, sin dinero?

—De una manera muy fácil.

—No la veo.

—Yo sí.

—Dila.

—Pidiendo D. Vela al rey dinero y soldados.

—No pedirá ni lo uno ni lo otro.

—¿Por qué?

—Porque el rey se lo negaría.

—El rey querrá quedar bien en el negocio.

—Pero encontrará las arcas vacías, y el pueblo sin gente que mandar á la guerra.

—Tiene razon, tiene razon,—exclamaron los demás.

—Eso allá lo veremos.

—Por visto.

—Pues contad que la demanda está hecha.

—¿Te consta?

—Ni más ni menos que como lo ois.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por un amigo que se enteró de todo cuanto pasó en el último consejo.

—¿No habrá querido reirse de tí?

—No, por mi nombre.

—¿Pero cómo pudo él escuchar?...

—Haciendo la centinela á la entrada de la tienda del conde.

—Pues señor, siendo así, medrados estamos.

—¡No sé cómo hay madres que quieran parir hijos!

—Dices bien; para lo que adelantamos...

—Si el rey encuentra medios de proseguir la campaña, á la vez que en el castillo aumentan los refuerzos...

—No lo quiera Dios.

—¡Oh!... Entonces...

—Ya nos ha caido que hacer.

—Yo opino que no ha de pasar una docena de dias sin que estemos camino de Oviedo.

—Ó camino del infierno.

—Lo último es lo más seguro, si los de allá arriba se empeñan.

—El rey manda, y no hay más remedio que tener paciencia.

—¡Caramba! Pues yo quisiera que los reyes fueran como los demás hombres. ¿Tienen que vengar una ofensa? Pues con llamar al combate á su enemigo y con romperse con él los cascós, todo estaba concluido, y aquí paz y despues gloria.

—¡Ja, ja, ja!

—Pero no, señor: «vos me habeis ofendido; yo soy el rey, y os mando diez mil soldados para que me venguen, pudiendo vos degollarlos á vuestro gusto, si para hacerlo teneis ocasion.» Esto no es lógico, por el alma de mi abuela.

—Estás diciendo un atajo de desatinos.

—Podrán ser desatinos, pero es verdad. Y mucho más si el rey...

—Calla el pico, que alguno se acerca.

En efecto, en aquel momento aparecieron en la puerta del pabellon el conde D. Vela y Witesindo.

El favorito tenia cadavérico el semblante.

El insomnio y la fiebre se revelaban de la manera más indudable.

—¿No tardareis?—preguntó con temblorosa voz á su subalterno.

—Al momento seré con vos, señor conde. Pero os quisiera repetir, ya que habeis depositado en mí vuestra entera confianza revelándome este secreto que os abraza el alma...

—No prosigais, Witesindo; no hareis que yo vea á esa mujer en semejante estado; me mataria la pena; no podria resistir.

—Acaso...

—Es imposible; la sola noticia de este fatal suceso, veis que ha producido en mí un efecto mágico. Mi semblante revela veinte años más de sufrimiento y de amargura; mis piernas se niegan á sostenerme; me siento morir.

—Pero tal vez, señor conde, lo que es hijo de una emocion cruel, amarga, pudiera desaparecer de igual manera á la impresion de un efecto enérgico tambien y violento.

—Os repito que no puedo. Entrad, entrad, y contadme luego el estado en que se encuentra.

—Como gusteis; pero recordad...

—Bien; luego pensaremos lo que ha de ser.

Y empujó nuevamente á Witesindo hácia la segunda puerta.

CAPÍTULO XVII.

La prisionera.

Cuando los emisarios de doña Luz dejaron á Ildaura en poder del favorito, y cuando este, dejando á un lado los graves acontecimientos que le rodeaban, voló al encuentro de la mujer que amaba, la escena que entre los dos pasó fué terrible, repugnante, de aquellas que la imaginacion se niega á comprender, y la pluma se resiste á describir.

La dama estaba aún sin sentido.

Conducida á la tienda del favorito, allí, á fuerza de esmero logró hacerla volver en sí.

Estaban solos.

Nadie podía venir á turbar su completo aislamiento.

Las sombras de una noche lóbrega y fria hacian más perceptible la solemne ocasion que se ofrecia á la dama.

Al abrir esta los ojos, vió delante de sí la siniestra figura de aquel hombre aborrecido.

Un grito desgarrador salió de su pecho.

Una rápida mirada la hizo comprender que estaba perdida, perdida sin remedio.

—Héme aquí de nuevo, señora,—dijo D. Vela cruzando los brazos y haciendo pesar sobre la pura frente de Ildaura una mirada de fuego.— Héme aquí de nuevo á través del tiempo, de la distancia, de los peligros, en vuestra presencia y muriendo de amor.

Sombra vuestra, destello de vuestro destino, parte esencial de vuestro ser, nada será bastante á conseguir que de mí os separen; no ha-

brá fuerza superior á mi fé, más grande ni más poderosa que mi pasión. Vos, huyendo siempre de mí; yo, buscando siempre vuestra imagen adorada.

—¡Callad, D. Vela! ¡Callad por compasión!

—No, yo no puedo callar, Ildaura. Mi porvenir va unido al vuestro; mi suerte de la vuestra depende, y yo no puedo contemplar en silencio lo que ha de ser, lo que es hoy el regulador de mi existencia. Esta lucha es insostenible; debe acabar muy en breve, y yo no puedo, no quiero consagrar mi indiferencia á lo que tal vez labra mi eterna desdicha. ¿Creeis que ignoro lo que por mi amor á vos he alcanzado? Estais en un error. Vuestro amante pretende mi ruina, mi muerte. El rey, que tambien os ama, me aborrece; acaso no ignora que en mí tiene un rival. Con enemigos tan poderosos, cuyo odio reconoce por origen vuestro amor; con el reino en masa en contra mia; sin un amigo, sin un parcial, sin un destello de esperanza, porque el cielo y la tierra me abandonan, sé que mi fin está cercano; sé que la carrera de mi vida va á concluir, ¿Y pretendéis que olvide á la que es causa principal de tanta desventura? ¿Quereis que olvide á la que pudiéndome salvar con una mirada, con una frase, con un suspiro, me ha dejado llegar hasta el abismo sin tenderme una mano amiga, sin sentir el más leve movimiento de compasión? ¡Ah, Ildaura, Ildaura! ¡Vos teneis el corazon de fiera, y aún pretendéis que yo os olvide! Esto no puede ser; es preciso acabar.

Las palabras del conde tenian un no sé qué de sombrías, á través de aquella forma respetuosa y amante.

El sonido de aquella voz penetraba hasta el fondo del corazon de la desdichada Ildaura, haciéndola temblar.

Comprendió, en medio del horror que el conde la inspiraba, que nada adelantaria de aquella voluntad inflexible, haciendo uso de la arrogancia que supo desplegar en otras ocasiones.

Su naturaleza de mujer cedió ante la violenta situación en que se hallaba.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

Tuvo miedo.

La fatalidad parecia impelerla hácia aquel hombre.

Su destino se presentaba siempre inclinado á un amor infernal.

Aquella idea la agobiaba.

Sus sollozos provocaron en D. Vela una sonrisa indefinible.

—¡Llorais!... ¡Temblais delante de mí!... y sin embargo, es imposible que ninguno os ame tanto como yo.

—¡Ah!... si me amárais,—se atrevió á decir la dama,—procuraríais mi tranquilidad antes que todo; si me amárais, no querriais verme humillada, muerta de terror.

—¡Où!... ¡Que si yo os amo! Probadlo. Exigid de mí los mayores sacrificios; pedid que sea infiel al rey, traidor á la patria. Mandad que despues de hacerme feliz un solo instante, vaya á presentar mi pecho al acero de un enemigo; ordenad que sufra los más atroces tormentos... y vereis si mi amor es una verdad. Pero eso no lo exigireis vos. Vos quereis únicamente que yo os deje en los brazos de un amante; vos quereis que yo os libre de mi presencia; vos quereis que os remonte al cielo cuando me sepultais sin piedad en el abismo... y esto... esto es imposible, Ildaura. Dadme esta noche vuestro amor; concededme algunos instantes de suprema dicha; el secreto más inviolable lo guardará, y mañana... mañana... que se cumpla el destino. Toda una eternidad de amargura, por una sola hora de placer.

—¡Oh!... Pero lo que vos me pedis es imposible.

—¡Imposible!

—Sí, sí.

—Nadie puede sorprendernos.

—Pedis el sacrificio de mi fé; una negra traicion para el hombre que adoro; mi deshonra.

—Solo os pido un calmante para el amor que me abrasa.

—¡Ah!... Tened piedad de mí.

—Vos no la tuvísteis, Ildaura.

—Ved mis ojos anegados en llanto.

—¡Si vierais cuál mi corazón se despedaza!...

—Soy una pobre mujer, débil, indefensa.

—Yo el hombre más desgraciado de la tierra.

—Os lo pido de rodillas. Tened lástima de mí; dejadme, si no pretendis que la vergüenza me mate.

—No; la vergüenza no os matará, porque mi amor conservará vuestra vida.

El conde dió un paso hácia la dama.

Esta se levantó rápida como la exhalacion, y retrocedió llena de espanto.

El semblante del conde expresaba su extravío.

—No huyais; es inútil,—murmuró avanzando más y ciego por el vértigo de que en aquel instante era presa.—No huyais, porque mi voluntad os exige esta prueba, y estais en mi poder.

—¡Socorro, favor!—Gritó Ildaura en el colmo de la desesperacion y del terror, lanzándose hácia la puerta.

El conde la cerró el paso.

—Nadie, nadie os escucha;—murmuró.—He mandado que todos se alejen de aquí; ni el cielo ni el infierno pueden en este momento separaros de mí.

Y avanzó aún más.

Sus manos tocaron el leve talle de la dama.

Las pupilas del conde se inyectaban de sangre.

Un frio glacial corría por sus venas.

Sus miradas vagaban errantes por la bellísima figura de su amada.

El conde estaba loco.

Loco de pasion, de deseo.

No habia medio de salvacion.

Estaba perdida.

¿Qué hacer?

Solo quedaba un recurso para aquella infeliz.

En el hondo temor que la agitaba, al contacto impuro de aquel infame, cuando ya consideró sobre su frente la indeleble mancha de la deshonra, probó un recurso extremo, desesperado.

Con un arrojito febril, arrancó al conde la daga que pendia de su cintura, y dando un paso atrás...—Deteneos,—gritó;—deteneos, si no queréis que me atraviese el pecho.

Una carcajada satánica resonó en la tienda.

El conde se lanzó ébrio de emocion sobre aquella mujer.

Trabóse entre los dos una ligera lucha.

Ildaura cayó exánime en sus brazos.

D. Vela, con un afan frenético, la suspendió en el aire.

Quiso acercar á aquellos puros labios los suyos temblorosos y ardientes.

Una mirada chispeante buscó con delirio febril el castísimo seno de la dama.

Entonces un grito de horror se escuchó.

Los brazos del miserable se abrieron.

El frio de la muerte se apoderó de él.

Del pecho de la dama brotaba abundante sangre.

El acero que poco antes le arrebatara estaba rojo.

—¡Witesindo! ¡Witesindo!...—gritó fuera de sí lanzándose á la puerta.

Un caballero entró.

Era el mismo que ya conocen nuestros lectores.

—¿Qué ocurre, señor conde?

—¡Ah!... vedla, vedla; se muere; ¡quizá no existe ya!

—¡Qué ha pasado!—exclamó el gerrero viendo el estado de la dama.

—Ese puñal...

—Ella misma lo clavó en su pecho por librarse de mí. ¡Su odio... su odio puede más que su amor á la vida! Apeló á la muerte como última defensa.

El conde salió de la estancia.

—¡Miserable!—murmuró Witesindo luego que estuvo solo.—Razon tienen en odiarte. Si esto haces con una pobre mujer, ¿que podrán esperar de tí tus enemigos? ¡Oh!... yo te juro, pues que por fortuna te he cónocido, que no será mi espada la que te ayude en tus empresas. Serviré al rey, pues así mi deber me lo ordena... pero una vez terminada la campaña... entonces acaso busque otro caudillo.—¿Pero quién será esta dama?—dijo procurando á la vez hacerla volver en sí.—No la conozco. Todos, incluso yo, ignoraban su presencia en este sitio. ¡Malditos misterios! ¿Pero qué me extraña, si de ellos, y algunos segun cuentan terribles, está llena la vida del favorito? Restañemos la sangre. ¡Ah!... felizmente la herida no es profunda. Faltó fuerza á la mano, y el acero resbaló. Bueno; todo ello es un ligero rasguño. Más vale así.—Y continuó su operacion.—Creo—prosiguió un momento despues,—que abre los ojos. ¡Gracias á Dios!... Por esta vez, no corre peligro su vida.—Señora,—murmuró en seguida dirigiéndose á la dama.—Os ruego que esteis tranquila. El riesgo pasó; os encontrais bajo la salvaguardia de una persona que os respeta y os compadece. ¿Me ois? ¿Quereis recobrar vuestra calma, vuestro sosiego?

Á las afectuosas palabras de Witesindo, contestó una carcajada estridente, nerviosa, prolongada, que fué á perderse con no interrumpida repeticion en el silencio de la noche.

Witesindo quedó mudo de sorpresa.

Ildaura tenia demudado el semblante; la vista fija y espantada; los brazos extendidos.

Su boca entreabierta dejaba escapar á borbotones aquella carcajada sonora é inoportuna.

Sus manos pugnaban por detener una sombra fantástica, hija tan solo del delirio.

Sus labios procuraban formular aunque inútilmente un nombre.

Despues... despues todo volvió á quedar en silencio. Una tranquilidad aparente volvió á reinar.

El misterioso silencio de la tumba, vino á rodear el espacio en que aquella infeliz respiraba.

Delante de aquella tienda se colocaron algunos soldados.

Las horas de la noche corrieron.

¡Pobre Ildaura!

¡Cómo la encontraría la nueva aurora!

CAPÍTULO XVIII.

Un conocido antiguo.

—Señor,—decía al rey uno de sus más inmediatos servidores;—ved este anillo que ruega se os presente, un caballero que ya en otra ocasión llegó hasta vos.

D. Ordoño cambió de color.

—¡Este anillo!... Decid á su portador que puede entrar.

Daniel, pues él era el que demandaba audiencia, se presentó.

—¡Vos aquí!—exclamó al verle D. Ordoño.—¡Vos aquí cuando yo os juzgaba lejos, muy lejos!...

—Sí, señor; aquí... y con un objeto triste para vos y para mí.

—Yo solo puedo encontrar tristeza, y más que tristeza disgusto, en la conducta que tanto vuestra señora, como vos, habeis observado conmigo.

—No sentis con razon, señor. Desgracias hay que superan al deseo; misterios que contrarian la mejor de las voluntades... y unas y otros vinieron á torcer en esta ocasión el curso de los sucesos.

—No os entiendo.

—Yo os lo explicaré, señor.

—Si venis con objeto de disculpar á esa dama...

—No necesita disculpa mi señora.

—El engañar al rey...

—Dispensadme, señor, pero jamás mintió su labio.

—Mintió amor,

—Quizá esteis en un error.

—Capaz sereis de sostener que me amaba.

—Os sostendré que cuanto dijo es verdad.

—Evitemos discusiones. Graves asuntos me rodean; la paz de mis reinos está como veis alterada, y yo solo debo consagrarme á ella. Si venis con algun mensaje de vuestra señora...

—Por desgracia, esto es imposible.

—¡Qué decis! Imposible...

—Sí, de todo punto.

—¡Veis cómo yo tenia razon!...

—No podeis entender el sentido de mis palabras.

—¡Ah!... tal vez no estais ya á su servicio.

—Eso es lo cierto, por desgracia mia.

—Partió quizá...

—Sí, partió... para no volver.

—Esa dama...

—Esa dama, señor, no existe. Yo vengo hasta vos, solo para implorar vuestra justicia.

—¡Que no existe!...—exclamó D. Oordoño levantándose de improviso y con violencia del sillón que hasta entonces ocupaba.—¡Que no existe decis!... ¡Será ilusion mia! ¡Habré comprendido lo que dijisteis!...

—Exactamente, señor. La dama á quien amásteis... no está ya entre nosotros.

—¡Ah!... ¡qué significa una desdicha más!... Yo la amé, teneis razon; solo esto bastaba para su desgracia. Mi aliento apaga hasta el último destello de esa luz que llaman felicidad.—Un suspiro de angustia salió del pecho. El rey estaba ya identificado con la contrariedad, con la desdicha.—¿Decis—prosiguió con acento casi imperceptible—que venis á reclamar mi justicia? ¿Qué puedo hacer por vos?

—Mucho, señor.

—No lo alcanzo.

—Podeis castigar á los asesinos de mi señora.

—¡Á sus asesinos!... ¿Estais loco?

—¡Pluguiera al cielo que no conservara la razon!

—Su muerte...

—Fué motivada sin duda alguna, por una miserable traicion.

—¿Pero qué pruebas teneis?...

—La desaparicion violenta de mi señora, y estas prendas que se encontraron en su aposento mismo despues de consumado el rapto.

Daniel presentaba al rey el puñal y el pergamino que saben nuestros lectores.

—¡Oh!... hay para perder el juicio,—murmuraba D. Ordoño sin saber qué pensar.—¡Qué incidentes, qué acontecimientos tan inesperados!... ¡Qué coincidencias tan extrañas!... Y bien. ¿Cómo se ha verificado el lance á que os referis? ¿Dónde estaba esa dama? ¿Qué antecedentes teneis de tan odioso atentado?

—Ninguno, señor. La dama estaba lejos de Oviedo; ninguno pudo notar su desaparicion.

—¿Qué motivos tuvo para salir de la ciudad?

—Muy poderosos, señor.

—¿Pero no puedo yo saberlos?

—Recordareis que su existencia, sus condiciones, su nombre, están envueltos en el misterio más profundo.

—Pero comprendereis á vuestra vez que para hacer yo lo que me pedis, es necesario...

—Perdonad, señor; no juzgo indispensable pronunciar hoy su nombre.

—¡Ah!... esto es insoportable; tanto secreto y tanta incertidumbre matan la inteligencia. Yo veo á través de todo esto una cosa grande, extraordinaria, pero que en manera alguna acierto á explicar. Esa dama no estaba en la côrte.

—No.

—El raptó ha sido hace muy pocos dias.

—Cierto.

—Vos me asegurais que ella no mintió al expresar...

—Os lo juro.

—Sin embargo, ella amaba ó estaba unida por lazos que yo ignoro, á otro hombre...

—No podeis dudarle.

—¡Y á todo esto, esa otra aventura... en forma igual, con idénticas circunstancias! ¡Y luego,—murmuró D. Ordoño con voz apenas perceptible,—esa prediccion del judío Ismail; esa seguridad en advertir que solo el rey Ordoño podria encontrar la solucion del enigma!... ¡Ah!... ¡esto no puede continuar así! Es preciso acabar de una vez y para siempre con estos insoportables misterios. ¡Si yo me atreviera!... sí, sí; me atreveré.—Y dirigiéndose á Daniel, prosiguió:—¿Decis que no podeis revelarme el nombre de la dama?

—Por hoy, señor, es imposible.

—Y en tal caso, ¿qué pretendéis de mí?

—Vuestra palabra, señor, de que tan luego como yo descubra los asesinos de mi señora, sean estos de la condicion más elevada, ó de la más humilde gerarquía...

—Acabad.

—Me hareis justicia.

—Nunca la niega el rey. Pero sin pruebas...

—Entonces las tendreis.

—Y además...

—El nombre de la dama.

—Pues yo os juro á fé de caballero, que en ese caso, quedará vengada.

El rey y Daniel se separaron, trastornado el uno por tantos y tan diversos sucesos, y decidido el otro á llevar á cabo sus planes.—¿Cuáles serian?—En breve lo sabremos.

Entretanto, sigámosle y le veremos dirigirse á la calle de la Estrella, á una de cuyas puertas llamó.

Dos horas próximamente permaneció en ella, en cuyo tiempo vióse entrar y salir muchas veces á un hombre de fea catadura, que trasportó algunos objetos que no es del caso enumerar.

Al fin el paje volvió á salir, encaminándose en derechura á su antigua casa de la Judería.

Al entrar en ella, y á gran distancia, distinguió á un hombre que doblaba en aquel momento precisamente la opuesta esquina.

Daniel sintió un estremecimiento nervioso:

Creyó conocer á uno de los que suponía asesinos de su señora.

Corrió hácia el extremo de la calle.

Á nadie vió.

Aquel incidente produjo en él una nueva impresion de dolor.

CAPÍTULO XIX.

La loca.

Witesindo, impelido por el conde D. Vela, entró en la estancia donde al parecer se encontraba la persona á quien los soldados llamaron «su vecina.»

Ni el más ligero rumor interrumpía el profundo silencio que en aquella parte del pabellon reinaba.

Allí no se veían soldados, ni trofeos, ni armas.

Nada indicaba que aquellos sitios estaban ocupados por gente de guerra.

Allí, en aquel departamento, solo respiraba una persona.

Era una dama muy hermosa, que á la sazón no reparó en el nuevo personaje.

Su estado, á juzgar por el esmero con que se la trataba, requería la soledad y quietud más completas.

Estaba enferma.

Su mal consistía en una especie de locura, que amenazaba no desaparecer fácilmente.

Su razon se exaltaba con el incidente más sencillo.

Si escuchaba el cantar de los soldados, su escitacion se desarrollaba de una manera prodigiosa, y sus recuerdos la hacian evocar otros mil de sangrientas batallas, fijándose con extraña insistencia en las romancescas tradiciones que enumeraban las grandes victorias alcanzadas por Bernardo del Carpio en los tiempos en que combatió contra las huestes moras.

Si un centinela paseaba delante de sus ventanas entonando en aquella hora de monótono servicio la apasionada letra de alguna historia de amorosa desdicha, ella la oía con religiosa atención, fijándose su mente en sus propias memorias, en su historia misma, bosquejándose delante de sus ojos las desgracias por que venia pasando, cuyo origen partia, según ella, de la Rioja, en una terrible noche en que se vió arrebatada por una cuadrilla de repugnantes foragidos.

Desde allí, el curso de sus pensamientos la hacia fijarse en Saldaña.

Entonces era su extravío tal, tan temible el desórden de sus ideas, que la monomanía que venia padeciendo se trocaba en verdaderos accesos de furor.

Esta dama ya habrá comprendido el lector que era la amada de Bernardo, que era Ildaura.

Su razon, sin embargo, tenia frecuentes instantes de lucidez.

Después de los más fuertes y violentos accesos, corria á una ventana, respiraba con afán el embalsamado y puro aire de aquella parte de la montaña, y entonces la quietud, el perfume del tomillo y las flores silvestres, y la languidez que á la vez derramaba en el alma lo pintoresco del paisaje que distinguia, tranquilizaban poco á poco su espíritu, dejándola disfrutar algunos instantes de reposo.

El día á que nos vamos refiriendo habia sido sobremanera agitado.

Á la caída de la tarde se durmió.

Al despertar, su estado era distinto.

Se sentia bien, en lo posible.

¡Pero qué trasformacion se habia verificado en ella durante tan poco tiempo!

Diez años más parecia que pesaban sobre la frente de la pobre dama.

El insomnio se dibujaba en su semblante.

La insistencia de sus miradas; la fijeza tenaz con que las clavaba, digámoslo así, en la puerta, de donde á duras penas las apartaba; algun estremecimiento que de tiempo en tiempo se advertia, todo demostraba que en su cerebro bullia una idea penosa, persistente.

Quien entonces la hubiera contemplado, á no dudar le concediera la razon más completa.

—¡Siempre!...—murmuró al fin con dulce y temblorosa voz.—¡Siempre lo mismo!... Esta idea que me abrasa, que me desespera, que me asesina. ¡Y no poderla desechar ni un instante!... ¡Ah!... No, no; ni un momento me abandona; solo el sueño consigue libertarme de ella. ¡Ay!.. ¡El sueño!... ¡Dichosa si durara tanto como mi existencia!

De nuevo guardó silencio.

Luego continuó, lanzando un suspiro angustioso:

—No hay remedio; el inocente debe redimir los pecados del culpable. ¡Pero qué razon puede existir para tamaña crueldad! ¡Ah!... ¡Tú, Señor, tú, que todo lo puedes, mira con ojos de piedad á esta infeliz; considera que siempre he permanecido lejos, muy lejos de las maldades y miserias del mundo. ¡Ten lástima de mí!... ¡Ten compasion para mis desdichas!

Algo más exaltada, continuaba despues, dirigiendo sus ojos, ora al cielo, ora á la tierra:

—¡Ciencia! ¡Humano saber!... Vosotros, que tras largas vigiliass y desvelos concedéis el conocimiento, la comprension de ese gran libro azul, de esas hojas sembradas de palabras divinas, decidme: ¿dónde podré encontrar el término de mis pesares? Pero ¡ay de mí! que inútilmente me afano. Mi destino no se torcerá á fuerza de suspiros y lágrimas. Solo una fuerza superior, una fuerza grande, sobrenatural, podrá sacarme del abismo profundo en que me encuentro. ¿Quién sino Dios puede intentar esta prueba terrible?

Yo sola... ¡qué puedo hacer!... Nada. Solo un medio, uno tan solo me resta para romper el maleficio; uno... pero ¡qué tremendo! ¡Imposible! ¡Jamás! Bernardo me maldeciria, el universo entero echaria sobre mí el castigo que merece la mujer impura. ¡Ah!... ¡Lejos, lejos, maldito pensamiento! ¿Quién puede soportar en su frente la señal de su deshonra? ¡Un solo recurso!... Y acaso me salvaria. Tal vez lograra mi libertad. Volveria entonces á mi castillo, al lado de mi amante. Mi felicidad, vencido el encanto seria eterna; sí... todo es verdad; pero... en cambio... mi corazon estaria rebosando vergüenza; un dia y otro dia pesaria sobre mí esa carga fatal, que destruiria mi espíritu entre dolores irresistibles. ¡Preferible es la muerte á ese martirio lento! ¡Quiero mi honra, mi honra entera para el que es mi vida!

Un nuevo acceso se preparaba.

Ildaura, al pronunciar las últimas palabras, se levantó extendiendo los brazos con aire de terror, como queriendo rechazar áquel indigno pensamiento.

Entonces vió á Witesindo.

Lanzó un grito, retrocedió cuanto pudo, y asustada y temblorosa, se le quedó mirando de una manera imposible de explicar.

Se agitó con violencia; vagaron sus ojos con esa expresion peculiar de los dementes; se turbó su razon.

La reaccion vino entonces.

Dirigióse decidida á Witesindo.

Miróle con atencion profunda.

—¿Quién eres?—dijo.—¿Quién eres tú? ¿Qué buscas á mi lado? ¿Te envian mis verdugos?... ¡Ah!... Apártate de aquí; déjame sola; no me puedo escapar; no puedo, y es inútil que me espieis. Quiero estar sola; ¿lo oyes? Sola con mi dolor.

—¡Señora! ¡Señora!—Murmuró Witesindo con acento cariñoso.

—¡Ah!... Yo conozco tu voz; resuena en mi oido como... como el último acento de un moribundo. ¡Ah!... En Saldaña... una noche... ¡noche horrenda! cuando él me juraba un amor eterno... cuando definia todo el placer, todo el éxtasis que sentiria llamándome su esposa... Unos soldados... y otros... y otros... aparecieron... me arrebataron... y él... le querian matar... tan feroces... tan insensibles... ¡Perdon!... les grité, ¡perdon! Pero ellos... sin escucharme, sin hacer caso de mis súplicas, desnudaron sus aceros, y... ¡Ah!... la sangre corrió, los cadáveres se apiñaron. ¡Perdon! ¡Perdon para él!...—gritó la pobre loca mecándose los cabellos con frenesí y cayendo al fin de rodillas.

El sufrimiento del caballero era indecible.

Aquella escena le afectaba sobremanera.

Ildaura volvió á levantarse fija ya en otra idea.

—¿Donde están?—Preguntó con cierto misterio.—¿Dónde están? Ya no los veo; sin duda huyeron; y tú... tú... ¿Por qué quedaste aquí?

—Pero quién, ¿quién huyó?—Murmuró Witesindo.

—Ellos; los que venian, que tanto gritaban. Aún resuenan aquí sus palabras: «á ellos; á ellos;» decian en confuso clamoreo acompañado de unos golpes espantosos. Yo los veia asomada á mis ventanas; desde aquí; acércate. ¿Ves esa montaña, y luego la llanura que á sus piés se extiende? Pues miles y miles de soldados se apiñaban allí hace un momento. Querian tomar este castillo, tal vez para apoderarse de mí; de pronto sonó un grito atronador y fiero, y se trabó una lucha horrible, sangrienta, en que los soldados caian como heridos del rayo: entre ellos vi á un guerrero; á un guerrero... tan apuesto, tan valiente... que sable en mano y sin temor á la muerte, se metia entre los combatientes, sembrando de cadáveres la tierra que pisaba su corcel; una pluma ondeaba sobre su cabeza... una pluma blanca como el cuello del cisne, y ondulante y flexible como la rosa en su tallo... ¡Ah!... aquella pluma... aquella pluma...

—¡Acabad, acabad!



J. Ceberian dib.^o y lit.^o

Lit. Berio Madrid.

Quiero estar sola; ¿lo ois? quiero estar sola.



Por la mente de Witesindo cruzó un pensamiento.

Una impresion dolorosa robó á la dama su razon.

¿Podria recobrarla del mismo modo?

¿Podria nacer de un choque violento en sus ideas?

La monomanía de Ildaura era el amor de Bernardo.

Acaso este nombre obrara un efecto mágico en el cerebro de la dama.

Inmediatamente puso en práctica su propósito.

—Proseguid,—le dijo.—Proseguid; contadme lo que pasó durante la batalla.

Ildaura pareció recapacitar.

Al fin exclamó:

—Despues cesó el ruido; todo quedó en silencio.... mas decid, ¿no sabeis quiénes eran esos guerreros?

—Sí, lo sé, y voy á deciroslo.

—¡Oh!... gracias, gracias; ya os escucho; me haceis un bien... imposible de explicar.

—Pues oidme: vos debeis saber en dónde os encontrais.

—¡Yo!...

—Sí; debeis saber que este castillo es el de Saldaña...

—¡El de Saldaña!

—Y que en él habita su señor.

—¿Y quién es?

—¿Quién ha de ser? Bernardo, vuestro amante.

Ildaura bajó la cabeza al escuchar aquel nombre.

Witesindo continuó:

—Bien recordais que él fué el que os arrebató de las manos de don Vela.

—¡D. Vela! ¡El miserable! ¡el traidor! ¿Por qué le nombráis?

—Escuchad. Él os arrebató del poder de ese hombre, que celoso y airado, juró tomar venganza, una venganza atroz de vuestro amante.

—¿Y qué hizo?

—Pedir tropas al rey, y venir á asaltar este castillo.

—Pero él... mi amante...

—Le defendió cuanto pudo; sus esfuerzos fueron sobrehumanos; al frente de sus hombres de armas, salió al encuentro del enemigo, luchando con él cuerpo á cuerpo.

—¡Mi Bernardo!—dijo suavemente la doncella pugnando por asomar una lágrima á sus ojos.

—Sí; vuestro Bernardo, que corrió hácia D. Vela con el arrojito de un

leon; él, que cayó sobre su adversario con todo el furor del tigre y la arrogancia del águila. Se trabó la pelea; chocaron los aceros arrojando mil chispas, levantándose y cayendo sin cesar sobre sus cabezas; al fin, y tras un combate reñido y sin piedad...

—¡Qué! ¡Qué sucedió!...

—Bernardo del Carpio cayó herido de muerte á los piés del traidor.

—¡Él!...

—¡Ha muerto!

—¡Miserable!—gritó Ildaura abalanzándose como un leon sobre el caballero.—¡Muerto, muerto... y tú vienes á darme la noticia! ¡Conque el guerrero que yo veía... era Bernardo!... ¡Bernardo!... ¡Pero yo estoy loca; Señor... Señor... qué es lo que por mí pasa! ¡un rayo de luz vuelve á mis ojos... ¡Conque... conque es verdad! ¡Estoy en Saldaña! ¡Esta es su casa, esta es su casa... y él está aquí... muerto!

—Sí; este es el castillo de Saldaña...

—Callad, callad; ¡ni una palabra más!

Y se dirigió á la puerta, abriéndola de golpe, y sin que Witesindo acertara á contenerla.

—Señora... ¡Dónde vais! Señora...

—¡Voy á buscarle, á verle!...

Pero no pudo proseguir; lanzó un grito penetrante que resonó en todos los ángulos del pabellon, y cayó desmayada en los brazos de un caballero que delante de ella estaba.

Era D. Vela, á quien Ildaura acababa de reconocer, perdiendo el sentido á tamaña impresion.

El favorito estaba trémulo.

Witesindo no acertó á dirigirle una sola palabra.

Entre los dos colocaron á la dama en su lecho.

Despues todo volvió á quedar en silencio.

CAPÍTULO XX.

En la corte.

La incertidumbre de D. Ordoño crecía.

Al recordar los incidentes que le relataron el mensajero de Bernardo por una parte, y por otra el servidor de la dama á quien amara, le hacían desear conocer la verdad de las cosas.

El misterio, los puntos de contacto, la analogía que sin saber por qué encontraba entre una y otra aventura, eran para él otros tantos motivos de curiosidad, que hacia mayores lo impresionable de su carácter.

¿Qué enigma era aquel?

¿Cuál la verdadera significacion de las palabras del judío Ismail?

Era de todo punto indispensable saber hasta qué punto existía en todo aquello la farsa y la realidad.

¿Serían nuevos actos de escándalo y traicion por parte de D. Vela?

Las nuevas que le dieron respecto del mal éxito de la campaña.

El silencio que de todo lo ocurrido guardaba el privado.

La desaparicion de Ildaura, á quien en otros tiempos amó el conde, segun de público se habia dicho.

El asesinato de la otra dama, en cuya casa le viera el rey, y de cuya voluntad, era dueño por razones que ignoraba.

Todo aquello... ¿Qué significaba? ¿Cómo se lo podia explicar?

Su imaginacion se negaba á ello.

En aquel laberinto el rey no encontraba salida de ninguna especie.

Era indispensable recurrir al único recurso que aparecía lógico.

Á la ciencia del judío Ismail.

Pero su posicion, su rango, se oponian á una cosa de la cual se podia tomar acta en la córte, por más que en aquellos tiempos el consultar á un adivino ó dar que hacer á un nigromántico, fuese asunto corriente.

La situacion de un rey es siempre excepcional.

Á él no le es dado hacer lo que hacer puede sin dificultad el último ciudadano.

Y sin embargo, antes y mayor que aquella conveniencia ó inconveniencia, era el deseo del rey.

Por lo tanto, no habia otro camino.

Debia consultar al judío.

¿Cuándo? Al momento.

Llegó la noche, y D. Ordoño, desechando dudas y vacilaciones que eran su enemigo capital hacia mucho tiempo, se cubrió perfectamente y salió del alcázar, solo, cual el más insignificante de los caballeros de la córte.

Á buen paso se dirigió á la calle de la Estrella.

Estaba desierta.

Buscó el portal que el servidor de Bernardo le designara.

Se acercó á él.

Al llegar le asaltó una nueva duda.

¿Seria víctima de algun engaño?

¿Le llevaria indirectamente hasta aquel sitio la traicion de un enemigo?

En vez de un judío rico en saber y ciencia, ¿encontraria un acero asesino?

Todo podia ser.

No obstante, el valor personal de D. Ordoño I, rayaba á buena altura.

Nunca fué cobarde.

Iba perfectamente armado.

¿Qué podia temer?

Calculados los riesgos, asió el martillo que servia de aldabon á la puerta, y llamó con fuerza.

Un hombre de aspecto no muy santo abrió.

—¿Qué se os ofrece, caballero?— preguntó al que llegaba.

—¿Vive aqui un judío llamado Ismail?

—Justamente.

—Deseo verle.

—En este momento mi señor está muy ocupado, y me mandó...

—El asunto de que tengo que hablarle es muy importante, y no puedo esperar hasta mañana.

—En ese caso...

—En ese caso decidle que quiero verle esta noche.

—¡Oh!... perdonad, caballero, —dijo el hombre de fea catadura, haciendo una profunda cortesía y exhalando una picaresca y punzante sonrisa.—Perdonad; pero debeis saber que á mi señor, el sabio, el rico Ismail, no se le puede ver siempre que se desea.

—Sin embargo, como yo debo dejar á Oviedo dentro de breves horas, y como ya os dije que el negocio que me trae es de mucha importancia para mí...

—Bien, señor; por complaceros repetiré á mi amo esas palabras, aun á trueque de disgustarle.. ¿Vuestro nombre?

—No le conoce.

—¿Vuestro rango?

—Decidle que es un noble riojano el que pretende hablarle.

El hombre desapareció.

Don Ordoño esperó con impaciencia.

Al fin y despues de un breve rato volvió á aparecer.

—Buena suerte teneis, —dijo, —y no entráis con mal pié en esta casa. Mi señor os admite en su laboratorio, á pesar de estar muy ocupado. Así, pues, no perdais tiempo. Venid.

Y echó delante, alumbrándole para subir por una estrecha y empinada escalera, que terminaba en el estudio del judío.

D. Ordoño entró.

El laboratorio donde por un acaso se encontraba, tenia algo de sombrío, y mucho de fantástico.

Retortas, tubos prolongados, cuadrantes y algunos aparatos para el rey desconocidos, estaban aquí y allí diseminados.

Sobre una mesa, única en la estancia, ardía una lámpara que alumbraba lánguidamente los objetos.

Al lado, un hornillo repleto de combustible, iba poniendo en estado candente una gran lámina de acero.

Ismail calculaba con los ojos fijós en un reló de arena.

La ilusion era completa.

El rey se encontraba delante del nigromante.

En aquella morada cederia acaso el influjo de sus preocupaciones.

La gran figura del sábio apareció á los ojos del monarca con toda la supersticiosa grandeza que en sí tenia.

Ismail producía todo el efecto del hombre superior á los demás.

Luego, su ostentacion, su exterioridad, su apariencia de riqueza, no eran comunes.

El lujo que hasta en los más pequeños objetos mostraba, estaba en perfecta armonía con su porte y hasta con su fisonomía.

Sobre un túnico de rico terciopelo azul oscuro recamado de finísimo oro mate, cuyos dibujos raros y caprichosos consistían en alegorías y atributos de su ciencia, trabajados con inimitable primor, y que se prolongaba de tal suerte que apenas permitía distinguir unas riquísimas sandalias salpicadas de brillantes rubíes, se destacaba una cabeza noble, severa, inteligente, cubierta por un turbante azul y blanco, también salpicado de oro.

Una frente perfectamente desarrollada y espaciosa, separada de sus ojos expresivos y penetrantes por unas cejas graciosamente arqueadas, una barba blanca como los ampos de la nieve, espesa y caída hasta el pecho, y una nariz de puros contornos, fina y valiente, destacándose sobre su largo bigote, completaban aquella fisonomía, enérgica en medio de su ancianidad, agradable por su expresion.

Dijimos que al entrar el rey, Ismail miraba con atencion el reló de arena.

Al oír los pasos del que llegaba, el viejo, sin moverse, sin variar lo más leve de postura,—perdonad,—dijo;—al punto soy con vos.

—Cuando gusteis,—contestó D. Ordoño, ínterin que satisfacía su curiosidad en los objetos que le rodeaban.

Así continuaron breve rato.

El último grano de arena pasó.

Levantóse el viejo.

Importa advertir que el sonido de su voz conmovió á D. Ordoño.

Sería acaso la misma emocion de que estaba poseído.

Aquel timbre seguro, claro, enérgico, debía ser para él perfectamente desconocido, como lo era el judío, á quien inútilmente examinaba de vez en cuando con afanosa insistencia.

Jamás le habia visto.

Persuadido estaba hasta la saciedad de que aquella era la primera vez que contemplaba al sábio Ismail.

CAPITULO XXI.

El nigromante.

—Os pido de nuevo que me perdoneis,—dijo levantándose, y separando del hornillo la lámina de acero.—Mis trabajos son del momento, y cuando habeis llegado...

—Vos sois el que debeis perdonar mi impertinencia,—contestó don Ordoño con cierta conmocion.—Vine á distraeros de vuestras tareas, y me pesa.

—¡Oh!... cada cual en su oficio debe cumplir sus deberes. Yo me he impuesto los míos, y solo causas muy grandes suelen impedir el que yo no reciba á quien á mi puerta llama.

—Yo no hubiera entrado en hora tan mala para vos; pero debo ausentarme de la córte en breve espacio, y...

—¿No residis en Oviedo?

—No.—Dijo el rey, descubriéndose á través del embozo el carmin que subía á su semblante.

—Pues si tan de prisa estais, podeis decirme el objeto que os trajo hasta aquí.

—El objeto es solo desvanecer algunas dudas, apelando á vuestra ciencia, que es grande segun lo que se me ha dicho.

—Nunca es grande, señor, la ciencia humana.

—¿Leeis en los astros?

—Ellos me explican alguna vez misterios que el vulgo ignora.

—¿Adivináis lo porvenir?

—Procuro descubrir por signos especiales algo de lo que con el tiempo debe suceder, y en algunas ocasiones...

—¿Qué?

—Acierto.

—¿Pero también os equivocáis?

—¡Ah!... solo los juicios de Dios son inmutables. Allí donde sus facultades omnipotentes principian, mi ciencia acaba.

—Teneis razon.

—Yo puedo asegurar con más ó menos fortuna; puedo prever más que la generalidad de los hombres; puedo avanzar algo más que los otros en el camino de la vida, merced á mis estudios, á mis vigiliass, á mis combinaciones. Pero ser infalible... esto no puede ser.

—Lo comprendo.

—Partiendo de este principio, mi ciencia es vuestra. ¿Qué deseais?

—Os lo diré.

—Ya os escucho.

—Yo soy rico.

Una sonrisa leve asomó á los labios del judío.

—Mantengo á mis expensas muchos peones, centenares de caballos, algunas fortalezas, y no pocos caballeros y magnates.

—¡Oh!... Poderoso sois, señor, y es gran ventaja en los revueltos tiempos que en esta tierra se alcanzan.

—Decís bien.—Es el caso que el rey D. Ordoño, á quien el cielo guarde, pretende que yo le preste refuerzo de hombres en la guerra que sostiene. Yo tengo para con el rey la obligacion de hombre de honor, aunque jamás procuré ni le debí honores ni mercedes.

—El único sereis, á fé mia; pero hicísteis bien.

—Ahora bien; el del Carpio...

—El implacable enemigo del monarca.

—El mismo. El del Carpio, repito, es pariente y particular amigo mio.

—Más vale así.

—¿Por qué?

—Proseguid, que más tarde os lo diré.

—Pideme por su parte igual servicio.

—Y vos dudais...

—Os aseguro que no sé lo que hacer.

—De un lado el deber...

—Y de otro la amistad.

—Precisamente.

—Vos querreis...

—Ante todo, una cosa imposible para mí, y acaso muy fácil para vos.

—Decidla.

—Yo quisiera saber...—Y D. Ordoño se detuvo.

—Proseguid.

—Como cuestion de hidalguía, de conciencia, yo quisiera saber la razon que á cada cual asiste para empeñarse en tan encarnizada lucha.

—¿La ignorais?

—No creo que ninguno con verdad la sepa.

—Estais equivocado.

—Acaso...

—Otro hombre, tan bien ó mejor que ellos, la conoce.

—Ese hombre...

—Es el favorito del rey.

—¿D. Vela?

—El mismo.

D. Ordoño palideció.

—Pero ese...—continuó,—á nadie la revelaria.

—¡Oh!... es bien seguro.

—Y en ese caso, yo...

—La seguireis ignorando.

—Es natural.

—Por cuya razon quereis que yo os diga...

—Sí.

—Pues eso es imposible.

—¿Imposible?

—Como lo ois.

—No os comprendo.

—Lo que pretendes...

—Decid.

—Es un secreto que no nos pertenece.

—Ese secreto...

—Es del rey; es de Bernardo del Carpio.

—Pero es que ese secreto puede hacer que yo cometa inocentemente una felonía, dando al que menos lo merezca una superioridad que pudiera tener funestas consecuencias para su contrario.

—Es cierto en la apariencia.

—¿En la apariencia?

—Sí.

—¿Y por qué no en el fondo?

—Porque lo escrito ha de cumplirse, y se cumplirá á pesar de vuestros esfuerzos.

—¿Creeis que lo que ha de suceder está previsto?

—Sin duda alguna.

—Pero de todas maneras, suceda lo que quiera, ¿me negareis que voy á hacer derramar la sangre de centenares de inocentes soldados?

—¡Oh!... Eso es lo más triste.

—¿Me negareis que voy á conducirlos á la pelea, á perecer en el campo de batalla, tal vez por una causa inícuca, injusta, maldita?

—No os lo puedo negar.

—Pues concededme que si vuestro saber alcanza á señalarme, entre esos dos hombres, el rumbo que debo seguir, debeis en conciencia hacerlo.

—El secreto no es mio.

—Pero de su revelacion pende la vida de muchos hombres.

—El rey podria castigarme.

—Yo os juro que vuestras palabras no saldrán de mi pecho.

—Dispensadme, pero no os conozco.

—Os empeño mi palabra y fé de caballero de que antes de poco sabreis quien yo soy. Por lo demás, si una fortuna vale vuestra revelacion, tambien os la daré.

—Tened entendido, caballero, que Ismail no es el viejo judío en quien labra hondamente la ambicion ni la avaricia ruin. Ismail cambia su ciencia por una pequeña cantidad de oro; pero no la vende por todos los tesoros de la tierra. Voy á deciros lo único que me está permitido. Voy á indicaros lo que tal vez en otra ocasion no me encontrariais dispuesto á pronunciar.

El rey estaba ansioso de oir al anciano.

Parecia que su existencia estaba pendiente de sus palabras.

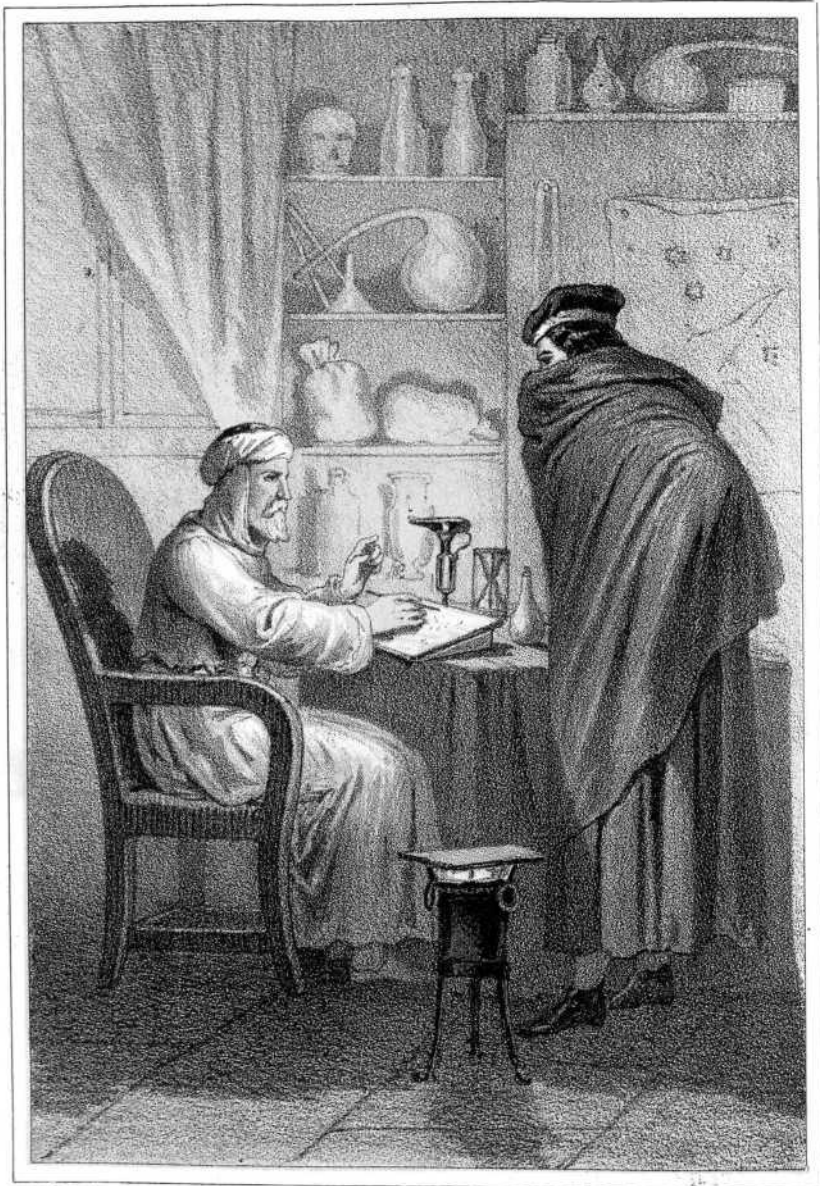
Contenia la respiracion y fijaba en él sus ojos, como queriendo leer, penetrar en aquella alma oscura, insondable.

—Me presentais el asunto de manera,—prosiguió Ismail,—que me mueve un sentimiento de compasion á deciros parte de lo que apetecceis.

—¡Oh!... Gracias, gracias.

—¿Estais dispuesto á negar al rey lo que os pide?

—¡Al rey!... Eso... ya comprendereis...



J. Cebrían dib. y lit.

Lit. Iberica Madrid

“Mirad, Señor; lo escrito ha de cumplirse”

—Si no estais dispuesto á hacerlo, sabed que vuestros soldados van á morir...

—¡Ah!... no dudeis; acabad.

—Por una causa injusta.

—¡La del rey!...

—Sí.

D. Ordoño temblaba.

Preveia de antemano lo que iba á suceder, y no obstante, aquella nueva demostracion de sus presentimientos; aquel augurio de su porvenir; aquella voz que espontánea é imparcialmente respondia de improviso al grito misterioso de su conciencia, le consternaba, le abatia, le asustaba hasta el último extremo.

El judío no apartaba de él sus ojos.

De vez en cuando, una sonrisa cruel, sangrienta, inexplicable, vagaba por sus labios.

Cualquiera diria que adivinaba los ocultos dolores del desdichado que estaba en su presencia, gozándose en ellos con una fruicion infernal.

El rey estaba abrumado, abatido, sin fuerzas para continuar tamaña lucha.

—¡Oh!—murmuró despues de algunos instantes de silencio.—Yo quisiera... yo quisiera que fuérais más explícito.

—Imposible.

—No lo es nada para vos.

—Os dije cuanto estaba en mi mano; más de lo que debia.

—¡Es tan poco!

—Bastante para vuestro objeto.

—¿Vos lo creéis?

—Sin duda.

—¡Oh!... ¡Si supiérais, Ismail!... ¡Si supiérais!...

—¡Qué he de saber, señor!... Al contrario de lo que suponeis... quisiera ignorar muchas cosas.

—Sin embargo... hay secretos que matan; penas que ahogan; instantes que pueden decidir de toda una eternidad.

—No os entiendo; ignoro á lo que os referís; pero no por eso dejaré de confesar que habeis dicho una verdad grande. Secretos que matan, penas que ahogan. ¡Oh!... sí; hay recuerdos que oprimen el corazon hasta esprimirlo; que abruman el entendimiento hasta secarlo; que arrebatan de golpe nuestra última esperanza, como arrebató el vendaval el

delicado lirio del valle. Yo tambien he sufrido mucho, señor; yo tambien he devorado en silencio muchas penas; tambien en mis mejillas arrugadas se ha secado el llanto de mis ojos. Y aún... aún el fuego de mi corazon no se ha extinguido; todavía la nieve de mi cabeza no ha cubierto con frio glacial la ardiente lava que en mis venas corre. ¡Penas decis!... ¡Qué otras penas encontraré que excedan á las mias!

—¡Vos tambien sois desgraciado!

—Más que vos.

—Si tuviera perdida la esperanza...

—Yo, señor, no conservo ni aun la idea de lo que fué.

—Si viviera sin ilusiones...

—Las mias están muertas, á fuerza de rigores y desengaños.

—Si me encontrara rodeado de contrariedades y disgustos...

—Yo pido al cielo que me arrebaté la vida, y hasta no dejarme morir me contraría.

—Si no tuviese amigos... fieles compañeros...

—Yo soy solo. Vivo en este retiro como en una tumba; no tengo ni amigos, ni deudos, ni familia.

—¡Tan desdichado sois!...

—Ya os lo dije: más que vos; más que otro cualquier hombre.

Ambos callaron.

El exceso de sentimiento les hizo enmudecer.

—Y decidme, Ismail, —prorumpió al fin el rey; —si yo os descubriese uno de tantos misterios como existen en nuestra mísera vida, ¿sabiais guardarlo?

—Extraño esa pregunta, señor. Decidme á vuestra vez; ¿me creéis prudente?

—Fuísteislo conmigo no hace mucho.

—En ese caso, de más está la pregunta.

—Decis muy bien, y voy á demostraros la confianza que desde este momento me inspirais.

—Gracias, señor.

—¿Estais dispuesto á servirme?

—Segun y conforme.

—Me refiero á todo aquello que ataña á mi persona.

—¡Oh!... En ese sentido, mandar podeis cuanto os plazca.

—¿Nada me ocultareis de la verdad?

—Nada, os lo juro.

D. Ordoño bajó el embozo.

—¿Me conocéis?—Preguntó al judío.

—Jamás pienso que os vi.

—Recordad bien.

—Seguro estoy de lo que os digo.

—Pues bien, mirad.—Y le alargó una mano.

En ella ostentaba un anillo.

Ismail, despues de fijarse en él un momento, levantó la cabeza y dijo con asombro:

—¡Vos, señor!... ¡Vos en mi casa!... ¡Y yo... torpe de mí! No pude prever...

—Basta, Ismail. Ni tus palabras me asustan, ni has dejado de ser prudente tratándose del rey.

—Pero lo que para otros significaba poco...

—No ha de significar mucho para mí; yo te lo ofrezco.

—¡Ah!... No obstante, yo quisiera...

—Cesa, Ismail, y pues el tiempo corre, aprovechémosle.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Pues hablemos.

CAPÍTULO XXII.

Cuatro rasgos que harán muy al caso, para el curso de nuestra historia.

Cualquiera que en aquellos momentos fijara su vista en la fisonomía del viejo Ismail, hubiera podido entrever cierta expresión, ciertos signos, que aunque de imposible interpretación, no por eso eran menos significativos.

La tensión de sus labios, cierto temblor que en ellos se percibía, demostraban, ó por lo menos parecían demostrar, que la posición en que se le colocaba era exageradamente violenta.

Á la vez, no obstante, reflejaba en sus mejillas un ligero carmin, que dominando sus años, su cansada ancianidad, su decrepitud aparente, mostraba la tersura, la transparencia, la lozanía de un hombre joven, impaciente, lleno de vida, de salud.

En sus ojos chispeaba una de esas miradas intensas y profundas, que por intervalos brillan y se apagan, demostrando sin embargo la satisfacción que produce un pensamiento felizmente realizado, cuando después de mucho desear se ha conseguido.

En la heterogeneidad de interpretaciones á que prestarse podían las expresiones distintas que acabamos de indicar, se reasumían dos principios enteramente opuestos:

Uno el sentimiento, el disgusto, la repugnancia de representar un papel más ó menos importante en aquella ridícula comedia.

Otro la alegría de alcanzar una cosa que poco á poco y trabajosamente se ha venido disponiendo.

El rey en nada de esto reparaba.

Preocupado sobradamente con sus asuntos, imposible era que se fijase en los agenos.

Su gloria, su prestigio, su esperanza, su vida, su reinado, todo se reasumia en aquel instante, todo se agrupaba para componer un conjunto que representaba su pasado, su presente, su porvenir.

De la ciencia, de la sabiduría, de la voluntad de aquel anciano, dependia tal vez el conocimiento exacto de su situacion.

De sus palabras el fundamento de sus esperanzas.

Creia D. Ordoño que dando un paso más en el camino de las preocupaciones, echándose en brazos de la hechicería, abandonándose como perdida nave á merced de un inmenso mar de sortilegios y conjuros, veria ante sus ojos abierto, inteligible, terminante, el libro desconocido de la eternidad, que le mostraria paso á paso su carrera.

Creia que rasgado el firmamento, confundido lo que es con lo que ha de ser, nada se esconderia á su ansiosa mirada.

Soñaba que al conjuro de un hombre, las brillantes estrellas dejarian la porcion del espacio que por la suprema voluntad les está señalada, viniendo á confundirse en caracteres claros y distintos, para formar en letras de brillantes la historia completa de su porvenir.

Á impulsos de tan extraña fascinacion, giraba la suerte de aquel rey, cobarde como una doncella ante el influjo de sus torpezas; irresoluto y amilanado ante su destino; fanático é ignorante como su época.

Ejemplos tenemos, y por desgracia no muy remotos, en que un monarca... ¡qué un monarca!... una gran parte de nuestro pueblo, se dejaba arrastrar en pos del fanatismo, de la supersticion, del delirio, hasta los más grandes extravíos, hasta los límites de esa region miserable donde mora, donde se alberga el fantasma de la imbecilidad.

Épocas cercanas, á cuyo recuerdo nuestra sangre se hiela, nuestro corazon se angustia y nuestra conciencia grita y se subleva.

Periodos de miseria, de estupidez, de horror, que al par que matan la inteligencia, roban el verdadero y necesario discernimiento, y siembran la semilla de la pequeñez, del raquitismo, de la perversidad, convirtiendo á los pueblos en verdaderas fosas, donde unas cuantas docenas de miserables hipócritas lanzan sin piedad á una generacion que pudo hacer grande á su patria conquistándole honor, riqueza, gloria.

Pero todo esto; cuantos incidentes y anomalías presenta nuestra historia en tiempos ya de mayores adelantos é ilustracion; las revoluciones, casi siempre distintas en la forma, pero por lo comun semejantes en el fondo, que se vienen sucediendo, que han pasado poco menos que

delante de nuestros ojos como por los cristales de un magnífico y gigantesco estereóscopo... esas... esas, aunque tan fatales y perversas como las otras, obedecían y se realizaban al impulso de una fuerza superior, de una idea tenaz, de una voluntad inflexible, que imprimiendo con recursos supremos un carácter determinado á los sucesos, les hacia marchar por el camino conveniente á su cálculo ó á su egoísmo.

Un inquisidor haciendo rodar una corona á los piés del confesionario; un rey matando hasta el último de sus soldados, y gastando hasta su último escudo por ver en sus dominios un sol eterno y brillante; una monja hipócrita y criminal tapando con una mano los ojos de sus reyes, mientras que con la otra inmolaba é impiamente la honra y la tranquilidad de una república; esas son cosas indignas, sí, pero hijas de un talento superior, y de un propósito invariable.

Esas cosas podrán representar al audaz ó al malvado, pero representan tambien al genio, que sabe doblegar muchas voluntades, y vencer muchos obstáculos.

En la lucha del entendimiento, vence el más fuerte.

Todo esto podrá ser malo, pero se comprende.

En D. Ordoño, en su reinado, semejantes cosas no sucedían.

Él luchaba solo con un hombre de inteligencia clara, pero no pasmosa.

Su hipócrita manejo no se escondía á la sazón para el rey.

Sus vicios eran por él mismo proclamados.

La opinion pública, unánime y conforme le rechazaba.

La córte en masa se apartaba de él como del antiguo Argote.

El anatema de todos, sin excepcion del monarca, pesaba sobre su cabeza.

Y no obstante, el mal no se remediaba.

La confusion crecía.

La administracion se derrumbaba.

El trono no estaba seguro.

La banca-rotasomaba su fatídica cabeza.

La dinastía iba acaso á desaparecer.

La revolucion, pero no la revolucion ordenada, hija de un plan, de una combinacion, sino esa que sin prepararse se presiente, esa que sin desearse está en la mente de todos, esa que impensada y no apetecidamente surge, se presenta, se ensancha, y va desordenada, revuelta, furiosa, á saltar desde los ámbitos más profundos, por encima del trono, se disponía con sus enmarañados y sangrientos incidentes á des-

bordarse é inundar pueblos é instituciones, reyes, todo, en fin, lo existente.

Y, no obstante, el daño no se remediaba.

¿En qué consistía?

En la ignorancia, en la preocupacion injustificada del rey, en las oscuras y vacilantes ideas de aquel cerebro, y como consecuencia en su voluntad impotente é ineficaz.

La situacion del rey llevaba el contagio á sus pueblos.

Uno y otro eran dignos de compasion.

CAPÍTULO XXIII.

La prueba.

—Bien, Ismail,—prosiguió D. Ordoño dirigiéndose al viejo nigromante.—Tu obediente deseo me responde de que veré mi propósito realizado. Tu prudencia es garante del secreto.

—Señor...

—Es inútil que tú asegures lo mismo que yo creo.

—Espero vuestros mandatos.

—¡Ah!... ¡Si supieras cuánto valor necesito!...

—Vos le teneis, señor.

—Ismail, yo te daría una régia fortuna...

—¿Por qué, D. Ordoño?

—Porque me lo inspirases.

—Acaso...

—Imposible me parece al considerar mis desdichas.

—Pensad en la mudanza, en los cambios que de tiempo en tiempo varían el aspecto de todas las cosas.

—Si ese aspecto empeorase...

—La ciencia os lo dirá.

—¿Pero es verdad, Ismail? ¿Es cierto que yo podré leer en lo futuro?...

—Cual en un libro, señor.

—¡Ay si tu prediccion se realizase!

—¿Lo dudais?—dijo Ismail dibujándose en sus labios una ligera sonrisa.

—El hombre á quien persigue la desdicha, desconfia de todo.

—El ciego no puede dudar que la luz existe.

—El que muere de desesperacion...

—No puede dudar que la vida y la salud son una verdad.

—¿Y crees que la ciencia?...

—Es el destello de la divinidad.

—¿Una y otra cosa, Ismail?...

—Son por lo comun inmutables.

D. Ordoño respiró.

Parecia que á su pecho descendia un raudal de esperanza, desconocido para él, inesperado.

—Y los signos de tus augurios, ¿crees que serán bastante perceptibles para mi entendimiento?

—Sin duda alguna, señor.

—Acaso mis ojos no sepan distinguir la verdad de la duda; lo real de lo mentido; lo más vano de lo más seguro.

—¿Distinguis con facilidad los rayos del sol? ¿Alcanzais en cuantos objetos nos rodean la mano del ingenioso artífice? ¿Comprendeis en cuanto la inmensidad de la naturaleza os ofrece, una fuerza, un poder supremo, creador, infinito?...

—Sí, todo eso lo alcanzo.

—Pues en los signos, en las señales de la ciencia, encontrareis tambien la segura, la indudable, la única y fiel expresion de los augurios.

—Es decir...

—Que sus fallos no admiten variacion.

—Sus efectos...

—Casi siempre seguros.

—Si anunciasen que mañana seria feliz...

—Veriais asomar la dicha.

—Si por el contrario...

—No tendria remedio vuestro mal.

—¡Tal fé tienes en el lenguaje de la ciencia!

—Entera, señor. Lo escrito ha de cumplirse. Lo dicho por la ciencia es...

—Pues bien; oye, Ismail,—dijo el rey ya decidido, y con un ansia febril por descargar el pecho de aquellos secretos afanes que le abrumaban.—Oye atento cuanto á esa ciencia quiero consultarle, y quiera el cielo, cuyo poder invoco, descifrar de una manera para mí favorable el eterno é insoportable misterio que me rodea.

—Os escucho.

—Tú sabes el estado del país.

—Un tanto, señor, aunque alejado del bullicio de la corte.

—No ignoras tampoco la mala suerte que pesa sobre mis pueblos.

—Desgraciadamente su clamor penetra hasta este apartado rincón.

—Puesto que así es...

—Decid, señor, que ningún otro os escucha.

—Puesto que así es,—prosiguió el rey,—necesito á toda costa que descorras de una vez, y sin consideración de ningún género, el tupido velo que cubre mis ojos. Necesito que me presentes la verdad de lo que es, y de lo que ha de ser.

—Preguntad, y estad seguro de que la ciencia os ha de responder.

—Quiero ante todo conocer el desenlace que tendrá la guerra sangrienta que sostengo con el rebelde Bernardo del Carpio.

—¿Y después?

—¡Oh!... después... después, veremos.

El anciano guardó silencio.

—Es decir,—exclamó luego con acento grave y solemne,—que me imponéis el deber...

—De no ocultarme la verdad por amarga y terrible que se presente.

—Sea.

Y acto continuo el viejo atizó la lumbre del hornillo, colocando en él una de las láminas de acero.

El rey miraba atentamente aquella operación.

Ismail revolvía de vez en cuando la delgada plancha, que fué enrojeciendo grado por grado.

Al fin se convirtió en ascua.

Entonces murmuró el anciano algunas frases ininteligibles.

Después separó la lámina del hornillo.

La colocó sobre una especie de trípode también de acero, y dejó que se enfriase un tanto.

—Venid,—dijo por fin.—Invocais á la ciencia, y ella, en nombre del Todopoderoso, al cual se subordina, del cual emana, va á responderos.

El rey palidecía á su pesar.

En el rostro del anciano se pintaba una sombra indescriptible.

Sus trémulas manos se apoderaron del frasco que contenía el licor rojizo.

Sus ojos buscaron los del monarca.

Algunas gotas, vertidas despacio y una á una, fueron á resbalar y á evaporarse sobre el acero.

El anciano continuó vertiendo aquel licor, que despues de breves instantes, en medio del desagradable chirrido que producía, vino á delinear rápidamente algunas figuras que al punto volvieron á desaparecer.

—¡Ah!...—exclamó Ismail sin poderse contener.—Ahí está, ahí está, claro como la luz del día.

D. Ordoño se inmutó terriblemente. Las incomprensibles palabras del nigromante, sin saber por qué, le asustaban.

Las figuras habian desaparecido sin que él las percibiera.

La plancha estaba de nuevo colocada sobre el hornillo.

El rey contemplaba al judío con espantados ojos, sin atreverse á romper el silencio, sin accion apenas para respirar.

Ismail entretanto meditaba.

Fruncido el ceño, caidos los brazos, y la cabeza inclinada sobre el pecho, abstraído al parecer de la manera más completa, diriase que olvidaba al rey para ocuparse solo de sí mismo.

La explicacion de las figuras cabalísticas que tan rápidamente acababa de sorprender, le preocupaba enteramente.

La terminante explicacion de aquel problema ya por la ciencia resuelto, absorbía toda su atencion, toda su inteligencia.

Por último levantó la cabeza, miró con fijeza á D. Ordoño, pendiente á la sazon de sus labios, y...—Escuchad,—le dijo;—vos vinisteis aquí á descubrir arcanos, para todos y hasta para vos mismo insondables. La voz ha sonado en las alturas; la verdad ha cruzado el espacio, y vos, rey D. Ordoño, vais á saber, aunque triste, la realidad y peligros que os amenazan. Escuchad, que ni yo puedo vender mi ciencia, ni mis labios pueden engañaros.

—¡Oh!... decid, decid por piedad. La impaciencia, la ansiedad, la incertidumbre, me están matando. Anunciadme la muerte, pero que sea de una vez, de un solo golpe.

Ismail habia separado la lámina de metal, que ya fria limpió cuidadosamente hasta dejarla en un admirable estado de brillantez.

Luego se la mostró al rey.

—El contacto,—dijo,—de ese líquido con el acero candente, ha calcado en fuerza del poder de mis conjuros, las figuras que veis.

El rey se fijó más. Sobre la plancha se distinguian efectivamente algunos caracteres que D. Ordoño no podía, no acertaba por el pronto á descifrar.

—Y bien...—murmuró.

—Ellos, no lo dudeis, responderán cumplidamente á vuestro deseo.

—Explicadlos.

—Oid.

El adivino cogió una varilla de alambre sumamente fina y flexible, y con ella señaló la primera figura.

El rey se dispuso á escuchar con gran atencion.

Su interés crecía por instantes.

CAPÍTULO XXIII.

La primera verdad.

—Mirad, señor.

—¿Y bien?

—¿Veis este guerrero que en primer término se levanta?

—Sí.

—Vedle más de cerca; el líquido vertido por mí sobre la plancha ha calcado en él las insignias de un rey.

—¿Ese rey seré yo?

—No, ciertamente. El orden de las figuras, por lo menos, así lo explica.

—Pues adelante, adelante sin dilacion.

—Á continuacion se distingue un anciano.

—¿Quién es?

—Los nombres, señor, es lo que hasta hoy no he podido arrancar á la ciencia.

—Entonces, Ismail, ¿cómo creer en sus revelaciones?

—Por la verdad práctica que nos presenta. En los hechos es sobrado elocuente.

—Pero es muy parca en la explicacion que nosotros debemos pedirle.

—Sin embargo, señor, veamos si la exposicion de los accidentes que se ofrecen á nuestros ojos imprimen en el ánimo el sentimiento de la realidad, toda vez que para determinar la fábula de estas combinaciones, siempre estareis á tiempo.

Ismail continuó, señalando la lámina:

—La actitud de esta figura real respira disgusto, furor, contrariedad. Este anciano, noble por los signos de su vestidura, camina extendiendo los brazos. Ved, señor; sobre sus pómulos se observan dos horribles huecos; sus ojos no aparecen; las pupilas no se distinguen; ese hombre...

—Acaba.

—Está ciego.

El rey palideció.

Principiaba á desvanecerse el misterio.

La historia ocupaba un lugar preferente en aquella sesion.

El rey Ramiro y el conde de Saldaña pasaron á un tiempo mismo por la mente de D. Ordoño.

—Adelante, adelante; —dijo imperiosamente al judío.

—Otra figura, tambien con manto y corona real, aparece en seguida.

—¿Qué indica?

—Os lo diré. Su trono está inclinado á la derecha; ved, señor, ved cómo parece que se derrumba.

—¡Oh!... Por piedad, acabemos.

—Á su lado, un guerrero en traje de batalla amenaza destruirle con su espada. El rey se dispone á defender la herencia de sus mayores.

—Al fin...

—Pudiera conseguirlo si otro guerrero que aparece en la última línea, detras del segundo, no agitara con brio esa tea... señal segura, indudable de la discordia.

—¿Y ese hombre?...

—Su nombre no se revelará; solo podré indicaros, porque la ciencia nos lo dice, y vos podeis verlo, que sus ojos no se abren á la verdad, y que su torpeza destruirá ese trono.

D. Ordoño miró con fijeza al judío.

Sobre la plancha aparecian en efecto todas aquellas figuras.

La combinacion era completa.

La interpretacion exacta.

Toda la cábala de Ismail podia reducirse á la historia de aquellos tiempos; á los accidentes que rodeaban la existencia del monarca.

Sin embargo, ¿no podria ser cuanto pasaba, una añagaza de aquel hombre?

¿No seria su revelacion un acto meditado, y hecho con astucia é intencion?

Lo que le contaba ¿no era lo que de público se decia?

¿No podria su reproduccion, presentada en aquella forma, valer á Ismail la reputacion de que tal vez carecia?

¡Oh!... Quizá buscando el rey un calmante á sus penas, las excitaba.

Acaso se hacia peor su situacion, cuando á toda costa queria resolverla.

Tal vez el misterio se hacia mayor, en el punto mismo en que él intentaba desvanecerle.

¿Seria una farsa indigna la que se estaba representando?

¿Serian reales y positivos aquellos puntos de contacto que entre sus cálculos y las combinaciones del judío se iban estableciendo?

Era preciso concluir.

Á durar poco más aquellas dudas é indecisiones crueles, D. Ordoño se volveria loco sin obtener el más pequeño resultado.

¿Qué hacer?

Ni su dignidad le permitia pedir al judío más explicaciones, ni él quedaba persuadido por entero de la exactitud de sus demostraciones gravísimas.

Un medio le quedaba y se decidió á ponerle en práctica, fuera cualquiera su resultado.

El emisario de Saldaña primero, y luego el servidor de la dama á quien sin conocer amaba, le hablaron de dos incidentes que guardaban entre sí cierta relacion.

Aunque el primero, segun dijo, consultó al judío, y aun cuando este le indicó que solo el rey podria descubrir á los asesinos de su señora, no era fácil que hubieran entrado en minuciosos detalles que pusieran al nigromante al pormenor de un secreto de tanto interés para el del Carpio.

En cuanto á lo acaecido á la otra dama, con seguridad calculaba D. Ordoño que no sabia absolutamente nada.

De ambas cosas se propuso formar una prueba irrecusable de la ciencia de que Ismail con tanto orgullo hacia ostentacion.

—Bueno,—exclamó despues de un breve rato de completo silencio.

—Tus cábalas me auguran un porvenir desastroso.

—¡Oh!... Yo quisiera...

—Evitarlo, te lo agradezco; pero eso es imposible.

—No para vos, señor.

—¿Qué dices?

—Vuestro destino...

—Me deja sin defensa posible.

—Os equivocais, señor.

—Tú lo dijiste.

—Recordad la última figura.

—¿Y bien?

—Ella es la clave de las desventuras que amenazan al parecer á vuestros pueblos.

—Cesa, Ismail. El rey Ordoño puede morir como buen guerrero; pero jamás doblegará su voluntad á ridículas consejas.

—¿Tal creéis?

—Ó poco menos.

—¡Ah!... Por desgracia llegará un día en que la experiencia hablará por mis láminas de metal.

—Entonces...

—Confesareis, señor...

—Que tu ciencia no me engañaba.

—Exactamente.

—Hasta entonces, deja que dude. La duda, en muchas ocasiones, es la felicidad.

—Teneis razon.

—Entretanto, y á fin de que mi conciencia halle un poco de la fé que no puedo hasta ahora encontrar, vas á hacer otro experimento...

—Mandad, pues ya os dije que á todo me teneis dispuesto.

—En ese caso, vas á decirme qué ha ocurrido á cierta dama que habitaba el castillo de Saldaña...

—Sé lo que me vais á preguntar.

—¿Lo sabes?...

—Por una casualidad.

—Veamos.

—Hace algunas horas que un caballero se presentó aquí con el fin de consultar á la ciencia sobre cierta desgracia ocurrida en el castillo de Saldaña.

—¿Y bien?

—Levanté las figuras...

—Acaba.

—Y el secreto quedó encerrado en mi corazon. El resultado que obtuve fué tal, que por primera vez en mi vida, juzgué que mis combinaciones mentian.

—¡Ismail!...

—Os lo repito; las huellas que este líquido grabó sobre el metal, me asustaron.

—¿Qué decían?

—Lo ignoro; su interpretacion, á la vez que me aterraba, se hacia imposible.

—Yo necesito saber...

—Fuera mejor que lo ignorárais.

—¡Vive el cielo!... ¿Qué misterio, qué peligro, qué amargura puede guardar para mí la desgracia de que hablamos?

—Lo ignoro, señor; pero... un secreto presentimiento me induce á suplicaros que no trateis de profundizar en ese arcano.

—Nunca, Ismail; nunca podria yo ceder á semejante ruego. Crece mi curiosidad con tus palabras, y quiero satisfacerla en el momento.

—¡Por piedad, señor!

—Venga esa plancha, donde segun tu parecer, se encierra tan grande enigma.

—¡Oh!...

—Lo quiero, Ismail.

—Ved...

—Lo mando.

El judío obedeció.

Otra lámina de acero mostró al rey algunos confusos caracteres.

Sus ojos los devoraban.

Por el pronto nada pudo comprender.

—Descifra;—dijo imperiosamente al judío.

CAPÍTULO XXIV.

En el qué se ve que la situación del rey empeora.

Ismail estudiaba con afán las emociones que sentía D. Ordoño, sin embargo de que este procuraba tenerlas medio escondidas en el fondo de su alma.

El judío comprendió perfectamente la prueba á que quería sujetarle el monarca.

Un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

Una sonrisa de desden dilató sus labios.

Luego principió á relatar la historia que se le pedía.

—Esta figura nos presenta de nuevo á un rey. Vedle á los piés de una dama en actitud suplicante.

Esta mujer es jóven y hermosa.

Otra dama, hermosa y jóven tambien, contempla una vision que representa á la Fama. Ansiosa, vuelve á reproducirse aquí espiando los movimientos del primer grupo. ¿La veis? Pues bien: reparad, señor, y distinguireis en último término á estas dos mujeres, la una trémula en presencia del cadáver de la otra.

D. Ordoño se inmutó.

—Y dime, Ismail. ¿Qué se dibuja sobre la frente de la primera?

—¡Ah, señor!... Justamente es el signo en que he sentido mis dudas.

—¿Qué es?—repitió el rey.

—Es...

—Acaba.

—Una diadema real.

—¡Miserable!...

—Señor...

—No, Ismail. No he querido ofenderte; la presion violenta en que me has colocado es la que ocasiona esta sobreexcitacion. La paciencia se agota y me falta ya valor para sufrir. Prosigue... y acabemos por mi vida, esta porfia.

—Nada más dice la ciencia.

—¡Nada más!...

—Vedlo vos mismo.

—¿Y cómo interpretas?...

—Ya os dije, señor, que mi experiencia, mi práctica en estos asuntos, no ha sido bastante á acertar esta combinacion misteriosa. Solo el poder supremo, desenmarañando este enigma, pudiera daros la explicacion que deseais.

—Vas á continuar, Ismail. Á nuestra entrevista falta lo principal.

—Decid, señor.

—Hace pocos dias ha desaparecido otra dama de una manera rara é ignorada tambien... Consulta á la ciencia, y sepamos, si es posible, qué suerte pudo caberle.

Ismail no contestó.

Mientras que D. Ordoño meditaba sombría y profundamente sobre los arcanos que cada vez con más insistencia embargaban su razon, él sopló su hornillo, colocó en él una nueva plancha de metal, la puso á los grados de calor necesarios, vertió el líquido y presentó al rey el resultado.

Las figuras que en la lámina aparecieron eran semejantes á las anteriores.

Su actitud, su colocacion, no variaban sino en muy poca cosa.

D. Ordoño sintió una angustia horrible.

La explicacion que se daba en vista de todo aquello, era cruel.

Doña Munia, por accidentes tremendos, inexplicables, que apenas se acertaban á imaginar, se presentaba y movia en el asombrado espíritu de su esposo con extraña obstinacion.

Era una complicacion infernal.

Era un laberinto que fatigaba el alma.

Luego... ¿qué nueva relacion unia á la amada de Bernardo del Carpio con su bella desconocida?

¿Qué reproduccion inexplicable era la que el judío ofrecia á sus ojos?

Su cerebro se ardía.

En su completa paralización de facultades, se encontraba hasta incapacitado para pensar.

Loco, desesperado, hondamente conmovido, abandonó la morada del judío para encerrarse de nuevo en el alcázar.

Cuando la puerta se cerró, el judío elevó al cielo sus manos, y con lágrimas en los ojos dió gracias al Todopoderoso, juzgando sus votos cumplidos.

Despues se verificó en su persona una metamórfosis completa.

Se despojó de sus atavíos.

Desaparecieron su barba y blanca cabellera.

Daniel apareció en lugar de Ismail.

El paje acababa de mostrar al rey Ordoño su porvenir y su destino.

Á poco tambien abandonó la casa de la calle de la Estrella, y cruzó la ciudad.

CAPÍTULO XXV.

Un conocido antiguo.

Daniel aprovechaba los pocos instantes que podía robar á sus ocupaciones, consistentes la mayor parte del tiempo en inquirir noticias del suceso acaecido en Saldaña, consagrándolos á Ortuño, su antiguo servidor, y posteriormente hostelero en la plaza Real.

Al oscurecer, por lo general, entraba en su establecimiento, y allí escuchaba las murmuraciones y escandalosa crónica de la ciudad, todo relatado con mordacidad chispeante por los aficionados y adoradores del dios Baco.

En el momento á que nos referimos, tomaba posesion de la mesa en que siempre se colocaba.

La concurrencia era grande.

La chismografía no tenia límite.

Los ánimos se exaltaban.

Las noticias llegadas de Saldaña eran, segun los asistentes á la hostería de la Estrella, desoladoras.

La ansiedad, el disgusto, el temor, se difundian con la velocidad más pasmosa.

Daniel seguia cuidadoso todos los movimientos, todos los giros, todos los contrastes que nacia de aquella agitada muchedumbre.

De improviso la puerta se abrió con estrépito.

Un soldado de fisonomía estúpida y soez entró en la sala.

El paje le vió.

Como movido por un resorte, se levantó.

Sin embargo, dominado instantáneamente volvió á ocupar su puesto, aunque fijo siempre en aquella fisonomía, que á no dudar, traía á su memoria algun recuerdo de interés.

El soldado pidió un jarro de vino.

Apenas lo vació se dispuso á salir.

Daniel hizo otro tanto.

Ambos se perdieron á poco en las callejuelas inmediatas á la plaza Real.

Uno tras otro, y sin que el primero se apercibiera de aquella especie de espionaje desplegado por el segundo, siguieron hasta llegar cerca de los muros de la ciudad, á un sitio enteramente desierto, propio más que para honrados transeuntes, para hambrientos y poco concienzudos salteadores.

El paje apretó el paso.

El soldado oyó sus pisadas, y volvió la cabeza en el momento mismo en que aquel le daba alcance.

Al ver aquel bulto, que sin más preámbulos parecía querer lanzarse sobre él, empuñó su daga.

El paje sorprendió el movimiento.

—Quieto, quieto,—le dijo.—No es tiempo de hacer armas; antes de que yo os mate, tengo que haceros dos preguntas.

—¡Voto al infierno!—rujió el otro.—¿Quién sois, y por qué os dirigis á mí de esa manera?

—Vas á saberlo. ¿Me conoces?

Y el paje bajó el embozo de su manto.

—Pienso que no os vi jamás.

—Pues te engañas. Repasa en tu memoria las ocasiones en que has consumado un crimen...

—¡Oh!...

—Más calma. Piensa, repito, en esas ocasiones, y sin duda recordarás quién soy.

—Vos me equivocais con otro.

—¿Eso crees?

—Estoy seguro de ello.

—Jamás se olvida al asesino...

—¡Qué decis!...

—Cuando se le sorprende en el momento de inmolar á su víctima.

—¡Oh!... me estais provocando...

—No pude hacerlo cuando huías del castillo de Saldaña, y por esta razon...

Daniel no pudo terminar la frase.

La daga que el soldado desenvainó con brio al escuchar aquella indicacion, se dirigia rápida hácia su pecho.

El brazo del asesino quedó suspendido en el aire.

La acerada mano de su interlocutor lo apretaba con una fuerza descomunal.

—¡¡Infame!! ¡¡Miserable!! ¡¡Asesino!!... ¿Crees que tu acero traspasará mi corazon con la misma facilidad que el de una mujer indefensa y débil? Prepárate á morir si tus labios no pronuncian con la prontitud que yo necesito toda la verdad de esa historia inicua. ¿Quién te mandó á Saldaña?

Y al decir esto, el paje dió una fuerte sacudida al brazo del soldado.

La daga saltó á larga distancia.

—¿Quién te mandó á Saldaña?

—Os lo diré,—rujió el asesino,—en el momento que vertais la última gota de vuestra sangre.

Á la vez dió dos pasos á la espalda, avanzando en seguida hácia Daniel sable en mano, y con resuelta actitud.

—¿Prefieres que te clave en el muro? Bien está; tú callarás el secreto, pero no te moverás de aquí sin que yo te dé tu castigo.

El acero de Daniel buscó al del soldado.

Algunas chispas y un ligero martilleo formado por las espadas, marcaron el principio del combate.

La agilidad, fuerza y destreza de Daniel, dominaron á su antagonista en el acto.

Á la segunda parada, el último rodaba por el suelo, atravesado el pecho al parecer, y espirante.

—Llevas tu merecido, cobarde. Ni los hombres en este mundo, ni Dios en el otro, perdonarán tu indigna conducta.

—¡Ah!... escuchad... escuchad. Siento que la vida se me acaba...

—Sí; la herida es mortal.

—Lo sé.

—¿Y qué me quieres?

—Vuestras últimas palabras me asustan. Creo en Dios á pesar de que mi existencia es un reguero de sangre. Creo en Dios... y quiero...

—¡Ah!... ¡quieres confesar tus faltas!...—exclamó Daniel lanzándose con ansiedad al moribundo.—¿Quieres?..

—Sí... sí... Deseo que el cielo me conceda algunos instantes... pero... no puedo... mi espíritu desfallece... me siento morir...

—No, no. Si tus palabras son hijas de la conciencia, si el remordimiento las dicta, si tu arrepentimiento es sincero...

—Sí... sí... Dios lo sabe...

—Entonces confía en su misericordia. Acaso pueda aún salvar tu vida; acaso...

La voz de Daniel se ahogó en su garganta; un frio intenso, agudo, desgarrador, sintió en el pecho, á la vez que su vista se oscureció. Un vértigo mortal le hizo caer exánime al lado del asesino.

El sable que aquel miserable procuró no abandonar ni un segundo, acababa de herirle en la cabeza con una impetuosidad irresistible.

CAPÍTULO XXVI.

Los amantes.

Al final de un espacioso jardín, dependiente de una magnífica casa, se levanta un pequeño y elegante pabellon, perfectamente resguardado por un espeso bosquecillo de musgo, pedestal de una multitud de jazmines y amapolas.

Dentro de él, y en un lujoso lecho, un ojo experto poseedor de esa fabulosa facultad á que llaman doble vista, distinguiria á un apuesto y gentil caballero, que fijos los ojos en el cortinaje de la cama y oprimiendo con ambas manos su frente, parecia querer parar su pensamiento, reasumiendo y ordenando las ideas que en tropel se le escapaban.

Así permaneció largo rato.

Al fin, pareciéndole escuchar un ligero rumor al pié de una de sus ventanas, hizo un pequeño movimiento.

La voz que hasta sus oidos llegaba era de mujer.

—Hiciste bien en traerle, —decia.—Es la mejor manera de que nuestro secreto quede guardado para siempre. Ahora espérame, y te daré el premio prometido.

Nada más oyó.

La puertecilla del pabellon se abrió.

En su dintel apareció una dama.

El caballero, que no era otro que nuestro paje, lanzó un grito de sorpresa.

Era doña Luz.

¡Doña Luz!... El objeto que primero fué para el paje un elemento para la consecucion de sus planes, convirtiéndose luego en un sueño de delirante amor.

El único ser que habia conmovido su corazon.

La única mujer á quien de cierta manera habia amado.

¿Qué hacia allí?

¿Por qué su aparicion inesperada?

¿Quién le reveló su vuelta á Oviedo?

¿Quién la conducia de aquella manera á su presencia?

¿Dónde estaba?

¿Qué casa era aquella?

Tales fueron, en tumultuoso desórden, las primeras ideas de Daniel.

Á ninguna de ellas se contestaba.

Entretanto, doña Luz habia avanzado hasta su mismo lecho.

Las palabras que poco antes se oyeron, debieron ser pronunciadas por ella.

¿Qué significaban?

Preciso era saberlo.

—¡Ah!...—murmuró, dominando la sorpresa y dirigiéndose á la dama.—Si vuestros labios van á formular una acusacion, tened, señora. No me culpeis sin oirme; acaso despues me perdoneis.

—¡Eso decis, D. Sancho!... Ocupémonos hoy solo de vuestra salud. Tiempo habrá...

—No; hay explicaciones que no deben diferirse.

—Lo deseo, D. Sancho; os lo ruego.

—Nada temais, doña Luz. Mi salud es buena; la herida leve, y la pequeña pérdida de sangre que he sufrido no me impide hablaros de mi amor.

—¡De vuestro amor!...—repitió maquinalmente la dama, asomando á sus labios una fria sonrisa de desden.

—Sí, doña Luz. De mi amor, porque el afecto profundo que há tiempo os vengo profesando, es la cosa para mí más dulce y querida. ¡Ah!... ¡Si supiérais cuánto os he recordado á pesar de mis sinsabores y desdichas!

—No lo dudo, D. Sancho. Comprendo que será verdad lo que contais. Muchas veces las circunstancias hacen que aparezcamos de una manera extraña...

—¡Qué decis!

—Yo imaginé que me habriais olvidado; sospeché que vuestra au-

sencia, vuestro silencio, eran hijos de la indiferencia más absoluta; creí que alejado de mí os abandonaríais á los trasportes de otro amor más arraigado y apetecido, y... ya veis, me equivocaba; solo mi imágen ocupaba vuestra memoria. ¡Qué injusta he sido!... ¿No es verdad?

Daniel contemplaba con admiracion el semblante de su amada, que impasible y frio como el mármol de Paros, negaba la verdad de aquellas frases amorosas y sentidas.

El ademan, la voz, la forma en que doña Luz se presentaba á los ojos del paje, eran para él un misterio indefinible, un sarcasmo cruel de aquella amante idea que tan amargamente se evocaba.

—Yo no comprendo, señora,—dijo al fin incorporándose en su lecho,—no comprendo el indiferentismo que en vos predomina. Lo leo en vuestros ojos, en vuestra alma, pero no me lo explico. Amante me encontráis como en nuestros más venturosos dias, y sin embargo...

—Callad, callad, D. Sancho, y no queráis provocar explicaciones inútiles en el instante mismo en que vuestra salud peligrá. Callad, pues solo quiero que recordéis que la primera mano que os levantó al caer en tierra, exánime, fué la mia.

—¡Oh!... esto que pedís, es imposible. Yo necesito saber á toda costa lo que por vuestro corazon ha pasado. Yo os pido, señora, yo os ruego que me saqueis de esta cruel incertidumbre, porque es matarme fiera y despiadadamente el robarme de esa manera vuestro cariño.

—¡D. Sancho!...

—Os lo repito; si he de tener vida no queriéndome vos, yo la rechazo. Si queréis que al salvar mi existencia recuerde solo que la debo á vuestra humana compasion, rasgaré mis vendajes, correrá mi sangre, y perderé gustoso lo que, segun vuestras palabras, no debí á vuestro afecto: moriré, doña Luz...

—¡Loca manía!

—¿Loca... decis?...

—Sí; vuestros dias son necesarios para empresas muy altas y sagradas. Ó vuestros labios en otro tiempo mentian, ó vuestra sangre, D. Sancho, no os pertenece.

—¡Ah!... teneis razon,—murmuró Daniel con desaliento;—¡mi vida!... mi vida debe consagrarse, contra mi voluntad, á un objeto sagrado. Hoy más que nunca, carezco de voluntad...

—Pues bien, D. Sancho. Toda vez que es así, conformaos por ahora con vuestra suerte. El instante vendrá en que todos sepamos á qué

atenernos. Entretanto, procuremos la pronta curacion de esas heridas que tal vez recibisteis en defensa de...

—No prosigais;—le interrumpió el paje, á quien en aquel momento se le ocurrió que tal vez sus heridas eran la causa real y verdadera de los celos de la dama.—Las heridas que visteis, traidoramente recibidas, más que una historia de amor, revelan la necesidad de una venganza.

—Pues bien; de una ó de otra manera, cuidadlas, y no desesperéis por mi actitud respecto de vos. Si alguna queja abrigo, en breve la conoceréis, D. Sancho.

—¡Y me dejais tan pronto!

—Me es preciso.

—¿Volvereis?

—Sí.

—¿No sabré, al ménos, si me amais?...

—¡D. Sancho!... Acaso el tiempo os dirá cuánto hice por ese amor.

—¡Oh!... esperad, doña Luz; deteneos un instante. No querais dejar en mi corazon zozobra tan funesta. Oid la confesion de mi cariño; creed en la fé sincera con que os amo; escuchad... por piedad.

El ruego de Daniel era inútil.

La dama habia desaparecido.

En el momento que pronunciaba su última frase, oyó cerrarse de golpe la puerta del pabellon.

Doña Luz se alejaba.

Daniel no podia comprender lo que por él estaba pasando.

Su situacion era realmente dolorosa.

CAPÍTULO XXVII.

El asesino.

Impulsado por un movimiento inexplicable, al ver que ni sus ruegos ni sus ardientes y leales explicaciones fueron escuchadas por la mujer á quien amaba á pesar de sus infortunios, de sus desgracias, de su desesperacion, por aquella mujer á quien miró primero como un objeto que podia servir á sus cálculos, y más tarde como un ser capaz de amarle, y de hacerle algun tanto feliz, Daniel se levantó agitado de su lecho, y con objeto de llamar á doña Luz, aun á trueque de que alguno se enterara, comprometiéndola y tal vez comprometiéndose á sí mismo, se acercó á una de las ventanas.

La dama estaba ya distante.

¡Pero cuál fué sin embargo, la sorpresa de Daniel!

Por la misma calle que aquella cruzaba, y precisamente á su lado, distinguió á un hombre, cuya presencia sola bastó á conmoverle.

Era el asesino de Ildaura.

El mismo por quien él se encontraba herido y maltrecho.

¿Pero qué hacia allí?

¿Qué puntos de contacto se establecian entre la conducta de doña Luz y la suya?

¿Por qué arte aquellos dos seres se reunian en un mismo recinto?

¿Qué lazos podian existir entre el matador de su señora y la mujer á quien él dió su amor?

Era horrible.

¿Y qué hacer?

El paje bien hubiera querido lanzarse al jardín, detener á doña Luz y decirle cuanto ocurría.

Esto, sin embargo, era dar un escándalo.

Era descubrir su presencia en aquella casa, ignorada de todos sin duda.

Era publicar la deshonra de quien á su hidalguía confiaba el lustre y pureza de su nombre.

Era imposible, por lo tanto dar libre impulso al deseo.

El paje, todo esto considerado, se contuvo.

En su ardiente ansiedad, se redujo á exhalar un suspiro de impotente coraje, pensando el mejor medio de salir de aquel laberinto.

La herida que sufrió era leve.

Pequeña la pérdida de sangre.

La poca fiebre que aún sentía, parecía aumentar sus fuerzas.

En su consecuencia, Daniel se vistió, y calculando que ningun peligro le amenazaba y encontrándose dispuesto para obrar sin grandes riesgos para su salud, principió por convertir aquella misma ventana en una especie de atalaya desde la cual dominaba todo el jardín.

Era un observatorio muy á propósito para sus proyectos.

Pasaron las horas, y ni doña Luz volvió á visitarle, ni apareció de nuevo la sombra del asesino.

Un criado de la entera confianza de la primera, le sirvió la comida.

Las primeras sombras de la noche le encontraron en la más completa y triste soledad.

En aquel mismo instante, doña Luz decía al hombre á quien el paje trataba de espiar:

—Cumple mis órdenes.

—Pero ved, señora,—contestaba aquel,—que puede conocerme.

—Es imposible.—La herida que le causaste le impide moverse.

—Oh!... no os fieis, os lo repito; acaso en este mismo momento esté pensando y poniendo en práctica el proyecto de abandonar su agradable prision.

Á aquella sola idea, tembló doña Luz. Sin embargo, su pensamiento cruzó como un relámpago.

—No es posible,—murmuró;—miserable y ruin sería si tal deseara, y no creo que esto suceda. Ni él te verá, ni habrá ocasion en que tú debas cerrarle el paso.

—Pero si fuera preciso...

—Lo harías respetando siempre su vida.

—Entonces, señora, correrá la mia gran peligro.

—Repito que estás equivocado. Le he visto, y puedo con entero acierto juzgar su situación.

—Sea como vos lo decís, señora, no obstante de que el caballero más tiene de...

—Cumple mis órdenes, y déjate de comentarios que á nada conducen. El hombre salió.

Doña Luz quedó sola en su cámara.

CAPÍTULO XXVIII.

La misiva.

La noche que pasó D. Ordoño despues de su larga conferencia con el judío, fué agitada, inquieta.

Ni encontraba en el sueño el descanso de su espíritu, ni podia des- echar de su memoria cuanto habia escuchado y visto.

La sombra de Bernardo, la imágen de la misteriosa dama á quien amaba, se le presentaban sin cesar, y le empujaban con indecible porfia hácia el descubrimiento de aquellos misterios que le acosaban y aturdián.

En confuso remolino, veia todas aquellas figuras que cada cual por un motivo distinto le preocupaban, y á pesar de que procuraba agrupar y reunir incidente por incidente, cosa por cosa, concluia por no poder darse razon de ninguna.

Y sin embargo, á D. Ordoño le sucedia lo que con harta razon aconte- ce cuando nos asalta un pensamiento oscuro, inexplicable, lleno de difíciles y complicados incidentes. Á través de todo, y cual impulsado por un espíritu maléfico, en medio del caos en que se agitaba distin- guia una sombra, una no más, que le hacia detenerse y temblar.

Aquella sombra era la de doña Munia.

En las cábalas formadas por Ismail, aparecia un figura coronada.

En su época, la única á quien podia referirse aquella indicacion era la reina.

Este pensamiento, nacido en un momento supremo, sostenido por los antecedentes que mediaron entre él y su esposa durante la perma-

nencia de la dama desconocida en Oviedo, se fué desarrollando y tomando incremento en el corazon del rey.

Su mujer le amaba.

Estaba celosa.

Su amor propio debia estar honda y tristemente resentido.

Los celos son los peores consejeros para un alma enamorada.

Pueden principiar en la desconfianza.

Pueden terminar en el crimen.

Doña Munia era un ángel.

Conocia el rey la pureza, la bondad, la hidalguía de aquel corazon, como conocia la rectitud de sus principios y la severa inflexibilidad de su conciencia.

Pero no obstante, su fortaleza pudo ceder á un momento de aturdimiento.

Su carácter se pudo doblegar al peso de una infame calumnia, de una intriga ruin.

Pudo ser presa de un vértigo cruel, y en aquel instante realizar lo que acaso explicado no comprendiera.

La ciencia lo decia, y segun el judío Ismail, no podia mentir.

D. Ordoño se desesperaba.

La luz de la aurora invadia su cámara, y él estaba aún despierto.

Seguia el rumbo que caprichosamente le marcaban sus cavilaciones, cuando un rumor lejano y cada vez más creciente vino á fijar su atencion.

Llamó.

Presentáronse en el acto los servidores que de servicio estaban.

Preguntó la causa de aquel alboroto, y supo que era ocasionado por la llegada de dos guerreros que le traian nuevas del conde D. Vela.

El rey se vistió apresuradamente.

Los emisarios fueron conducidos en el acto á su pres encia.

Calcular puede el lector la ansiedad y el interés con que les veria.

Aquellos hombres iban á resolver su primera incertidumbre.

—Y bien,—les preguntó.—¿Os manda el conde D. Vela?

—Sí, señor.

—Mi ejército...

—Queda acampado en una buena posicion próxima á Saldaña.

Respiró el rey.

Al preguntar con intencion por su ejército, juzgó que no existiendo, aquellos soldados no podrian encontrar una respuesta.

Pero la obtuvo.

Su ejército permanecía al frente de Saldaña.

¿Pero continuaba el asedio?

Iba á saberlo.

—Y bien,—prosiguió.—¿Cómo puede resistir aún la fortaleza? ¿Qué hace el conde? ¿Ha vencido al del Carpio?

—Señor,—respondió uno de los emisarios.—El conde D. Vela nos entregó este pergamino. En él hallareis, sin duda, cuanto apeteceis saber.

Leyó D. Ordoño.

Un temblor convulsivo, que procuraba hacer imperceptible, agitó su mano.

Una vez enterado, guardó el escrito con aparente y forzada serenidad.

En su impasible rostro se leía, sin embargo, el terrible golpe que acababa de sufrir.

—¿Qué soldados juzgais que pueden quedar á la vista del castillo?

—Señor...

—Decidme la verdad.

—Grandes pérdidas se han experimentado...

—Lo sé.

—Los combates han sido sangrientos.

—No lo dudo.

—Por lo tanto...

—Acabad.

—Comprendo que el ejército real habrá quedado reducido...

Y los dos soldados se miraban como recelosos de decir al monarca la verdad de las cosas.

—Decidlo de una vez.

—Á unos dos mil peones y caballos.

—¿Nada más?

—Desgraciadamente.

—El resto...

—Peció en los muros del castillo.

—¿Cuántos asaltos se dieron?

—Cuatro.

—¡Y en todos ellos retrocedísteis!...

—En todos ellos, señor, corrió sin economizarse nada la sangre.

—¿Cómo se explica entonces el mal éxito de la campaña?

—Señor, se explica teniendo presente las fuerzas que á Saldaña guardan.

—Sus defensores...

—Pasan de cinco mil, y aumentan más cada día.

—¿Y cómo se aventuró vuestro caudillo?...

—Se ignoró hasta el momento del ataque la verdad de las cosas.

—Los de la fortaleza...

—No hicieron alarde alguno de fuerzas hasta que nos vieron en sus murallas.

—Está bien. Retiraos, y dentro de tres horas volved á recibir mis órdenes.

D. Ordoño quedó solo.

Solo con la realidad, con el desengaño, con la desesperacion.

El emisario de Bernardo no habia mentido.

La ciencia le dijo la verdad.

Estaba vencido.

Los sublevados podrian marchar muy pronto sobre Oviedo.

Su trono, su corona, su libertad, su vida, todo, todo estaba á la merced de su enemigo, que de seguro no le perdonaria, y cuya compasion, por otra parte, rechazaba él mismo.

Sin amor, sin gloria, sin porvenir, sin fé, D. Ordoño, aquel rey poco antes tan querido, tan satisfecho, tan poderoso, era á la sazón el hombre más desgraciado de la tierra.

Su historia terminaba.

Presentia que su reinado iba á concluir.

Veia ocultarse, quizá para siempre, el sol de la Rioja y de Clavijo.

En el acto, y sin esperar á más, mandó llamar á los nobles del reino que en la còrte se encontraban y que aún permanecian fieles á sus banderas, y decidió adoptar, de acuerdo con ellos, el último y más supremo recurso.

CAPÍTULO XXIX.

El rey y la córte.

En breve estuvieron todos reunidos.

D. Ordoño les refirió cuanto ocurría.

La consternacion y el desaliento fueron generales.

Los amigos del favorito, que eran pocos é interesados, permanecian mudos, sin valor para levantar los ojos.

Sus enemigos, que eran muchos y poderosos, miraban al monarca con lástima, pero revelaban en sus semblantes el convencimiento íntimo de que solo su empeño por sostener el valimiento de aquel hombre funesto era el que los colocaba en aquella difícil y casi insuperable situacion.

Preciso era resolver.

Ninguno queria ser el primero á romper la fria reserva en que cada cual procuraba encerrarse.

D. Ordoño se vió en la necesidad imprescindible de tomar la iniciativa.

—Ya veis,—dijo con voz un tanto apagada.—Es doloroso cuanto acabo de referir, pero desgraciadamente es la verdad: los tiempos han eslabonado los sucesos de una manera harto fatal para nuestros pueblos, y ya... creedme; solo el olvido de los pasados errores, la fé en el porvenir, el amor á la patria y el deseo de permanecer leales al rey, es lo único en que os debeis fijar, si no quereis que el verdadero conflicto se realice.

—Los nobles,—dijo á esto el conde Sabiniano,—jamás podrán aban-

donar á su patria ni á su rey; sus haciendas y sus vidas son el primer tributo que á tan sagrados objetos deben consagrar.

Todos afirmaron lo dicho por el conde Sabiniano, si bien con la severa frialdad de que estaban poseídos.

—Gracias, gracias, señores, por vuestra resignacion y vuestro patriotismo. Yo os juro que en breve, una vez dominada la situacion por que atravesámos, el rey satisfará vuestras nobles aspiraciones, procurando desprenderse de todo lo que puede ser un obstáculo, siquiera ligero, para la felicidad del país.

Comprendieron los concurrentes la intencion del rey.

Pero era tarde.

Aun cuando en lo por venir ofreciera la enmienda, la desgracia en lo presente existia.

El mal estaba ya hecho.

El gran edificio cuyos cimientos tan mala y torpemente se habian falseado, no podia ser ni duradero, ni sólido.

No obstante, todos, á las excitaciones del rey, se dispusieron á remediar el daño que más inmediatamente amenazaba.

Fijáronse, pues, en la reunion de recursos pecuniarios.

Las arcas reales estaban completamente vacias.

La hacienda, próxima á una espantosa banca-rotta.

Discutida punto por punto cosa tan importante como precisa, resultó que ni el país ni el monarca podian atender al sostenimiento y prosecucion de la guerra.

Vistas las supremas dificultades que se ofrecieron, se acordó que cada uno de los nobles aprontara los recursos posibles en obsequio de su patria.

Los ofrecimientos se multiplicaron, y la crisis espantosa se salvó por fortuna.

Se pensó á continuacion en la forma de engrosar el ejército.

Nuevas dificultades.

Pero otra vez los nobles ofrecieron al rey completar los tercios hasta ocho mil hombres, número que se consideraba indispensable.

Dispusiéronse las cosas con tal prontitud, que á los dos dias salió el nuevo ejército de la capital.

Los mensajeros que envió D. Vela, llevaban para este un pergamino escrito de puño y letra de D. Ordoño.

En él decia entre otras cosas:

«El sentimiento que la campaña que proseguis me causa, es grande.

El riesgo que corre el trono, inmenso. Las dificultades que con una nueva derrota encontraremos, insuperables.

«No os ciegue por lo tanto el despecho de los pasados males. Obrad con prudencia y tino como corresponde á un esclarecido capitán de cuya direccion y consejo depende la salvacion del país. No os precipite el deseo, pues hecho el postrer esfuerzo, nada importa que el éxito decisivo y favorable se haga esperar. La nobleza, el reino entero tiene en vos fija la vista. No volvais derrotado, porque esto haria vuestra situacion insostenible».

CAPÍTULO XXX.

Sobre seguro.

Delante del pabellon donde Daniel se encontraba, se podia distinguir un hombre, que de vez en cuando y con un cuidado exquisito, subia la pequeña escalinata, escuchaba atento, y persuadido de que todo permanecia en silenciosa quietud, tornaba á proseguir su paseo.

Pero en cuanto de sus observaciones deducia, se engañaba grandemente.

En medio de la oscuridad, inmóvil y afanoso, el paje seguia con ardiente mirada todos los movimientos, todas las evoluciones de aquella especie de centinela, cuya mision se reducía sin duda alguna á guardar el apartado rincon en que se encontraba.

Á fuerza de mirar y de familiarizarse con las sombras de la noche, Daniel creyó conocer al hombre de Saldaña; al que poco antes y traídoramente pretendió acabar con su vida; al asesino, en fin, de su señora.

—¡Oh!...—murmuró;—lo que es ahora, yo te juro por quien soy que no han de valerte tu astucia y malas artes. Ó te arrancaré la vida, ó me dirás tu secreto.

Acto continuo se dirigió á la puerta, levantó el pestillo sin producir el ruido más leve, y esperó.

El guardian continuó su ejercicio.

Al fin repitió su visita al pabellon.

Aplicó el oido á la cerradura, y escuchó.

En aquel momento, una mano de acero oprimió su garganta con una

fuerza irresistible, sintiendo á la vez en el pecho la fria punta de una daga.

En seguida, y como arrebatado por un brazo hercúleo, se encontró en medio del pabellon.

Mudo de sorpresa, espantado por tan brusca y tremenda arremetida, procuró distinguir los objetos á través de la oscuridad.

Imposible.

Más repuesto, y creyendo que todo era una nueva asechanza del caballero, quiso defenderse.

Buscó su daga, tambien inútilmente.

Habia desaparecido de su cinto.

Entonces quiso gritar.

Pero ni la férrea mano soltaba su garganta, ni tardó, á su primer movimiento, en sentir el frio y desagradable contacto del puñal.

Una voz breve, imperiosa, comprimida, le dijo al mismo tiempo estas palabras:

—Al primer grito, á la más pequeña resistencia, eres muerto.

Luego sintió que le soltaban.

Daniel dió luz á una pequeña lámpara, que al ponerse en observacion cuidó de cubrir completa y absolutamente.

Entonces nuestros personajes se encontraron frente á frente.

El paje cerró la puerta.

Luego se dirigió al asesino.

—Te escapaste una vez de mis manos,—le dijo,—pero te aseguro que no volverá á suceder. Vas á morir si no acudes tú mismo á tu salvacion, revelándome cuanto quiero saber.

Aquel hombre se consideró perdido.

En los ojos del caballero leyó su fin cercano.

La idea de una muerte segura heló su sangre.

Tuvo miedo.

Indefenso, sin posible resistencia, con los antecedentes sentados respecto de aquel guerrero, consideró su perdicion segura, y tembló.

—¿Hablarás?—Preguntó de nuevo el paje.

—Señor, no me es posible.

—Lo será.

—El agradecimiento sella mis labios.

—No importa.

—Cumplo con un deber...

—Deber infame.

- Obedezco á quien me manda.
- Mándate ahora mi acero.
- ¿Matareis á un hombre indefenso?
- Sí.
- Ved que esto no es propio de vos.
- Mi justicia hará desaparecer á un cobarde asesino.
- ¡Ah!... compadeced al hombre que para vivir no encuentra otros recursos.
- Mientes.
- Señor...
- Mientes, porque al hombre de corazon y honrado, nunca le falta el sustento.
- Dado el primer paso...
- Se debe buscar la enmienda.
- Los grandes, señor, dominan á los pequeños. Hay órdenes, preceptos, que no pueden rechazarse.
- Por esa razon hay tambien crímenes que se deben expiar.
- Daniel se acercó más, blandiendo la daga.
- Acabemos,—rujió—¿Quién se apoderó de aquella dama?
- Yo,—respondió con resolucion el asesino.
- ¿Quién te dió la orden?
- Ved que de mis actos puedo yo responderos. Pero de los agenos secretos...
- Darás cuenta á Dios, si á mí me lo niegas.
- ¡Ah!... deteneos. Ved que mi lealtad es la que me hace obrar así.
- Mi hidalguía te responde de tu secreto.
- Si eso fuera verdad...
- ¿Dudas?... miserable!...
- Pues bien, preguntad: todo os lo diré. Sois valiente; sois caballero, y sé que al empeñar vuestra palabra, á costa de todo, la cumplireis.
- Habla. ¿Quien te encargó...
- Una dama.
- ¿La reina acaso?
- ¡La reina!... No señor.
- ¿No?—Exclamó Daniel palideciendo hasta la lividez, y viendo que todos sus cálculos iban á desvanecerse como el humo.
- Os lo juro.
- Pues quién, acaba, ¿quién te confió semejante infamia?
- Doña Luz.

El rayo que atraviesa el espacio; el pensamiento que se trasporta con más rapidez aún; la espada que de un golpe atraviesa el pecho, no produjeran un efecto más instantáneo y más terrible que el de aquellas palabras en el alma de Daniel.

Apenas acertaba á darse cuenta de lo que acababa de oír.

¡Doña Luz la autora de aquel crimen horrible!

¡Ella la que armó el brazo de aquel hombre para ocasionar la pérdida de una mujer tan buena é inofensiva!

—¡Cómo explicarse aquel enigma!

Doña Luz podía saber la pasión que D. Vela profesaba á su señora.

Al considerarse humillada por su marido, pudo muy bien quererse vengar de su rival.

En un movimiento de odio, aquel atentado, siempre criminal é infame, pudo hasta cierto punto ser lógico.

Pero doña Luz no amaba á su esposo.

Olvidada de toda expresión amorosa, cada cual seguía su camino, sin ocuparse mucho de lo demás.

Los celos, pues, no pudieron ocasionar aquel conflicto.

Daniel acabó por no poder explicarse tan raro misterio.

En su consecuencia, se redujo á inquirir lo que el otro hombre supiera.

—¿Qué motivo,—le interrogó de nuevo,—pudo inducir á doña Luz á encargarte una cosa tan horrible?

—Lo ignoro.

—No puede ser. Algo habrás comprendido, alguna frase de tu señora; alguna explicación involuntaria...

—Las palabras de doña Luz fueron contadas.

—Repítelas.

—Poco más ó menos, me dijo que montase á caballo, procurase penetrar en el castillo de Saldaña, é hiciese desaparecer á la única mujer que en él había.

—¡Ira de Dios!...

—No dijo más.

—Y tú...

—Yo procuré cumplir...

—Procuraste cumplir la horrible orden con entera exactitud.

—¿Qué había de hacer?

—¡Miserable!... Es decir...

—Que si la casualidad no hubiera dispuesto otra cosa...

—¡Qué dices!... ¿Otra cosa?... ¿No era tu mision?...

—Matarla.

—¡Oh!...—Exclamó Daniel, corriendo por su cuerpo un estremecimiento nervioso.

—Pero fiando en nuestra palabra, os diré...

—Acaba; acaba por piedad!

—Os diré que no pude cumplir lo que se me ordenó.

—Tiemblo comprenderte; lo ansío, y sin embargo...

—Pues no hay razon para eso.

—Tal vez...

—Tal vez no ha sido tan desgraciado el fin de esa dama.

—¡Oh!... la fortuna más completa te daría yo en cambio de una palabra.

—Pues creed...

—¿No ha muerto?

—No; esa dama...

—¿Está?...

—En poder del privado del rey.

CAPÍTULO XXXI.

La consulta.

Pasado el último acceso que sufrió Ildaura, el conde D. Vela trataba por todos los medios imaginables de hacerla recobrar la razón perdida.

Todos ignoraban en el campamento quién era la persona que habitaba el pabellón.

Solo Witesindo conocía el secreto del privado.

Sin embargo, el que permaneciera allí era comprometido.

Alguno podía conocerla, y saberse lo que tanto interesaba al conde que se ignorase.

¿Qué hacer?

Witesindo, por otra parte, le dejaba frecuentemente comprender que su carácter hidalgo y leal no hermanaba bien con aquella participación, siquiera fuera indirecta, con un hecho que reprobaba altamente.

Considerado todo esto por el conde, resolvió acabar con aquella situación para él comprometida, asegurando á la vez la posesión de Ildaura, con el más completo silencio.

La salud de la pobre dama empeoraba, y su estado hacia que el privado del rey se alarmase.

Dudoso y vacilando en la determinación que debía tomar, llamó á Witesindo.

—Quiero aconsejarme de vos,—le dijo.

—Vos direis, señor conde, lo que os ocurre.

—Sabeis, pues el único fuisteis á quien lo he confiado, la gravedad del caso en que me encuentro.

—Acaso os referis...

—Á Ildaura.

—Sí, lo sé por desgracia, y os juro que me pesa este secreto en el corazon.

—Ya no tiene remedio, Witesindo.

—Harto os debe pesar.

—Os engañais.

—El amor de esa mujer...

—Causará mi eterna desdicha; teneis razon.

—Entonces...

—Habré conseguido, no obstante, el conocer lo que ser pudiera una felicidad suprema, que para mí se ha trocado en dolor y amargos sabores.

—Perdonadme, señor conde, si en nada de lo que me contais encuentro el más pequeño rasgo de ese amor que asegurais que sentís.

—¡Witesindo!

—Os lo repito á fuer de leal.

—El amor...

—Yo le comprendo de otra manera.

—Segun vos...

—Es el sentimiento puro, grande, sublime, que nos eleva. No la passion material y egoista que nos puede arrojar en el abismo, sino el movimiento de abnegacion y sacrificio que nos levanta á los ojos de Dios. El amor, señor conde, no ha de reconocer por principio la satisfaccion de nuestro empeño ó la realizacion de lo que deseamos, sino que ha de formar el pedestal indestructible de respeto y miramiento al objeto amado.

—¡Ah!... ¡Eso entendeis por amor!

—Sí, eso entiendo.

—Es decir, que, segun vos, se debe aceptar como compensacion...

—Todo; desde la felicidad más determinada, hasta el sacrificio más completo.

—Con vuestras máximas, si en el amor de una mujer estriba el porvenir, la fortuna, la vida de un hombre...

—Todo eso, y más á ser posible, debe consagrarse á ella.

—Y si en cambio de todo eso nos paga con la peor ingratitud...

—Es una prueba más del afecto del hombre, que le hará grande,

si no en el ánimo de los demás que lo ignoran, para con su propia conciencia.

—Si no puede vivir sin el objeto amado...

—Se resigna.

—Si es un tormento su vida...

—Procura por todos los medios olvidarla.

—Si esto no es posible...

—Lucha y lucha sin cesar...

—Y al cabo...

—Al cabo vence.

—¡Oh!... callad. Lo que decis no está en mis fuerzas.

—Lo siento... por vos, señor conde.

—Ya en este caso...

—Os escucho.

—Lo que espero de vos es, como os dije, un consejo.

—Explicadme...

—Yo no puedo prescindir de esa mujer; su amor, su presencia, su soñada posesion es mi vida, y yo sigo... ¡qué quereis!... sigo la senda que me señala mi destino.

—En tal caso, os diré francamente que no entiendo lo que de mí quereis.

—Es muy sencillo. Conocéis mi secreto; teneis ingenio...

—Y bien.

—Quiero que aquí los dos ideemos la forma de evitar que la presencia de Ildaura sea descubierta, dando lugar á nuevos y más desagradables sucesos: su situacion, ya lo veis, es comprometida, y una ligereza, una imprudencia, el más leve descuido, puede ponerme en el caso...

—De aceptar un cargo, para el cual no encontrais defensa posible.

—Siempre la tiene mi frenético amor.

—Pero jamás la manera de apoderaros de esa dama.

—Por mí ganó su vida.

—Pero pierde lo que es más querido, más sagrado, más grande. Pierde la honra.

—Á Dios tan solo, Witesindo, daré yo cuenta de ese desvarío. Por el momento lo que únicamente deseo es ver el medio más seguro de ocultarla á los ojos de todos.

—¿Y quereis que yo?...

—Vengais en mi auxilio para encontrarlo.

Un relámpago de indignacion pasó por el semblante de Witesindo.

Sus ojos despidieron un destello de esa altivez propia de un corazon honrado.

Á sus labios asomó una sonrisa de desden.

—Perdonadme, señor conde. Por esta vez os habeis equivocado, infiriéndome, sin quererlo, una ofensa.

—¡Qué decis!...

—Mi debilidad, mi afecto hácia vos, pudo llevarme al extremo de escuchar esa historia, tormento cruel de vuestra alma. Por lástima hácia esa desdichada, pude acercarme hasta el lugar donde la guardais. Por noble y amigo vuestro, puedo guardar silencio en un asunto que sienta mal en vos. Pero terciar de otra manera en este secreto, ayudaros en unos designios que ni alcanzo ni deseo conocer en adelante, esto, don Vela... es imposible. Witesindo no doblega sus sentimientos á una accion que rechaza, que le lastima.

—¡Oh!... no esperaba de vos...

—Os engañásteis.

—¿Me abandonaréis?....

—Jamás en lo que de mí dependa. Pero lo que me pedís no cumple á mi voluntad, sino á mi honra, y esta, señor conde, está muy alta.

—No quise ofenderos.

—Lo creo así.

—Amistad os pedia...

—Y yo, bien á mi pesar, no puedo acceder á lo que deseais.

—Solo encontraré lo que por vos no consigo.

—Quiera el cielo iluminaros, haciendo que elijais el mejor de los caminos.

—Podeis retiraros, Witesindo.

—Esperaba vuestro permiso, señor conde.

El capitán salió de la tienda con el corazon oprimido.

Adivinaba que habia de ser fatal el destino que á la pobre dama estaba reservado.

Ansiaba ver llegar el dia de su regreso á Oviedo, para separarse de aquel hombre funesto, creado para matar y perder cuanto tocaba.

CAPÍTULO XXXII.

Una de tantas soluciones.

Cuando se ha andado la mayor parte del mal camino, un paso más importa poco.

Cuando se ha recorrido toda la escala de la depravacion y de la infamia, un crimen más no debe pesar en la balanza.

Un hombre ha de ser del todo bueno, ó malo por completo.

La medianía en la virtud ó en el vicio, es para muchos una cosa inexplicable.

D. Vela no podia ser bueno y malo á la vez.

Era ya un gran criminal, que acaso se perdia más pronto queriendo retroceder.

Su vida era una cosa que solo podia sostenerse por medio del artificio.

Lo artificial en él no podia consistir en hipócritas variaciones que engañasen á los demás.

Nadie le hubiera creído.

Era preciso que lo artificial en él fuera todo lo malo, todo lo repugnante, todo lo odioso.

Su poder y su existencia se eclipsaban por momentos.

La cuestion se reducía, pues, á defenderse un poco más.

«Para morir, se decía á sí mismo, es preciso que yo agote todos los recursos, saciando al mismo tiempo todas mis aspiraciones.

«El mundo entero me abandona; no hago nada de más, haciéndole sentir ínterin pueda, mi abrumador y aborrecido poder.

Paguémonos él y yo en la misma moneda, y cuando suene la hora... que me encuentre lo menos arrepentido que sea posible.»

En aquellos momentos de vértigo, el mundo rodaba en loca confusión ante sus ojos; caían las víctimas; llovía el oro; crecía el estruendo; brotaba el placer; sentía extinguirse su aliento... y cerraba al sueño los ojos, entre carcajadas satánicas, y goces y sangre.

Estaba en el último grado de esa febril embriaguez que debe sentir el que no encuentra medio de salvacion ni en el cielo ni en la tierra.

Al salir Witesindo, el conde se encontró en uno de los instantes en que, olvidándose de todo, solo se ocupaba de sí mismo.

Llamó al soldado en quien más confianza tenia, y le hizo entrar en su departamento.

—¿Tienes,—le preguntó,—dos compañeros capaces de guardar la mayor reserva en una empresa de empeño para mí?

—Los habrá, señor.

—Cuidado, que del éxito responderán sus cabezas y...

—Os entiendo, señor conde; y la mia.

—Precisamente.

—Mandad, que con obedeceros fielmente, habré por mi parte cumplido.

—Pues bien; escucha.

Y D. Vela, receloso como si los lienzos de su tienda pudieran sorprender sus palabras, habló al soldado con cuidadoso secreto, de una manera imperceptible aun para el oído más cauto y delicado.

Despues salió.

Á la mitad de la noche, algunos soldados cuyo número y circunstancias no podian distinguirse en las oscuras sombras, se alejaba del campamento, dirigiéndose á la capital.

No seguian, sin embargo, el camino.

Dejándole á un lado é internándose en lo posible en las quebraduras del monte, fueron acercándose á buen paso á la côrte.

Pasados cuatro dias, y tambien por la madrugada, se observó una cosa bien rara en los calabozos del alcázar real.

Dos hombres penetraron en sus oscuras galerías.

Entre los dos conducian el cuerpo de una mujer.

Uno de ellos abrió, procurando no hacer mucho ruido, una puerta.

Colocaron sobre un lecho su ligera carga, cerraron, y volvieron á salir.

- Ya sabes la orden,—dijo uno á otro.
- No se me olvida.
- Hoy harás tú el servicio.
- Y mañana...
- Mañana me toca á mí.
- Sé puntual, y sobre todo...
- No me encargues el secreto, porque tanto como á tí me importa guardarlo.
- Respondemos...
- No prosigas.
- Con la cosa más útil que tiene el hombre de bien.
- Pues ya ves que el que nos manda...
- No murmures.
- Hombre, algo hemos de hacer en nuestra nueva vida.
- ¡Maldiciente!...
- Cuando con moros, ande la daga; cuando con hembras...
- Calla, calla, y procura rezar por la salvacion de tu alma, que debe estar cargadilla de pecados.
- Holgárame yo de tener alguno gordo, que algo más me parecería entonces á...
- Á quien te mandará colgar al más pequeño descuido; ¿no es esto?
- Casi, casi.
- Pues mucho ojo, y no dar ocasion á que tal suceda.
- Lléveme el diablo si creo que le quede tiempo para tanto.
- ¿Pensas que va tan de prisa el asunto?
- Como vayan despacio los refuerzos del rey...
- ¡Oh!... ya llegarán con tiempo.
- Sea lo que Dios quiera, con tal que nosotros escapemos con pellejo.
- Que lo dudo.
- En malas manos está el pandero.
- Pero nuestra comision...
- ¿Qué?
- Es fácil.
- ¿En qué te fundas?
- En que el guardar una paloma...
- Acaba.
- Es cosa sencilla.
- Si; ¿eh?

—¿Quién lo duda?

—Yo, y mucho.

—¡Diablo!

—Como lo estás oyendo.

—¿Y por qué razon?

—Por la que encierra aquel dicho, de que lo que no puede ser, es...

—Chico, dices bien. No hay que fiarse, que el diablo lo enreda, y lo que ellas no hicieran por los puños lo hicieran por las malas artes.

—Lo que es yo, te aseguro que pienso no comer y no dormir, en las horas que haya de prestar mi servicio.

—Á lo dicho me atengo, y sigo tu ejemplo.

—Pues adelante, y saca el mejor partido del tiempo que tienes libre.

—Procuraré hacerlo.

Uno de los dos partió.

El otro se quedó en la galería.

CAPÍTULO XXXIII.

En que se sigue el curso de la historia.

Cuenta la crónica que desde la noche en que el rey D. Ordoño partió con el judío Ismail sobre su futura suerte, anduvo receloso y desconfiado con la reina Munia.

Á tanto llegó su fria reserva y su repentino despego, que la pobre esposa pidió una explicación de aquella conducta, para ella tan rara é inmotivada.

Pero la explicacion se le negó una y otra vez.

El desvío siguió creciendo.

Los cortesanos lo advirtieron.

El rumor de que entre el rey y su esposa existian gravísimas desavenencias cundió con una rapidez increíble.

Aquel rumor nació leve y llegó á lo absurdo.

Cada cual lo corregía y aumentaba amoldándolo á su situacion y capricho, convirtiéndole en arma, ora en contra del soberano, ora en contra de la reina.

Quién achacaba toda la culpa á él.

Quién descubria con misterioso asombro, que doña Munia no era ni la buena esposa, ni la virtuosa dama que se habia supuesto.

La calumnia levantó su inmundia cabeza, lanzó su grito, que se encargaron de repetir sin miramiento y sin compasion centenares de lenguas.

¡Desdichados reyes!...

A la sazón, en el estado en que se encontraban los asuntos públicos, podia decirse sin temor de equivocarse que solo tenían su honra.

Tambien iban á perder aquella última prenda de su antigua grandeza.

¿Veian á la régia esposa pálida y triste?

Era una consecuencia de los malos tratamientos que sufría.

¿Sorprendian una lágrima en sus ojos, el surco de reciente llanto en sus mejillas?

Es que acaba de recibir el último de los ultrajes.

Esto, por parte de sus afectos.

Respecto de los del rey era otra cosa.

¿Le veian meditabundo, distraido?

Pensaba en la ingratitud, en la falsía, en el engaño de que su mujer le hacia víctima.

¿Perdia visiblemente la salud hasta el extremo de repetirse con terrible frecuencia los ataques que de algun tiempo venia padeciendo?

Era la violenta consecuencia de un desengaño, cuya concentracion y forzoso secreto le acarreaban una muerte segura.

Entretanto la causa seguia.

D. Ordoño se alejaba de su esposa.

Ella... vertia llanto de desesperacion.

¡Pobre reina!...

.....
 Interin que esta nueva complicacion se levantaba en torno de la familia real, la situacion del paje se hacia más y más angustiosa.

La revelacion que escuchó de los labios del servidor de doña Luz le traia sin sosiego.

¿Le habria engañado aquel hombre?

¿Seria una nueva infamia suya?

No. Quien á aquella dama debia su fortuna, no podia comprometerla de tan indigna manera.

En toda aquella historia, habia un fondo sombrío que Daniel no acertaba á comprender.

Por otra parte, la incertidumbre sobre la muerte que podria caber á su señora le desesperaba.

Momentos hubo en que dudó si habria sido preferible su muerte á encontrarse otra vez en poder de D. Vela.

Entre lo uno y lo otro... el paje no sabia qué elegir.

Faltábanle las fuerzas para tanto sufrimiento.

Se sentia desfallecer.

Notaba á la vez en su alma un vacío inmenso.

El amor que antes sentia hácia doña Luz, se trocaba en fria languidez, y á poco más en rencor y repugnancia.

Ni un recuerdo, ni una idea, ni un esfuerzo encontraba que le guiasse hácia el antiguo cariño y acendrada simpatía que aquella mujer supo inspirarle.

Ya no era su encanto.

Á la sazón la contemplaba solo como su más agudo martirio.

En aquel revuelto desórden de deducciones, en aquella posición anómala y violenta, Daniel no acertaba á adoptar resolución alguna.

Media á grandes pasos el estrecho recinto en que por un acaso, también inexplicable, habitaba, y se desesperaba y maldecía de su suerte.

Su pensamiento se negaba á señalarle el rumbo que debía seguir.

De pronto se detiene, oprime la cabeza con sus manos, y lánzase al sitio donde se encuentran su armas y su manto.

En seguida y con movimientos agitados, y como agitados rápidos, abre la puerta, baja la pequeña escalera y lánzase al palacio del privado.

CAPÍTULO XXXIV.

La descubierta.

Rayaba la aurora.

En un peloton de ginetes descendia por la pendiente del castillo de Saldaña.

Por la evolucion que practicaron al extenderse en la llanura, y por el cuidado con que registraban los contornos, se comprendia fácilmente que eran exploradores.

En breve descubrieron los restos del ejército real acampado á corta distancia.

Volvieron grupas, y se dispusieron á regresar á la fortaleza.

En aquel momento, uno de ellos, el que más avanzó camino adelante, llamó la atención de sus compañeros.

Á lo lejos se percibia una espesa polvareda.

¿Qué podia ser?

Salieron dos ginetes á todo el escape de sus corceles.

Poco despues volvieron.

Los que se acercaban eran soldados.

Los guiaba la enseña real.

Sin detenerse á nuevas averiguaciones volvieron al castillo.

En el momento de penetrar en él, el vigía hacia señal de alarma.

Los capitanes todos acudieron á la muralla.

El del Carpio se presentó tambien en ella.

En su aspecto se notaba lo mucho que sufría.

El pesar habia impreso hondas huellas en aquel semblante tan hermoso, tan varonil.

—¿Qué ocurre?—preguntó á sus compañeros de armas.—¿Por qué esta confusion, estas señales?

—Ved lo que desde aquí se distingue,—le contestaron mostrándole el camino de Oviedo.

—Es verdad. Parece que se aproximan nuevas fuerzas.

—Y al parecer numerosas.

—¡Ah!... Sin duda ese buen rey D. Ordoño se ha propuesto sepultar al pié de estas murallas los restos de su antiguo poder.

—Mentira parece que en el estado del país pueda disponer de esos recursos.

—Los soldados que veis serán los últimos que podrán combatir por esta monarquía.

—Entretanto...

—Entretanto, lucharemos por salvar á nuestra desgraciada España.

—Mirad; ya van saliendo al encuentro de los que se aproximan los restos del antiguo ejército sitiador.

—Cierto.

—En aquel grupo se distingue...

—Verdad; al favorito y sus más íntimos capitanes.

—¡El miserable!...—murmuró Bernardo palideciendo.—¡Aun confiará en la victoria!

—Pues vive el cielo, que D. Ordoño dispone de un ejército bastante mayor de lo que podíamos imaginar.

—Tenemos aún muchos enemigos que vencer.

—Les venceremos.

En aquel momento, las fuerzas que de nuevo debian cercar la fortaleza, se fueron desplegando, y tomando posesion del campo mismo que ocupó á su llegada el conde D. Vela.

CAPÍTULO XXXV.

En el alcázar.

Las antiguas prisiones del alcázar real estaban desiertas, á excepcion del calabozo que en otro tiempo ocupó el conde Sabiniano.

En él, y sentada en un rincon, se encontraba una dama que el lector conocerá muy pronto.

Era Ildaura, á quien D. Vela, en un momento de exasperacion, viendo que no encontraba otro medio más seguro de guardar en su poder, sin exponerse á las asechanzas que el del Carpio habia de poner en juego para salvarla, habia resuelto encerrar allí, prefiriendo tan repugnante extremo á la idea sola de perderla.

En su consecuencia, encargó al soldado que vimos entrar en su tienda la custodia de la dama, hizo de él una especie de carcelero, y le advirtió que del exacto cumplimiento de su mandato dependia su fortuna ó la pérdida de su cabeza.

El soldado, con el auxilio de algun otro, llenó su delicada é importante comision, y en breve tiempo Ildaura quedó instalada en el recinto donde ahora la encontramos.

Si por los disgustos más graves puede sufrir extravío la razon, es lo cierto que tambien las penas, las transiciones violentas, los tormentos materiales, pueden influir en las afecciones de un cerebro débil y quebrantado.

Ildaura era un ejemplo palpable de esta verdad.

Abandonada, triste, sola en aquella mansion horrible; sin ver á nadie, absolutamente á nadie más que á sus carceleros, y á estos en los

momentos únicamente en que entraban á suministrarle un humilde y poco delicado sustento que ella apenas probaba, sufría poco á poco una favorable reaccion, que todos los cuidados anteriores no alcanzaron.

Libre de la odiosa presencia del conde, sus ideas iban coordinándose por momentos, llegando el caso de comprender su verdadera situación, y los dolorosos accidentes por que habia pasado.

Examinó con atencion la estancia en que se encontraba, y trató de explicarse el lugar donde la habian conducido.

Aquel, segun acertadamente calculaba, no podia ser el castillo de Saldaña, cuyos más retirados departamentos conocia.

Sus espesos muros, sus macizas puertas, tampoco dejaban ocasion á dudar si seria el campo de D. Vela.

Ildaura consideraba al mismo tiempo que su enemigo no podia estar cerca, porque de ser así, su presencia la atormentaria.

La tranquilidad al fijarse en esta idea reinaba en su alma, dándole grandes momentos de lucidez de que antes carecia.

Por otra parte, el recuerdo de Bernardo fijaba más sus ideas, y de todo ello resultaba que su salud se aseguraba por momentos.

Esta era la situacion de la dama en el instante en que de nuevo la encontramos.

Inmóvil continuó algun tiempo más, y sumida al parecer en serias meditaciones.

De vez en cuando sus manos frotaban sus ojos, que recorrian despues todos los ángulos de su prision.

Los cerrojos de la puerta sonaron.

Sobresaltóse Ildaura.

El soldado á quien aquel dia tocaba hacer el servicio de carcelero, entró.

Dejó las provisiones que llevaba sobre la única mesa que en aquel reducido departamento habia, y se dispuso á salir.

CAPÍTULO XXXVI.

La brecha.

Ildaura se levantó.

—Decidme;—exclamó dirigiéndose á su severo guardian.—¿No podré yo saber el sitio en que me encuentro?

El soldado la miró entre risueño y triste, creyendo sin duda que se preparaba una de las escenas á que antes daba lugar su poco firme juicio.

—Descansad, señora, descansad;—le dijo por toda respuesta,—que tiempo llegará en que lo sepais, y más al pormenor de lo que yo pudiera decíroslo.

—¡Oh!... por piedad; ved la situación en que me encuentro; yo no quiero más que saber por qué se me tiene encerrada en esta mansion horrible.

—Nada puedo contestaros.

—¿Pero no veis que mi salud puede sufrir quebranto? Decidme á quién me puedo dirigir...

—Tranquilizaos. Pronto lo sabreis.

Dicho esto, aquel hombre cerró la puerta, y salió, dejando á la dama en el desaliento é incertidumbre que antes se encontraba.

¡Cuánto sufría!

¿Y el del Carpio? ¿No correría á salvarla? ¿Ignoraría tal vez el nuevo peligro que la amenazaba? ¡Imposible! Debía comprender que aquella infamia no podía tener otro origen que la maldita pasión del privado.

¡Oh!... Tal vez la voluntad de su amante no era la que le impedía ir en su socorro.

Acaso razones supremas, obstáculos insuperables le detenían, impidiéndole volar en su auxilio.

Aquellos soldados... aquellos soldados que asaltaban la fortaleza en el momento en que ella la abandonó por fuerza; aquel ejército que se apoderaba de los muros con un clamor y sangrienta confusión que no se borraba de su memoria, habrían vencido á su amante, y quizá...

Al llegar aquí, rompióse el hilo de sus aún poco seguras ideas.

Ante aquellas imágenes sombrías, la dama volvía á sentir los síntomas de sus pasados delirios.

¿Qué hacer?

Ella quería su libertad.

Quería correr al lado de Bernardo.

¿Pero de qué manera?

La casualidad la hizo detenerse frente del ángulo más apartado y oscuro de su calabozo.

Su vista percibió en el muro la pequeña brecha que algunos meses antes practicó su mismo amante.

Ella lo ignoraba, como ignoraba también el sitio á que aquel agujero conducía.

Y sin embargo... ¡Qué coincidencia! ¡Qué combinaciones tan asombrosas!

Aquel mismo trabajo, hecho por el hombre á quien amaba; producto de muchos afanes y desvelos; resultado de una penosa y prolongadísima tarea, en la cual había invertido una gran parte de su resignación y de su vida el hombre que la adoraba con toda la verdad y la fuerza de su alma, podía ser en aquel momento su salvación.

Por un acaso, cuyos antecedentes no podía ella juzgar, aquel mismo guerrero la ofrecía ignorada y misteriosamente el camino que la podía conducir hasta sus brazos.

Su primer impulso fué abandonar aquel sitio, como si la circunstancia en que acababa de reparar no tuviera el más leve interés.

La curiosidad pudo más que su primer movimiento.

En su consecuencia, se inclinó para observar mejor aquella abertura.

Su sorpresa fué grande al advertir que comunicaba con otro departamento.

Instintivamente y aunque con trabajo, penetró por ella, encontrándo-

se en el antiguo calabozo que por tanto tiempo guardó al infante Bernardo del Carpio.

La puerta estaba abierta.

Desde que el guerrero salió de él, en medio del desórden de una conmocion popular, y despues que Daniel abrió todas las prisiones dando libertad á cuantos en ellas se encontraban, nadie se cuidó de semejantes sitios, á excepcion de aquellos emisarios del favorito, que á la sazón guardaban á la dama.

Estos se limitaron á colocarla en el primer aposento que se les figuró, y creyéndole bastante seguro, cerraron su puerta, dejando las demás tal y como se encontraban.

CAPÍTULO XXXVII.

La fortaleza y el campamento.

Tomadas las convenientes precauciones, sitiadores y sitiados se disponían á exterminar de la manera más segura á sus contrarios.

Tanto en el castillo como en el campamento se notaba la vigilancia más exquisita.

El vigía colocado en el primero, no se apartaba de su puesto.

Las grandes guardias rodeaban por completo el segundo.

Bernardo del Carpio deseaba con toda su alma ver llegar el momento en que debía decidirse la lucha mortal empeñada con D. Ordoño.

El privado meditaba extraordinariamente la forma de acabar con su rival, salvando la desgracia segura que le anticipaba D. Ordoño, en el pergamino que contestando al suyo le remitió.

Entre la pelea y la traicion, optaba siempre por la segunda.

Era en él una segunda naturaleza.

Contra su costumbre, no consultaba con los principales jefes del ejército lo que pensaba hacer, ni daba á nadie cuenta de sus futuros proyectos para la nueva campaña.

Meditabundo y sombrío, veíasele con frecuencia salir de su tienda y examinar solo é indistintamente todos los ángulos de Saldaña.

Pasaban dias y dias sin dar una orden, sin indicar ni siquiera una escaramuza.

Los del castillo tambien sospechaban algun golpe de mano.

Temian y con razon, que no se empeñaria una lucha leal y cuerpo á cuerpo.

La táctica del privado era ya conocida.

Los capitanes aconsejaban al del Carpio que hiciese una salida, atacando el campo enemigo, y exterminando á las tropas reales sin esperar á más.

El espíritu que en unos y otros reinaba, era para este objeto inmejorable.

Los del castillo, animados con los triunfos que sin interrupcion habian venido obteniendo, no dudaban ni un momento en que de nuevo seria suya la victoria.

El del Carpio, en su juicio, era invencible.

Los del campamento sabian que en Oviedo no quedaban refuerzos.

Recordaban los apuros que aquel último alarde costaba.

Sabian que solo restaba la vergüenza y la ruina.

Repetian y contaban las pasadas derrotas.

Desconfiaban de su caudillo.

En tales condiciones, una accion decisiva era ventajosa para los rebeldes.

Sin embargo, Bernardo queria cumplir lo que una vez habia ofrecido.

Él no queria atacar.

Queria destruir á D. Ordoño, defendiéndose.

Su hidalguía rayaba en el último límite.

En él no podia llamarse pretension lo que en realidad solo tendia á formar un paralelo entre el rey injusto y el vasallo ofendido, paralelo que la nobleza del reino y los pueblos en masa sabrian juzgar.

Expuesto era el dejar al favorito en libertad tan amplia y absoluta, pero el guerrero tenia todo el sentimiento de su derecho y de su razon.

Con uno y otra creia que el destino no podia abandonarle.

CAPÍTULO XXXVIII.

La verdadera sombra del privado.

Un personaje, del cual nos ocupamos por incidencia, y que en el curso de esta verídica historia ha tenido una no escasa importancia, era el que á la sazón, envuelto en las sombras del misterio, de todos ignorado, pero entre todos confundido, miraba con ojos serenos y ánimo firme la general destruccion de su patria, y el abismo insondable á que unos pocos hombres y muchas malas voluntades la lanzaban.

Preso por una parte en las redes de una antigua venganza que guiaba todas sus acciones y dirigia todos sus proyectos, y por otra dominado del ardiente y leal deseo por hacer algo en provecho de su país, diríase y con razon que él era el único y verdadero símbolo de la vieja nobleza, levantado y orgulloso en medio de tantas ruinas.

Animado de un mal deseo, queria, sin embargo, consumir una buena obra.

Conocia las debilidades del rey, la torpeza de sus consejeros, la maldad de D. Vela, el poco prestigio que merecian los pocos buenos servidores que le restaban. Pero aquello era lo existente, lo legal, lo reconocido, y no queria volver sus armas para acabar de rasgar aquella bandera, de la cual quedaba un miserable giron.

Lo único que no dispensaba, el objeto con que no transigia, el hombre á quien odiaba, y que deseaba destruir sin pararse para conseguirlo en los medios, era el favorito, el conde D. Vela.

Ante el recuerdo de aquella figura funesta para la patria en todos

conceptos, prescindia de nobleza, de generosidad, de justicia, de hidalguía.

Para destrozár su poder, su influjo maléfico, cedian ante sus ojos todos los principios severos y nobles.

Para alentar su total destruccion, aceptaba desde el combate igual y caballeresco, hasta los recursos más ruines y miserables.

Tal contraste se observaba en él.

Tales eran sus disposiciones respecto del conde.

Si tenia razon para todo ello, el lector lo juzgará.

Aquel noble era D. Santos.

CAPÍTULO XXXIX.

Un hombre tenaz.

D. Santos, no obstante el rumbo que las cosas públicas tomaban, tan malo para sus designios, no cedia en ellos ni un paso.

Extraviada la opinion, asaltada del más terrible pánico, desconcertados los ánimos, sin saber qué pedir, sin acertar qué hacer, olvidando la miseria que al país consumía para fijar los espantados ojos en la banca-rota que amenazaba, mejor dicho, que se dejaba sentir, aún luchaba, y se resistía con todas sus fuerzas, seguro de que con la aplicacion de su pensamiento, el mal, si por el momento no se remediaba, á lo menos se contendría.

Á fuerza de constancia y de pertinaz y no interrumpida porfía, procuraba guardar y hacer crecer la efervescencia que á duras penas venía sosteniéndose en el alma de algunos nobles, que desgraciadamente fluctuaban entre la perseverancia y el desaliento.

Contábanse entre otros, Helbrando, el conde Sabiniano y el paje favorito de doña Munia.

De pocas fuerzas disponían.

Menor era aún el prestigio de la reina, á la cual, durante muchos días, ni aun veía su esposo.

No obstante, D. Santos no dejaba la arena.

Era el gladiador infatigable.

Era el porfiado adalid que quería perecer al filo del contrario acero, ó hacer morder la tierra á su enemigo.

Era el pigmeo que pretendía derribar al coloso.

Faltábanle recursos, pero le sobraba aliento.

Sus escasos medios eran suplidos por el encono que hácia D. Vela le animaba.

D. Santos no existia para el mundo.

Vivia solo para su venganza.

Desbaratados todos sus cálculos; considerando que el poder del favorito resistiria acaso mucho tiempo á los golpes que se le asestaran por medio de asechanzas é intrigas de córte, decidió acabar con él de otra manera, más indigna, pero mucho más segura.

Para conseguirlo, trató de apoderarse de un antiguo incidente, al cual dedicó algunos instantes en pasados dias, dejándole despues en el olvido.

Resuelto y con voluntad inflexible, se puso otra vez sobre la pista.

Aquel arma que bien podemos llamar traidora, se escondia en el palacio mismo del privado.

Desde aquel momento, D. Santos no dejó de observar ni una sola noche la morada de su enemigo.

Al oscurecer véasele salir de su casa, perfectamente embozado, y poco despues rondar la otra con el mismo interés y cuidado que el amante que espera una señal deseada.

Dos noches pasó el caballero de la misma manera.

En ninguna de ellas consiguió lo que al parecer queria.

Á la tercera, y cuando ya se impacientaba, decidiéndose á abandonar su ocupacion, que tan mal resultado hasta aquel momento le daba, creyó oir en el jardin, en cuya tapia estaba recostado, rumor de voces, entre las que distinguió la de una mujer.

La curiosidad se despertó en su alma.

Un secreto instinto le hizo pensar en que aquella voz le era conocida. Necesitaba enterarse de lo que en el jardin ocurria.

La tapia no era muy alta.

Entre las junturas de sus piedras cabia perfectamente el grueso de una daga.

D. Santos trepó.

En el momento en que sus ojos dominaron los objetos interiores, descubrieron una pareja que á buen paso cruzaba la calle de árboles más inmediata á la pared, dirigiéndose al pabellon que ya nuestros lectores conocen.

En él habia luz.

El caballero reparó que la mujer entraba.

Su acompañante quedó en la puerta.

Á poco rato, volvió á salir la primera, y siempre escoltada por el segundo, se dirigió al palacio.

Aquellas dos personas pasaron al regresar por debajo precisamente del sitio que D. Santos tomó por asalto.

Ella hablaba á la sazón con el otro.

El timbre de su voz, aunque contenida, llegó á oídos del que tan cuidadosamente les observaba.

Aquellas pocas frases debían perderla.

D. Santos abandonó el puesto.

Había conocido á la esposa del favorito.

En el brillo de su ardiente pupila, en la diabólica sonrisa que dilataba sus labios, se comprendía que estaba satisfecho.

Á la noche siguiente, á la misma hora, volvió á ocupar su raro observatorio.

En el pabellon había luz.

No obstante, aquella noche esperó en vano.

La dama no atravesó el jardín.

¿Habría sido pura casualidad su salida en la noche anterior?

¿Cómo saberlo?

Lo primero que D. Santos necesitaba, era enterarse de quién era la persona que ocupaba aquella apartada habitación.

Para conseguirlo, era preciso bajar.

Sin embargo, aquella operación era difícil, y á más de difícil, expuesta.

Los jardineros, algun servidor de doña Luz, la gente misma que habitaba en aquella parte, punto principal de su curiosidad, podían descubrirle, y entonces... ¿qué hacer?

No obstante, al caballero no le quedaba otro recurso.

Ó abandonar el campo y desistir de su empresa, ó hacer en el acto el reconocimiento indispensable.

Después de algunos instantes de duda, se decidió por lo último.

Examinó el jardín y la calle, en toda la extensión que la oscuridad le permitía.

Ni en la una ni en el otro había nadie.

En su consecuencia, nuestro caballero se colocó sobre la tapia, y descendió al otro lado con algun trabajo, pero evitando el hacer el más leve ruido.

De puntillas y ocultándose con los troncos de los árboles, fué avanzando poco á poco hácia el pabellon.

Cuando estuvo á poca distancia, procuró mirar por una de sus ventanas.

Nada consiguió.

Subió á uno de los bancos de césped que inmediatos á él habia.

Tampoco.

Las ventanas tenian mucha elevacion sobre el piso de aquella vivienda.

Era pues necesario avanzar más.

CAPÍTULO XL.

El misterio.

D. Santos no retrocedió.

Ya en aquel sitio, su deber era enterarse de lo que pretendía.

Así lo hizo.

Abandonó resueltamente la sombra en que procuraba ocultarse, y se dirigió á la puerta.

Á través de los resquicios y cerradura se veía más perceptiblemente la luz.

Nuestro conocido miró otra vez en derredor, y persuadido de que nadie le observaba, subió la pequeña escalinata, y aplicó el oído á la puerta.

Nada oyó.

El más absoluto silencio, la tranquilidad más completa reinaban allí.

—¿Si no habrá nadie?—murmuró con cierta inquietud el caballero.

Y procuró, no ya oír, sino ver.

La cerradura le servía para el objeto.

Por ella podía reconocer parte de la habitación.

Con ansiedad y temor de ver sus esperanzas desvanecidas, miró al interior.

Su sorpresa fué grande.

En aquel ignorado recinto estaba el complemento de su deseo; allí se resolvía un problema, si bien no enteramente desconocido, á lo menos muy dudoso para el caballero. Se descubría por fin el misterio.

La apuesta figura del paje, vuelta de espaldas hácia la puerta, apoyada la frente en una de sus manos, y en actitud de meditar profundamente, revelaban al mortal enemigo de D. Vela con más claridad, de una manera mucho más terminante de la que en sus cálculos se la ofreciese la traicion de doña Luz, el menosprecio que hacia de la honra y el nombre de su esposo.

En su insaciable afan de vengarse, revolvía ya en su imaginacion las mil formas, los mil tormentos en que podia envolver el corazon de aquel odioso enemigo, cuya sangre venia reclamando hacia mucho tiempo.

Quería satisfacer, si la satisfaccion era posible, en un solo momento, los disgustos, la amargura de una existencia que el favorito habia envenenado para siempre.

Enterado de cuanto por entonces le convenia, D. Santos volvió á trepar por la pared, y de un salto se encontró en la calle.

Á toda prisa, y con una satisfaccion que sin reparo revelaba el semblante, cruzó la parte de la ciudad que mediaba entre la casa de don Vela y el alcázar real.

Era avanzada la hora, y la puerta principal de palacio estaba ya cerrada.

El caballero dió un pequeño rodeo, y penetró por el postigo, siguiendo por el corredor ó galería que guiaba en primer término á las habitaciones de los reyes, é internándose más á las prisiones.

Á pesar de la oscuridad que en aquellos sitios reinaba, el gran conocimiento que de ellos tenia le hacia caminar con ligereza y tino.

Al llegar como á la mitad del corredor, le pareció que otra persona huía en direccion opuesta.

Fijó más la atencion; escuchó, y no le quedó duda de que á poca distancia se oian pisadas.

Noche destinada por él á aventuras, creyó que aquel incidente encerraba algo de original, y se propuso en el acto averiguarlo.

Siguió adelante.

Las pisadas breves y ligeras que antes escuchó cesaron.

Un destello de luz ténue y dudoso se percibia á lo lejos.

Avanzó.

Pronto el acero, y con dispuesto ademan, llegó hasta donde el reflejo se proyectaba.

Se encontró delante de las prisiones.

Una puerta estaba abierta de par en par,

Dentro de aquel recinto la claridad era más perceptible.

En una de las paredes vió D. Santos una brecha semicircular, que daba paso á otro calabozo.

En aquel otro precisamente era donde la luz ardia.

D. Santos no vaciló.

Siguió adelante.

Su asombro entonces no tuvo límites.

—¡Vos!... ¡Vos aquí!...—exclamó.

Y nada más se pudo oír.

De allí á poco volvió á salir de las prisiones, dirigiéndose á las habitaciones de la reina.

Á la mañana siguiente, el carcelero observó con extrañeza que Ildaura, la pobre loca, la desdichada prisionera, estaba más tranquila, más serena, más resignada que de costumbre.

La brecha estaba cuidadosamente tapada, y al ojo más avizor y experto le hubiera costado trabajo descubrirla.

El severo guardian de la dama comprendió que aquello era el resultado solo de la resignacion, cuando acaso reconocia un origen enteramente distinto.

CAPTULO XLI.

La promesa.

D. Santos penetra en la cámara de doña Munia.

¡Qué trasformacion habia sufrido en muy poco tiempo aquella infeliz reina!

El amor, los celos, el despecho, la compasion hacia sus pueblos, sus impotentes esfuerzos por salvarles, su inútil afan por atraerse el afecto de su esposo, cuyo desvío é indiferencia no se explicaba, establecian en su corazon una lucha sorda, pero horrible, que iba á grandes pasos consumiendo su vida.

Rodeada de los pocos pero leales servidores con quienes sabia que podia contar, pasaba unas veladas tristes y monótonas, en las cuales se escuchaban no pocos suspiros de tristeza, y se alcanzaba á sorprender más de una lágrima.

En el momento á que nos vamos refiriendo, doña Munia pedia al conde Sabiniano nuevas del teatro de la guerra.

—Nada sé de nuevo, señora—le contestaba el noble.—El rey se obstina en guardar la más completa reserva, asegurando que el conde don Vela nada le ha dicho desde la llegada de los últimos refuerzos. Pero hé ahí á D. Santos, que acaso...

—El cielo os guarde,—dijo el aludido, saludando respetuosamente á doña Munia.—¿Puedo saber de qué se trataba?

—De la situacion de nuestro ejército en Saldaña. La reina nos pedia noticias, pero nosotros ignoramos completamente lo que allí ocurre.

—Yo tambien lo ignoro, señora,—dijo D. Santos.—El favorito de vuestro esposo se encierra dentro de la más absoluta reserva; pero sin embargo de que nada sé, calculo lo que allí estará pasando.

—Desgraciadamente,—prorumpió doña Munia,—nada bueno augurais.

—Eso es lo cierto, señora.

—¡Cuán desconfiado sois! ¡Ni aun quereis concedernos una esperanza!

—Señora, yo la tendria de buen grado, porque de ella habia de depender precisamente la salvacion de mi patria. Pero...

—Continuad, D. Santos.

—La desgracia, la torpeza del conde son tales, que encuentro punto menos que imposible vencer el influjo de nuestro destino.

—Creed en la Providencia, D. Santos. El castigo de ese hombre no se puede hacer extensivo á un reino entero.

—El cielo os escuche, señora.

—Por lo demás...

—Por lo demás, doña Munia, dignaos reparar en la suerte de vuestros pueblos.

—¡Harto la deploro!

—Todas las calamidades, todas las desdichas imaginables pesan sobre ellos, y apenas se encontrará uno solo de vuestros vasallos que pueda con tranquilidad entregarse al sueño.

—¡Oh!... teneis razon.

—Cunde el desaliento, crece la angustia, principia á sentirse la miseria, y el hambre...

—Callad, callad por Dios. ¿No es verdad, Sabiniano, que lo que dice es horrible?

—Ojalá, señora, que cuanto D. Santos expresa no fuera la verdad.

—¡Y no poder evitarlo!

—Solo un milagro...

—¿Pero de nada sirven nuestros fieles servidores? ¿Nada podria alcanzarse en el ánimo del rey?

—Meditadlo vos misma, señora; mejor que nadie conoceis á vuestro esposo...

—Tambien teneis razon; la experiencia me ha hecho conocer que el buen deseo, los sanos consejos, el verdadero amor, alcanzan las más veces por premio el hastío, la indiferencia, el más frio é irresistible cansancio.

—Vos más que nadie, señora, luchásteis por esta pobre patria.

—Nada he podido adelantar.

—Pues considerad en ese caso qué podremos conseguir nosotros.

—Pero es necesario que esto concluya, señores. Encuéntrome en un estado en que la pérdida de nuestros dominios, la proscripción, la desgracia, es lo que menos me importa.

—¡Qué decís!—esclamaron los nobles asustados.

—Os lo repito. En mí no domina el interés de la reina al sentimiento de la mujer.

—Señora...

—¿No reparáis en el estado de mi esposo? ¿No veis su semblante?...

—¡Ah!...!

—Su salud se debilita por momentos; me hace temer...

Vuestro amor os exagera la magnitud de la afección del rey.

—No, señores, no. Yo voy siguiendo el curso de esa terrible enfermedad recientemente conocida en D. Ordoño. Lo ciencia corrobora lo que os acabo de decir.

Con efecto, D. Ordoño empeoraba.

La gota, enfermedad que al fin le llevó al sepulcro, se desarrollaba, haciendo más temible cada ataque.

—¿Y creéis,—preguntó D. Santos,—que esa afección no tiene otro origen ni está sostenida por otras causas que por los acontecimientos del país?

—Vedlo vosotros mismos; el rey gozaba de una salud inmejorable; sus padecimientos datan de los últimos sucesos; se exacerban, á tenor que las contrariedades se presentan.

—Pero sepamos qué remedio podemos poner á la lamentable situación del rey. De antiguo venimos preparando una reacción saludable, que en vano hemos procurado realizar. Nuestros recursos disminuyen al par que la desventura crece. En tal estado, ¿comprendéis que nuestros esfuerzos alcanzarán gran cosa?

—Mucho lo dificulto;—respondió el conde Sabiniano, expresando sin duda el íntimo sentimiento de su alma.

Los demás, principiando por la reina, guardaron silencio.

—No cabe duda,—prosiguió el caballero apoyando sus palabras en una sonrisa punzante y amarga.—El abismo á cuyo borde nos encontramos, no se puede salvar por el esfuerzo del país. ¿Juzgáis lo mismo?

Ninguno se atrevió á contestar.

—Es indudable,—prosiguió D. Santos.—Y sin embargo...

—Acabad,—exclamó la reina.

—Y sin embargo, es indispensable que todo esto concluya.

Un movimiento extraño agitó aquel pequeño círculo.

El ademan del caballero; la firmeza de sus palabras; la expresion de su rostro; el timbre de su voz, produjeron en todos los ánimos un efecto raro, extraño, desconocido.

—Pero vos mismo decis,—murmuró Sabiniano,—que encontrais el remedio imposible.

—Imposible, si el pueblo lo ha de aplicar. Fácil, si de ello se encarga un corazon fuerte, decidido.

—¡Un corazon decidido!... ¿Y qué conseguiria?—Preguntó doña Munia.

—¡Qué conseguiria, señora!... Lo que no ha podido conseguir el reino entero; lo que no han alcanzado motines y asonadas; lo que no han logrado intrigas y asechanzas débiles y cobardes. Ese valiente corazon conseguiria veros feliz; calmar la acerba afliccion del rey; salvar el país, las instituciones, el trono.

—¡Oh!... vuestro buen deseo os engaña.

—No, señora. Mi deseo me hace presentir que todo esto ha de suceder.

—Será tarde.

—Eso es lo único que no se puede evitar. Por mi parte me limitaré solo á preguntaros: ¿Juzgais, señores, que aquel que consiguiera verificar la reaccion por tanto tiempo apetecida, mereceria bien de vosotros?

—Un momento,—exclamó doña Munia.—Por mí os diré que si esa revolucion se ha de llevar á cabo por malas artes...

—No prosigais, señora,—la interrumpió Sabiniano.—Á la altura en que hoy nos encontramos, todos los medios serán buenos con tal de llegar al fin. ¡Quiera el cielo que aun así se pueda evitar parte del mal que por desgracia sufrimos!

—Sí, sí,—exclamaron los circunstantes.

—La dificultad,—prosiguió Sabiniano,—consiste en encontrar ese hombre, ese héroe con que al parecer sueña D. Santos. ¿Quién será capaz de poner mano á tan colosal empresa?

—Yo.

—¡Vos, D. Santos!

—Sí; y os lo repito. Resuelto una vez á afrontar el riesgo, ó lo conseguiré, ó perderé la vida en la demanda.

—¿Pero qué elementos, qué recursos, qué medios?...—preguntaron todos á la vez.

—Perdonad que los reserve; es precisamente mi secreto. Lo que os juro es que en breves dias el privado desaparecerá, ó yo dejaré de vivir.

—Gracias en nombre de la patria; gracias en mi nombre y en el de mis hijos,—murmuró la reina.—Grande es vuestro designio, pero la empresa es árdua... y vos...

—Nada temais por mí, señora.

D. Santos se dispuso á salir.

Doña Munia quedó sola de allí á pocos instantes.

Cuando la ciudad estuvo sumida en la soledad y en el silencio, abrióse la puerta de la casa que D. Santos habitaba, saliendo por ella dos ginetes, caballeros en magníficos, fuertes y ligeros corceles.

Ambos siguieron el mismo camino.

Ambos se dirigieron al castillo de Saldaña.

Entretanto D. Santos elevaba los ojos al cielo, y exclamaba con acento de amargura: «Gracias, Dios mio, gracias. Si no podeis concederme la felicidad, á lo menos no me negueis mi venganza.»

CAPÍTULO XLII.

La aparicion.

Doña Luz luchaba entre sus remordimientos y su amor hácia el paje.

Á pesar de su despecho, de sus celos, de su vergüenza al considerar su amor propio ofendido, su honor mancillado, herido su corazon por el más cruel de todos los desengaños, no podia resistir la pasion que la impelia á aquel hombre, origen en su juicio de la amargura que la devoraba.

Su afecto crecia al par que su desventura.

Las contrariedades que sufría la hacian sentir con más intensidad el daño que su amor le causaba.

El estado de doña Luz era realmente afflictivo.

Quería huir del hombre que, en su manera de considerar las cosas, causaba por entero su desgracia, y sin embargo, marchaba delirante hácia él.

Quería olvidarle, y le recordaba cada vez con más pasion.

Quería devolverle cuanto daño creía que le habia ocasionado, y no obstante, sus brazos le buscaban con más amor que nunca.

Le faltaba la voluntad.

En esta lucha estéril se desesperaba la dama, cuando Daniel, abandonando el pabellon, llegó al palacio.

Persuadido de que nadie le veía, penetró en el piso bajo, llegó á la escalera y cruzó las habitaciones que guiaban á la de doña Luz, que descuidada y sola en su cámara, seguía considerando cuán largo se

hace el tiempo cuando se es presa de un afan tan grande cual lo era el suyo.

—¡Oh!... No es posible, no es posible, —murmuraba; —esto no puede continuar así. D. Sancho me ha engañado, me ha vendido, y mi honra y mi amor deben satisfacerse. ¡Ah!... ¡Qué ansiedad! ¡Qué horrible situacion!

Asomaron algunas lágrimas á sus ojos, y volvió á quedar completamente ensimismada.

Á su espalda habia una puerta que comunicaba con el resto de la casa, y que servia de única entrada á la cámara.

En uno de aquellos momentos de postracion, creyó percibir un leve ruido, semejante al que produce el rozamiento de una cerradura.

Se levantó asustada y temerosa.

El ruido se repitió en aquella misma puerta.

Parecia que intentaban abrirla, pero de una manera torpe é insegura, cual si no conociesen el mecanismo que podia hacerla girar sobre sus goznes.

Sobresaltada por un secreto impulso, quiso llamar.

Las fuerzas le faltaron. La voz se ahogó en su garganta. Quedó inmóvil, en la posicion misma en que se encontraba.

Un semblante pálido, frio, una figura sombría y grave apareció en la estancia.

Era Daniel.

Fijó en la dama sus ojos tenaces y dilatados, y sin pronunciar una sola frase, fué avanzando lentamente hasta encontrarse á su lado.

—¡D. Sancho!—murmuró sin explicarse aquella extraña é impensada aparicion. —¡Vos aquí!

—¿Qué os sorprende? ¿Acaso no me es dado buscaros? ¿No será permitido á vuestro amante venir hasta aquí, en fuerza de abandonarle vos al más completo olvido? ¿Ya no me amais? ¿Ya os asusta la sola idea de verme en vuestra presencia?

—No es susto, D. Sancho. Vos lo digísteis; es sorpresa lo que me causais.

—¿Y por qué?

—Vuestra salud...

—Es inmejorable, señora.

—La hora de abandonar el pabellon...

—Magnífica para tratar de nuestros asuntos.

—¡Vos los recordais!

—¡Que si los recuerdo, señora!... —exclamó con impetuosidad el paje.

—Decid más bien si puedo olvidarlos un solo instante. ¡Ah!... Vos... vos sois mi pesadilla; el recuerdo más constante de mi existencia; la sombra que con más tenacidad me persigue. ¡No sabéis, doña Luz, lo que sois para mí!

En las palabras de Daniel habia tal concentracion, tal amargura, que doña Luz se le quedó mirando con espantados ojos.

—D. Sancho!...—murmuró.

—No lo dudeis, señora. Vuestro cariño, vuestros desvelos, vuestro interés por mí, me revelan toda la intensidad de vuestros sentimientos; toda la pureza de vuestra alma.

—No os entiendo.

—¡Oh!... Ya me entenderéis. Entretanto, venid; sentaos aquí, á mi lado, y departamos amistosamente sobre lo que ha ocurrido durante mi ausencia.

Doña Luz palideció.

—¿Qué es esto? ¿Temblais? Vuestra mano quiere abandonar las mias. ¿Qué pasa por vos?

—Me hablais de vuestra ausencia, y no sabéis, D. Sancho, todo el mal que esa ausencia ha producido.

Á su vez, el paje se inmutó.

—¡Todo el mal!...

—Sí.

—¿Tanto habeis sufrido?

—Tanto... que á duras penas acertaria á explicarlo.

—Pensásteis...

—Que era mentira vuestro amor, que vuestra partida significaba el olvido, y eso, D. Sancho, equivalia á la desesperacion; á la muerte.

—¿Y no pensábais?...

—Sí, pensaba mucho más;—le interrumpió doña Luz con cierta exaltacion que el paje procuraba acrecentar.

—¡Más aún!...

—Calculaba... ¡Ah!... Locuras sin duda, D. Sancho. Calculaba, que mi amor, mi memoria, no eran para vos prendas de gran valía. Que vuestra pasion habia sido un sueño, un vértigo momentáneo y fugaz, un capricho logrado y dado al olvido. Que otra mujer...

—Proseguid.

—Que otra mujer recogía vuestra consecuencia á costa de mi honra, de mis amargos desengaños; tal vez de mi existencia...

—¡Doña Luz!...

—Todo esto pensaba, y mucho más que no podria en este momento repetiros. Todo esto pensaba, y os juró...

—Que os hacia sufrir.

—Sí, sí, D. Sancho.

—Y no obstante, ya lo veis, eran quimeras vuestras. Yo solo pensaba en vos.

—¡En mí!...

—Os lo repito.

—Vuestra ausencia...

—Fué indispensable.

—Partísteis...

—De improviso, doña Luz, y sin tiempo para deciros que abandonaba la córte.

—¿Dónde estuvísteis?

—Estuve... estuve... en Toledo.

—Mentís;—gritó la dama levantándose y lanzando á Daniel una mirada de fuego.

—¡Doña Luz!...

—Mentís os digo. Pero yo os juro que vuestra villana y ruin conducta no ha de llegar impunemente hasta una mujer honrada.

CAPÍTULO XLIII.

La solución de un problema.

Era llegado el momento.

Daniel quería marchar sobre seguro, presentándose ante doña Luz de manera que ella misma viniese á confesar lo que él á toda costa quería y necesitaba saber.

Una ligereza le habia hecho atribuir á la reina lo que tan solo era una falta horrible de la mujer que á él le amaba.

Á trueque de desgarrar por completo su corazón, Daniel debía esclarecer los hechos de una manera concluyente, terminante, segura, que no dejase lugar á la más leve sombra de incertidumbre.

En la situación en que doña Luz se colocaba, la revelación debía ser completa.

El paje facilitaba el desenlace de la más acertada manera.

Doña Luz no retrocedió ante las mentidas palabras de su amante.

Antes bien, herida en su alma, orgullosa como toda mujer que estima su decoro, celosa y altiva como toda la que amando se cree humillada, siguió mirando al caballero con la altivez que da la razón, y le acusó con ese vigor y energía de quien juzga una falta que no admite defensa.

—¿Sabeis, D. Sancho,—prosiguió,—lo que conmigo habeis hecho?

—Señora...

—Me habeis engañado, perdido, deshonorado, sin tener en cuenta que yo no podía doblegar el lustre de mi nombre, mi noble corazón, el afecto de mi alma, sino ante un hombre que como yo sintiera, que

como yo supiera amar. Fuísteisme infiel; despreciásteis el sacrificio que os hice; prescindiésteis de cuanto sagrado existe para un caballero.

—Doña Luz... ¡Estais en vos!...

—Basta, D. Sancho. Vuestras últimas palabras me revelan toda la maldad de vuestro pecho.

—¡Mis palabras!...

—Sí; ni vos estuvísteis en Toledo, ni vos pensábais para nada en mi amor.

—¡Oh!... ¡qué injusta sois!

—Y no contento con burlarme de tan ruin manera, aún intentais proseguir vuestro engaño; seguir siendo traidor.

—Continuad, continuad.

—Por mi parte, D. Sancho, he concluido. Un abismo insondable nos separa; nuestros corazones ya no deben sentir sino malos recuerdos.

—Es decir, doña Luz, que una presuncion vuestra, una sospecha, son bastantes á romper los lazos que nos unian.

—¡Sospechas! ¡Presunciones!...

—Nada más, doña Luz.

—¿Es presuncion vuestra ausencia? ¿Es leve sospecha el ocultar tan cuidadosamente el sitio donde estuvísteis?

—¡Y persistis!...

—Acabemos. Libre sois por mi parte; corred, D. Sancho; corred de nuevo á Saldaña...

—¡Á Saldaña!... —exclamó á su vez el paje como sorprendido por las palabras de la dama. —¡Vos sabeis... vos sabeis!...

—Sí, lo sé todo; os he seguido paso á paso, he conocido cuantas razones de mí os alejaban.

—¡Ah!... ahora lo comprendo todo, doña Luz; vos indagásteis...

—La verdadera causa que en Saldaña os detenia. Un nuevo amor os arrancó de Oviedo.

—¡Un nuevo amor!... Y vos...

—Sí; yo lo adiviné, porque los celos adivinan.

—Los celos, señora, no adivinan; los celos... ¡ah!... los celos matan.

La verdad de lo que el paje sentia, apareció entonces á toda su altura.

Cesó el fingimiento.

La amargura y el dolor de Daniel, se presentaron con toda su horrible intensidad.

Avanzó hasta doña Luz severo y sombrío.

—Acabais, señora,—dijo con voz que apenas podía salir de su pecho,—acabais de descubrir un secreto terrible.

—¡Yo!...

—Vos misma.

—¡D. Sancho!

—Habeis llevado el exterminio al castillo de Saldaña.

—¡Callad, callad!

—Vuestro semblante lo revela todo; vuestra palidez lo confiesa; vuestros ojos, señora, lo publican.

—¡Estais loco!

—Vuestros injustos celos han sacrificado una víctima...

—¡Silencio!... ¡silencio!... —murmuró doña Luz, comprendiendo toda la gravedad de sus palabras.

—Una víctima, señora, á la cual debisteis respetar.

—¡Respetarla!

—Sí.

—Y vos... ¿qué hicisteis de mi amor?

—Guardarle en mi corazón como el más puro, el noble de mis sentimientos.

—Mis celos...

—Carecian de fundamento.

—¡D. Sancho!

—Conocedme de una vez. Yo no soy D. Sancho, señora; motivos poderosos, razones de las que acaso dependia mi vida, me obligaron contra mi voluntad á ocultaros mi nombre.

—¡Ah!... ¿no sois el que fingis?

—No, doña Luz.

—Entonces, caballero... ¿quién sois?

—Mi nombre es Daniel.

—¡Daniell!...

—Antiguo paje y ardiente servidor del infante Bernardo del Carpio.

—¡Ah!... y aquella mujer...

—Era...

—¡Quién!...

—Ildaura.

—¡Ella!...

—Sí, doña Luz. Aquella era la amada de mi señor. El único objeto que hacia soportable su vida; la única esperanza de su lacerado corazón.

—¡Ah!... ¡Daniell!... ¡Daniell!...—Gritó la dama con acento desgarrador cayendo de rodillas á los piés del caballero.

—Levantad, señora; levantad, porque nada remediareis con vuestro llanto.

—¡Ah!... ¡perdon, perdon!

—Pedidlo á Dios, doña Luz.

—Pero vos... vos...

—Á mí no me queda otro recurso que huir para siempre de vuestro lado.

—¡Ah!... ¡me matais! Ved mi dolor; ved mis remordimientos; yo estuve loca, Daniel; loca por mi desesperacion y por mi amor.

—Extraño amor, que hiere tan sin piedad.

—Culpad á la excitacion que hicísteis despertar en mi cerebro; culpad al desórden que introducís en mis ideas; culpad al dominio que vuestro amor ejerce en mi alma, pero nunca á mi intencion, que solo vos moveis. ¡Ah!... ¡Si supiérais cuánto sufro! ¡Si á costa de mi vida pudiera borrar mi atroz remordimiento, mi cruel martirio!...

—¿Lo hariais?

—¡Podeis dudarlo!

—Pues bien, doña Luz. Escuchad.

CAPÍTULO LXIV.

La reaccion.

El paje cogió á la dama de una mano y la hizo sentar á su lado.

Aquella mano estaba fria, temblorosa.

Parecia que toda la vida de aquella desgraciada aflúa y se concentraba en su corazon.

En cambio el paje estaba febril.

La lucha que venia manteniendo; su herida reciente, aunque leve; la impaciencia que sentia por resolver aquellas graves cuestiones que absorbian las mejores condiciones de su temperamento, de su inteligencia, de su vida; el fingimiento, la templanza, la serenidad de que en medio de su desesperada situacion habia hecho alarde en presencia de la dama, para no ser el primero á revelar un secreto de que indudablemente dependia el porvenir de Ildaura, de su señor, de él mismo, aumentaban la intensa calentura que le devoraba.

Doña Luz se dejó conducir maquinalmente por el caballero.

Despues de su último esfuerzo, al terminar aquel arrebato, producto de muchos instantes de lágrimas y sufrimientos, su espíritu decaia, desmayaban sus fuerzas, pudiera decirse que su corazon dejaba de latir.

En una abstraccion poderosa, en su estado de abatimiento, oia las frases de Daniel, sin encontrar fuerza bastante para contestarle.

Bajo la presion cruel en que se hallaba, ni aun pudo comprender que algo interesante queria explicar su amante cuando de aquella manera se expresaba.

Una vez sentados, Daniel continuó:

—Veamos, señora. Vos que tan ingenuamente confesais y sentis vuestra falta; vos que decís que vuestro amor por mí no tiene igual; vos que jurais que por él haríais todos los sacrificios imaginables, ¿querriais, si no remediar el daño que habeis hecho, aminorar en lo posible sus consecuencias?

—¡Ay!...—dijo la dama con mal segura voz.—Eso no es posible.

—Acaso, doña Luz.

—¿Qué decís? —prorumpió sintiéndose conmovida profundamente.

—La Providencia, señora, concede siempre un recurso, aun en los casos más extremos, más desesperados.

—¡Ah... Daniel! No hagais que con vuestras palabras se despierte y brote un deseo de todo punto irrealizable. Vos no sabeis, no sabeis...

—Nada ignoro, gracias á la voluntad infinita del cielo.

—¡Oh!... No puede ser; mi secreto...

—Yo, doña Luz, le poseo por entero.

—¡Daniel!... No soñeis. No podeis alcanzar las consecuencias de un momento de extravío. Si yo os contara... si yo os dijera todo lo que pasó...

—¡Oh!... No os exalteis por Dios.

—Es inútil, Daniel. Lo hecho es irremediable. ¡Dios mio, Dios mio! ¡Y todo por mi amor!

—¡Doña Luz, doña Luz!...

—¡Oh!... Dejadme, Daniel, olvidadme, maldecidme, matadme si quereis. Cúmplase mi destino. Acabe mi funesta mision sobre la tierra. Mi crimen... es grande; acaso más de lo que vos pensais. Mirad; ¿no veis en torno de nosotros una nube sangrienta, un espectro pálido y aterrador que me persigue, que me llama? Es ella; es la mujer á quien en el castillo de Saldaña acompañásteis. ¿No ois un gemido prolongado, penetrante, que infunde miedo en el alma, que huela la sangre en vuestras venas, que se repite sin cesar en el espacio? Pues bien; ese gemido es, Daniel, el postrero que exhaló la víctima. ¿Veis en torno nuestro unas manchas rojizas aún humeantes y las cuales no bastarian á borrar todos los esfuerzos imaginables? ¡Ah!... Esas manchas, Daniel, son la consecuencia de mi extravío, es el sacrificio, la infamia que consumó mi amor. Huid de mí; estoy maldita; mi presencia asusta; mi contacto mata; huid de mí, yo os lo ruego; dejadme sola con mi desesperacion y con mi amor.

—¡Doña Luz! ¡Doña Luz!

—Todo acabó. Mi corazón ha muerto para el hombre á quien amé.

—No; os engañais. Vos podeis haber hecho á ese hombre un daño inmenso, pero el mal pudiera no ser de todo punto incurable. Conozco vuestro secreto. Sé el rumbo que quisisteis seguir en vuestro arrebato é injusto despecho, y puedo aseguraros, por lo mismo, que el cielo se encargó de que el crimen no se consumara.

—¡Qué decis, Daniel! ¿Sabeis lo que decis? ¿Comprendeis toda la gravedad de lo que expresais? Hablad, hablad al punto... y acabe de una vez mi angustia fiera.

—Ildaura vive.

—¡Gracias, Dios mio!—Exclamó fuera de sí doña Luz dirigiendo sus brazos al cielo y con una expresion indefinible.

Tras de aquellas palabras, roto el encanto, clara la verdad de aquel enigma, solo pudo distinguirse una mirada que triste dirigia el paje á doña Luz, y los sollozos que esta exhalaba, envueltos en gratitud y reconocimiento.

El paje conocia ya todo lo acaecido.

Su corazón compadecia á aquella mujer, cuya pasión violenta la arrastró á acometer una empresa que su alma rechazaba.

Ella veia desaparecer mágicamente una sombra sangrienta que era su pesadilla, su tormento, su desesperacion.

Uno y otro se lanzaban con el mayor abandono á un nuevo camino que la esperanza les ofrecia.

Grandemente sufrieron. Mucha amargura devoraron; pero la desdicha ofrecia un límite, y acaso tambien un eslabon que de nuevo enlazaba la cadena de su porvenir.

Daniel tenia fé.

Creia en la Providencia.

De antiguo sabia que jamás su estrella le abandonó por completo.

Tal vez en aquella ocasion no iba á ser menos afortunado.

Lo que se hacia indispensable era atender á la salvacion de su señora.

No podia perder un instante.

En poder de D. Vela solo le podia esperar la deshonra.

La deshonra era peor, mil veces peor que la muerte.

Debia obrar con la mayor energía; sin perder momento; instantáneamente.

Doña Luz, lejos de perjudicarle, podia servirle de gran elemento en aquel caso.

Por otra parte, la ocasion era oportuna.

La pobre dama solo ansiaba desquitar, por medio del bien, todo el mal que habia ocasionado.

Su deseo más ardiente consistia en justificarse de la manera más cumplida á los ojos de aquel hombre, principio y término de sus aspiraciones, expresion la más viva de su amor inmenso.

No habia tiempo que perder.

El tiempo corria.

Doña Luz fué la primera á romper el silencio.

Estaba más tranquila.

Los latidos de su corazon eran menos precipitados.

Su voz más segura.

CAPÍTULO XLV.

La reparacion.

—¡Ah Daniel!... ¿Por qué no evitásteis desde un principio este momento de terrible martirio, de cruel incertidumbre?

—Doña Luz, vuestro tormento purifica por completo vuestra alma.

—Si el sufrimiento puede borrar el pecado, creed que el mio ha sido grande, muy grande. Deciais...

—Sí; decia que Ildaura vive, pero en una situacion desesperada.

—¡Oh!... no comprendo.

—Recordad antiguas historias, y alcanzareis toda la gravedad del caso. Ildaura se encuentra en poder de vuestro marido.

—¡Gran Dios!

—Es la verdad, desgraciadamente.

—¿Pero cómo, por qué artes ha logrado D. Vela?...

—Lo ignoro; pero esto, señora, es lo que sucede.

—¿Teneis seguridad en lo que decis?

—Entera, doña Luz. Pero como el averiguar la forma en que todo esto se ha verificado no es del momento, y lo es y mucho el atender á su salvacion...

—Sí, sí, Daniel; es lo primero; decid qué debemos hacer, y desde luego me tendreis dispuesta á todo.

—Yo contaba con vuestra ayuda.

—No lo debiais dudar, sabiendo que mi voluntad, mi amor y mi vida os pertenecen.

—Á vuestro amor apelo, señora; á vuestro amor, que confio...

—En que no escaseará sacrificios por haceros olvidar la amargura que derramó en vuestro pecho.

—Y bien...

—Si quereis, partiré en el momento en busca de D. Vela.

—¿Y qué adelantareis?

—Le amenazaré con revelar al rey sus maldades; le haré ver que si bien yo puedo transigir con su indiferencia, no puedo autorizar una conducta indigna que me pone en evidencia á los ojos del reino. Le diré...

—Todo será inútil.

—¿Tal creéis?

—No me cabe la más pequeña duda. Vuestro marido es cauteloso; la existencia de Ildaura cerca de él será tambien de todos ignorada; negará que cuanto digais sea verdad, y solo adelantaremos despertar sus recelos y aumentar su cuidado.

—Quizá teneis razon.

—De hecho, señora.

—¿Y qué hacer?

—Yo juzgo que seria mucho más conveniente...

—Decid.

—Dar cuenta al rey...

—Acertásteis. Pero en medio de la sangrienta lucha que D. Ordoño y el del Carpio sostienen, ¿creéis que el primero?...

—Sí; obrará ante todo como caballero

—Acaso os engañais.

—Os respondo de ello.

—¿Quién le dirá?...

—Vos misma.

—¡Yol!...

—Es la manera de que surta mejor efecto.

—¿Denunciar yo?...

—El extravío de vuestro esposo, de quien os mostrareis quejosa.

—Pensará el rey...

—Pensará que evitais, y con mucha razon, un ridículo que no merecen en manera alguna vuestra conducta, vuestra belleza, vuestro honor.

—¿Cómo medio?...

—Escribireis al monarca.

—Será lo que querais. Os dije que mi voluntad era vuestra, entera y sin condiciones, y os lo cumpliré. Solo os pido en cambio...

—Decid.

—Un poco de olvido para mis extravíos.

—Teneis más, doña Luz.

—¡Más!...

—Sí; teneis... teneis mi amor.

—¡Ah!... ¡gracias, Daniel. ¡Gracias por vuestra generosidad!

—El arrepentimiento borra la falta, y vos teneis, señora...

—¡Un alma para vos!...

—Y un pensamiento noble y puro como el de un ángel. Pecásteis, es verdad... pero espiásteis vuestra falta.

—¡Me amais aún!

—Con todo mi corazon.

El silencio embargó por algunos instantes aquellas dos almas.

La dama pidió luego al paje que le dictara el mensaje al rey, cosa que él hizo con tino y sobriedad.

Terminado, doña Luz se encargó de mandarlo al dia siguiente á su destino, rogando entretanto á su amante que ínterin no se sintiese enteramente curado de su herida, permaneciese en el lindo pabellon que le tenia designado.

Accedió él, contando con que aquella situacion no duraria mucho.

CAPÍTULO XLVI.

Dos recientes amigos.

D. Santos continuaba haciendo sus nocturnas excursiones al alcázar, y siempre en la misma forma, entraba por la callejuela que ya conocen nuestros lectores, penetraba por el postiguillo, y se dirigía á las prisiones, donde permanecía breve rato.

Durante la entrevista que el paje tuvo con doña Luz, nuestro noble, perfectamente embozado en su manto, y mirando á todas partes con el objeto de observar si alguno le veía, practicó su evolucion acostumbrada, llegando hasta el calabozo ocupado por Ildaura.

Al verle, la dama se levantó.

—¡Ah!... ¡gracias al cielo, caballero! Os esperaba con verdadero afan. Vuestra tardanza...

—Os hizo sospechar...

—Que esta noche no tendria el consuelo de veros.

—Detuviéronme asuntos de interés; pero ya veis que aprovecho el primer momento que tengo mio para cumplir con la agradable obligacion que me he impuesto.

—¡Ah!... ¡Si supiérais cuán reconocida os estoy!...

—Por Dios, señora, no deis á mi comportamiento más valor que el que tiene en sí. La casualidad hizo que nos encontráramos...

—Y desde entonces, D. Santos, habeis sido mi Providencia.

—Os engañais.

—No por cierto.

—Deber mio era, pues el cielo quiso que naciera noble, el ampararos en momentos para vos tan difíciles.

—Más hicisteis, señor, de lo que debíerais.

—¡Oh!... Dejemos esto, señora; ocupémonos solo de vuestra situación, sacando de ella el partido que posible sea.

—Creo que ningún riesgo debo temer por el momento.

—No, ciertamente. Vuestro cruel enemigo sigue en Saldaña, é ínterin dure el asedio, pienso que no debéis cuidaros de semejante hombre.

—Pero si por desgracia...

—Decid.

—Si por desgracia creyese que no estaba aquí segura, é intentase ó decidiese llevarme á más ignorado lugar...

—Teneis razon. Entonces... entonces... nos pondria en grave apuro.

—Todo es de temer, D. Santos.

—Dudo mucho que de tal cosa se ocupe. Sin embargo, desde hoy y á todo evento, haré que este sitio sea cuidadosamente vigilado, de manera que la más leve cosa que suceder pueda, llegue inmediatamente á mi noticia.

—¡Tanto desvelo por mí!...

—Callad, señora; no hagais que yo me ofenda.

—Y decidme. ¿Pensais que mi estancia aquí se prolongue?

—Todos los medios se han puesto en juego para que al momento concluya.

—El del Carpio...

—Debe saber á éstas horas lo que os acontece.

—Pero le será imposible venir en mi ayuda.

—Comprendo que por su parte nada podrá hacer, pues ni seria fácil que penetrase en la córte, ni conveniente el que dejase el castillo. Pero recordad que tiene buenos y leales servidores, que á poco esfuerzo y un tanto de cuidado, sabrán terminar la empresa y poneros á salvo de las ruines asechanzas del favorito.

—¡Ah!... sí. Tal vez os refirais...

—Me refiero á su antiguo paje; á ese hombre de hierro, de inflexible voluntad y de conducta inexplicable.

—¡Daniell!... ¡Si supiérais cuán bueno es y cuán valiente!

—Lo sé, Ildaura, lo sé. Mucho me engañaré si no viene cabalgando camino de Oviedo.

—Quiera el cielo escucharos.

—No lo dudeis. Entretanto, procurad estar tranquila. Tened confian-

za en Dios, y descansad en la seguridad de mi incansable anhelo por veros satisfecha y feliz.

—Gracias, D. Santos. Contad á vuestra vez con que mi gratitud será eterna.

Despidiéronse dama y caballero.

Aquella se recostó en su lecho, y este se dispuso á subir á la cámara de la reina.

Deslizóse hasta el oscuro corredor, é hizo rumbo á la escalerilla que ya sobradamente recordará el lector.

CAPÍTULO XLVII.

La promesa.

Pocos pasos habia dado nuestro caballero cuando tropezó con un bulto, que como él recatado, y cubierto con su embozo hasta las cejas, marchaba en opuesta direccion.

Conocióle sin embargo D. Santos, y en la seguridad de no equivocarse, bajó su manto cuando muy inmediatos estuvieron.

Entonces el que salia se detuvo.

El caballero hizo lo mismo.

—En buen hora vengais,—dijo el primero, que no era otro que el paje favorito de la reina Munia.

—Lo mismo os digo, gentil mancebo,—contestó el cortesano.

—Fria está la noche.

—Por esa razon, sin duda, procuran cubrirse bien los predilectos servidores de nuestra reina.

—¡Os chanceais!

—Ni siquiera pensarlo.

—Yo lo dije por vos...

—Y yo lo comenté sin faltar á la verdad.

—¿Creeis?...

—Que se hubiera necesitado un poder muy superior para conoceros, presentándoos de esa manera, tan rebujado y escondido...

—¡Já, já, já!...

—Veamos, ¿qué ocurre por la córte?

- Nada que de contar sea.
- La reina...
- Triste y acongojada como siempre; pena causa el verla tan macilenta y triste...
- Dios tenga compasion de doña Munia.
- No merecia en verdad tan desgraciada suerte.
- ¡Ya lo creo! Tiene virtudes inapreciables.
- Es una santa.
- ¿Y el rey?
- Sigue peor. La enfermedad que viene padeciendo hace progresos.
- Pero la ciencia...
- La ciencia, D. Santos, no puede hacer que nuestros soldados sean vencedores; que desaparezca ó por lo menos se acalle el clamor general; que las arcas se llenen, y otras cien y cien cosas que seria prolijo enumerar.
- Segun vos...
- Estas son las razones que más poderosamente influyen sobre la salud del monarca. Estad persuadido que á ser posible una solucion, ya por desdicha irrealizable, se obraria en él una reaccion completa.
- Mal fin le espera, de ser cierto vuestro augurio.
- Pues mucho temo acertar.
- Ese maldito conde...
- Él es la causa de todo.
- ¡Y no poder!...
- No; nada conseguiremos; tiene al pueblo acobardado, y reducido á la más miserable impotencia. Pero vos...
- Decid.
- Ofrecísteis há pocas noches una cosa, que mejor pensada habreis abandonado.
- ¡Niño!...—murmuró D. Santos sonriendo de una manera que el paje no se pudo explicar.—¡Niño!... ¿Conoceisme bien? ¿Sabeis si cuando yo ofrezco puedo dejar de cumplir?
- Tal vez las circunstancias...
- El dia de la expiacion se acerca; la hora del castigo para el miserable sonará pronto, muy pronto, y podeis estar seguro de que en aquel instante no estaré yo muy lejos.
- ¡Oh!... si yo pudiese ayudaros...
- ¿Tendriais valor?
- ¡Y me lo preguntais! Quisiera yo demostrar todo el aliento de mi

pecho, encontrando ocasion de colocarme acero en mano, frente á frente de ese miserable.

—¡Oh!... me place ese denuedo, y si la fortuna me concede el proporcionaros el instante que decis...

—Me ofreceis...

—Sí; os ofrezco contar con vos.

—Pero entretanto, D. Santos, ¿no me direis en lo que consisten vuestros trabajos por salvar la monarquía?

—No es posible; á mí me es dado hacer cosas distintas que á los demás. Entre ese hombre y yo...

—Sé que media la ingratitud, y aun no sé si la perfidia.

—Median cosas tan graves... que solo Dios puede juzgar del derecho que me asiste para tratar al favorito sin piedad, sin compasion. Pero esto no viene al caso, mancebo, y con tal de que la reina sea feliz, y de que nuestros pueblos sacudan el ominoso yugo que les oprime...

—Teneis razon. Con tal de que todo eso suceda, no importan las razones que independientemente os impulsen. En cuanto á lo que me concierne...

—Os ofrecí satisfaceros, y por quien soy que lo cumpliré. Acaso me será más útil de lo que pensais vuestro ofrecimiento y vuestra ayuda.

—No dudeis pedirmela.

—La pediré.

—Y ahora... ¿vais á ver á la reina?

—Sí; voy á entrar un momento en su cámara.

—Pues que el cielo os guie, y os ilumine para llevar á feliz término vuestra obra.

—Él escuche vuestro ruego, porque mis propósitos han de redundar en pró de nuestros reyes.

—La patria os recordará agradecida.

—El cielo consentirá tambien el exterminio de un hombre funesto.

Ambos caballeros se separaron.

Siguió el uno en direccion á la calle.

El otro subió la escalera que conducia hasta la cámara de doña Munia.

CAPÍTULO XLVIII.

Los dos caudillos.

Dejamos al conde D. Vela, frio y reservado con sus capitanes, apático é indeciso al parecer en su conducta, ensimismado y abstraído de la manera más exagerada.

Continuaba sus excursiones fuera del campamento en direccion de la fortaleza, frente á la cual por lo comun se detenia, examinándola con tan preciso cuidado, como si en ella radicase una fuerza de atraccion, para él imposible de resistir.

Este comportamiento llamaba en extremo la atencion del ejército, que no veia posible la solucion de aquella campaña, á continuarla el privado de tal manera.

La estacion avanzaba; pronto llegaria el verano, y entonces seria doblemente difícil la permanencia de los tercios al frente del castillo.

Murmuraban los jefes, desconfiaban los soldados, y todos acababan por no ver el pensamiento que su caudillo abrigaba.

Los de Saldaña, por su parte, no daban tampoco señales de vida.

Reducidos á la defensa de sus murallas, circunscribianse á vigilar siempre, siguiendo hasta los más pequeños movimientos del último soldado sitiador.

Por lo demás, ni los excitaban á la pelea, ni hacian alardes de fuerza, ni pensaban en hacer una salida para buscar al enemigo.

Cada diez ó doce dias se echaban los puentes, bajaba escalonándose una fuerte columna, que terminando en el castillo, apoyaba su cabeza en el pueblecillo más inmediato.

En él se surtían de lo más indispensable, dedicándose á esta faena el menor número de hombres posible, conservando su línea de batalla, y replegándose despues poco á poco á la fortaleza, que ninguno de ellos volvía á abandonar.

Tal era el estado de las cosas desde la llegada del último cuerpo de ejército.

En el castillo solo se acogía á los nobles y caballeros que solicitaban defender la causa del infante.

En cuanto á peones y ginetes, no se admitían más alistamientos: primero, porque se consideraban bastante fuertes para contrarrestar el asedio; y segundo, porque el del Carpio quería evitar á toda costa una traición, una nueva sorpresa.

Los capitanes instaban de continuo á Bernardo para que diera el golpe decisivo.

Miraban la derrota de sus contrarios como la cosa más sencilla.

Consideraban que bastaba querer hacerlo, para salir, vencer, marchar sobre la córte, derribar el trono de D. Ordoño, y levantar sobre otro nuevo una dinastía cuyo primer eslabon podía forjar su mismo caudillo.

El del Carpio oía estos planes con la sonrisa más indiferente.

Rechazaba tranquila é hidalgamente semejantes ideas, y ceñía su conducta al quietismo é inercia que de antemano manifestaba.

Diriase, y tal vez con razon, que aquel hombre lleno poco antes de esperanzas, rico de brio, de fuerza, de iniciativa, era solo una sombra dispuesta á defenderse, no por sostener su causa, no por guardar su vida, sino por guardar y defender la vida de los que á su lado peleaban.

Su corazón estaba tan muerto como su esperanza.

Sus aspiraciones consistían acaso en correr tras un objeto amado.

¡Ah!... Para seguirlo, aquel guerrero necesitaba abandonar el mundo que habitaba.

La mujer que constituía su delicia, su encanto, su vida, no habitaba la region de los vivos.

¿De qué le servían á él la victoria, el poder, los laureles, si nada de esto podía compartir con Ildaura?

Él no vivía.

Su materia podía agitarse, moverse, luchar... Pero el espíritu iba en busca de aquella adorada imágen.

Fijo en sus ideas, miraba con glacial indiferencia cuanto á su alre-

dedor acontecia, esperando con indolencia que los sucesos se fueran presentando.

No perdía para ello el tiempo el privado del rey.

El momento de jugar su fortuna se presentaba, y sobradamente sabia que su vida y su fortuna caminaban perfectamente unidas.

Él oía zumbiar en sus oídos la tormenta que tras de una derrota se debía desencadenar, y frente á frente de su destino, ni concederle quería la más pequeña ventaja que en contra suya pudiera volverse, ni quería que su estrella cambiara de rumbo antes de agotar cuantos humanos recursos estuvieran á su alcance.

Náufrago envuelto entre las poderosas olas de un mar furioso, no desesperaba de arribar á la orilla, ínterin que sus crispadas manos sujetaran una frágil tabla.

Sombría y gigantesca figura, no consentía en abandonar su terrible grandeza, sin poner en práctica los más supremos esfuerzos que á la salvacion pudiera guiar.

Ambicioso intransigente; avaro de su posicion sin rival en el reino, no comprendía que aquella pudiera cederse, sin dejar con ella fama, honor y vida.

Decidido á mantener el exclusivismo horrible de su influencia, quería que con ella se sepultasen en el abismo su rey, su patria, cuanto en el reino existía.

De no salvarse él, que todo pereciera.

Tal era su propósito.

Tal su voluntad.

Tenia entre sus manos el único elemento con que podía contar.

Aquel pequeño ejército desconfiado, si no temeroso, era el postrer sacrificio que ofrecer podía un estado que él sin compasion destruía y aniquilaba.

Un paso; el último... y el cataclismo se habria consumado.

Una sola victoria para el del Carpio, y el poder real sucumbiria rodando por el suelo para no levantarse jamás.

Esto era lo más seguro, si las fuerzas con que cada cual podía contar se calculaban.

El privado sabia perfectamente que en campo abierto, cara á cara, en lucha leal, el vencedor seria el del Carpio.

La razon, el derecho, la fuerza moral, estaban de su parte.

Su aliento se trasmitía á sus soldados.

Los triunfos que anteriormente alcanzaron, aumentaban su confianza.

La lucha debía evitarse.

Una sorpresa dentro de los muros del castillo, era muy expuesta.

El sistema era conocido, y lo más seguro sería un fracaso irremediable.

No obstante, la terminacion de aquella lucha debía contar un término.

Semejante situacion era insostenible para uno y otro bando.

La solucion debía procurarse sin tardanza.

¿Cuál podía ser?

CAPÍTULO XLIX.

El plan de ataque.

Hé aquí explicada la situación del favorito.

Hé aquí los pensamientos á que estaba entregado en cuerpo y alma.

Las ideas y proyectos que á nadie revelaba, y que calificaban todos de criminal quietismo.

El conde examinó punto por punto el resultado que podia obtener de cada una de las empresas que podia afrontar.

Una batalla era difícil.

Los de la fortaleza la rehuirían, no por temor, sino por conveniencia.

En plena posesion de su castillo, no tenían necesidad ninguna de exponerse á un riesgo de que nada bueno les podia resultar.

Era mucho más fácil el guarecerse en sus muros, procurando desde ellos el exterminio de sus contrarios.

El asalto seria tambien funesto.

Las fuerzas estaban equilibradas.

Los jefes de uno y otro bando, eran igualmente entendidos.

El espíritu de las tropas en el castillo, mejor, mucho mejor que en el campamento.

Las murallas y fuertes, de una resistencia que daba una gran superioridad á los sitiados.

Una sorpresa... seria soñar con una cosa irrealizable.

Los vigías no abandonaban ni un solo instante sus puestos.

Los centinelas no descansaban por el dia, y se doblaban por las noches.

Las guardias, rondas y contra-rondas, se encontraban á cada veinte pasos.

Los relevos se efectuaban con una frecuencia extraordinaria.

Sorprender el castillo era tan difícil como tratar de hacer que el del Carpio depusiese las armas.

Después de largas y continuas meditaciones, el favorito comprendió que solo le quedaba un partido que adoptar, un camino que seguir.

Dijimos que de tiempo en tiempo la guarnición de Saldaña hacia una maniobra particular para surtirse de lo más indispensable á su mantenimiento.

Aquel debía ser el punto de partida para los proyectos del conde.

El principio y la base de sus operaciones futuras.

El del Carpio habia visto que tales expediciones, sostenidas por miles de soldados, se verificaban con la mayor impunidad, sin que las gentes del rey tratasen ni siquiera de molestarles.

Esto era una garantía.

El recelo de que pudiesen atacarlos en tales ocasiones, no podia existir.

Semejante operacion se venia verificando con tal tranquilidad y tan gran sosiego, que el del Carpio ni aun subia á la muralla, como tenia en un principio por costumbre.

Desde el momento en que aquel pensamiento se le ocurrió, ya no pensó en otra cosa.

Se dedicó á explicar lo y á facilitar su ejecucion con una voluntad firme, incansable.

Visitó las cercanías recatándose de amigos y enemigos.

Registró minuciosa y detenidamente el sitio donde mejor podria manobrar.

Adquirió un conocimiento exacto de los accidentes del terreno.

Formó su juicio, y principió desde luego á combinar.

Rectificaba durante el dia su plan, llevado al que debia ser teatro de la accion, y dedicaba la noche á las combinaciones indispensables para el buen éxito.

Desde que principió estos trabajos, manteniendo su tarea hasta la madrugada, sus parciales y enemigos principiaron á juzgarle de distinto modo.

Ya no dudaron que encerraba su cabeza algun proyecto diabólico de los que tan peculiares le eran, y del cual no creeria oportuno decir á nadie la cosa más sencilla y leve.

Tranquilos por esta parte, y deseosos de conocer alguno de los resultados que sus meditaciones debian dar, dejaron correr el tiempo.

Entretanto, D. Vela seguia perfeccionando y mejorando su plan.

Los unos principiaban á confiar.

El otro encontraba cada vez mejor la idea que tan tenazmente le preocupaba.

Tanto y tanto se persuadió de sus ventajas, que alguna vez, en sus agitados sueños, vislumbró los apetecidos laureles de la victoria.

CAPÍTULO L.

Preparativos.

Pasados muchos dias sin que el general de las tropas reales hiciera la más pequeña demostracion en contra de los sitiados, llegó por fin el momento en que, con grande sorpresa de jefes y soldados, dió orden de que una buena parte de las fuerzas tomaran las armas, ocultándose despues en un bosque inmediato, que se extendia en la direccion precisamente de Saldaña.

Este movimiento debia efectuarse con el mayor cuidado, á fin de que los de la fortaleza no pudieran percibirse de él.

Hízose como el privado queria, y en muy poco tiempo las tropas se encontraron perfectamente emboscadas.

Nadie sabia explicarse aquella repentina y extraña maniobra; ninguno percibia en la fortaleza señal ni signo que viniese á aclarar la actitud de D. Vela.

Cierto que los rastrillos se habian abierto, y los puentes se habian bajado. Pero nadie salia del castillo, ni semejante operacion era un acontecimiento, cuando cada quince ó veinte dias se efectuaba de igual manera.

Por otra parte, y aun suponiendo que el conde tuviera noticia, que tampoco lo creian fácil, de que el del Carpio tratara de hostilizar el campamento, no juzgaban oportuna ni conveniente la posicion ocupada por aquella importante fraccion del ejército.

No solo el bosque donde se ocultaron estaba distante del resto de las fuerzas, razon por la cual seria tarde cuando en caso de ataque tratara

de caer sobre el enemigo, si que tambien podia este, enterado de la operacion que se acababa de hacer, atacar el bosque y llevar la confusion y el desórden al campamento.

De manera que cada vez más confusos é impacientes, deseaban con ardiente afan ver llegar la solucion de aquellos impenetrables proyectos de D. Vela.

Este por su parte estuvo dirigiendo el desfile de los soldados, hasta que vió desaparecer el último.

Despues, y siempre examinando el castillo, por si descubria en él señales de alarma, dispuso que las restantes fuerzas formaran en buen órden.

Cumplido tambien lo que ordenaba, llamó á Witesindo y le llevó lejos de los demás.

—¿Os explicais,—le dijo con la seriedad que venia empleando desde la última escena entre ellos ocurrida,—lo que me veis hacer?

—Nada comprendo.

—¿Qué opinais de la posicion que ocupan nuestras fuerzas?

—Es muy sencillo.

—Decidlo pues.

—Sentiria contrariar con mi opinion los proyectos que vos tengais concebidos y que yo ignoro completamente.

—Por lo mismo que no los conoceis, os pregunto solamente lo que pensais acerca de la situacion que en este momento ocupamos.

—Pues bien, señor conde. Si el enemigo se ha enterado de la maniobra que acabamos de hacer, puede traer la consternacion más completa á nuestras filas.

—La razon...

—Es muy clara.

—Exponedla.

—Ved el bosque donde en este momento se ocultan nuestros soldados.

—¿Y bien?

—Sirvele de entrada la estrecha garganta formada por esos dos barrancos, de los cuales el uno se extiende hasta los muros de la fortaleza.

—Es verdad.

—Aquella entrada puede ser defendida con muy poca gente.

—Cierto.

—Suponed ahora que el del Carpio cayese de improviso sobre nos-

otros, atacando nuestro campo y guardando el estrecho boquete con quinientos guerreros...

—Entonces...

—Calculad lo que podría suceder.

—Está bien pensado, Witesindo.

—Es por lo menos lo que yo comprendo...

—Y es lo cierto. Divididas las fuerzas, imposibilitadas aquellas de prestarnos auxilio, pronto el del Carpio destruiría las que hasta aquí tenemos, y...

—Y le sería perfectamente fácil terminar la campaña.

—Sí; muy fácil, y de una manera desastrosa para D. Ordoño.

—¿Así lo calculais?

—Enteramente como vos.

—Entonces, medido el riesgo, tendreis tambien pensada la forma de evitarle.

—Precisamente, ese es el lado bueno de mi proyecto.

—Deseo ignorarlo.

—No; vais ahora mismo á saberlo.

—Ved, señor conde, que solo lo concebisteis, y solo, absolutamente solo debéis guardarle y llevarle á término.

—Lo haré; pero sin perjuicio de que sea como decis, necesito que vos esteis enterado, toda vez que habeis de secundar mi plan de ataque de una manera poderosa.

—¿Vuestro plan de ataque?

—Sí.

—¿Vamos á marchar sobre la fortaleza?

—Muy en breve.

—¡Oh!...

—¿Desconfiais?

—La experiencia, señor conde...

—Nos presenta solo una derrota en cada asalto.

—Por desgracia.

—Intentados todos los medios, resulta que Saldaña es inexpugnable, y sus defensores invencibles.

—No diré yo tanto, pero sí que las fuerzas están muy equilibradas, y que las murallas son para ellos un poderoso auxilio.

—De manera que augurais...

—De manera, señor conde, que no me atrevo á augurar lo que va á suceder. Por otra parte, permitid que os diga...

—Quiero que con absoluta franqueza me habléis.

—No veo la forma de atacar el castillo, con las posiciones que nos haceis ocupar.

—Ese es el secreto, y vais á convenceros de que la empresa no es tan árdua como así en conjunto os pareció. Vais á persuadiros de que algunos dias de meditacion, un buen deseo, y una poca fé en el valor de nuestros soldados, pueden darnos un resultado no previsto, y consecuencias imposibles de calcular.

—Os escucho, y quiera el cielo que vuestros vaticinios sean una realidad.

—Confio en ello por lo menos. En cuanto á lo demás, ved vos mismo si otro camino nos resta, fuera del que yo propongo seguir.

—Os escucho.

CAPÍTULO LI.

Los propósitos del privado.

—El apoderarnos de la fortaleza por medio del asalto, es imposible. Un cerco formal que les obligase á la rendicion por medio del hambre, privándoles de víveres y auxilios, más imposible aún.

—Teneis razon.

—La línea que necesitaríamos guardar es inmensa; pocos, relativamente, nuestros soldados, y para los sitiados no habria cosa más sencilla que desbaratarnos siempre que necesario lo creyesen, y hacer sus abastecimientos á costa de alguna sangre, entre la cual no correria escasamente la nuestra.

—Exacto.

—¿Opinais como yo?

—De idéntica manera.

—Pues bien; considerando de una parte estas dificultades insuperables, y de otra la necesidad de concluir ventajosamente una campaña tan ruinosa como desgraciada, he buscado con afan el medio más seguro de conseguirlo...

—¿Y le hallásteis?

—Vais á verlo.—De tiempo en tiempo, como habeis tenido ocasion de observar, las gentes del castillo se desplegan en línea de batalla, extendiéndose de esta manera ingeniosa desde la fortaleza hasta la llanura.

—Sí, lo he visto, y conozco como todos el objeto de este alarde de fuerza.

—El paso de la fortaleza está entonces perfectamente libre, toda vez que los rastrillos y los puentes no ofrecen dificultad alguna.

—¿Y bien?

—Como habreis notado, yo no intenté jamás contrariar una cosa que creia de todo punto inútil, dadas las condiciones de uno y otro ejército.

—Y acertábais.

—En vuestro juicio.

—Indudablemente.

—Pero yo...

—Vos lo considerais de otra manera.

—Y muy distinta. En esas excursiones he visto el punto vulnerable, el lado flaco, la derrota y exterminio de nuestros contrarios.

—¡Oh!... pues tuvisteis fortuna, señor conde.

—Vos mismo lo podeis calcular.

—Veamos.

—Yo creo que nuestras gentes pueden acercarse al castillo por la parte del bosque, hasta tocar sin ser vistos las murallas.

—No tan fácilmente.

—Pero tampoco es imposible.

—No, con mucha cautela y jefes experimentados que sepan aprovechar las quebraduras que el terreno ofrece.

—Bien; dados los jefes, suponed que nuestros soldados consiguen lo que me propongo.

—Despues...

—Decidme si es fácil que el resto de nuestros soldados vaya rodeando hasta las inmediaciones del pueblo donde por lo general apoya su cabeza la guarnicion de Saldaña.

—Es mucho más realizable, gracias á las ventajas que la montaña proporciona.

—Pues bien, fijaos bien en lo que os voy á indicar. Una vez establecida la línea que en tales momentos forman; descuidados por la confianza en que se encuentran de que nosotros no hemos de dar un ataque infructuoso, nada más natural que aprovecharnos nosotros de su descuido, cayendo sobre el pueblo con arrojo y decision, y entrando á sangre y fuego entre las filas enemigas. Á la impetuosidad de la embestida, cercados por nuestros escuadrones, persuadidos de que el ejército real en masa es el que avanza sobre ellos, de seguro se generaliza la batalla con-

centrándose las fuerzas y acudiendo los refuerzos que en la fortaleza existan á socorrer á los que en la llanura combaten.

—Bien.

—De todo ello resultará...

—Que siendo dobles las fuerzas contrarias...

—Nuestros soldados...

—Serán derrotados inmediatamente.

—No. Abandonarán el campo, se declararán en dispersion, pero habiendo alcanzado una completa victoria, un triunfo increíble.

—Confieso, señor conde...

—¿Que no lo entendeis?

—No, no lo entiendo, por más que con afan procuro explicármelo.

—Witesindo, fijaos bien.

—Repito que no veo vuestro plan.

—¿Creeis que al dar la batalla quedará muy defendida la fortaleza?

—¡Ah!..—Exclamó el capitán.—No prosigais, comprendo perfectamente vuestro intento; las fuerzas que habrán estado ocultas hasta entonces próximas al castillo...

—Acuchillarán á su sorprendida é insignificante guardia, apoderándose de la muralla y levantando los puentes.

—Es una idea, señor conde, tan atrevida como valiente, y tan inesperada como ingeniosa.

—La campaña habrá terminado, consiguiendo el afianzamiento del trono de D. Ordoño cuando más difícil parecia.

—Decid más bien cuando todos lo creian imposible.

—¡Oh!... esa es la verdad.

—Vuestro plan es arriesgado, como lo será cuanto con nuestros elementos intentemos.

—Pero de entre todo...

—Me parece lo mejor.

—¿Lo encontrais realizable?

—Sí, con tal de que salvemos la única y más grave dificultad que se me ofrece.

—¿Cuál es?

—El que nuestros enemigos descubran lo que queremos hacer.

—Eso está ya resuelto.

—¿Lo creeis?

—Á no dudarlo.

—¿Y en qué fundais vuestra opinion?

—En que á descubrir los sitiados nuestras intenciones, ó desistirian de su acostumbrada expedicion, ó la hárian en otra forma.

—Lo primero...

—Ya lo estais viendo, no sucede. Los rastrillos continúan abiertos; los puentes no se han levantado, y la actitud de los centinelas y el silencio de los vigías revelan la más completa tranquilidad.

—Acaso...

—Decid.

—Eso mismo que veis, puede ocultar una intencion...

—Cuyo resultado se ha de ver en el combate. ¿No es esto lo que quereis decir?

—Precisamente.

—Pues bien, Witesindo; es lo que pronto vamos á saber. Nuestro proyecto no puede contarse entre los enteramente seguros; algo se ha de arriesgar en él, pero comprendo que no ha de tener realizacion la única duda que él nos ofrece.

—Quiera el cielo que acerteis, señor conde. Entretanto, decidme qué he de hacer, y cuál será mi puesto.

—El puesto de honor, Witesindo; el que merece vuestro valor; el que requiere la importancia de la empresa que acometemos.

—Vos me indicareis...

—Escuchad. Dentro de cinco minutos partireis á la cabeza de nuestros soldados en direccion del lugar donde el ejército de Saldaña se abastece. Esperareis á que penetre en el pueblo el mayor número posible de peones y ginetes. Entonces, dividis vuestra fuerza en dos columnas, rodeais y caeis por opuestos lados sobre el enemigo, procurando romper la línea, cortando la retirada á los que dentro del caserío se encuentran, y atacándoles con toda la furia y toda la seguridad que podria concederos el tener á vuestra espalda el grueso del ejército. Entonces verificarán los del Carpio la evolucion que yo deseo, y vos, cuidando de ver el momento en que en Saldaña ondea el pendon real, os ireis replegando en buen orden hácia sus muros.

—Vos entretanto...

—Cumpliré como quien soy, entrando en el castillo cuando vos ataqueis la poblacion.

—Estoy dispuesto.

—Pues bien, Witesindo; ved que el sol principia á aparecer. Nuestros enemigos descenderán en breve. Ordenad vuestras huestes, y el cielo os dé la fortuna que deseo.

—Estad persuadido de que combatiré hasta el momento en que distinga vuestra enseña, é interin me quede un solo soldado.

—Lo sé, Witesindo. Conozco vuestro valor, y no dudo que cumplireis como leal y bueno.

—¿Puedo partir?

—Al momento.

—¿No teneis otras órdenes que darme?

—Ninguna.

Separáronse los dos caballeros.

Witesindo dispuso las cosas de manera que á los muy pocos instantes solo quedaban en el campamento las tiendas, y un destacamento insignificante, que á la vez cubria los puestos, y revelaba la existencia del ejército.

Ni un centinela faltaba.

Sin embargo, los soldados del rey habian desaparecido.

D. Vela presencié el desfile del último soldado.

Entonces montó á caballo, y rodeando y encubriéndose lo mejor que pudo, se internó en el bosque.

CAPÍTULO LII.

La realizacion de un sueño.

Poco tiempo era pasado desde que el conde D. Vela y Witesindo partieron á dirigir el plan por el primero concebido.

Los tercios que mandaba el del Carpio aparecieron formados con buen órden, y principiaron á descender á la llanura.

Conforme bajaban disminuian su fondo hasta reducirse á un prolongado cordon, que partiendo del puente levadizo terminaba en un caserío distante un cuarto de hora.

En la muralla se percibian algunos capitanes.

En medio de ellos se distinguia perfectamente á Bernardo del Carpio.

Todos contemplaban los rápidos y uniformes movimientos, que parecian desarrollar y hacer más y más dilatada aquella línea de guerreros, que con la sonrisa en los labios, la alegría en el rostro y la paz en el corazon, parecian marchar á una fiesta, cuando acaso iban á ganar la corona de los mártires.

De vez en cuando volvian la cabeza para ver á su caudillo, que henchido de gozo al contemplar la marcial apostura de sus leales y valientes defensores, no podia contener algun movimiento de satisfaccion á que los otros correspondian con vivas aclamaciones que se perdian repitiéndose cien veces en las montañas vecinas.

Prosiguió la marcha.

Los de la muralla se retiraron.

Á continuacion se restableció el más completo silencio.

Solo los centinelas de uno y otro campo parecia que vigilaban con más cuidado que de costumbre.

Los primeros que entraron en el pueblecito que proporcionaba los necesarios recursos á los de Saldaña, fueron los antiguos bandoleros que durante cierto tiempo estuvieron á las órdenes de Daniel.

Situáronse de la manera más conveniente, y la operacion, ó sea el abastecimiento, principió.

Entretanto, ocultos por las malezas y rastreándose como la culebra por las quebraduras y barrancos en que abundaba aquel terreno, veíanse avanzar dos formidables masas de guerreros, dispuestos y en actitud de acometer á la primera señal.

Los unos se acercaban procurando rodear el pueblo.

Los otros se aproximaban á Saldaña.

De pronto, y como si el primer peloton se moviera por la voluntad de un solo hombre, vióseles partir á la carrera y lanzarse sobre los de Saldaña con el furor del tigre, vertiendo raudales de sangre y exhalando gritos de rabia que fueron á llenar el espacio llevando sus ecos hasta el interior del castillo.

La línea se cortó, é ínterin los unos contenian los refuerzos que instantáneamente llegaban, los otros trabaron dentro del caserío una lucha tan feroz, tenaz y sangrienta, que apenas se comprendia cómo dejaban de ser hombres para convertirse en hambrientas fieras.

Pasado el primer momento de estupor, los del Carpio hicieron frente al enemigo, y sable en mano y llenos de indignacion por la villana accion de sus contrarios, procuraban pagar vida con vida, vertiendo por cada gota de sangre de las que sus amigos derramaban, otra gota de sangre de los soldados del rey.

Los que con más encarnizamiento peleaban eran los antiguos bandoleros.

Prodigios de valor hacian, y el resultado hubiera sido sin duda alguna el que debió ser, á no ocurrir un incidente que suspendió todos los ánimos, llenando de consternacion á los sitiados.

Cuando toda la guarnicion del castillo descendia como deshecho torrente invadiendo la llanura.

Cuando el del Carpio les empujaba, excitándoles con acento delirante á que aniquilasen sin piedad á los que tan infame y cobardemente les acometian.

Cuando solo quedaban en la fortaleza un centenar de valientes.

Cuando el infante mismo se disponia á montar á caballo para bajar

en seguimiento de sus soldados, hé aquí que se lanzan á la rampa, atacando la fortaleza con un coraje pasmoso, hasta cuatro mil hombres que inundan, arrollan y destrozan cuanto á su paso encuentran.

El primero que les sale al encuentro es Bernardo del Carpio.

Espada en mano y sin reparar el número se lanza sobre ellos.

Resuena el grito de «traicion» por todas partes.

Oyese un ruido estridente y sonoro.

Son los puentes que caen.

Los rastrillos que de golpe se cierran.

Sigue la pelea.

Un guerrero se separa del resto de los combatientes.

Es el conde D. Vela.

Sube de dos en dos los escalones que conducen á la torre más alta.

Rompe por su base el palo que sostiene la bandera de Saldaña, y hace ondear en el acto la insignia real.

CAPÍTULO LIII.

La última página.

La batalla concluyó.

Las fuerzas reales fueron replegándose hácia la fortaleza, no sin combatir de la manera más decidida, toda vez que el ejército del infante, aun despues de verse sorprendido y arrollado, trató de adelantar y ganar á toda costa las perdidas ventajas, entrando en Saldaña confundido y mezclado con el de D. Ordoño.

Pero era tarde.

Cerca ya de las murallas, tuvieron que retroceder.

Faltábales su caudillo. Faltábales el del Carpio.

Su suerte se ignoraba.

Descendieron á la llanura, y ocuparon tristes, silenciosos, desesperados, el sitio que juzgaron más á propósito para defenderse en caso de nuevo ataque.

El lector podrá comprender perfectamente la situacion de los defensores de Saldaña.

Perdidos, trastornados, sin saber qué hacer ni qué decidir, faltándoles su director, su guia, el símbolo más importante, cuya significacion por sí sola mantenía y sustentaba aquella temible sublevacion, cada cual en el mayor desconcierto opinaba tomar un rumbo diverso, y de aquella confusion, de aquel desórden, resultaba el no saber qué partido tomar, ni los recursos que con mejores ventajas podian poner en juego.

Uno, cansado ya y aburrido, comprendia que lo mejor de todo era

dar el ejército por disuelto, y retirarse cada cual á donde por más seguro se contase.

Otro opinaba que debian continuar en aquella actitud, hasta que pareciera el del Carpio.

Un tercero, y á este se unia el voto unánime de los antiguos bandoleros, sostenia que lo más derecho era volver sobre Saldaña, perecer si necesario era en sus muros, pegar fuego á la fortaleza, y hacer por fin el último y más sangriento de los sacrificios, ó alcanzar la más grande y gigantesca de todas las victorias.

Entre tanto que ellos se iban reuniendo y deliberando, en el castillo ocurría lo siguiente.

Los pocos soldados que en él quedaban, al ver la sorpresa preparada por los del rey, y á su caudillo, al valiente Bernardo, que espada en mano y ciego de furor se dirigia á ellos, siguiéronle, le rodearon, y fieles y ardientemente decididos á secundar el esfuerzo titánico iniciado por aquel, se propusieron llenos de entusiasmo y abnegacion sacrificar hasta la última gota de su sangre, siguiendo la senda gloriosa que el héroe emprendía.

Lo que allí pasó fué terrible.

Hechos portentosos nos ofrece nuestra historia nacional.

Grandes guerreros, incomparables hazañas nos presenta; pero guerreros y hazañas que no exceden á lo que en aquel momento se hizo, porque el del Carpio salió de los límites de lo posible, é intentó, atacando de frente y con un denuedo imposible de definir, lo que solo á la fábula le puede estar permitido.

El hacer frente, defenderse y acometer un puñado de hombres á un ejército entero, derramando torrentes de sangre y manteniendo por espacio de muchos minutos tan furioso combate, estaba reservado al caudillo de Saldaña.

Al verle los soldados del rey, le cercaron con tal furor, que cualquiera hubiera creído que en aquel instante, iba á dejar de existir.

Un sin número de golpes se le asestaron. Una nube de espadas descargó sobre la suya. Un diluvio de pequeñas chispas saltó de su casco.

Su acero paró en menos tiempo del que para contarle se necesita un centenar de estocadas, dirigidas con descomunal fuerza al corazón.

Salió felizmente ileso de aquella primera arremetida.

Este era precisamente el momento en que el conde D. Vela hacia tremolar en la torre el estandarte real.

El del Carpio, ayudado por los suyos, aunque pocos, regularizó en lo posible la pelea.

Luchaban uno contra veinte.

Su brazo de hierro, describiendo un continuado molinete, ponía á raya á sus contrarios, señalando con un ancho semicírculo el sitio donde se encontraba.

Cuando uno más arriesgado que los restantes avanzaba con el fin de asestarle un rudo golpe, caía como herido del rayo, infundiendo á los demás la prudencia y cuidado de que él careció.

Los cadáveres entorpecían ya los movimientos de los combatientes.

Muchos de estos perdían la vida bajo los golpes mortales del guerrero.

Pero ¡ay! también disminuían á la par sus defensores.

En torno suyo se hacinaban los soldados que, ya fuera de combate, muertos ó heridos, nada podían hacer por él.

Á cada mirada que el del Carpio les dirigía, al ver los destrozos que sufrían sus filas, encendíase más en coraje, haciendo, si posible era, la lucha más cruel.

Pasó el tiempo, y quedó solo.

Solo, en medio de aquellas fieras ansiosas de venganza, ávidas de sangre, sedientas de su vida.

Solo, sosteniendo una lucha titánica que debía terminar muy pronto.

Solo, defendiéndose con una grandeza, con un prodigio tal de valor, que á no dudarle su naturaleza se perdía; el hombre acababa; veíase en él al dios de las batallas, fulminando sus rayos sobre miles de enemigos.

CAPÍTULO LIV.

El golpe de gracia.

Apareció el favorito.

La más espantosa lividez cubria su semblante.

Una sonrisa satánica entreabria sus labios.

Contempló por algunos segundos la pelea.

Se sintió avergonzado ante cuadro tan sublime é imponente.

Veia al del Carpio empuñando su acero, á toda su altura, sosteniendo con las armas la gloria de su valor y de su nombre, tan claros é insignes el uno y el otro.

Veia al héroe elevando quizá por última vez el lustre de sus pasadas tradiciones, sellando con su sangre y denodado aliento los episodios de su vida, que más tarde nos señaló la historia; y á la verdad, en el corazón de D. Vela, en el alma de aquel hombre pequeño, ruin, indigno, pasó una cosa indefinible, inexplicable.

¿Seria un sentimiento de emulacion?

¿Seria el resultado de un rápido é importuno paralelo formado allí, en el momento, entre él y su rival?

¿Seria tal vez una sombra de remordimiento?

¡Quién era capaz de leer en el espíritu de aquel hombre!

Ello es lo cierto que siguiendo con inquieta vista los movimientos del guerrero, nervioso é impaciente ante el gran cuadro que por fuerza tenia que observar, dió algunos pasos adelante y murmuró de una manera concentrada:

—Es preciso acabar.

Como si la desgracia del guerrero obedeciese á la voz del malvado, en aquel instante saltó en mil pedazos su espada.

La confusion entonces no tuvo límites.

Guerrero, capitanes, soldados, todos se confundieron.

Bernardo se ocultó á los ojos del conde.

Centenares de hombres se arrojaron sobre él.

D. Vela avanzó.

—Quietos,—gritó con estentóreo acento.—Aseguradle bien, pero ¡ay de aquel que vierta una sola gota de su sangre!

Á estas palabras abrieron ancha calle ante el favorito.

Sus órdenes fueron fiel y exactamente cumplidas.

El que momentos antes era absoluto dueño de aquella fortaleza; el que dos horas atrás veía con orgullo á sus valientes soldados y contemplaba sueltas al aire sus banderas que adornaban las más altas almenas del castillo, se levantaba ahora vencido, malparado, lleno de ligaduras, siendo el objeto de amargas burlas y de asquerosos insultos, entre una multitud de soldados brutales y soeces, que ni aun respetaban en él la magestuosa desgracia del que tan traidoramente fué vencido.

Á una indicacion del privado, encerraron al guerrero en una de las más seguras habitaciones del castillo.

Á su puerta se colocaron centinelas.

D. Vela en persona se situó en la pieza contigua.

Quería vigilarle por sí mismo.

La persona del infante era la que en su juicio debía volver á dejar expedito el camino de su fortuna.

Apoderado para siempre de él, se rompía el encanto y lucía su estrella con nuevo fulgor.

Entretanto que esto pasaba, se retiraba como antes dijimos, la antigua guarnicion de Saldaña, entrando en su recinto el resto del ejército de Oviedo.

Terminado el estruendoso combate, recogidos los muertos, llevados los heridos á un salon dispuesto para estos casos, las tropas se acuartelaron, descansando algunas horas de su penosa faena.

Los jefes celebraban el triunfo.

D. Vela, solo en su habitacion, comprendía que la campaña no estaba terminada.

Le faltaba algo que hacer.

Su victoria, solo por haberse apoderado de la fortaleza pasándola á

dominio del rey, dejando á los sublevados sin un punto á propósito para hacerse fuertes, era en su opinion un triunfo incompleto.

La antorcha revolucionaria no se habia apagado.

Su posicion no estaba del todo asegurada.

Su sueño no podia ser tranquilo.

Bernardo, en fin, vivia.

Interin él existiese, D. Vela no podia respirar con libertad.

¿Qué resolver?

CAPÍTULO LV.

El reconocimiento.

De las meditaciones del privado solo podian resultar planes diabólicos, amargas consecuencias, violentas soluciones.

No queria en aquellos momentos desprenderse del guerrero á quien por malas artes tenia en su poder, y sin embargo, deseaba con grande afan desorientar á sus amigos y sostenedores, á fin de que el ejército sublevado depusiera las armas y se dispersara, dejándole á él tiempo bastante para obrar y adoptar las más convenientes medidas.

Á fuerza de dar tortura á su inteligencia encontró un recurso, que basado como no podia menos de suceder en la superchería más despreciable, debia darle, no obstante, el resultado que por entonces apetecia.

Á la mañana siguiente á la ocupacion del castillo, vieron los soldados del infante que los del rey sacaban, trasportándolos á buena distancia de los muros, los cadáveres de los que en el combate sucumbieron.

Hecha tan triste operacion, fácilmente se puede calcular con cuánto afan, con cuánto interés acudirian los que antes guarnecieron á Saldaña á reconocer aquellos cuerpos queridos, que animados poco antes contribuyeron tan poderosamente con su sangre y pujanza á sostener y compartir las penalidades que una guerra lleva siempre consigo.

Á más de este interés, grande siempre y sagrado, moviales otro para ellos poderoso.

El del Carpio no acudia al campamento.

La ansiedad, la angustia en que esto les tenia era tan general como profunda.

Bernardo era la esperanza, la gloria, el alma, digámoslo así, de toda aquella gente.

Olvidado cada cual de los propósitos que pocos momentos antes hacia, dedicábanse todos á inquirir el paradero de su caudillo, cuya suerte les era más interesante que su propia vida.

El temor de que le hubiese acaecido algun grave accidente era su mayor pena.

Ante aquella idea todo lo olvidaban para pensar en él.

Bajo esta violenta presion, el ver que podian reconocer los cadáveres y el lanzarse á ellos con febril curiosidad, fué obra de un momento.

El cuadro que se ofreció á los ojos de aquellos soldados fué tal, que nuestra pluma se resiste á describirlo.

Demudados, pálidos, temerosos, la incertidumbre, el deseo les impelió como deshecha tromba hácia los que en otro tiempo fueron sus compañeros, y el horror, el más punzante sentimiento, el pánico é irresistible temor que aquel grande espectáculo de la destruccion y de la muerte les inspiraba, hizo que cual movidos á la vez por un resorte, se detuvieran con miedo de avanzar un paso más.

Las grandes catástrofes producen siempre un gran respeto.

La region de los muertos lleva siempre el temor á los vivos.

Cuando esta mansion consiste en un campo de batalla, cuando á su imágen horriblemente desnuda se agrega la sangre humeante, los miembros esparcidos, los troncos mutilados... entonces no es solo temor; es otro sentimiento más profundo, otra sensacion mucho más honda, otra impresion más viva la que agita y conmueve el alma.

Entonces decae, cede la materia, obra el espíritu, y la naturaleza, la tendencia humana, la fortaleza real y positiva de los hombres y las cosas, aparecen á toda su altura con sus más vivos colores.

El artificio cae de su magnifico y brillante pedestal. Ábrense las puertas de esa gruta encantada que nuestras primitivas sociedades principiaron y nosotros acabamos de arreglar y embellecer. Cesa la hipocresía, acábanse los sueños de poder y ambicion. Córrese el velo del destino. Huyen los delirios que nos hacen correr sin tino, locos, en busca de horizontes desconocidos, y se ve de la manera más patente que la inmortalidad, los laureles, la satisfaccion de los deseos, la realizacion de las mayores empresas, se reducen más ó menos pronto á un poco de ceniza que apenas basta á cubrir el arrepentimiento.

El primer momentó pasó.

Despues se operó la natural reaccion.

Se interrumpió el solemne silencio.

Se dirigió la primera mirada.

Se dió el primer paso.

Cada uno de aquellos hombres se dirigió por un lugar distinto.

El reconocimiento principió.

Ninguno decía lo que buscaba.

Sin embargo, en la mente de todos se encerraba una misma idea.

Saber si entre aquellos cuerpos apiñados, revueltos, confundidos, se encontraba su general.

Ver si entre ellos encontraban á Bernardo del Carpio.

La operacion continuaba.

La más pequeña exclamacion, el más leve movimiento de cualquiera de aquellos exploradores de la muerte, hacia que los inmediatos se detuvieran consternados, temerosos de oir la palabra fatal.

Proseguia el primero.

Los restantes respiraban.

El reconocimiento seguia.

CAPÍTULO LVI.

La realizacion de un mal pensamiento.

En medio de aquella desolacion angustiosa, pudiera decirse que los ánimos se aquietaban, que renacia la tranquilidad.

Poco espacio quedaba que recorrer, y nada; el del Carpio no parecia. ¿Estaria prisionero?

Aquello podria ser lo de menos, porque de la misma manera que se perdió el castillo podia volverse á ganar.

Lo principal era que su caudillo viviese.

De repente resuena un grito.

Todos quedan inmóviles, mudos, petrificados.

Un jefe lo lanzó.

Á su lado se agrupan los que están más cerca.

La consternacion se pinta en los semblantes.

¿Qué ocurre?

¡Ahl... En un sitio apartado, separado un tanto de los otros, se divisa un cuerpo sin cabeza, cosido á estocadas, destrozado de una manera terrible; destruida y saltada en mil pedazos su armadura.

Aquel cuerpo no podia revelar un nombre.

No obstante, los restos de aquella armadura son conocidos.

Es... la de Bernardo del Carpio.

Á la suspension sucedió la ira.

La espantosa gritería; las imprecaciones más enérgicas, los juramentos más tremendos de los soldados de Saldaña, atronaron el espacio

llegando hasta el castillo, cuyas murallas se veían á la sazón coronadas de gente.

Se recogió aquel cuerpo querido.

Se le trasportó al campamento.

Más tarde sucedió lo que no podía menos de suceder.

Reunidos los jefes principales en consejo, acordaron declarar terminada la campaña, toda vez que su significacion verdadera no existía, y disolver el ejército, cuya existencia no era ya conveniente, y sí perjudicial por las consecuencias que podían en adelante sobrevenir.

Publicada esta resolución, tristes y silenciosos abandonaron el campo de batalla, dirigiéndose cada uno á merced de la fortuna, en busca de una tranquilidad y de un sosiego que juzgaban dudoso, difícil, dominando el favorito y con su cualidad de rebeldes.

Tratóse antes de esto del destino que habría de darse á aquellos gloriosos restos del campeón de Saldaña; pero se zanjó esta dificultad, en vista de las instancias que hicieron los poquísimos soldados que quedaban de la antigua falange de Daniel, cuyo número había quedado reducido á unos quince hombres.

Ofrecieron á sus jefes conducir el cadáver de Bernardo á la corte misma para darle la sepultura debida, valiéndose para ello de las artes que su ingenio sugerirles pudiera, y así se hizo.

Alejáronse después aquellos hombres, se situaron en un pueblecillo algo distante, y las cercanías del castillo quedaron desiertas.

Al parecer todo había concluido.

D. Vela respiró.

Acababa de tender un nuevo lazo, y obtuvo una inmediata y feliz realizacion.

Su estrella lucía con más fuerza que nunca.

El cadáver de un soldado, vestido con los restos de la armadura de que hizo despojar á su prisionero, y una profanacion odiosa y cruel consumada con aquel cuerpo sin vida, fué lo bastante á desarmar un ejército, y á terminar una contienda de arriesgadas condiciones.

Con el último hombre de armas, vió el privado que desaparecía su última sombra de temor é incertidumbre.

Con el último guerrero, vió nacer de nuevo su esperanza.

Con el último jinete enemigo apareció su primera creencia de que aún podía ser el verdadero rey de España.

Acto continuo, y sin esperar á más, el privado despachó un mensaje á D. Ordoño participándole que la guerra había concluido y que en su

poder estaban, no solo la fortaleza, sino tambien el infante Bernardo.

Rogaba al rey que dilatase la revelacion del segundo extremo, remitiéndose solo al primero, con excusa de que no se le mandaban detalles, toda vez que tamaña noticia podria ser ocasion de atentados y asechanzas que creia conveniente evitar al conducir al prisionero á la côrte, cosa que haria sin más tardanza ni demora, quedando él con el grueso de las fuerzas en Saldaña, hasta recibir instrucciones.

Partió el emisario; y el conde, ansioso de contemplar de cerca y frente á frente al que por tanto tiempo fué su pesadilla, se dirigió á la torre donde aquel se encontraba.

Mandó franquear las puertas y entró.

El infante fijó en el la vista, y una expresion de inexplicable desprecio brilló en sus ojos.

D. Vela, por su parte, no pudo contener un movimiento de complacencia al ver ante sí aquella gran figura, tan terrible momentos antes, y á la sazón humillada, vencida.

—Holgárame yo,—le dijo con mal reposado acento,—de veros en situacion menos triste y desgraciada. Pero la trasformacion de las cosas es precisa, los tiempos son mudables, y tócame y me cumple hoy tratar cortésmente al vencido, al par que combatí en más lejanos días al que por tantas veces fué vencedor.

—Si para humillar mi orgullo, si para doblegar mi altivez venis á mi presencia, excusarlo pudiérais, que ni vencido me considero, ni lograis que se doblegue el del Carpio.

—Mal apreciáis mi visita.

—Mal pudiera hacerlo trañándose con quien no se aprecia á sí mismo.

—¡Infante!

—Lo dicho. Debísteis evitarme el disgusto de veros, porque nunca entre vos y el del Carpio debiera cruzarse otra cosa que el acero.

—Ni lo rehusé en los campos de batalla, ni creí jamás que el vuestro fuera invencible. Bien lo sabeis.

—No, no lo supe, por desgracia mia. Vida tengo, corazon me sobra, y á ser cierto lo que decis, ni yo estaria aprisionado, ni uno de los dos viviria.

—¡Oh!...

—Pero vos, vos, D. Vela, preferis insultar al indefenso á encontraros con mi espada.

—Callad, infante, que ni esas palabras os sientan bien, ni es esta la

ocasion de pronunciarlas. Mi deber es presentaros al rey, y cumpliré fielmente sus órdenes. Despues...

—Despues acabareis la obra comenzada.

—¡Quién sabe!...

—Yo lo sé. Entre vos y ese rey miserable...

—¡Infante!

—Entre vos, repito, y él, Bernardo del Carpio acabará su vida de la peor manera. Su historia partirá de una traicion y acabará...

—¡Loco estais!

—Acabará en un crimen.

—El despecho os extravía.

—¿El despecho decis?

—Á no dudarlo.

—Jamás, D. Vela, puedo yo sentirlo, porque jamás podré yo acusar á nadie de lo que hoy por mí pasa. Nadie pudiera alcanzar el traerme á esta situacion más que yo mismo.

—¡Vos!...

—Sí, D. Vela. Yo, que hastiado de la existencia, sin dicha en lo presente, sin fé en el porvenir, incapaz de una villanía, de una accion contraria á mi nobleza, á mi honor, rechacé el destrozaros, el aniquilar vuestro poder bajo mis plantas, sabiendo, como sobradamente lo sabia, que un hombre valiente é hidalgo podria contrarestar vuestras fuerzas, pero vendria á sucumbir á vuestros ardides miserables y traidores. Yo solo he necesitado un pequeño deseo para veros muerto á mis plantas; á mí me sobraba el aliento para confundiros. Bastábame lanzar sobre los vuestros mis soldados, para pulverizar vuestra última esperanza; no me faltó más que señalar á Oviedo con la punta de mi espada, para que mis hombres de armas entraran en el palacio real derribando la corona de la cabeza de ese monarca torpe y cobarde, colocándola en la de otro á mi antojo elegido.

—¡Ah!...

—Todo esto pude hacer, y sin embargo, véisme en vuestro poder. La conducta del caballero, el comportamiento del villano, no podian traer otro desenlace, no podian dar otro resultado.

—¿Sabeis, infante,—murmuró el conde temblando de coraje,—que os tengo entre mis manos?

—¡Y qué me importa!

—¿Sabeis que esas palabras á D. Ordoño dirigidas pueden excitar su enojo aún más de lo que lo está?



J Cebrian dib.º y lit.º

Lit Iberica Madrid

Desarmado y solo, puedo haceros comprender.....

—Os dije que la vida me abruma. ¿Qué puedo yo temer de vuestro rey? ¿Podrá darme la tranquilidad que he perdido? ¿Me devolverá la dicha que uno y otro me habeis robado? Pues si esto es imposible, prefiero...

—¡No prosigais!

—Prefiero morir llamándoos traidores.

—Silencio, Bernardo. No prosigais, que quien ha venido á probaros que aún puede olvidar pasados ultrajes y tales palabras oye, pudiera muy bien montar en ira, é indignado, templar esos insultos que vuestros labios pronuncian. Tiempo es aún de borrar anteriores extravíos; males que en lo humano carecen de remedio. Someteos al rey, desistid de locas empresas, y por este medio no solo se conseguirá la completa pacificacion de estos estados, sino que tambien volvereis á disfrutar de cuantos derechos os pertenecen. Por mi parte, dispuesto estoy...

—Silencio. Si creéis D. Vela, que yo puedo ser participe de vuestras infamias, mal me conocísteis. Dejad esta porfía, digna solo de vos, que al escucharos, desarmado y solo como me veis, puede estallar mi furor y haceros comprender...

—Cesen ya los insultos, infante. Quise practicar una buena accion y la rechazais. El cielo ha de juzgar quién de los dos obró con injusticia.

—Esperad de él el pronto castigo de vuestra ruin conducta.

—Ved, infante, que en esta ocasion me ayuda contra vos.

—No fieis mucho en vuestro triunfo, porque pudiera suceder que tras de esta felonía se ocultara vuestra expiacion.

—Esperemos la marcha de los sucesos; entretanto, preparaos á partir mañana mismo para Oviedo.

—Podeis hacer de mí lo que se os antoje, que ya de una manera, ya de otra, siempre me ha de sobrar aliento para llamaros cobarde.

El conde D. Vela, sin dar tiempo á que el del Carpio continuara, salió de la torre.

Ya estaba cerca de su pabellon, cuando oyó la señal del vigía que anunciaba la llegada de alguno al castillo.

Dirigióse en derechura á la muralla, y efectivamente, observó que dos ginetes bien montados en poderosos bridones, avanzaban por la pendiente que conducia al puente levadizo.

Uno de ellos se detuvo á la mitad de la rampa.

El otro llegó hasta el foso.

Preguntado por el centinela, contestó que deseaba entregar un pergamino de que era portador.

El privado mandó bajar el puente.

Dos hombres de armas salieron al encuentro del que llegaba.

Entregado el pliego, su conductor volvió grupas, é incorporándose á su compañero ambos partieron á escape.

—Corramos cuanto nos sea posible,—exclamó uno de ellos;—porque esos perros no tardarán en perseguirnos.

—¿Pero no haremos más diligencias para ver si el del Carpio?...

—Serian inútiles.

—¿Eso crees?

—Sin duda alguna.

—Pero entonces...

—Entonces, no tenemos otra cosa que hacer que volvernos á Oviedo.

—Nuestro señor...

—Sabrá lo ocurrido en Saldaña.

—Si lo ignorase aún...

—Con decirle que D. Vela está en el castillo, que fué vencido el del Carpio, que su ejército se ha disuelto, y que ni muertos ni vivos aparecen sus numerosos parciales, habremos concluido.

—En ese caso...

—Debes guardar la carta del conde, herir bien los hijares de tu caballo, y no pensar más en semejante asunto.

Y dicho y hecho, aplicaron algunos buenos espolazos, haciendo que sus fogosos corceles volasen en lugar de correr.

Á poco tiempo perdieron de vista la fortaleza.

Llamó la atencion del privado la precipitada fuga, que tal desde luego lo parecia, de aquellos dos soldados.

Un secreto instinto le decia que aquella misiva no era del rey.

En su curiosidad por salir pronto de dudas, fué al encuentro de sus hombres de armas, que pusieron en sus manos el mensaje de Oviedo.

Dirigióse despues á su departamento.

Solo y con cierto recelo abrió el pergamino.

Un vivo carmin cubrió sus mejillas.

Aquellos renglones le revelaban el último grado de su deshonra.

Le descubrian la infidelidad de su mujer.

Un golpe tan inesperado debia hacer alguna sensacion en el alma de aquel miserable, por muy gastada que ella estuviera.

El sentimiento del egoismo más refinado, sentimiento que en él antes que todo predominaba, vino á sobrecogerle cuando menos lo podia calcular.

El gran sistema de la compensacion, esa sublime balanza con que la Providencia equilibra las desdichas y satisfacciones de la humanidad, le heria de improviso.

D. Vela no sentia ese noble movimiento de los celos, nacido del amor y de la duda.

El coraje que en él estallaba reconocia un origen, como todo él, perverso.

Su mujer no podia, no debia ser otra cosa que uno de tantos objetos dependientes de su voluntad, una de tantas víctimas sacrificadas á su tiránico dominio.

No le afectaba que ella sintiese por otro hombre lo que por él no sentia.

No le exasperaba la falta de amor en doña Luz.

No le ofendia que su corazon, para él marchito, palpitará á impulsos de una pasion nueva, noble tal vez, acaso grande, y siempre hija del desvío, indiferencia y frio desden con que aquella mujer se vió tratada eternamente por su esposo.

Lo que en aquel instante le heria en lo más vivo, lo que despertaba su terrible saña, lo que hacia estallar su furor, era aquel secreto sorprendido, aquella humillacion divulgada, aquella afrenta notoria que venia á formar el epilogo de sus contrariedades.

—¡Ah!... ¡Cobardel!...—repetia estrujando el pergamino entre sus manos.—¡Cobarde, que no contenta con la infidelidad, autoriza á un enemigo traidor para que me lance al rostro esta nueva ignominia! ¡Miserable!... Tampoco tu falta ha de quedar impune. Tiembla por tí y por tu maldito amante. Ambos pagareis de una vez el escarnio de que estaré siendo objeto. Ya estarán mis mensajeros en la côrte. El rey me autorizará para que desde luego regrese. ¡Oh!... Ese dia, yo os juro que acabareis de conocer al conde D. Vela.

Despues de estas frases que de sus labios se exhalaban como otros tantos gritos de coraje, el favorito guardó silencio.

La contraccion de los músculos de aquella cara repugnante y angulosa, las arrugas de aquella frente marchita bajo el fuego de los malos pensamientos, indicaban que de repente acababa de surgir la idea de la venganza.

CAPÍTULO LVII.

Los hombres de corazon.

A alguna distancia del castillo, en el fondo de un profundo barranco y en el interior de una gran cueva, distinguíanse hasta una docena de soldados, cubiertos mitad de sus arreos militares y mitad de unos vestidos con más girones de lo que era regular.

Sentados alrededor de una hoguera, en la cual chisporroteaban y se consumían las ramas y hojas secas que con no escaso trabajo se procuraban, departían con la calma y seso menos comun á gente de su estofa, sobre acontecimientos de suyo difíciles y graves.

En un rincon de la cueva se veía el mutilado cuerpo de un hombre.

Eran los restos del que, segun antes vimos, se tomó en el campamento y sobre el teatro de la guerra por el infante Bernardo del Carpio.

—Lo dicho dicho,—exclamó uno de ellos reanudando el interrumpido hilo de la conversacion.—Sostengo mis palabras.

—Pues yo te digo y te repito cien veces más, que es muy aventurada tu opinion.

—Sí, sí,—exclamaron algunos de ellos.

—No, no,—prorumpieron los restantes.

—Que se dilucide la cuestion.

—Que hablen.

—Órden, porque de lo contrario no acabaremos nunca, y debeis comprender que esta situacion es insostenible.

—Yo fundo mi creencia en razones terminantes.

—Exponlas.

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—¿Para qué fin habia de querer hacer esta trasformacion el conde

D. Vela?

—¡Para qué fin! Eso es lo que falta saber.

—Pero es...

—¿Qué?

—Que no se comprende el objeto.

—¡Claro está!...

—Y si no se comprende...

—Entonces...

—Es prueba de que no conduce á nada.

—Eso no es cierto.

—¡Vaya si lo es!

—Pues no lo veo.

—Para eso se necesitaria...

—Que existiese.

—Ó que nosotros pudiéramos alcanzar las maquinaciones y enredos del enemigo.

—No caben maquinaciones en una cosa tan lisa y llana.

—Vamos, veo que eres aun más inocente de lo que yo creia.

—No tanto.

—Sí, y un poco más.

—Convénceme.

—Voy á hacerlo.

—Te escucho.

—¿No tienes otros argumentos para sostener que ese tronco sin cabeza es el del infante?

—Ni más ni menos; pero son bastantes.

—Son muy pocos.

—Sepamos los tuyos.

—Al momento.

Todos se dispusieron á escuchar con grande atencion

El soldado se levantó, dirigiéndose al rincon donde el cadáver estaba.

En seguida y por un movimiento de impulsión, le arrastró hasta el sitio ocupado por sus compañeros, que instintivamente se levantaron dando un paso atrás.

—Quietos, quietos,—dijo el que tal operacion hacia;—no os movais,

porque mis pruebas están sujetas á una demostracion práctica, que requiere el reconocimiento del cadáver.

—¡Oh!... es que de esa manera...

—¿Qué sucederá?

—Que nada sacaremos en limpio.

—Pues te engañas.

—Lo dudo.

—Comprenderás cuanto yo considero necesario hacerte ver, para que te convenzas, y lo mismo tú que los demás, de que nos han engañado como á unos Babiecas.

—Veamos, veamos,—exclamaron todos á la vez.

—¿Recordais bien las formas suaves y delicadas de nuestro caudillo?

—Sí; perfectamente.

—Fijaos bien en esta idea.

—¿Pero qué tiene que ver?...

—Ahora lo sabrás.

—Pues acaba, porque á la verdad estoy impaciente.

—Más calma. Decis que no habeis olvidado aquellos músculos de acero, revestidos de una piel suave, blanca, trasparente.

—Sí, sí.

—Asegurais que conoceriais á tiro de ballesta su gentileza y la finura de sus contornos.

—Es que, precisamente por eso, hemos comprendido que el que está en nuestra presencia es el cuerpo de nuestro señor.

—¿Por eso?

—Precisamente.

—Explicate.

—Su estatura, sus carnes, su conjunto, son los mismos.

—Pero no sus detalles.

—¿Sus detalles?

—Sí, mirad.

Los soldados se acercaron en tropel, á una indicacion del que les llamaba.

CAPÍTULO LVIII.

La demostracion.

—Mirad,—repitió el mismo;—acercaos más, y ved si esta mano que ahora tengo entre las mias, pudo ser nunca del caudillo de Saldaña.

Sus compañeros fueron uno á uno y sin excepcion haciendo la observacion que el otro les proponia.

Despues de verificado esto, formaron en semicírculo en torno del mutilado tronco, guardando el más completo silencio.

—¿Y bien?—preguntó el que con tanta suspicacia habia puesto en práctica aquellas raras, pero oportunas investigaciones.

—Por mi parte...—princió á decir su contrincante.

—Tiene razon, tiene razon;—gritaron los demás.—Esa mano...

—¿Qué revela?

—Que nunca pudo ser del infante Bernardo del Carpio.

—Su aspereza indica al hombre de ciertas condiciones.

—Esos dedos ordinarios y cubiertos de arrugas, dicen muy alto que su dueño se dedicó sin interrupcion á duras y fatigosas tareas.

—Está resuelto.

—Sí, sí.

—Ese cadáver...

—No es el de nuestro señor, no es el de nuestro caudillo.

—De todo lo cual resulta...

—Que nos han vendido.

—Que nos han hecho traicion.

—Que nos han engañado.

—¿Qué hicimos nosotros, ó mejor dicho, nuestros jefes ante la idea de que el infante habia muerto?

—Dispersarnos.

—Disolver el ejército.

—Inutilizar la causa de nuestro general.

—Abandonar la campaña.

—Acabar de darle el triunfo al conde D. Vela.

—Pues bien; hé aquí el objeto que no veiais, al fraguar en Saldaña tan ruin superchería. El objeto...

—Dice bien, dice bien.

—Era...

—Ni más ni menos que lo que han conseguido.

—Necesitamos vengar esta nueva infamia,—gritaron tumultuosamente todos aquellos hombres.—El infante no ha muerto.

—¿Y bien?

—Necesitamos salvarle.

—Aprobado.

—Al diablo este muerto.

—Fuera de aquí.

—Arrojadle al barranco.

—Al momento.

—¡Viva nuestro valiente caudillo!

—¡Viva, viva!...

Y aquella turba, que á través de su ruda ignorancia despedia brillantes destellos de consecuencia é hidalguía que muchos caballeros hubieran envidiado, se dejaron llevar de un momento de calor y entusiasmo, para mezclar con un gran rasgo un acto de profanacion é impiedad incomparable.

El cuerpo de aquel infeliz que murió lleno sin duda de honrosas heridas, fué rodando hasta el borde del barranco.

Poco despues encontraba su sepultura en el abismo.

—Deliberemos;—dijeron luego algunos de los soldados regresando á la cueva.

—Sí, veamos lo que debemos hacer.

—Esto no puede quedar así.

—De ningun modo.

—Es una traicion.

—Una picardía.

—Una infamia.

—El infante...

—Debe estar preso.

—Sí, preso en Saldaña.

—¡En su misma fortaleza!

—En las murallas mismas donde tantas victorias nos hizo alcanzar.

—¡Donde la indignidad ha sepultado su valor y su honra!

—¡Vive Dios! ¿Y es posible que ese miserable nos haya engañado?

¿Es posible que nuestra torpeza sea igual á la de esa cáfila de cortesanos tímidos y asustadizos?...

—Esa es la verdad. Los antiguos soldados del paje se han colocado á la altura del último danzante.

—Pues manos á la obra.

—Demostremos que para algo nos hizo Dios.

—Enseñemos á esa canalla que no tan fácilmente nos ofendieron.

—Á ello sin dilacion.

—¿Quién de nosotros se encargará de dirigir las maniobras?

Todos designaron al soldado que descubrió el misterio de que el infante no podia ó no debia haber muerto.

—Acepto,—respondió á la unánime invitacion de sus amigos.

—Pues no hay más que hablar.

—Y os advierto que haremos al conde una guerra exterminadora, para lo cual debemos principiar por hacer el más espontáneo sacrificio...

—¿De qué?

—De nuestra vida.

—¿Dudas de nuestro valor?

—Esa duda es imposible.

—Entonces...

—Debo advertirlo.

—Como el infante pueda lograr su libertad, todo lo demás importa poco.

—La campaña que de nuevo vamos á emprender solos y por cuenta propia, debe hermanarse del todo con las costumbres del privado.

—Explicate.

—Debe reconocer por base, por principio, la traicion, el asesinato, el engaño.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—El ataque igual á la defensa.

—Es la manera.

—Guerra al favorito.

—Perezca hasta el último hombre de Saldaña.

—Saquemos, si es posible, la fortaleza de sus propios cimientos.

—Cuando no queden soldaços...

—Entonces...

—Entonces, camaradas, haremos arder el castillo, para que no quede memoria de esta terrible felonía.

—Aceptado.

—Resolvamos sin tardanza.

Calmada la efervescencia, más tranquilos los ánimos, cada cual volvió á ocupar su puesto al rededor de la hoguera.

La extraña deliberacion principió.

CAPÍTULO LIX.

Buenas nuevas.

La alegría puede surtir en ciertas ocasiones el mismo efecto que el dolor.

La alegría muchas veces mata.

El rey D. Ordoño sufría en los momentos á que nos referimos, uno de los más fuertes ataques de gota de los que hasta entonces le aquejaron.

Postrado en su lecho, y revolviéndose bajo la fuerza é intensidad de sus dolores, cada vez más crueles, consideraba angustiado cuál se acababa su vida, y se quebrantaba su salud poco antes tan fuerte y sólida.

Y sin embargo, como antes indicamos, la situacion de D. Ordoño no era producto, no era resultado de disgustos ni contrariedades.

Muy lejos de esto, dos nuevas se le acababan de dar en un corto espacio de tiempo, capaces de conmoverle hasta el fondo de su alma, haciendo asomar á sus labios una sonrisa de inefable satisfaccion.

Una de ellas era la revelacion que poco antes le hiciera doña Luz.

En los renglones dictados por Daniel, no solo se reasumia la verdad de lo ocurrido con Ildaura, si que tambien la infernal trama del adivino á quien D. Ordoño consultó, y la inocencia de la desgraciada doña Munia.

De un lado satisfacía el rey un deseo de su corazon, sabiendo que Ildaura no habia muerto.

De otro borrarba la desconfianza que le inspiraba su infeliz esposa.

Todo esto le tranquilizaba.

Otro acontecimiento producía en él una impresión más viva si cabe que la que dejamos dicha.

Hacia algunas horas que se le había participado de una manera oficial y solemne la destrucción del ejército sublevado.

Saldaña estaba en poder y bajo el inmediato dominio de su privado.

Este incidente, que para él significaba la paz de sus estados, la tranquila posesión de su reino, la seguridad, la salvación de su trono, fué el que llevó al colmo la excitación de su espíritu, postrándole y haciéndole sentir el ataque de que le encontramos aquejado.

No obstante su dolorosa situación, mandó que los emisarios de D. Vela volviesen á Saldaña, indicándole á su privado que desde luego podía regresar á la corte, siempre que dejase una guarnición capaz de retener la fortaleza en todas ocasiones.

Á la vez, mandó decir á doña Luz, con persona de entera confianza, que sin tardanza vería realizados sus deseos, toda vez que él se encargaba de corregir las demasías de su marido.

Llamó luego á la reina y procuró satisfacerla por sus pasados desvíos, achacando á las cosas del país y de la guerra la frialdad y aparente indiferencia que había notado durante cierto tiempo.

La entrevista dejó satisfecha á doña Munia.

¡Cuán poco necesitaba D. Ordoño para devolver á aquel corazón enamorado y tierno la calma que le había arrebatado!

Hecho todo esto, solo pensó el monarca en el instante en que había de tener en su poder al del Carpio, de cuya existencia, por encargo del conde, no dió explicación alguna, y en hacer que el vecindario de la capital del reino conociese y celebrase el triunfo inesperado de sus armas.

Á este fin, mandó que se dispusiesen algunos festejos, á cuyo coste quería él subvenir, haciendo para ello el último y más grande de todos los esfuerzos, toda vez que la familia real había llegado, por la situación de sus arcas, á carecer hasta de lo más indispensable y preciso.

No faltaba quien decía que para dominar los más inminentes apuros se había tenido que apelar á ciertos préstamos, cuya garantía no la constituía otra cosa que una confesión firmada por el rey.

En aquellos momentos se agotaba todo; todo, hasta el decoro del soberano.

En fin, los préstamos se obtuvieron, aunque, según decían por entonces, con mucho trabajo; el pueblo miró con impasible indiferencia el estertor de la monarquía, y una y otra cosa quedaron en tal estado.

Entre los pueblos y los monarcas llega en determinadas épocas á establecerse una falta de inteligencia tan lamentable, una distancia tan sensible, que ni los segundos pueden llegar á tiempo para calmar y acudir á las desgracias de los primeros, ni estos pueden detener en una caída desastrosa á los segundos.

Con pocas excepciones, el pueblo no es el que provoca estos conflictos.

CAPÍTULO LX.

Un contraste.

La noticia de la toma de Saldaña por las tropas del rey se extendió por la capital con la rapidez de la chispa eléctrica.

Doña Luz lo supo instantáneamente.

Una nueva angustia vino á apoderarse de su alma. ¿Cómo decírselo á Daniel?

Imposible seria detenerle una vez enterado de ello, y acaso, saliendo de su palacio, correria riesgos sin cuento que ella no podria evitar.

Su esposo se detendria algun tiempo más en la fortaleza.

La llegada del ejército la sabia con la necesaria anticipacion.

Entonces podria hacer que Daniel buscase su salvacion ocultándose en otro sitio.

En estas dudas, en esta incertidumbre, sin saber por de pronto qué partido debia adoptar, al fin se resolvió á que su amante ignorase lo que pasando estaba.

En el sitio apartado que ocupaba, y del cual no salia, fácilmente podria ignorar la fatal noticia.

Doña Luz no vaciló.

Ante la idea de volver á perder á su amante, guardó silencio.

Entre tanto el pueblo, el verdadero pueblo, permanecia en su actitud reservada, en su retraimiento absoluto.

En vez de una victoria, diriase con razon que se celebraban las exequias por la muerte de la patria.

En lugar del triunfo, se levantaba el pánico más aterrador, por el miedo que infundía la próxima perdición del reino, el hundimiento completo del Estado.

Una córte miserable, revoltosa, ruin, era lo único que se movía y agitaba á impulso de la pequeñez y de la adulacion, llenando el aire de mentidos clamores de alegría, mientras que en el fondo de sus corazones se depositaba toda la duda, toda la desconfianza imaginables.

El pueblo, el verdadero pueblo, acudía silencioso y triste á la plaza real, y por ella circulaba pausada y friamente.

Aquella multitud, cual un solo hombre, fijaba de vez en cuando sus amortiguados ojos en el alcázar, lanzando luego un suspiro que podía confundirse con un gemido arrancado por la desgracia, por la miseria que les consumía.

Era el fiel trasunto del harapiento, calculando desde una plaza pública el lujo, la ostentacion, la suntuosidad de los palacios, cerrados cuidadosamente para él.

De vez en cuando, una cuadrilla de doce ó catorce caballeros de la nueva córte y recién nacida aristocracia, cubiertos de ricos y costosos atavíos, alegres en la apariencia, y bulliciosos hasta el escándalo, salían del palacio, procurando llevar hasta la multitud el contagio de su entusiasmo fingido.

Pero la multitud les contemplaba con extraviados ojos, exhalaba una sonrisa cruel y dolorosa, y abriendo ancha calle ante aquellos advenedizos cuyas galas eran sin duda el producto del hambre que ella sentía, les dejaba pasar con una indiferencia glacial, que los otros atribuían á temor y respeto.

Sin embargo, se equivocaban lastimosamente.

El pueblo no les respetaba.

El pueblo no les temía.

En realidad, les despreciaba.

Persuadido de su grandeza y dignidad, comprendía que su desgracia le levantaba á un grado de nobleza mucho mayor.

Aquella actitud del pueblo, lejos de ser lastimosa, era digna.

Lejos de infundir compasion, pudiera decirse que debía imponer miedo.

Aquel aspecto reservado y triste.

Aquel rumor indefinible, sordo, prolongado, semejante al que produce la lejana tormenta.

Aquella actitud severa é impasible.

Todo, en fin, cuanto en la muchedumbre que iba llenando la plaza se comprendía, podía calificarse, no de curiosidad, ni de interés, ni de deseo por conocer los últimos acontecimientos, sino de una necesidad imperiosa que todos sentían por exhibir á los ojos del rey, en paralelo exacto con la alegría de su córte, el verdadero estado del pueblo.

Aquello era lo que en nuestros tiempos llamaríamos una *manifestacion pacífica*; una protesta viva de las clases pobres, de la muchedumbre hambrienta contra sus poderosos y satisfechos gobernantes.

Dijimos que los cortesanos no hacían alto en la verdadera causa de aquella reunion.

Por su parte el rey no podía contemplar el estado de sus vasallos; aquella coleccion de semblantes pálidos, descarnados y macilentos.

Postrado, como sabe el lector, en su lecho, ni podía ver aquel cuadro poco agradable, ni ocuparse con mucha extension de lo que pasaba en la capital.

Cuando los dolores se mitigaban un poco, cosa en verdad muy rara, toda vez que en lugar de ceder el ataque iba en aumento, extendiéndose la inflamacion no ya á las piernas, sino al vientre y parte del pecho, preguntaba á los nobles de que se encontraba rodeado la forma con que los vecinos de Oviedo habían recibido la noticia del triunfo de sus armas; contestábanle que el vecindario se regocijaba, y el buen don Ordoño quedaba satisfecho.

¡Si fuera dado á los reyes escuchar la voz de la verdad!

¡Si pudieran estudiar por sí mismos la expresion de los deseos de sus administrados!

¡Si pudieran por sí mismos comprender toda la diferencia que existe entre lo que sucede y lo que á sus oídos llega!

Pero esto es imposible.

La distancia es inmensa, las costumbres distintas, las dificultades insuperables.

Entre el rey más amante de los pueblos, y los pueblos más entusiasmados por un rey, existe siempre un abismo.

La córte.

Pasó el día, y la concurrencia fué disminuyendo.

Llegó la noche, y cada cual se retiró á su vivienda con la más cruel desconfianza en el alma, y los pensamientos más terribles en la mente.

En el alcázar, prescindiendo en lo posible del estado del rey, todos procuraban aparecer satisfechos.

Lo que realmente estaban era impacientes por recoger el resto del botin que D. Vela les ofrecia.

Todo quedó al fin en silencio.

La fiesta habia terminado.

De aquella manera se habia celebrado en la côrte el triunfo del privado.

CAPÍTULO LXI.

Preámbulos.

En el castillo de Saldaña se notaba cierta animacion.

Era producida por las órdenes que sin interrupcion daba el privado, á fin de que todo estuviera dispuesto para partir á la primera señal.

Quería el privado ponerse en marcha para regresar á Oviedo en el momento mismo en que recibiera la correspondiente autorizacion del rey.

Entretanto, los antiguos soldados de Daniel continuaban reunidos en su escondite, concertando la forma y manera de darle al privado algunos malos ratos y salvando de paso al infante Bernardo.

La noche avanzaba, y no obstante, ellos continuaban en torno de la hoguera, cuyo combustible aumentaban con frecuencia, mejorando, corrigiendo y aumentando atrevidamente su plan de campaña.

Por incidencia, y como tendremos ocasion de ver, sus determinaciones estaban en armonía con los propósitos del privado.

Los unos presentian la verdad de lo que pasaba.

El otro se disponia á partir á la córte llevando consigo al del Carpio.

—Veamos,—decía á la sazón uno de los bandoleros al que desde el primer momento entregaron la direccion de los negocios.—¿Crees tú?...

—Sí, creo que el infante caerá en nuestro poder.

—¿Cuándo?

—Antes de mucho.

—Cuidado, que nuestro deseo puede volvérsenos al rostro.

—¿Cómo?

—Ahorcádonos ese pícaro privado.

—Más despacio, compañero, que no se cuelga así tan de cualquier manera á la gente honrada.

—No me fio yo mucho de D. Vela.

—Que cuide él á su vez...

—¿De qué?

—De no caer en mis uñas.

—Eso es pensar en la mar.

—Eso puede suceder si se descuida.

—Estará muy alerta.

—Es que nosotros ni somos tontos, ni medrosos.

—¿Supones?...

—Que mientras haya viñas habrá vino, y con él y buenos puños, se hará la voluntad de Dios.

—Ó á todos nos llevará el diablo.

—Buen negocio habia hecho.

—¿Qué ocupacion nos habia de dar?

—Burlaros podeis; pero no nos olvidemos de que el conde es pájaro de mal agüero.

—En cuanto á lo del agüero, será lo que más te plazca. Ahora, lo que pudiera suceder felizmente es que el pájaro se quedase sin alas.

—Já, já, já.

—Tendria que ver.

—Pues hijos, de muchísimo menos nos hizo Dios, que nos formó de la nada.

—Pero tenia un poder infinito.

—Todo está compensado.

—Nosotros...

—Tenemos el derecho, y con el derecho unos corazones de risco y unas pieles muy duras.

—Cada loco con su tema.

—Eso debemos hacer.

—Quiera nuestra fortuna.

—Aún es tiempo de que el que se arrepienta deje el puesto.

—¡Por las barbas de Luzbel!

—Tú nos ofendes.

—La cosa no es para tanto.

- Bien se pueden hacer reparos y batirse luego como tigres.
- Es verdad.
- Basta de discusion.
- Ahorremos inútiles palabras.
- Dirige tú la maniobra.
- Eso, eso; que diga lo que se ha de hacer, y veamos cuál es el primero que retrocede.
- Ninguno, ninguno;—gritaron todos aquellos hombres á un mismo tiempo.
- Así me gusta. Como siempre dispuestos y valientes.
- Sepamos á qué se reduce la empresa.
- Al momento,

CAPÍTULO LXII.

Primeras disposiciones.

—¿Estais persuadidos de que no ha muerto el infante Bernardo del Carpio?

—Sí, lo estamos.

—Entonces, lo más seguro es que se han apoderado de su persona encerrándole en la fortaleza.

—Es indudable.

—En este caso...

—Prosigue.

—Lo lógico parece que tengamos ocasion de salvarle.

—Sepamos la manera.

—Me explicaré.

Todos escucharon con marcado interés.

—Parece natural que una vez rendida, ó mejor dicho, tomada la fortaleza y desbaratado nuestro ejército, no sostengan en ella unas fuerzas tan respetables como las que la guarnecen.

—Es claro.

—En este caso, y siendo el del Carpio un guerrero temible de cuya espada depende el que D. Ordoño siga sentado en el trono, es de esperar que aprovechen la ocasion de llevarlo á Oviedo guardado por el grueso del ejército.

—No sería extraño.

—De suceder tal cosa...

—Opinas...

—Que podríamos dar el golpe de mano que yo deseo, y que vosotros lograreis realizar de la manera más feliz.

—Habla más claro.

—Á eso voy. El del Carpio es el ídolo del pueblo. Vosotros, como yo, sabéis que una buena parte de sus tropas se componía de los habitantes de las comarcas vecinas, que con decision y entusiasmo le ofrecieron su hacienda y su vida.

—Todo eso es verdad.

—Pues bien. Lo primero que hay que hacer, pero esto con sigilo y sin perder momento, es correr cuatro de nosotros los pueblecillos más cercanos, contando la primera historia que se nos ocurra, hablando mucho de traidores é infamias, asegurando que se nos ha vendido, que se ha entregado villanamente la fortaleza, y excitando los ánimos hasta conseguir que al más pequeño movimiento que en la fortaleza se observe se reúna el mayor número de hombres posible, para contemplar por via de curiosidad la partida de las tropas.

—Y entonces...

—Si es posible, se da el golpe.

—Y si no...

—Esperamos ocasion más propicia.

—Entretanto los restantes...

—Se quedarán escondidos en sitio conveniente, espiondo sin tregua ni descanso las puertas de Saldaña.

—¿Y si en el tiempo que se hace la correría se ausentan los del rey?

—Entonces se avisará á los demás, y todos emprenderemos el camino de Oviedo.

—Dudo que se reúnan fuerzas bastantes para lograr nuestro objeto.

—No dudes nunca de la justicia de Dios.

—Mucho fias en la bondad de ese Señor.

—¿Crees acaso que la fé del cristiano está reñida con la bravura del soldado?

—Hombre, no digo tanto.

—Yo estoy persuadido de que tarde ó temprano la razon triunfa, y me parece que no cabe duda de que en este negocio la razon es del infante.

—Sobre ese punto no hay disputa.

—Pues entonces deja en lo demás al tiempo, que ha de ser el mejor testigo para nosotros.

—Pues pecho al agua, y cada cual á su camino. Por mí parte te ase-

guro que, aunque aferrado á mis dudas, no he de dejar por eso de cumplir tan bien como el que más.

—No lo dudo. Sé que eres valiente, y esto es cuanto necesitamos. Lo que falta es que de entre todos elijamos un jefe que nos dirija y aconseje en cuanto sobrevenir pudiera.

—Tú mismo, tú mismo,—gritaron á una sus compañeros.—Mejor que nosotros comprendes lo que es necesario, y nosotros te obedeceremos con entera sumision.

—Gracias pues, y queda aceptado el cargo. De manera que podeis partir á hacer la correría que os he indicado.

Y designó á cuatro de ellos, que inmediatamente se pusieron en marcha.

CAPÍTULO LXIII.

Antes de partir.

Pocas horas despues de los sucesos que acabamos de referir se notaba en el interior del castillo un movimiento grande y general.

Los jefes disponian sus equipajes.

Los soldados limpiaban sus armas.

Todos iban y venian en alegre confusion, como si despues de la campaña se dispusieran á celebrar una fiesta.

La alegria de todas aquellas gentes reconocia un origen muy fundado.

Conocida por D. Vela la resolucion del rey, dió orden para que las dos terceras partes de las fuerzas que mandaba se dispusieran á regresar á la capital.

Esto era mucho para aquellos que de nuevo iban á ver á sus familias, á sus amadas, á los objetos que en muchas ocasiones creyeron que para siempre perderian.

El júbilo de los que en este caso se encontraban se trasmitia á los demás, y creciendo el contagio de una manera interminable, cualquiera hubiera podido creer que los soldados de Saldaña se habian vuelto locos.

Las canciones, las carcajadas, los dichos picantes y graciosos se repetian con una frecuencia atronadora, infernal, llenando los ámbitos de la fortaleza de ecos placenteros que no conocian la interrupcion.

No sucedia otro tanto á los que se quedaban.

Tristes y pesarosos, veian el alegre estado de sus compañeros, pensaban en las satisfacciones que les esperaban y que á ellos no les po-

drian ser concedidas por entonces, y llenos de disgusto y pena, corrian en busca de los afortunados, para que ellos se encargasen de llevar un recuerdo, una expresion de acendrado cariño, á una madre desolada ó á una desgraciada huérfana, que ansiosas esperaban el dia en que poder abrazar á un hermano querido, á un hijo único y adorado.

Mil escenas tiernas y patéticas se veian representadas de la manera más viva y ardiente entre aquellos soldados toscos y groseros.

Lo que bien se siente, bien se expresa. Aquellos hombres ordinarios é ignorantes lloraban de ternura, haciendo que muchas veces asomara una lágrima á los ojos de los demás.

D. Vela únicamente permanecia frio, indiferente, glacial, en medio de aquella muchedumbre movida por tantos y tan distintos sentimientos.

Cubierto de hierro, armado de todas armas, sereno é indiferente hasta el estoicismo más inalterable, veia los preparativos de marcha, animando de vez en cuando á los soldados para que no perdieran un momento.

Si algo sentia, era el deseo de la venganza, el deseo de ponerse pronto en camino.

Á sus voces fuertes, enérgicas, imperiosas, se paralizaban todas las sensaciones que aquellas gentes sentian, viéndoseles aligerar su faena con una precipitacion pasmosa.

Temblaban ante el privado.

Una palabra suya era capaz de paralizar el curso de la sangre en las venas de sus desventurados servidores.

Pero él se cuidaba poco ó nada de todas aquellas cosas.

Solo queria llegar sin entorpecimiento de ningun género á la capital.

En ella le esperaba todo lo que, si no era bastante á satisfacer su corazon, llenaba por completo las aspiraciones de su alma.

En Oviedo encontraria á Ildaura.

En Oviedo le esperaba su poder, á la sazón sólidamente asegurado.

En Oviedo le esperaba tambien su más apetecida venganza.

Era preciso partir, y partir pronto, sin demora, sin que para ello fuera un obstáculo todo lo que para moverse un ejército era indispensable.

Los medios nada significaban para aquel hombre.

Lo único que encontraba y comprendia era la inmediata realizacion de sus deseos.

Tiendas, pertrechos, bagajes, utensilios de guerra, ginetes, peones, todo, en fin, lo que debia llevar consigo, se preparó y dispuso como por arte mágico, gracias á su presencia, á sus mandatos, á su temible energía.

Al asomar la aurora del siguiente dia, todos y cada uno de los guerreros no esperaban otra cosa que la señal de marcha.

Un momento despues de formar en los espaciosos patios de la fortaleza, apareció el privado en medio de los principales jefes, cabalgando sobre un ligero potro cordobés, y dispuesto á abandonar aquella fortaleza, para él de tan crueles y sangrientos recuerdos.

Saldaña enterraba en sus fosos lo más florido del ejército real, lo mejor de la juventud del reino, lo más escogido en armas y nobleza.

D. Vela examinó con rápida mirada la actitud de sus gentes.

Volvióse despues á sus capitanes.

Arengó á los que quedaban encargados de la guarda del castillo.

Por último, poniéndose á la cabeza de los tercios, se puso en movimiento, seguido por todos los suyos.

Soltáronse las cadenas á los puentes, abriéronse de par en par los rastillos, y aquella multitud de hombres armados, que antes miraban á Saldaña como su tumba, salieron de su recinto, dando al aire las banderas, con toda la animacion y orgullosa altivez del vencedor.

Los jefes despidieron sobre el puente al favorito.

Las murallas se cubrieron de soldados.

CAPÍTULO LXIV.

Conatos de resistencia.

Á la entrada del bosque que ya nuestros lectores conocen, veíanse unos ocho ó diez hombres, que más parecían fugitivos y recelosos de que se les descubriera, que sujetos de buenos antecedentes que allí hubieran hecho alto para descansar de una penosa jornada.

Entre la maleza de que estaba cubierta la estrecha garganta que formaban los dos barrancos de que ya en otro lugar hicimos mencion, veíase uno, que vigilando el castillo y la pequeña llanura que á su frente se extendía, presentaba todos los signos del que hace centinela.

En efecto, él lo era en aquella ocasion.

Perfectamente armado, y con su ballesta al hombro, vigilaba cuidadosamente mientras sus amigos se entregaban á la quietud y posible reposo.

Eran nuestros antiguos bandoleros.

Recostados á la entrada del bosque, esperaban que se presentase la ocasion que afanosos buscaban.

Silenciosos y tristes, pasaban las horas sin pronunciar apenas una palabra.

Impacientes por saber lo que sus corredores hacian, el más leve ruido, la más ligera señal, el más insignificante incidente les sobresaltaba y conmovia.

Al fin uno de ellos rompió el silencio.

—¿Sabeis,—dijo,—que no se nota movimiento en los alrededores del castillo?

- Y bien,—repuso el que fué aclamado jefe de aquella pequeña tropa.—¿Qué juzgas de esto?
- ¡Hum!... Nada bueno barrunto.
- ¿Crees?...
- Que quizá los que antes nos ayudaban...
- Acaba.
- No quieran disponerse ahora á nuevas correrías y cintarazos.
- Mal los juzgas.
- Á lo que pasa me atengo.
- No pasa nada.
- Cabalmente es lo que siento.
- Es que cuando nada pasa...
- ¿Qué?
- Puede pasar.
- ¡Por vida de mi abuelo! Que me pase á mí una lanza mora si más que yo lo deseais vosotros.
- Eso por sabido se calla.
- Pero por lo mismo que daría la mitad de mi sangre porque saliéramos adelante en nuestra empresa, dando una lección, y á ser posible una paliza, á esos traidorzuelos de Saldaña, desconfío...
- No desconfies, que, como dice el refrán, nunca es tarde si la dicha es buena.
- Es que desde hace algunos días, la nuestra...
- ¡Válgame Dios, y cómo te duele una contrariedad!...
- ¿Lo extrañas acaso?
- Sí, y diré la razón.
- Sepámosla.
- Siempre tuvimos buena fortuna.
- Es cierto.
- Á través de los mayores peligros encontramos, sin que jamás lo contrario haya sucedido, una callejuela...
- Que nos ha hecho salir del apuro.
- Exactamente.
- No te lo niego.
- Pues entonces...
- ¿Qué?
- ¿Por qué no has de esperar que ahora nos suceda otro tanto?
- ¡Oh!... porque nuestras circunstancias actuales...
- Son las mismas ó mejores que otras veces.

- Pues todo consiste en que yo no lo veo así.
- La experiencia te lo ha de decir.
- Ojalá sea hoy mismo.
- Quizá.
- Desgraciadamente la noche va á terminar, la aurora aparecerá muy pronto, y ya ves, nada se oye, nada se percibe.
- ¡Por vida!...—murmuró un tercero.
- ¿Qué te sucede?
- Que los augurios de ese mochuelo no me gustan.
- ¡Ja, ja, ja!
- Podeis reiros, pero os aseguro que á mí me está llevando el diablo.
- Pues ya ves que por mi parte...
- Por tu parte debias callar, porque suceda lo que se quiera...
- ¿Qué resultará?
- Que nada adelantaremos con tus lamentaciones.
- Dice bien.
- Dice mal.
- Tiene razon.
- No la tiene.
- Preferible es que nos pongamos en lo peor.
- Pues yo encuentro que lo preferible es el no desesperar.
- Trátese el asunto con el interés que requiere.
- Sí,—dijeron unos.
- No,—gritaron otros.
- Silencio, con once mil de á caballo,—exclamó el centinela avanzando hácia el grupo.—Vais á conseguir con esos gritos que se despierten las comadreas de Saldaña, y que nos manden algunos escuadrones para imponernos silencio.

Todos callaron.

—Considerad,—dijo luego el jefe,—que estas discusiones son enteramente inútiles. Lo que haya de ser, será.

—Es claro.

—Y tanto.

—Ved la aurora. Los objetos se van distinguiendo. Acaso el centinela nos dará muy pronto buenas nuevas.

—Dadlas por recibidas,—dijo á media voz aquel á quien sus compañeros se referian.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?—preguntaron todos á la vez levantándose y corriendo al boquete que servia de entrada al bosque.

- Mirad hácia aquel lado.
- En efecto, se distinguen algunos grupos...
- Que aumentan sin cesar con los que van llegando.
- ¡Oh!... me parece que nuestros amigos han cumplido bien su comision.
- Poco tiempo tenian, pero lo han aprovechado.
- Si siguen llegando, es de creer que dentro de pocos instantes se reorganice un ejército aun más numeroso que el anterior.
- Me parece que podremos dar una leccion al privado.
- Pues os engañais, por desgracia,—dijo otro soldado, que de piedra en piedra y con la ligereza del corzo descendió del monte, colocándose de un salto en medio de los otros.
- ¿Tú aqui?
- Ya me veis.
- ¿Por qué dices que no venceremos á D. Vela?
- Por muchas razones.
- Sepamos alguna.
- ¿No hay gente?...
- Mucha, pero no tanta como creeis.
- Es valiente.
- No lo sabemos.
- ¿Pero no son los mismos que combatieron poco há?
- Ojalá.
- ¿Pues quiénes son?
- Todos los habitantes de la comarca, que teniendo sus hijos ó hermanos en la guerra, habian quedado en sus hogares para cuidar su hacienda, y defenderla en caso necesario.
- ¿Y los otros?
- Los otros, al parecer, andan errantes, fugitivos, extraviados, por temor sin duda de que el vencedor los persiga.
- De manera...
- De manera que, aunque bien dispuestos, é indignados por cuanto les hemos dicho, ni son experimentados ni tienen armas.
- ¡Vive Dios!
- Es inútil entonces pensar en nada.
- Al contrario; es preciso hacer que desistan de sus planes, pues locos, desesperados, furiosos, el que menos quiere hacer un desatino por salvar á nuestro valiente caudillo.
- Eso seria una locura, eso seria empeorar su situacion.

—Á la vez que promoveria un derramamiento de sangre inútil.

—Pues vamos allá sin perder momento, porque la gente está alborotada, y no respondo de lo que pueda suceder, sin embargo de que nuestros compañeros procuran á toda costa contenerles.

Y dicho y hecho, los soldados se pusieron en camino, con direccion á la pequeña llanura que al pié de la fortaleza se extendia.

La noticia que por los emisarios encargados de sublevar de nuevo el país vieron confirmada, de que el del Carpio y los suyos habian sido sorprendidos por las tropas del rey, tenia consternadas á todas aquellas gentes, que ardiendo en deseo de venganza fueron á situarse al pié del castillo.

Desordenados, sin guia, sin jefes, sin armas, era vano cuanto intentasen. Pero su buen deseo no les dejó tiempo para reflexionar, ni su ignorancia tregua para medir el riesgo á que se exponian.

Entre aquella multitud veíase á nuestros soldados, y especialmente al reciente jefe, que pálido el rostro y con temblorosos labios, iba y venia de corrillo en corrillo, oyendo y murmurando alternativamente. Lo que oia le alarmaba. Las murmuraciones se reducian á algunos enérgicos ternos, capaces por sí solos de quebrantar y conmover al hombre de corazon más empedernido y fiero.

Sentia con toda su alma lo que estaba pasando.

Se arrepentia verdaderamente de no haber premeditado más y con más calma el paso que ya dado no se podia evitar.

Imaginaba el medio de poner coto á aquella muchedumbre, que con la más pequeña ligereza podia agravar la situacion difícil del infante.

Por fin, de uno en otro, llegó á un círculo donde la conversacion era mucho mas animada, y allí, como en los demás, hizo alto.

—Dígote, Ludovico,—exclamaba con tono de profunda é inapelable conviccion un hombrecillo rechoncho y carisucio,—que lo que yo cuento es cierto, y que me lo refirió no hace mucho mi compadre Nuño, que es uno de los soldados que más en estima tiene ese conde D. Vela.

—Pero ¿cómo es posible que los cercaran y vencieran en dos por tres, sin hacer ruido y sin que les viesen hasta que estuvieron encima?

—Ahí verás tú; eso consiste en que el conde tiene connivencia con los brujos y hechiceros, y...

—Vete con doscientos de á caballo, bruto de Lucifer; nos quieres comulgar con chopos, como si fuéramos chicos de teta.

—Bien dicho, bien dicho,—clamaron los del corro batiendo palmas á tan brusca salida;—tiene razon Ludovico; esa sorpresa no puede ser

otra cosa que la traicion de alguno de los del castillo. Porque ¿quién entrara en él guardándole el valiente Bernardo?

—Pues lo que es si entraron por la torre del Mediodía, ya sé yo quien estaba en ella de centinela.

—¿Quién? ¿Quién?

—Un balletero de tierra de Galicia, el más tramposo y fullero de todos los jugadores, capaz de escamotear una moneda al más pintado.

—¿Y por quién sabes que era él?...

—Porque me habló desde la muralla, por cerca de la cual pasé con direccion al campamento.

—Y parece que hoy mismo partirán los prisioneros á Oviedo.

—Eso cuentan. ¡Ira de Dios! ¡Cuánto daría yo por dar un julepe á esos descamisados, que tan traidoramente se han apoderado de nuestro buen señor el infante!

—Paciencia, ya que otra cosa no podemos hacer; somos pocos y no tenemos armas; si algo intentásemos nos lancearian esos perros, y par-diez que no tendríamos otro medio que aguantarlos, y que no es bueno para estas cosas el hijo de mi madre.

—Es verdad; si á lo menos estuvieran aquí todos los mozos de la comarca...

—Entonces ya seria otra cosa, y tal vez...

—Pues si quereis vamos á buscarlos por esos vericuetos, donde estarán escondidos, y arda Saldaña, con tal de que salvemos á nuestro señor.

—¿Que si queremos? ¡Pues no!—exclamaron á una todos los paisanos que formaban el corro, disponiéndose á hacer lo que decian, ni más ni menos que si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—¡Quietos!—dijo á la sazón una voz breve y enérgica, que hizo volver todas las cabezas y detener todos los piés.—Quietos os digo,—repitió un hombre que hasta entonces les estuvo escuchando.—¿Quereis empeorar la situacion de Bernardo, suponiendo que lo que decis lo cumplais? ¿No veis que sus enemigos querrian tener esa misma ocasion que pretendeis darles, acaso para acabar la empezada felonía de una manera cruel?

Todos examinaron con insistencia y extraña curiosidad al desconocido.

Ninguno por el momento le contestó.

Pasado el primer momento de sorpresa, se repusieron.

Entonces se dirigieron á él.

CAPÍTULO LXV.

Se restablece la calma.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?—preguntó el más atrevido de todos.—¿Por qué decis que es empeorar su suerte el intentar arrebatarlo de las manos del rey?

—Porque esa es la verdad.

—Nosotros no lo entendemos de esa manera; y por lo tanto vamos...

—Á estaros quietos.

—Eso será lo que nosotros queramos.

—Es que vosotros no querreis perder del todo á vuestro señor. Estais en campo abierto, y ellos encerrados en una fortaleza; indefensos, y ellos están perfectamente armados; pocos, y ellos son un ejército relativamente. ¿Qué adelantariais, pues, con una asonada? Primero, que os acuchillasen sin compasion; que por rebeldes talasen vuestros campos y quemasen vuestras casas; y luego, que atentasen inhumanamente á la existencia del hijo de Saldaña, cosa que ellos desean ardientemente. Y si esto sucediese, ¿qué hariais? Sentirlo... pero nunca remediarlo.

—Tiene razon,—murmuró uno de aquellos hombres, moviendo desalentado la cabeza.

—Así parece,—respondió otro por lo bajo,—pero no basta que él lo diga. ¿Qué sabemos nosotros si será uno de sus enemigos, que querrá desanimarnos, temiendo que hagamos una de las nuestras?

—No, no; eso no es cierto, Ludovico;—gritaron á coro dos ó tres

gañanes que hasta entonces no habian dicho una palabra, reduciéndose á no quitar los ojos del soldado mientras que con los otros disputaba.

—¿Que no es verdad?—preguntó el llamado Ludovico, que no comprendia el sentido de aquella protesta.—¿Y qué sabeis vosotros?

—Vaya si lo sabemos; y conocemos al que nos habla, y respondemos de que no hará traicion al del Carpio. ¿Ignorais que el que está con nosotros es un soldado de Daniel?

—¡Vos! ¿Sois vos?...

—Ni más ni menos.

—¿Y cómo es que estais aquí?

—Por un milagro.

—Pues ya que esto sucede, bueno seria que vos nos dijéseis lo que debemos hacer.

—Es muy sencillo; no decir esta boca es mia, suceda lo que suceda; repito lo que antes he dicho, porque lo demás fuera una locura.

—¿Será verdad que hoy mismo salen para Oviedo?

—Lo ignoro.

—¡Ah! ved allí uno que puede enterarnos de todo.

Efectivamente, un ginete bajaba la rampa del castillo, con semblante risueño y placentero.

Vióle Ludovico, y le reconoció al punto.

Se dirigia á la capital, con objeto de participar al rey, de órden de D. Vela, la llegada del prisionero; de Bernardo del Carpio.

Aun cuando los de la fortaleza vieron la gente que se aglomeraba en la llanura, solo pudieron calcular que las reunia la curiosidad, y no el deseo de hostilizarles.

El jefe de los antiguos bandoleros encargó á los otros que procurasen interrogar amistosamente al que venia.

Este, no por precaucion, no por miedo, sino por evitar que le entretuviesen ni un instante, quiso dar un pequeño rodeo y seguir adelante.

De nada le sirvió.

—¡Eh, truhan!—le gritó Ludovico, haciéndole señas para que se acercara.

—Adios, buenos mozos,—dijo el soldado con tono meloso;—voy de prisa, y no puedo por esta razon detenerme todo lo que quisiera.

—¿Y á dónde bueno camina?

—Á una comision de importancia.

—¿Te la ha dado el conde D. Vela?

—Quizá, inaguantable curioso.

— Parece, —preguntó otro labriego, — que hoy saldreis para la córte.
— Dentro de media hora marchará el conde D. Vela con los prisioneros.

Los soldados de Daniel rechinaban los dientes de rabia.

— Pero... — empezó á preguntar Ludovico.

— No puedo deciros más; estoy, como ya os dije, de prisa; conque andando, y buena fortuna, caballeros.

Y el soldado partió á buen paso, separándose más y más de aquellas buenas gentes.

— Malditos, — decia entre sí; — creí que me molian á preguntas y respuestas. Cargue con vosotros el diablo, jumentos de Satanás. Sin duda creerian...

No pudo continuar.

Una mano de hierro oprimia fieramente su garganta, hasta el punto de no permitirle moverse, ni aun exhalar un gemido.

Despues, por un rápido movimiento de rotacion, le hizo dar una vuelta tan completa como involuntaria. Sin saber cómo, perdió su montura, encontrándose en el suelo frente á frente de otro hombre.

— ¡Ah!... — exclamó con un acento tal, que bien pudiera comprenderse en él, más bien que una sílaba, un tratado completo de accidentes terroríficos.

Tras aquella exclamacion el soldado quedó extático, sin accion para nada, mirando como fascinado al otro personaje.

— Eres un infame, — dijole su agresor, resonando cada una de sus palabras como un martillo sobre una plancha de acero. — Un infame, y mereces morir como un perro.

— ¡Yo!...

— Silencio, miserable; tu última hora ha llegado, y va á matarte tu misma traicion; la pequeña parte que en el asalto hayas tenido.

— ¡Ah!... Vos sois...

— Sobradamente lo sabes. Te hice huir en medio del combate. Hoy más que nunca necesito vuestras vidas; quiero que uno á uno los soldados como tú, traidores y cobardes, perezcan á mis manos. Vas á morir.

El ballestero cayó de rodillas; el otro, aprovechando aquel momento de asombro y de terror, desenvainó su puñal.

— Por Dios; por lo que más ameis; por vuestra salvacion; concededme la vida.

— ¡La vida! Todos tus ruegos serán inútiles. Sangre por sangre; como

tú perecerán también los demás. ¡Miserables! ¿No sabiais que vuestras cabezas serian tarde ó temprano el precio de vuestra infamia?

—¡Oh!... todo es verdad, lo confieso; fuimos traidores, miserables, infames; todo, todo es verdad; pero por mi parte me arrepiento; me arrepiento, y si mi vida, mi brazo, mi espada, puede remediar en algo el daño que se hizo al del Carpio, dispuesto estoy; mandad, y os obedeceré.

—El que es infame una vez, lo será ciento; tu vida es la que yo necesito,—rujió el soldado amenazando el pecho del balletero.

—¡Por piedad, por compasion! ¿Qué bien alcanzareis con matarme? El del Carpio está perdido; una vez apoderados de él, más os puede servir mi agradecimiento que mi muerte; dejadme la vida, y yo os juro que lealmente os ayudaré para salvarle.

—Tú no lo harás, y yo necesito castigar á los que obraron tan villanamente; tú no lo harás, aunque de esa manera únicamente lograrías dilatar un poco más tu suplicio.

—Lo haré, lo haré; os lo juro.

—¿Y cómo?

—D. Vela me ha tomado á su servicio; marchamos á Oviedo, y como estoy seguro de que no ha de abandonar ni un instante al prisionero, no es imposible el poder dar un buen golpe de mano...

—El primer dia que hagas tú centinela...

—Cierto.

—¿Y quién me responde de eso?

—Mi vida.

—Tienes razon, porque yo te la arrancaria aun cuando te guardasen las entrañas de la tierra.

—Y no la defenderia yo segunda vez; podeis estar seguro.

—¿Dónde te diriges ahora?

—Á la córte.

—¿Con qué objeto?

—Con el de avisar la llegada del infante.

—Pues sigue tu camino, y no olvides esperarme dentro de cuatro dias en la hostería de Ortuño, en la plaza Real; allí estaré yo al oscurecer.

—No faltaré á la cita.

—Tu cabeza me responde de ello.

—La quiero demasiado para perderla.

—Pues procura conservarla bien en los hombros.

Los soldados se separaron, no sin lanzarse antes una doble mirada, que revelaba en el primero la ira y en el segundo la maligna intencion del raposo.

El uno volvió al sitio donde estaban los paisanos.

El otro siguió su ruta, volviendo á cada paso la cabeza, y exclamando al fin:

—¡Cuatro dias!... Dentro de cuatro dias no serás tú, avechucho del diablo, el que puedas matarme.

CAPÍTULO LXVI.

La última esperanza.

Bernardo del Carpio apareció en el patio del castillo de Saldaña en el momento en que salían de él las primeras avanzadas.

Presentáronle un caballo, en el cual montó, viéndose en el mismo momento rodeado de un escuadron que debia custodiarle durante las jornadas.

Esta fuerza era mandada por uno de los primeros jefes del ejército real.

Púsose en marcha cuando le tocó su turno, y, como el grueso del ejército, pasó el puente, bajó la empinada rampa y llegó á la llanura.

D. Vela se alarmó por el pronto al considerar que el gentío era ya grande; pero en breve se tranquilizó, toda vez que á la primera ojeada echó de ver que la actitud de todos era pacífica, si bien en la expresion de sus miradas, en sus semblantes, se comprendia fácilmente todo el disgusto que causaba lo que estaba aconteciendo.

El privado quiso aligerar el paso; pero la confusion, el apiñamiento de los labriegos é hidalgos de aldea, se lo impedia.

Á duras penas, y á fuerza de cuidado y enérgicas indicaciones, conseguia que aquellas oleadas humanas abrieran un estrecho camino, por el cual se iban deslizando los escuadrones como Dios y su paciencia les daba á entender.

Detrás de los primeros escuadrones llegó el que custodiaba la persona del infante.

En aquel momento la agitacion, el movimiento, el tumulto, no tuvo límites.

Los sencillos habitantes de la comarca no podian ver tranquilamente el estado del que momentos antes era su señor natural, su providencia, el terror de D. Vela y de los suyos.

Consideraban ruin y cobarde el contemplarle así, permitiendo que tamaña felonía se consumase.

Bien hubieran querido perder la vida en aquel mismo sitio, ó salvar la de Bernardo; y seguramente, sin las amonestaciones y argumentos de los soldados de Daniel, hubieran acabado por conseguir su objeto, que despues de todo, ni les hubiera dado gloria ni resultado.

Por su parte Bernardo les contemplaba con una inexplicable expresion de agradecimiento.

Era el último adios de un desgraciado á los objetos más queridos.

En aquel campo, antes cubierto de cadáveres y de gloria, dejaba á su vez la libertad, la esperanza, todo cuanto podia y llenaba su corazon en otros dias.

Á la vez que todo esto, notábase tambien en su semblante, en sus ojos, una ansiedad, una impaciencia grande.

Marchaba lo más despacio que era posible, y veíasele reconocer con insistencia á todas las personas por cuyo lado pasaba.

Algunas de ellas pedian al infante una mano, que él alargaba afectuosamente y que recibia una cariñosa opresion, y un beso lleno de sinceridad y cariño.

Aquellas respetuosas manifestaciones explicaban muy alto lo que el infante valia y significaba.

Sus ojos despidieron al fin un destello de alegría.

Á lo lejos, á la derecha del camino, divisó un grupo de hombres, cuya clase no se podia definir por lo heterogéneo de sus vestiduras, pero de rostros tostados, varoniles, atrevidos.

Las miradas de uno y de otros se entendieron.

Al llegar junto á ellos el del Carpio, los del camino se arremolinaron, el caballo que montaba el prisionero se encabritó, y un hombre atravesó la multitud codeando y empujando á todo el mundo con el fin de apartarse de aquel sitio.

Era el jefe de nuestros soldados.

Siguió la marcha.

Los grupos se fueron dispersando.

La llanura quedó sola á los pocos momentos. Á la entrada del bos-

que, á doscientos pasos de la retaguardia del ejército, se distinguía una pequeña cuadrilla, que oía atentamente la lectura de un pergamino.

Sn contenido era tan raro como lacónico.

Estaba calcado como con un punzon.

Lo que decia era lo siguiente: «Á Oviedo. Calabozos del alcázar.
«Busca á Daniel.»

Ninguno por el pronto acertó á hablar.

—Ya veis,—dijo uno de ellos,—si mis cálculos eran acertados.

—Como si todo lo hubieras estado viendo.

—No hay duda.

—Vive el infante y tiene su libertad perdida.

—Al llevarle á Oviedo...

—Presumo...

—¿Qué?

—No es nada.

—Habla.

—¿Para qué echar cuentas?

—No debes ocultarnos tus pensamientos.

—Son muy tristes por desgracia.

—Los sabremos, y sea lo que Dios quiera.

—Pues bien.

—Prosigue.

—Creo que el infante... no ha de volver á ver á sus antiguos amigos.

—Segun eso...

—Desconfío del rey, y más que todo de su privado.

—Ese conde maldito...

—Es capaz de cualquier cosa.

—Pues lo que es eso lo veremos.

—¿Qué hemos de hacer?

—¿Qué opinais vosotros?

—Que sigamos al pié de la letra las órdenes de nuestro caudillo.

—¿Al pié de la letra?

—Si.

—No estamos conformes.

—¿Pues qué quieres hacer?

—Algo que conduzca á impedir que llegue de esa manera á la córte.

—Y ese algo...

—Puede presentarse de aquí allá.

—Explicate.

—No es este el momento.

—¿Por qué razon?

—Porque seria perder un tiempo precioso, que nos es indispensable aprovechar.

—En ese caso...

—Debeis contestarme á una cosa.

—¿Cuál?

—Decidme si aún persistis en que yo prosiga dirigiendo nuestras operaciones.

—¡Quién lo duda!

—Pues entonces, adelante; no me pidais cuenta de nada de lo que yo determine. Tened en cuenta únicamente que lo que yo deseo es lo que vosotros deseais; es decir, la salvacion de Bernardo del Carpio.

—Convenido. Hágase lo que tú decidas.

—¿Sin saber el nuevo proyecto que he concebido?

—Sin saberlo.

—¿Quereis tener en mí toda esa confianza?

—Entera.

—Pues dejemos á la suerte lo demás, y pongámonos en camino, que no debemos separarnos mucho del ejército.

Resueltos de nuevo á hacer algun esfuerzo en favor del guerrero de Saldaña, todos siguieron ciegamente las indicaciones de su compañero.

Á poco llegaron á una distancia de cien pasos de las tropas reales.

Nuestros aventureros tuvieron que detenerse.

El ejército habia hecho alto.

Esta inesperada medida movió su curiosidad, y les indujo á separarse del camino, y á subir á una pequeña eminencia, desde la cual podian cómodamente enterarse de cuanto ocurrir pudiera.

En efecto, la detencion estaba justificada.

Á buena distancia de la fortaleza, el privado mandó hacer alto.

Luego dispuso que llamaran al jefe de la escolta del infante.

Lo llevó á un lado, y le comunicó sus últimas órdenes.

—¿Teneis confianza en los soldados que mandais?—le preguntó.

—Tanta como vos mismo, señor conde.

—¿Creeis que entre ellos se encuentre algun traidor?

—Aun quando así fuese, no se arriesgaria á cometer una imprudencia, que de seguro le costaria la vida.

—Y á vos os acarrearía la desgracia del rey.

—Desgracia que temo, tanto como vuestro enojo.

—Sé que me servís con lealtad.

—Os debo la mayor parte de mi fortuna, y soy agradecido.

—Pues bien; tomad un consejo mio.

—Con mil amores.

—No os separeis del prisionero.

—Lo haré cual lo decis.

—No confiéis á otros lo que por vos mismo podeis hacer.

—Estad tranquilo, señor conde.

—Poco tardareis de aquí á Oviedo.

—No será mucho.

—En ese tiempo, si preciso fuera, estareis sin dormir, sin comer, sin descansar.

—Os obedeceré.

—Si no creéis que esto es bastante, permaneced á su lado, en su misma habitacion, durante las horas que se concedan al reposo de los soldados. En una palabra; sed su pesadilla, su sombra.

—Y aun todo eso me parecerá poco.

—Perfectamente.

—¿Os ocurre algo más?

—Sí.

—Os escucho.

—Si alguno de los hombres que mandais diera lugar á la más leve sospecha, mandadle á otro escuadron. Si durante la jornada sus parciales intentaran dar algun golpe de mano, retened en vuestro poder al prisionero ínterin os quede un soldado, ó mientras vos conserveis la vida.

—En último caso...

—En último caso, en el último extremo, cuando ya no quede otro recurso...

—Él...

—Tambien debe morir.

—Morirá.

—¿Estais bien enterado?

—Lo estoy de cuanto necesito.

—En ese caso...

—De mi cuenta corre dejaros satisfecho.

—Vuestro premio está en la córte.

—Allí, señor, procuraré como siempre serviros.

D. Vela y su subordinado se despidieron.

El segundo volvió grupas, y fué á reunirse con su gente.

El primero llamó al lado suyo á los demás capitanes.

—Voy á adelantarme, pues el rey me ordenó que entrara en Oviedo con alguna anticipacion que el ejército. Confio en que, dado un apuro, lo resolvereis y sabreis salir de él con el buen tino y decision que más de una vez habeis mostrado. Cuando esteis á un tiro de ballesta de la capital, me tendreis de nuevo á vuestro lado. Adios hasta entonces, y que la fortuna os guie.

Y esto diciendo, picó espuela á su corcel y salió á la carrera, seguido de una docena de ginetes, y con direccion á la capital.

En algunos minutos se perdió de vista.

El ejército se movió de nuevo.

Todos extrañaban la repentina é inesperada partida de D. Vela.

¿Qué podria ser?

Nadie se daba explicacion de aquella nueva rareza.

—¿Qué demonios le sucede á esa gente?—se preguntaban entretanto los que desde la colina les observaban.

—¿Y quién es capaz de entenderlo?

—Se reunen los jefes.

—Sí.

—El que está en medio es D. Vela.

—El mismo.

—Parece que los arenga.

—Puede ser.

—Temerá que antes de llegar á Oviedo le suceda un fracaso.

—Por nuestra desdicha, no sucederá el que él puede temer.

—Creerá que aún pueden reunirse los restos de nuestro ejército y dar al suyo un mal rato.

—Ese hombre no se fia ni aun de su sombra.

—No, pues al parecer no es lo que nos figuramos.

—En efecto, parece que determina...

—Determina sin duda entrar en Oviedo antes que los demás.

—Mirad cómo parte á la carrera.

—Sin duda, sin duda es eso.

—Los otros se ponen tambien en marcha.

—¿Qué intentará ese hombre?

—Pronto lo sabremos.

—Nosotros, entretanto, debemos seguir á nuestro caudillo.

—Ínterin él esté ahí, cada cual seguiremos en nuestro puesto.

—Pues no nos detengamos.

—Al asunto.

De nuevo bajaron á la llanura, y en breve se encontraron á la misma distancia de las últimas filas que antes de ocurrir el incidente á que acabamos de hacer referencia.

De esta manera continuaron algunas horas, en las que el favorito alcanzó una fabulosa ventaja.

Sus gentes seguían la marcha al paso de camino.

Él no dejaba descansar un instante á su caballo, que, castigado sin cesar, cruzaba la distancia con una rapidez increíble.

La noche se acercó.

Los jefes del ejército decidieron acamparse y esperar la aurora.

Cerca del sitio en que se encontraban había una especie de meson, tan desierto como desmantelado.

En él, y en la habitacion que más seguridades ofrecía, instalaron al infante.

En otra que á su lado estaba se situó el que mandaba la escolta, disponiendo antes que en la sala que precedía al dormitorio de Bernardo se colocaran cuatro hombres escogidos y de su más completa confianza, que á toda costa le respondieran del prisionero.

De esta manera, y con todas las precauciones que requerían el estado del país y la situación del ejército, los que no estaban de servicio se entregaron, enteramente descuidados, al descanso.

CAPÍTULO LXVII.

Un deseo irrealizable.

El rey se sentía algo más aliviado de sus dolencias.

Por consejo de sus más fieles amigos y especialmente de su esposa, había abandonado el lecho, procurando encontrar alguna distracción, aunque inútilmente.

Su estado se hacía á cada momento más grave.

El buen aspecto que los asuntos públicos presentaban, no era bastante á hacerle recobrar la salud que había perdido.

La lucha concentrada y constante que sostenía hasta aquel momento:

Los deseos comprimidos en su alma, imposibles de realizar:

La secreta pena que uno y otro día oprimía su pecho:

Todo esto, en fin, llevaba á D. Ordoño á un estado tal de gravedad y de tristeza, que todos, sin excepcion, temían que el monarca perdiera muy en breve la existencia.

Pasaba los días sumido en la más amarga melancolía, comparando siempre los días de su anterior fortuna con el presente, que nada, absolutamente nada bueno le ofrecía.

El triunfo de sus armas; la momentánea pacificación del reino; la reconciliación con doña Munia; las nuevas que adquirió de Ildaura, estaba cruelmente compensado con el ejército que había perdido; con la desesperación de sus vasallos; con su estado inminente; con el desengaño que un amor cual el que profesó á su desconocida, le había proporcionado.

De nada servía que D. Ordoño viese por un momento terminada la rebelion.

Dicha y tranquilidad para lo porvenir era lo que necesitaba, y el lograrlo sabía que era, por desgracia, imposible.

Á través de todo, y por un prisma desconsolador, veía el rey la fatídica y repugnante figura de D. Vela, presidiendo, ya por debilidad, por compromiso, por la conveniencia del momento, los destinos del país.

En el reino faltaban hombres que pudieran ó supieran gobernar la maltratada nave del Estado.

Los que podían prestarle alguna ayuda se negaban á tomar ni aun la parte más pequeña en los negocios.

La tormenta arreciaba á lo lejos.

El chubasco se veía aproximarse con una rapidez increíble.

El cataclismo, con todas sus consecuencias, estaba encima.

La responsabilidad era inmensa.

La córte del rey Ordoño, aquella nueva córte, formada por los aventureros é intrigantes, que de algun tiempo iban colocando entre el monarca y la vieja aristocracia una barrera insuperable, era tambien poco á propósito para que un noble digno, un corazon honrado, tratase de afrontar cualquiera empresa que á la salvacion de la patria condujese.

Dedicados á la más vergonzosa rapiña, queriendo agotar hasta el último recurso, devorar hasta el más cruel y angustioso sacrificio de los pobres pueblos, ya sobradamente quebrantados, no podían soportar tranquilamente que otros terciaran en las operaciones que necesitaban sus repugnantes agios; y en su consecuencia, procuraban que el soberano no respirara otra atmósfera, ni concediera intervencion de ninguna especie á los hombres de sanas ideas y rectos principios.

El país se desplomaba; pero ellos querían llenar por completo sus arcas.

¿Qué les importaba el país?

Por otra parte, todo aquello que sucedía, sin que se pudiera evitar, por los raros incidentes que sin interrupcion se presentaban, era rechazado por el pueblo.

Aunque su actitud, como en otro lugar decimos, parecía pasiva, resignada, no faltaba quien conocía que el coraje aumentaba; que el odio crecía; que se levantaba en todos los ánimos el rencor más temible contra aquella córte corrompida, cuyo pedestal y arrimo era el rey; por una combinacion increíble se hacia responsable de tan multiplicados desmanes, siendo en realidad inocente.

Bien hubiera querido hermanar el sentimiento popular con su mismo deseo de volver á administrar sus pueblos con la tranquilidad, crédito y prestigio que en otros tiempos.

Era imposible.

De abandonar aquella côrte indigna, se encontraria por el pronto sin hombres que mal ó bien le aconsejaran.

De significar al favorito su desagrado, perderia al único general capaz por entonces de sostener su bandera fuera y dentro del reino.

De continuar aquel estado de cosas, vendria lo que no se acertaba á explicar.

Nuevas atenciones, nuevos sacrificios, nuevos gastos, debian ser muy en breve necesarios.

El ejército estaria pronto dentro de la capital.

Las retribuciones á las distintas clases del ejército y funcionarios del Estado, no podian cubrirse.

La nobleza no podia subvenir á nuevas exacciones.

El erario no tenia un solo escudo.

Era necesario, indispensable, atender á todo.

Nadie, sin embargo, le hacia una indicacion.

Nadie le daba un consejo que pudiera servirle de algo.

Excusas, encogimiento de hombros, caras asustadizas, semblantes en que se pintaba el más estúpido espanto, era lo único que encontraba D. Ordoño á las indicaciones que á sus cortesanos hacia.

Odiaba á D. Vela, es verdad; pero en ciertas ocasiones sentia no verle á su lado.

Era el genio del mal; pero al fin y al cabo aquel hombre, aquella especie de Maquiavelo, encontraba recursos siempre, malos ó buenos.

D. Ordoño hubiera querido verle inmediatamente.

Aquel rey desdichado luchaba por defender su monarquía.

Verdad es que en estos repetidos choques quedaban perdidos algunos instantes de vida.

¿Qué importaba si podia satisfacer su deseo por algunos momentos?

CAPÍTULO LXVIII.

Proyectos.

En uno de aquellos momentos, cuando D. Ordoño se sentía más triste y desanimado que de costumbre, doña Munia entró en su cámara.

Á primera vista se comprendía que aquella pobre reina, tan infeliz como enamorada, sufría los acerbos dolores de la madre que espera ver huérfanos á sus hijos, de la mujer que teme perder para siempre á un esposo querido.

Estaba pálida, muy pálida.

En sus ojos se percibían las señales de lágrimas recientes.

No obstante, procuraba presentarse ante D. Ordoño con toda la calma que la desesperacion y el más amargo sentimiento pueden aparentar.

¡Cuán difícil era el ocultar lo que pasaba en su alma!

D. Ordoño fijó en ella una mirada indefinible.

Adivinaba toda la intensidad de sus dolores.

Leía en su corazón como en un libro.

Para él no podían ser un secreto los sentimientos de aquella mujer, buena, amante, pura.

La verdad se exhalaba de ella como el aroma de la flor, como el murmullo de la brisa.

—¡Ay!...—exclamó D. Ordoño cogiéndola una mano, que besó con cariño y reconocimiento.—¿Por qué el cielo, amada Munia mia, no me ha de conceder el devolveros la paz que habeis perdido?

—¡D. Ordoño! Cuando vengo á veros llena de amor y de esperanzas, comprendiendo que recobrais vuestra salud, para mí preciosa; cuando

en mi pecho siento una tranquilidad que por entero me faltaba; cuando presiento que en breve volverán nuestros dias de ventura, ¿quereis contristarme? ¿Quereis que mis sufrimientos se renueven con más fuerza?

—No, amada esposa, no. Dios solo sabe cuánto os amo, y cuál por vos deseo lo que juzgo que difícil, muy difícilmente ha de suceder.

—¡Callad por compasion! Vuestras palabras...

—Os asustan, lo sé.

—Y sin embargo...

—Las pronuncio, porque cuando los acontecimientos pueden sorprendernos, cuando pueden sobrevenir cosas graves, inesperadas, desconocidas...

—Por mi amor, por nuestros hijos, D. Ordoño, os suplico que olvidéis augurios terribles, que ni son para estos momentos, ni pueden reconocer otro fundamento que el actual y poco agradable estado de vuestro espíritu.

—Ojalá, Munia mia, que eso que decís fuera cierto.

—¿Y acaso no lo es?

—No enteramente.

—Vos lo creereis.

—No, no es que yo lo creo. Me siento mal, las fuerzas me abandonan, y gradual y sensiblemente noto que mi espíritu decae. Posible es que por la voluntad divina la reaccion se verifique y el mal cese; pero entretanto, como rey, como esposo y como padre, debo ocuparme de asuntos que conviene no dar al olvido.

—¡Ordoño!...

—Repito que la curacion no es considerada por mí como imposible. ¡Oh!... entonces... entonces hubiera perdido la poca fuerza, el poco aliento que me resta.

—Decís bien; confiemos en Dios.

—Os juro que él es hoy toda mi esperanza. Comprendo que el mejor lenitivo para mis males sería...

—¿Qué? decid.

—¡Ah!... una cosa que solo su voluntad pudiera concederme.

—Os la concederá.

—¡Si supiérais cuán ardientemente se la pido!

—Y consiste...

—En la completa tranquilidad de mi espíritu.

—¿Pero qué motivos pueden agitarlo en estos momentos?

—Muchos.

—No los comprendo.

—No finjais, Munia querida, la calma que estais muy lejos de sentir.

—Os aseguro...

—Os conozco, Munia.

—¿Pensais que finjo?

—Sí.

—¿Pero por qué, D. Ordoño?

—¡Aún me lo preguntais!...

—Veis á vuestros soldados vencedores.

—Es verdad.

—El ejército sublevado no existe.

—Es cierto.

—El pueblo parece más tranquilo.

—En cuanto al pueblo...

—Un paso más...

—¿Y qué sucederá?

—Que renacerá la calma; que se asegurará el prestigio que en manera alguna habeis perdido; que os vereis libre de esos hombres odiosos que procuran labrar vuestra ruina á la vez que levantar su fortuna; que nuestros estados serán tan felices como ya lo fueron en otro tiempo bajo vuestro paternal reinado; y todo esto pasará, creyendo más tarde que solo ha sido un sueño.

—¡Un sueño!...

—Sí, D. Ordoño.

—¡Si acertárais!...

—No lo dudeis.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—No conoceis al pueblo.

—Es fiel, es noble, es bueno.

—Teneis razon.

—En ese caso...

—En ese caso, y á pesar de sus buenas condiciones, pudiérais equivocaros.

—¡Qué presentimientos!

—Son no obstante la amarga realidad. Cada tiempo necesita un hombre; cada reinado tiene su página en la historia; cada monarquía tiene su limite; la nuestra ha llegado á él.

—¡Qué decis!

—La hora ha sonado. Mi herencia debe pasar á otras manos; el centro se escapa de las mias. ¿Quién le recogerá?

—¡Ordoño! ¡Ordoño!

—Munia, esta es la verdad; la verdad triste.

—Visiones que os forjais; vanas quimeras.

—No; no me equivoco. El reino ha pronunciado la sentencia; la luz de mi reinado alumbra apenas.

—¿Pero en qué fundais esa opinion cruel?

—En todo; los signos son claros, terminantes; las señales son seguras; mis sienes no pueden ya sostener la corona real.

—¿Quién osaria arrebatarosla!...—Dijo doña Munia levantándose y despidiendo de su pecho el último eco de altivez y energía.

—¡Quién!...—contestó D. Ordoño con demudado semblante y amarga sonrisa.

—Sí,—replicó doña Munia.

—Ese mismo pueblo; esos mismos vasallos á quienes llamamos fieles y buenos.

—Pero eso es imposible.

—No, sino muy fácil.

—¿Querrian ellos sacrificar al monarca por el daño que otros le hicieron? Castigue el pueblo en buen hora, si cree indispensable ese castigo, á los traidores y felones que le esclavizaron, le hundieron y aniquilaron, desgarrando su hacienda, su dignidad, sus hidalgas y gloriosas tradiciones. Sacien si es preciso su venganza en esos miserables que le aniquilan y le consumen sin reparar en los males que su conducta, su cinismo, su ambicion, producen. Pero el rey...

—Acabad.

—El rey es sagrado.

—Y sin embargo, vos misma estais justificando su caida, su desaparicion.

—¡Yo!

—Sin duda alguna.

—Explicaos.

—Lo haré.

CAPÍTULO LXIX.

El convencimiento del rey.

La reina estaba completamente conmovida.

En el instante en que la vemos, hacia el mayor de todos los esfuerzos, el alarde más difícil á que pudiera aspirar un temperamento mucho más enérgico y fuerte que el suyo.

Comprendía toda la verdad que los argumentos de su esposo encerraban.

Se sentía desfallecer.

Asomaba el llanto á sus ojos.

Se oprimía su corazón.

Sin embargo, aquella mujer sublime y santa devoraba su pena, ahogaba su dolor, dominaba su angustia, y procuraba á toda costa llevar hasta su esposo un destello de esperanza, de tranquilidad, de sosiego.

Empeño inútil.

Á su vez, D. Ordoño comprendía perfectamente el propósito de su esposa.

Conocía que eran innecesarias ciertas explicaciones, toda vez que ella, como el que más y acaso más que todos, sabía el estado del reino y el de su propia salud.

No obstante, indirectamente quería disuadirla de su idea, haciendo que se persuadiese de que el descuidar ciertos asuntos por hacer concebir esperanzas irrealizables, podía ser altamente perjudicial.

De manera, que aun á trueque de hacer más profundas sus heridas, admitió el entrar en explicaciones, que en el fondo no tenían otro ob-

jeto que el encubrir torpe é incompletamente un engaño que á nada conducia.

—Os escucho,—le dijo despues de una breve pausa la afligida reina.

—Los reyes, esposa mia, no son por lo comun tan malos como el vulgo les cree.

—Es verdad. Nadie mejor que yo conoce vuestro deseo, vuestro afan por hacer la felicidad de vuestros vasallos.

—Sin embargo, doña Munia, no basta el que los reyes lo deseen. Por lo general, lo que sucede es que estos aceptan por la fuerza las consecuencias del mal que otros sembraron. Entonces... ¡ah!... entonces no hay palabras posibles; el conflicto es inevitable, y el monarca es víctima de su mismo afan.

—Pero aún es tiempo...

—¿De qué?

—De remediar el daño que esos otros hicieron. Aún es ocasion de que D. Ordoño se presente tal cual es.

—Fácil seria si por el momento pudiera contener la tormenta que amenaza.

—¿Acaso lo creéis imposible?

—Punto menos.

—No os comprendo.

—¿Calculais que hoy por hoy puedo pedir á mis pueblos soldados y dinero para hacer frente á lo que surgir pudiera?

—¡Ah!...

—Pues de no ser así perderemos gran parte de nuestro territorio; la Hacienda se encontrará imposibilitada de cubrir las más sagradas atenciones; tendremos que acudir á los empréstitos, y nuestros pueblos antes de autorizar su total aniquilamiento...

—¡Ordoño!

—Sí, Munia, sí. Antes de autorizar su propio exterminio, harán el último de los esfuerzos, promoverán el postrer sacudimiento, y en el estertor de esa agonía que ha producido una côrte maldita, corrompida, odiosa, sin considerar que no ha sido el rey el que ha labrado su desdicha, sin comprender que esta es hija de la fatalidad...

ob—¡Ah... callad por Dios!

ob—Vereis cómo salta por todo lo existente, yendo como un mar empujado á estrellarse en las gradas del trono.

ob—No, no;—exclamó doña Munia rompiendo al fin en amargo llanto y abrazándose al rey, que estaba á la sazón pálido y conmovido como

si viera enfrente de él la triste realidad que presagiaba. —Eso que decís es imposible.

—Os engañáis, amada esposa.

—El pueblo os ama y os venera.

—Pero llora la sangre de sus hijos muertos en el campo de batalla; recuerda sus leyes pisadas y escarnecidas; contempla sus campos talados; destruido su patrimonio; perdida hasta la esperanza más remota, y todo esto...

—Todo eso, bien lo saben, no ha sido culpa vuestra.

—En realidad, si no lo he hecho, lo he tolerado.

—Castíguese á los culpables.

—Donde el rey está, los demás nada significan.

—¿Persistis en creer que nuestros súbditos se atreverán alguna vez á atentar á lo que siempre respetaron?

—Sí, doña Munia, sí, por desgracia.

—¿Creéis que solo consiguiendo recursos inmediatos y poderosos?...

—Solo así podríamos dominar esta borrasca deshecha, y entonces...

—Acabad.

—Acaso entonces recobrará yo mi salud perdida.

—Pues bien, esposo mio, yo no considero tan difícil lo que indicáis.

—Vuestro buen deseo os extravía.

—No es mi deseo, D. Ordoño; es la experiencia de lo que es nuestro reino.

—¿Qué pensáis que podemos hacer?

—Os lo diré.

—Os escucho.

—Sabeis que cada estado tiene una fisonomía especial, un signo característico, un lado en fin vulnerable.

—¿Y bien?

—El nuestro...

—Acabad.

—Es, sobre todo, hidalgo.

—No cabe duda.

—Pues bien, apelemos á ese recurso, que siempre, no lo dudeis, nos dará un resultado.

—¿Pero cómo, de qué manera?...

—Reunid á la nobleza.

—Ya lo hice.

—Pedidle consejo.

—Sabeis que ella nos sacó del último conflicto.

—El pedirle consejo no es exigirle nuevos sacrificios.

—Temo...

—Nada temais. Apelando al resorte que os explico, ni vos aceptaréis las consecuencias de lo que sea necesario poner en práctica, ni dejareis de concebir lo que tal vez solo no podeis pensar.

—¿Y si es inutil?

—Nos quedará el consuelo de haberlo intentado.

—¿Creeis que acudirán los nobles?

—Á la primera indicacion.

—Desconfio.

—Hagamos el último esfuerzo. La inercia mata; la accion muchas veces vivifica.

—Sea lo que vos querais. Perdida tengo la esperanza, pero no la voluntad para hacer lo que se conceptúe necesario. La Providencia conoce mis propósitos. Á ella me entrego. Tarde es quizá, pero sincero mi arrepentimiento.

—¡Vuestro arrepentimiento!... ¿Y de qué teneis que arrepentiros? ¿Quizá de vuestra bondad sin límites?

—La bondad en los reyes, querida Munia, puede ser hasta un crimen.

—De manera que se puede convocar á los nobles...

—Sí; haced lo que querais; á vuestro cargo queda. Cuanto vos hagais será por mí sancionado. Pero ¡ay!... Pronto, Munia, no perdaís momento; hacedlo mañana, hoy si es posible; conozco mi situacion; la más leve cosa...

—¿Os poneis malo? ¡Ah!... ¡Dios mio!... Palideceis...

—No, no os alarmeis; esto no es nada, pronto pasará; un pequeño acceso... tal vez un ataque insignificante...

El rey no prosiguió.

Un dolor agudo, penetrante, intenso, le acometió, hasta el extremo que trémulo y desencajado fué desvaneciéndose hasta perder el sentido.

—Socorro, socorro,—gritó la infeliz reina temiendo una desgracia mayor de lo que en sí era.—Socorro,—prosiguió, corriendo angustiada, de un lado á otro de la cámara, que instantáneamente fué invadida por los funcionarios y cortesanos que en las inmediatas habitaciones se encontraban.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?—Preguntaron con espanto al ver el estado de la reina y al rey privado de sentido.

—Llegad, llegad pronto;—dijo la infeliz esposa, abrazando el cuerpo inmóvil y frio de D. Ordoño.—Llegad; el rey se muere, se muere sin remedio.

—Calmaos, señora;—contestó uno de los que en primer término se acercaron.—D. Ordoño vive; late su corazon; lo que veis es solo un accidente hijo de los dolores que le acosan. Vedle, ya vuelve en sí.

—Gracias, Dios mio;—murmuró la desdichada dama cruzando las manos y elevando los ojos al cielo.—Gracias, porque al menos... mis hijos volverán á ver á su padre.

Los cortesanos se retiraron en silencio.

D. Ordoño hizo un pequeño movimiento.

Poco despues un gemido sordo, angustioso, entreabrió sus labios amoratados.

Al fin volvió en sí.

La primera mirada, llena de tristeza, de amargura, de dolor, fué para doña Munia.

CAPÍTULO LXX.

El rey y su córte.

Al día siguiente al en que vimos á D. Ordoño luchar con uno de los más vivos ataques que hasta entonces sufriera, se notaba en el alcázar una animacion y una concurrencia poco comunes.

El salon de córte se llenaba por momentos.

La nobleza del reino, en masa, se reunia al parecer en la morada de sus reyes.

Así era la verdad.

D. Ordoño les habia convocado con urgencia, y ellos acudian al llamamiento, aunque sin poderse dar explicacion de su significado.

Los parciales y amigos del rey, que eran por desgracia pocos, se buscaban y reunian en uno de los ángulos más apartados del salon.

Los servidores de D. Vela, aquellos que á su sombra y bajo su inmediata tutela vivian y medraban, invadian lo restante.

Las sonrisas más insultantes y provocativas; las miradas más insidiosas y punzantes; las frases de peor interpretacion, se cruzaban sin cesar entre unos y otros, como explicando el odio mortal que los separaba.

Los ánimos estaban terriblemente predispuestos.

En la superficie nada se percibia.

En el fondo rugia la más grande de todas las revoluciones.

Solo faltaba que la primera chispa saltase.

Que se lanzara el primer grito.

La familia real se presentó al fin.

Todas aquellas cabezas se inclinaron.

Todos aquellos corazones, aun los más empedernidos, se conmovieron al contemplar el aspecto del monarca; la amarga tristeza de su esposa.

El rey era un espectro, en toda la extension de la palabra.

Doña Munia era el símbolo más perfecto del martirio.

Subieron las gradas del trono.

El rey se dirigió á los concurrentes.

—Extrañareis,—les dijo con voz temblorosa, entrecortada y débil,—el que hoy os llame á mi presencia. Es grave, muy grave el motivo, y presto, señores, vais á comprenderlo.

Ni el más ligero rumor, ni el signo más leve, vino á interrumpir las primeras palabras del jefe del Estado.

Mudos é impasibles, esperaban comprender lo que de ellos se pretendia.

—Sabeis la situacion del país, el conflicto en que todos nos encontramos. Un volcan hierva bajo de nuestras plantas; el cataclismo más espantoso nos amenaza; el más triste porvenir nos espera; ninguno de vosotros auguraria con exactitud lo que va á suceder.

Los malévolos, los ignorantes, acusan al rey de las desgracias que aquejan á los pueblos. ¡Ah!... el rey, por desdicha, es siempre el responsable de todo lo malo.

Sin embargo, si mi pueblo entero pudiera contemplarme; si pudiera ver á su rey; si midiera toda la intensidad de mis dolores; si viera mi estado actual; si penetrara mi espíritu y mi pensamiento... entonces... entonces ese pueblo sabria que sus desgracias solo, labraron hondamente la mia; vivirian persuadidos de que el día en que el rey se conzencia de que el mal es irremediable, aquel dia podrán verter lágrimas de sangre, pero en cambio yo exhalaré el postrer aliento.

Volvió á guardar silencio.

La fisonomía del auditorio no sufrió alteracion.

D. Ordoño prosiguió.

—Ya en anteriores dias apelé á vosotros, en momentos tambien de angustiosos apuros. Entonces, con hidalgo desprendimiento, con una espontaneidad que aprecio en lo mucho que vale, acudisteis en auxilio del trono, que os fué deudor casi de su salvacion.

Hoy el monarca no os pide que hagais personales ni grandes sacrificios. Solo quiere que le deis consejo; que halleis la manera de salir de los trascendentales apuros que le rodean.

Sabeis que para hacer frente á los acontecimientos exteriores se necesitan hombres. Pues bien, no los hay.

Para mantener el órden en el interior se necesita tambien ejército. Ved á lo que el nuestro ha quedado reducido.

Para administrar el estado, se hacen indispensables buenos funcionarios; el sagrado cumplimiento de todas las atenciones. Pues bien; no podemos costear esos funcionarios; no podemos atender á esas obligaciones; no tenemos en nuestras arcas un solo sextercio.

En semejante caso, ¿qué hacer? Es el objeto de mi llamamiento; es la solucion que de vosotros espero.

Ninguno contestó.

Al fin, el más afecto al rey expresó su sentimiento por no encontrar medios fáciles para contrarestar los males de que se trataba.

Otro ofreció á D. Ordoño su fortuna, su hacienda entera, con un desprendimiento y entusiasmo poco comunes en aquellos momentos.

Algunos evitaban terciar en tan difícil y delicado debate.

Todos acababan por no entenderse, y muchos por no decir nada de provecho.

Al fin, el conde Sabiniano, aquel modelo de hidalguía, de nobleza, de fidelidad hácia sus reyes, tomó la palabra.

—Señor,—dijo dirigiéndose al rey;—si me lo permitís, expondré alguna idea, que si no aceptable, podrá al menos probar mi buen deseo.

—Decid, decid,—respondió el rey comprendiendo que no seria inútil lo que el conde indicase, toda vez que era acaso el único hombre de gobierno que en el reino existia.—Siempre oiremos con gusto las palabras que vuestra acrisolada lealtad os dicte.

El conde meditó algunos segundos; despues se expresó de la siguiente manera.

CAPÍTULO LXXI.

Un deseo irrealizable.

—Señor, lo que voy á decir es arriesgado, difícil.

—No obstante, esas dificultades podrán acaso vencerse.

—La prueba que se ha de hacer en su caso es dura, muy dura, atendiendo á la situacion de vuestros vasallos.

—¡Ah!... si el sacrificio es para ellos...

—No veo otro medio, señor.

—Explicadle.

—Sin perjuicio de que la nobleza del reino allegue cuantos recursos pueda á fin de salvar los apuros del monarca y las públicas necesidades, comprendo que deberia tambien hacerse un llamamiento á ciertas y determinadas clases, para que segun sus fuerzas contribuyesen á terminar la grande obra.

—Pero lo que pretendéis...

—Se reduce, señor, á un pequeño impuesto, á una pequeña exaccion, que nada significará para esas clases, y que sin embargo, será suficiente para atender á las más urgentes necesidades.

El rey no contestó.

Una mirada fué bastante para que comprendiera clara y distintamente el efecto que la proposicion del noble conde Sabiniano habia producido en el ánimo de los circunstantes.

Aun cuando todos guardaban silencio, se entendia de una manera que no dejaba género alguno de duda, cuál rechazaba y cuál admitia

aquel medio, consistente en el fondo en apelar al espíritu de nacionalidad más esquisito, para atender á la salvacion del reino mismo.

Los que aceptaban el pensamiento eran, sin disputa, mucho más numerosos que los que le desecharan.

D. Ordoño sintió un leve movimiento de esperanza en lo íntimo del pecho.

Veía cuando menos una última y poderosa prueba, que estaba en el caso de intentar para salvar el abismo á cuyo borde todos se encontraban.

Cobró algun aliento, y dirigiendo á Sabiniano una mirada indefinible, grande, intensa, expresion la más viva de un alma reconocida, rompió el silencio.

—Lo que nos ofreceis es acertado como vuestro. Por mi parte, con el tino y prudencia que el caso requiere, no temeria el preparar la opinion pública para el paso que meditásteis oportuna y provechosamente. No obstante, mi voluntad en este instante debe ser la de todos vosotros. Apelo, pues, á la opinion de todos, rogándoos encarecida y ardientemente que allí donde encontréis la más leve de las dificultades, la presentéis á fin de que se pueda discutir y esclarecer.

El asunto entonces se levantó á la altura que su importancia requeria.

Debatióse con toda la amplitud, con todo el calor que podia prestarle las opuestas ideas de las personas que lo dilucidaban; pero al fin venció el mayor número, decidiendo que el infeliz pueblo pagase lo que en manera alguna debía.

Conformes en este punto, acordóse tambien que los nobles todos difundieran desde luego aquella idea, predisponiendo los ánimos y haciendo comprender la conveniencia de aquella medida, dadas las condiciones y situacion de las cosas.

En cuanto á la realizacion material del proyecto, debía aplazarse hasta la llegada del conde D. Vela, que desde luego se encargaria de ello.

Por otra parte, su regreso no podia dilatarse, segun el rey, toda vez que ya tenia su vénia para volver á la capital.

Convenido todo de esta manera, la côrte se retiró, y los reyes hicieron otro tanto.

El salon quedó solo.

Dos caballeros salieron los últimos.

En la puerta se separaron dándose las manos y pronunciando las siguientes frases:

- ¿Olvidais alguna vez vuestras promesas?
- Nunca, mancebo.
- Recordad entonces...
- La que os tengo hecha á vos.
- Exactamente.
- Descuidad.
- Ya veis que á cada momento se hace más y más indispensable el acabar con el que causa toda nuestra ruina.
- Perded cuidado, que no en vano lo he ofrecido.
- Quiera el cielo que logreis vuestro intento.
- No dudeis jamás de su justicia.
- Espero vuestro aviso.
- Lo tendreis.
- Guárdeos Dios.
- Con vos vaya, mancebo.

Estos dos personajes, no eran otros que nuestro conocido D. Santos y el paje favorito de la reina Munia.

Como puede comprenderse por sus mismas palabras, ni uno ni otro desistian de su propósito.

El caballero continuaba creyendo que su venganza seria una realidad.

El segundo deseaba tomar una parte directa y activa en la destruccion del favorito.

Entretanto, los amigos de este le preparaban para su regreso un festin régio, gracias á la sangre que iban á hacer brotar de las clases trabajadoras y laboriosas.

Al apoyar y hacer que se decidiera lo que en nuestros dias tendria el nombre de *anticipo forzoso*, en lugar de *exaccion ilegal* que le daríamos nosotros, ó de impuestos como anteriormente se llamaban, no era seguramente la salvacion del país la que procuraban. Una vez conseguido aquel respetable refuerzo, las cosas seguirian tal cual estaban, con la diferencia de que las bolsas de un centenar de aprovechados adoradores del *vellocino de oro* se encontrarían un tanto más repletas de lo que entonces se hallaban.

Inútilmente se cansaba el rey.

Inútilmente luchaba con su fatal destino.

Lo escrito debía cumplirse.

El influjo maldito de D. Vela, debía arrastrarlo sin remision al terreno que con tanto afan queria, y con razon, rehuir.

La confianza de los pueblos es la garantía de los reyes.

La duda ó la indiferencia, su desprestigio.

La desconfianza ó el aborrecimiento puede ser su ruina, y en algunas ocasiones, su muerte.

En ciertos y determinados países, esas grandes masas, esa fuerza irresistible que á su antojo levanta y derriba los tronos, tardan en comprender su valor poderoso; tardan en apreciarse á sí mismas.

Pero ¡ay el día en que se alzan arrogantes! ¡Ay el día en que reconocen su dignidad y sus deberes! ¡Ay el día en que despiertan de su letargo y reparan en las indignas cargas, en las cobardes vejaciones, en las ruines y escandalosos manejos de que son víctimas!

Ese día, de nada sirve el que un rey predique virtud y buen deseo. Nada significa la conciencia de que otros han arrojado sobre el país los males que es preciso extirpar. Nada prueba el que el jefe del Estado quiera sincerarse y aparecer puro y sin sombras como el rayo más brillante del sol.

El fallo universal se ha pronunciado. El poder de la revolucion ha saltado por todo; el vértigo, la locura, la embriaguez de la más horrible compensacion se desborda, y entonces... siempre es tarde para las testas coronadas. El juicio supremo entre las naciones y los reyes, viene á ser una necesidad imprescindible, absoluta, y una vez pronunciado el fallo, no hay apelacion; ha de cumplirse.

Tal era la crisis por que se pasaba en la época remota á que nos referimos.

Tal era la situacion del rey D. Ordoño.

Para que la actitud tranquila, inofensiva, resignada de los vecinos de Oviedo, se convirtiese en una borrasca deshecha, solo faltaba un paso.

Decidido estaba por la corrompida córte de aquel desgraciado rey el que se diera.

CAPÍTULO LXXII.

La visita.

D. Santos continuaba haciendo sus visitas nocturnas á una de las víctimas sacrificadas al despótico rigor de D. Vela.

Nos referimos á Ildaura.

El sistema que seguía en sus excursiones á los calabozos del alcázar, era siempre el mismo.

Entrada la noche, cruzaba los corredores y galerías, descubriase si por acaso el carcelero de servicio estaba á la puerta de la habitación que le servía de morada, y una vez mostrado el rostro de todos en la córte conocido, fingía dirigirse á la escalera que guiaba á la cámara de los reyes, cambiando de rumbo cuando lo juzgaba conveniente.

La noche á que nos referimos, D. Santos entró más disgustado que de costumbre en la pequeña celda que la dama ocupaba.

Notó ella que algo pasaba en el ánimo de su reciente amigo, y quiso averiguar la causa.

—Bien, señora,—contestó el caballero á sus repetidas instancias.—Puesto que os empeñais, os diré el disgusto que me aqueja, aun cuando en verdad, ni es de gran importancia, ni es prudente que vos lo sepais tan pronto.

—¿Tan reservado es?

—Sí, y nada agradable, por otra parte.

—¿Llegó á Oviedo el favorito?

—Eso fuera lo de menos, que bien guardada estais aun en este mis-

mo sitio, y nada malo os podria acontecer. El favorito, señora, continúa en Saldaña.

—Entonces, D. Santos, permitidme que os diga que no comprendo lo que así puede contristaros. ¿Es referente á mí lo que vais á decirme?

—Precisamente á vos, no.

—En ese caso...—y al decir esto Ildaura palideció, —se refiere al del Carpio.

—Quizá.

—Ah!..—exclamó levantándose toda trémula y asustada.—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está? ¿Qué es de Bernardo?

—Bernardo del Carpio vive. No debéis temer por él.

—Hablad, hablad; decidme cuanto sepais.

—Lo haré, señora, puesto que á toda costa lo exigis.

—Sí, D. Santos, lo exijo. Vos que comprendéis mi ansiedad, mis angustias, ved si la podria resistir por mucho tiempo.

—Bien, ya os dije lo esencial.

—Bernardo...

—Vive.

—¿Pero está en libertad? ¿No está en poder de sus enemigos?

—No, no lo está.

—Pues ¿qué es lo que puede ocurrirle si nada de esto le acontece?

—Otra cosa, señora, que contraría todos los proyectos que teníamos concebidos.

—Explicaos.

—Sabeis que el del Carpio, rodeado de un ejército numeroso y valiente, se encerraba dentro de los muros de Saldaña.

—¿Y bien?

—Sabeis que con el objeto de que viniera por sí ó por otros en vuestro auxilio, despaché un emisario que debia entregarle un escrito mio.

—Sí.

—Pues bien; el emisario partió. Voló á Saldaña. Buscó á vuestro amante.

—¿Y qué sucedió?

—Que se encontró en la necesidad de regresar á Oviedo sin poder cumplir mis órdenes.

—El infante...

—No estaba en el castillo.

—Eso es imposible.

—Tal como lo ois.

—No; no puede ser. En manera alguna puede él dejar su fortaleza, sus soldados.

—Los segundos le defenderán á estas horas. En cuanto á la primera...

—Acabad.

—Está en poder de las tropas reales.

—¡Qué decis!

—La verdad. Fueron sorprendidos en el momento en que llevaban todas las ventajas. El ejército sublevado abandonó aquellas comarcas, y mi servidor no pudo encontrar ni uno solo de sus soldados.

—¿Pero dónde están? ¿Dónde se dirigen?

—Se ignora, aunque yo comprendo que una vez perdido el castillo de Saldaña, se habrán dirigido al del Carpio. No creo que les convenga sostener la campaña en campo abierto, derramando su sangre y emprendiendo una nueva lucha, cuyo resultado seria siempre más peligroso é inseguro.

—¡Ah!... ¡solo me faltaba esta desdicha!—prorumpió Ildaura vertiendo un raudal de llanto.

—Calmaos; lo que sucede no es tan grave que deba afectaros de esa manera.

—¡Lo creéis así!

—Sin duda alguna.

—Lejos de él; sin saber qué es de su suerte; ignorando como ignora cuál es la mia... ¿Creéis que el resultado?...

—El resultado será el que nosotros queramos.

—¡Ah!... lo dudo.

—¿Ignorais que yo no he de abandonaros?

—Mucho os debo, D. Santos; pero hay ocasiones en las cuales...

—Hay ocasiones en que debe jugarse el todo por el todo. Vos lo sabéis; yo estoy enteramente dispuesto á prestaros ayuda. Á cualquiera hora, en cualquier instante, vereis cómo se abren para vos las puertas de la libertad y de la vida, corriendo si quereis en busca de Bernardo. Yo bien quisiera que hubiérais esperado aquí mismo los acontecimientos, partiendo del principio de que ellos hubieran sido favorables á la causa que sostiene vuestro amante. Pero visto que el dia de la victoria se dilata algo más, persuadios de que de vuestra voluntad depende el que vos seais libre, enteramente libre.

—¿Y no habria medio de indagar dónde el del Carpio se encuentra?

—Eso sucederá de un momento á otro.

—¿Lo creéis así?

—Y tanto, como que la marcha, las operaciones de un ejército no pueden ocultarse por espacio de mucho tiempo, y vos sabéis que el que manda el infante es numeroso.

—¿Qué juzgais que debemos hacer?

—Os lo diré.

—Os escucho, D. Santos.

—En primer lugar, opino que debemos tener un poco de paciencia, hasta saber hácia qué punto de España se encuentra vuestro amante.

—Y entretanto...

—Entretanto permaneceréis aquí.

—Luego que se sepa...

—Os sacaré yo mismo de estos sitios, y bien escoltada por algunos hombres dispuestos y leales, podreis marchar á su encuentro.

—Sea como decís.

—Puede muy bien suceder, que antes de esto llegue D. Vela á la córte. En cuyo caso, tambien dejariais vuestro encierro, y escudada por mí, podriais elegir vuestra residencia, sin temor de que ninguno os ofendiera.

—¡Oh!... gracias, gracias, caballero.

—No agradezcáis lo que ofrezco de todo corazon, lo que yo mismo me he impuesto como deber sagrado. Os dije en otra ocasion que como hombre y caballero, venia obligado á hacer lo que hago.

—Y acaso eso mismo que haceis por mí tan desinteresadamente, venga luego, una vez descubierto, á acarrearos compromisos...

—No penseis en tal cosa.

—Lo que puede afectaros me interesa.

—Os lo agradezco en el alma; pero debeis tener en cuenta que es posible que antes que eso suceda habrán cambiado las cosas de tal manera, que el poder del privado no llegue á lo que vos pensais.

—Quisiera el cielo que lo que decís fuera una verdad.

—Lo será.

—¿Se dispone por ventura la caida de D. Vela?

—Se prepara mucho más, señora.

—¡Mucho más!

—Sí, la ruina inmediata, el exterminio completo del privado, están tan cerca, tan inmediatos, que yo mismo no me atrevo á anunciaros si mañana...

—Pero lo que me decis es probable que promueva un conflicto en la capital, y si esto sucediera, mi situacion seria comprometida en muchos conceptos.

—Podéis estar enteramente tranquila, ya os lo dije.

—Eso no es posible.

—Me ofendeis al pensarlo.

—No; eso, nunca.

—Mis medidas están completamente tomadas, y vuestra persona, vuestra tranquilidad están aquí tan seguras como pudieran estarlo en la más inexpugnable fortaleza.

—Pero si el pueblo se desborda...

—Nunca será desatendiendo mi influencia. Además, que si ese caso llegara, vos no atravesariais en estos sitios los instantes de conmocion y trastorno.

—En vos solo confio, D. Santos.

—Sabeis que podeis hacerlo.

—Si se reciben nuevas del ejército...

—Las sabreis en el acto.

—Si esos acontecimientos llegan...

—Os juro que no os encontrareis aquí.

—Quedo más tranquila, caballero.

—Debeis estarlo.

Tras estas y otras promesas de interés y amistoso cariño, D. Santos salió del calabozo ocupado por Ildaura.

La infeliz dama se quedó sola, pensando en la nueva suerte que el cielo habria deparado á su amante.

CAPÍTULO LXXIII.

Una medida previsorá.

D. Santos subió á la cámara de doña Munia desde las prisiones del alcázar.

Pasado breve rato, en el cual, como de costumbre, los contertulianos de la reina se ocuparon de las cuestiones del día, nuestro caballero se dirigió á la casa del privado.

Rodeó la tapia del jardín en dirección del ángulo en donde se levantaba el pabellón que todos conocemos.

Trepó, merced á sus esfuerzos, hasta dominar la parte interior.

En el pabellón habia luz.

La historia sorprendida por el caballero, continuaba.

La deshonra del privado seguía albergándose en su misma casa.

D. Santos descendió otra vez.

—Bueno;—murmuró disponiéndose á dejar aquel sitio.—Las cosas continúan en el ser y estado que tenían. Pero... ¡necio de mí! ¿Cómo ese miserable ha de permanecer más en Saldaña después de enterarse de mi aviso? ¡Ah!... preveo que mi venganza se ha malogrado. Él no entrará; no querrá entrar á la vez que el ejército, porque sospechará, y con razón, que este acontecimiento ha de ser la señal para que tanto su esposa como su amante, traten de evitar una sorpresa.

Se adelantará, ordenará que se retrase una noche entera la llegada de las tropas, y querrá en este tiempo convencerse de si lo que se le ha dicho es la verdad.

No hay tiempo que perder. Si fuese este su intento, todo se habria perdido.

Al acabar la idea, D. Santos apretó el paso de tal manera, que en menos tiempo del necesario para explicarlo, llegó á su casa.

—Hola,—gritó subiendo á la vez, y sin detenerse, la escalera.

Un escudero se le presentó.

—¿Ha venido Martin?

—Espera vuestras órdenes, señor.

—Que venga al momento.

Martin apareció.

Era uno de los dos ginetes que dias antes vimos llegar al castillo de Saldaña.

—¿Tu gente?—Le preguntó D. Santos.

—Dispuesta, señor.

—¿Cuántos hombres tienes disponibles?

—Veinte.

—¿Seguros?

—Como yo mismo.

—Vas á distribuirlos en el acto.

—Vos me direis de qué manera.

—Uno en cada puerta de la ciudad.

—Está bien.

—De las cuales no se separarán, hasta el momento en que por ellas entre la persona que ahora te indicaré.

—En ese caso...

—El primero que le vea, vendrá aquí á escape, á darme cuenta de ello.

—Muy bien. ¿Y nada más?

—Nada más.

—¿El nombre de ese sugeto?

—Es el conde D. Vela.

—Basta.

—¿Le conocerán?

—Perfectamente.

—¿Y si se recata á fin de que su llegada no se descubra?

—Lo sabreis de la misma manera.

—¿Me respondes de ello?

—Con mi cabeza.

—Está bien.

- ¿Teneis algo más que mandarme?
- Sí; pero ante todo, cumple lo que te he ordenado. Despues vuelve á buscarme.
- Al momento.
- El servidor de D. Santos salió.
- Al cabo de un cuarto de hora, estaba de vuelta.
- ¿Terminaste tu comision?—Le preguntó su señor.
- Cumplida y exactamente.
- De manera que te quedan diez y siete hombres.
- Justos y cabales.
- ¿Podemos contar con ellos para una empresa difícil, arriesgada, en la cual se puede ganar mucho, pero que tambien se puede perder?..
- ¿La vida?
- Sí.
- Sabeis de antiguo, señor, que esto es lo de menos tratándose de vuestra persona, siendo en vuestro servicio.
- Gracias, Martin.
- Lo demás no sería corresponder á vuestros beneficios, á vuestra generosidad.
- Pago bien á quien bien me sirve. Pero escucha ahora con atencion.
- Decid.
- Se trata de salvar al país.
- Buena falta le hace.
- Se trata de asegurar el trono de D. Ordoño.
- Empeño es difícil de conseguir.
- Se trata de hacer que ruede por el polvo el poder incontrastable de D. Vela.
- ¡Soberbio!
- ¿Crees que tu gente?...
- Lo hará á pedir de boca.
- Mucho valor necesitan.
- En tratándose de dar cintarazos, os respondo de que no hay quien los aventaje.
- Para conseguir lo que me propongo, es indispensable preparar la opinion pública.
- Ya lo está sin necesidad de esto.
- ¿Tú lo sabes?
- Perfectamente.

—Se hace tambien preciso predisponer al pueblo, conmooverle, excitarle.

—¿De qué manera?

—De todas.

—Es decir...

—Que de lo que yo trato, es de crear atmósfera, para envolver al favorito en los azares de una revolucion.

—Bendito seais, que buena necesidad tenemos de ella.

—Sin embargo, Martín, esa revolucion debe iniciarla nuestra gente.

—Y lo hará.

—Reúnelos al momento.

—Antes de dos minutos.

—Que principien por divulgar con los colores más terribles y sombríos, que el rey, por sugerencias de la córte moderna, y por consejo del privado, ha resuelto que se verifique un reparto ruinoso entre todos los vecinos de Oviedo, bajo pretexto de salvar la crítica situacion que atravesamos, pero en realidad, con el solo fin de enriquecerse ellos por completo.

Luego, que aseguren que algunos nobles, indignados por esta conducta traidora, han resuelto sostener los derechos que el país tiene conquistados, oponiéndose á tan cruel decision, y llevando las cosas á un extremo tal, que no seria extraño que de un momento á otro estallara la rebelion dentro de la capital, con el objeto único y exclusivo de derribar á ese miserable.

La eleccion de tiempo se funda en que faltando las fuerzas necesarias para contener el conflicto, el rey se avendria, de grado ó en contra de su voluntad, á respetar el deseo de todos, destituyendo al favorito, y estableciendo un nuevo órden de gobierno.

—Magnífico, señor.

—Á todo evento, deben advertir que segun las voces que corren por la ciudad, la señal para que los buenos patricios se reunan y pidan la caida del privado, será el toque de la campana mayor de Santa María.

—Estoy enterado.

—¿No te se olvidará nada de lo que te he advertido?

—Me atreveria á repetirlo letra por letra.

—Que me place. En tal caso...

—¿Puedo retirarme?

—Cuando te plazca.

—¿Daré instrucciones?

—Sin pérdida de momento.

—De manera que desde esta misma noche...

—Se preparen las cosas de forma que no haya la más leve dificultad que vencer.

—Que el cielo os guarde.

—Contigo vaya.

Martin se dirigió á la puerta.

—¡Ah!... espera.—Dijo el caballero.—Á la vez, encargará que lleven á palacio el pergamino que voy á entregarte.

Esto lo decia, á la vez que trazaba algunos renglones, que no eran otra cosa que las siguientes frases:

«Mañana, antes de oscurecer, os espero.»

Una vez concluido, lo entregó á Martin.

—¿Á quién va dirigido?

—Al paje favorito de la reina.

CAPÍTULO LXXIV.

Nuevos huéspedes.

Dijimos que el ejército real había hecho alto al acercarse la noche, hospedándose algunos jefes de los tercios, y el infante Bernardo del Carpio, en un mal meson que inmediato al camino se encontraba.

A las once de la noche, todos, menos los centinelas, dormían en el campamento.

En el meson no velaban más que los dos soldados que en aquel momento servían al infante de centinelas de vista.

Pasó un momento, y viéronse algunos hombres, que en traje de labriegos se dirigían á la puerta del meson.

Á veinte pasos de distancia se detuvieron.

—Ya lo veis; están distantes, y acaso podamos conseguir lo que nos proponemos.

—Debo haceros una objecion.

—¿Cuál?

—Habla pronto.

—Es precioso el tiempo que perdemos.

—¿Estais completamente dispuestos á perder la vida en esta empresa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque esto es lo más probable.

—Tú estás loco.

—No lo estoy. ¿Creeis, por ejemplo, que nuestros rostros no serán co-

nocidos? ¿Creeis que no nos denunciarán con esos malditos que tantas veces nos vieron entre sus filas haciendo una horrible matanza?

—No es fácil.

—Eso lo creereis vosotros.

—¿Tienes empeño en contrariar siempre nuestras decisiones?

—En lo que yo tengo empeño y muy verdadero, es en prever lo que luego no se ha de poder remediar.

—Míranos tú mismo.

—Eso es.

—Di si á favor de estos vestidos que nos vendieron hace una hora algunos labriegos en cambio de la mayor parte del dinero que teníamos, puede nadie sospechar que somos defensores del infante, y que debajo de nuestros anchos ropajes ocultamos armas bastantes y corazon sobrado para salir airosos en el asunto.

—Ignoro si sucederá lo que augurais. De todas maneras, fijaos bien en mis indicaciones, y no os dejéis llevar únicamente de vuestro buen deseo.

—¿Qué opinan los demás?—Preguntó el jefe.—Aún estamos á tiempo de desistir, si juzgais que es imprudente lo que intentamos.

—Adelante.—Dijeron por toda contestacion aquellos hombres.

Terminó la discusion.

Todos continuaron su camino.

Á los pocos minutos, el posadero se les presentaba, y de no muy buen humor por señas, porque rendido del trabajo del dia, deseaba que se acercara la noche para disfrutar de descanso.

Tampoco le fué muy grato el considerar las fachas de sus nuevos huéspedes.

Comprendia desde luego, gracias á su experiencia, que no era poca, que aquellos hombres le darian poca ganancia, sin perjuicio de que le proporcionaran algun disgusto.

Pero sin embargo, su obligacion era servirles, y les servia, aunque de mala gana.

—¿Qué se os ofrece?—Les preguntó entre amable y mohino.

—Queremos cuarto, cama y cena.

—Muchas cosas son para hora tan avanzada.

—Podrá ser; pero nosotros venimos todo el dia de camino, y nuestros estómagos desfallecen, á la par que nuestras piernas se niegan rotundamente á sostenernos.

—Escasas están las habitaciones; no hay más que un solo piso, y

ese está más que medianamente ocupado por los jefes del ejército real, que habreis visto acampado á poca distancia de esta casa.

—Efectivamente.

—Ya conoceréis...

—Sí; lo conocemos todo; pero como quiera que nosotros nos acomodamos bien de cualquier manera, desde luego nos sirve ese *único* piso de que hablais, y puesto que no podemos equivocarnos, nos atrevemos á tomarlo por asalto.

Y diciendo y haciendo, los antiguos bandoleros se fueron derechos á la escalera, que subieron, no obstante las observaciones del posadero.

—Pero ved,—decia este, siguiendo á sus extraños y acomodaticios huéspedes,—que mis parroquianos duermen.

—Eso vamos á hacer nosotros.

—Armareis ruido.

—Pero será por poco tiempo.

—No acertareis con el único cuarto de que puedo disponer.

—Ya le buscaremos nosotros con todo el cuidado que se requiere.

—Al diablo con los aturdidos,—murmuró el ventero sin proseguir sus poco atendidas amonestaciones.

Luego, notando que uno de ellos se iba en derechura á la habitacion que ocupaba el del Carpio, le detuvo.

—No es ahí; no es ahí. En ese cuarto hay un rebelde prisionero.

—¡Ahaaaa!—Contestó el otro abriendo la boca y como sobresaltado por lo que escuchaba.—¿Conque un prisionero?—prosiguió;—pues en ese caso...

—En ese caso,—le interrumpió el ventero abriendo otra puerta,—podeis entrar aquí y esperar la cena.

—¡Bendita palabra!

El ventero salió.

Nuestros conocidos quedaron enteramente solos.

Su primer cuidado fué salir al pasillo, y ver si algun curioso podia oir sus palabras.

Pronto se persuadieron de que aquello no podia suceder.

CAPÍTULO LXXV.

Tentativas.

Servida la cena, los valientes soldados de Saldaña se colocaron al rededor de una desvencijada mesa, decididos, ante todas cosas, á recobrar sus perdidas fuerzas merced á lo poco apetitosos manjares que delante tenian, y á algunos tragos del vino que encerraban algunos jarros descomunales y que en buen número les subió el hostelero.

Una vez corriente cuanto necesitaban los recién llegados, nuestro hombre les hizo presente, que si no necesitaban de él, se volveria á la cama, de donde con tanto disgusto habia salido.

Precisamente era lo que los otros necesitaban, de manera que sin muchos ni grandes esfuerzos se lo concedieron.

Desapareció en el acto.

Cesó el rumor de sus pisadas.

—¿Qué hacemos?—preguntó uno de los antiguos bandoleros.

—Lo primero de todo, echar un trago á la salud de nuestro señor el infante.

—Tiene razon,—exclamaron todos.

—Esto tiene dos ventajas.

—¿Dos?

—Nada menos.

—Que las diga.

—La primera es, que con el vino se aclaran perfectamente las ideas,

—Es verdad.

—¡Bravo!

—La otra, que se adquieren fuerza y brios para acometer cualquiera empresa.

—Pues adelante.

—Bebamos.

La libacion dió principio.

—Vamos á ver;—prosiguió el mismo que antes hablara.—¿Os parece que nos encontramos en disposicion, dadas las condiciones en que se hallan el infante y sus guardianes, de dar algo que hacer á nuestro ingenio, y si se ofrece á nuestros puños?

—Conforme y segun.

—Encontrando la manera de conseguirlo...

—¡Toma!... encontrándola, no hay caso.

—Lo difícil es eso precisamente.

—¡Difícil!... no lo es, ni mucho menos.

—Entonces, el tratarlo es completamente inútil. Di qué hay que hacer, y manos á la obra.

—¿Visteis la poca gente que al parecer guarda al del Carpio?

—Si; no es mucha.

—¿Juzgais que los que hagan centinela á su lado estarán muy divertidos?

—Estarán dados al diablo.

—El pasar una noche mano sobre mano, oyendo cómo ronca el prisionero, es capaz de acabar con la paciencia de un santo.

—Cierto.

—¿Y qué deduces de todo?

—Es muy sencillo. Que esos pobres muchachos tendrian sin duda alguna muchísimo gusto en escamotearnos el poco dinero que nos queda.

—Y despues...

—Dicho se está que un buen vaso de lo añejo y unos dados, puedan dar excelentes ideas.

—Tú quieres...

—Emborracharlos, sencillamente.

—¡Oh! Pues no será muy fácil.

—Eso es lo que no sabemos.

—No querrán perder la cabeza.

—Precisamente es lo que debemos probar.

—¿Y si nos conocen?

—No es fácil.

—Pero si sucediera...

—En ese caso, Cristo con todos, que el que dé primero puede que dé dos veces, y ni nosotros somos mancos, ni nos faltará tiempo para ganar el monte.

—Pues señor, hágase lo que dices.

—No debemos fiarnos mucho.

—Es claro.

—Esa gente es el diablo y, pudiera suceder...

—Sí; pudiera suceder que nos lleváramos al infante.

—Confiado eres.

—De menos nos hizo Dios.

—Pues lo dicho, y principia á dictar órdenes.

—¡Bravo! así me gusta.

—Lo primero...

—Lo primero es promover un poco de escándalo.

—¿Con qué objeto?

—Ya lo vereis.

—Pero entretanto...

—Entretanto, llenemos nuestros vasos, y brindemos y charlemos como unos desesperados.

—Ello dirá.

—Y os prometo que no ha de tardar mucho.

—Adelante.

—Esa debe ser siempre nuestra divisa.

El estruendo estalló.

Juramentos, voces, choque de vasos, todo lo que se sigue por lo comun á estos pequeños festines donde la forma brusca predomina y donde el vino preside, tuvo lugar en la habitacion ocupada por nuestros soldados.

Un cuarto de hora hacia que no cesaban de gritar y beber, cuando uno de los soldados que velaban en el departamento de Bernardo, dijo á su compañero:

—¿Sabes que nuestros vecinos son escandalosos y que acabarán por despertar á todo el mundo?

—Sin duda es gente alegre.

—Sí; pero la alegría no debe pasar á tanto. Van á echar la casa abajo.

—¿Qué remedio?

—Remedio, desde luego puede haberlo.

—Sí, tapándonos los oídos.

—No, sino llamando al posadero é intimándole á que haga guardar silencio.

—Hombre, eso no es posible, porque su dinero será tan bueno como el nuestro y...

—Y en su consecuencia, deben dejarnos tranquilos, como nosotros les dejamos á ellos.

—Pues á lo que parece, no tienen ese propósito. Oye, oye el jaleo, que lejos de disminuir, va aumentando de una manera horrible.

Efectivamente, el estruendo crecía hasta un extremo inaguantable. Los gritos resonaban desde un ángulo al otro del edificio, y muchos de los huéspedes, sorprendidos en lo mejor del sueño por el inexplicable alboroto, se disponían á llamar al posadero, y á pedirle de una manera enérgica que hiciese guardar silencio, restableciendo el orden en su casa.

Los guardianes del infante se levantaron, dirigiéndose á la puerta.

Entretanto los bandoleros proseguían en el desorden que dejamos indicado.

Tras la última y mayor de aquellas explosiones, suscitaron un nuevo diálogo.

—Ya ves que no dan luz,—exclamó uno ellos;—aun cuando la posada se hundiera, no darian señales de vida.

—Tal me parece.

—Por lo menos, esa traza llevan.

—No lograremos nuestro intento.

—Eso, lo veremos.

—Firmes, y ya se les acabará la paciencia.

—Siga el escándalo, que como sea grande, no le soportarán mucho tiempo.

El estrépito estalló de nuevo.

La puerta se abrió de par en par.

En ella apareció uno de los guardianes del infante.

Todos se volvieron hácia él, como sorprendidos por su extraña aparición.

CAPÍTULO LXXVI.

La salvacion en la fuga.

El recién llegado, examinó á aquellos hombres de no muy agradable figura, notándose á continuacion en sus ojos una expresion de espanto, que para todos, felizmente, pasó desapercibida.

De buen grado hubiera salido en el instante de aquel cuarto, pero los otros no le dieron tiempo.

—Adelante, camarada,—exclamaron.—Para todos hay, gracias al cielo, y mucho más si el que aumenta nuestro número es un bravo soldado de D. Ordoño.

—Agradeciendo,—respondió el soldado sin tenerlas todas consigo.

—Vaya un vaso de lo tinto, y dejémonos de cumplimientos.

Á esta sazón, uno de ellos se lo ofreció.

El soldado no tuvo más remedio que aceptar.

—Gracias,—dijo á continuacion,—y perdonad si tan pronto abandono la buena compañía; solo vuestros alegres clamores me obligaron á venir por orden de mi jefe; ya veo que el estruendo ha sido ocasionado por gente pacífica y honrada; tendreis despues de todo gana de descansar, y en su consecuencia, yo tambien voy á hacerlo. Así pues.....

—¿Sin más ni más nos dejais?

—No tengo otro remedio.

—Ved que nosotros no nos acostaremos, y que lejos de eso, disponemos una alegre velada.

—Os la deseo feliz con tal que no nos quiteis el sueño ni el reposo. Por lo demás...

—¿Qué?

—Me es de todo punto imposible acompañaros.

—Pero vuestros jefes...

—Mis jefes tienen dadas órdenes muy severas, y no perdonarían nunca el que se quebrantase la exquisita vigilancia que durante nuestro servicio ejercemos.

—Tanto temor...

—No es temor, pero sí prudencia.

—¿Esperais algún encuentro desagradable?

—Muchas cosas pudieran suceder; por lo que lo mejor de todo es preverlas. Conque caballeros, buena noche y mejor suerte.

Y esto diciendo, el soldado, sin esperar á más, salió de aquella estancia, volviendo á toda prisa á la del infante, y diciendo á su compañero:

—Pronto, pronto; despertemos á todo el mundo; dentro de esta misma casa se está fraguando una traicion horrible.

—¿Qué dices?—Preguntó el otro aturdido.

—La verdad.

—Pero...

—No hay tiempo que perder.

—Acaso...

—Acaso en este instante van á caer sobre nosotros.

—¿Quién?

—Parte del ejército que el infante mandó en Saldaña.

—Luego los que tanto gritan...

—Son...

—Acaba con dos mil de á caballo.

—Los feroces soldados de Daniel.

De un salto se colocó el que oía estas palabras en la pieza que ocupaba su jefe.

El otro entró en la reservada al grueso de la fuerza.

Poco despues se notaba movimiento en unos y otros.

Aquel movimiento se hacia extensivo á los antiguos bandoleros.

Uno de ellos, más previsor ó desconfiado que los demás, siguió al soldado; oyó sus primeras palabras, y volvió, rápido como una exhalacion á donde sus compañeros se encontraban.

—Pronto,—exclamó;—pongámonos en salvo.

—¿Qué ocurre?—Preguntaron levantándose y poniéndose en actitud de atacar ó defenderse.

—Estamos vendidos.

—¡Ira de Dios!

—Nos perdemos sin remedio si continuamos aquí un solo instante.

—Pero...

—Ese hombre...

—Prosigue.

—Nos ha conocido.

—¡Imposible!

—Os repito que sí, y en este momento nos está delatando á sus jefes.

—Pero...

—No hay que discutir. Digo que lo he oido, y esto basta.

—¡Por Santiago!

—¿Y qué hacer?

—El remedio es muy sencillo.

—Solo hay uno.

—¿Cuál?

—Abandonar inmediatamente esta casa.

—¿No encontrais otro? —Preguntó el que por eleccion de los demás hacia de jefe.

—Sí;—respondió otro de ellos.—Nos queda el recurso de esperar á que las tropas reales nos sorprendan, y nos acuchillen de la manera más vergonzosa.

—¡Oh!... Si yo pudiera...

—Pero es el caso que nada se puede. Oid; se oye rumor; nuestros enemigos se ponen en movimiento. Resolvamos pronto, y acabemos.

Efectivamente, en las habitaciones ocupadas por el infante se oia un ruido extraño, una muy perceptible confusion de voces, armas y carreras.

No cabia la más pequeña duda.

Estaban descubiertos.

De permanecer allí se perdian, sin favorecer en nada al del Carpio.

En su consecuencia, y viendo desbaratado su último proyecto, se resolvieron á buscar la salvacion en la fuga, cosa que en el acto pusieron por obra.

Aún era tiempo.

Apenas bajaron la escalera ganando el campo, el departamento que les fué destinado por el posadero se llenó de hombres de armas, de soldados del rey, que llenos de saña y sedientos aun de sangre enemiga registraban hasta el último rincon para apoderarse de sus víctimas.

CAPÍTULO LXXVII.

El rey y el pueblo.

El ejército prosiguió la marcha al rayar el alba, adoptando los jefes las más exquisitas disposiciones, ya para rechazar un ataque imprevisto, ya para evitar una sorpresa.

El acontecimiento de la noche anterior les tenia intranquilos, inquietos, conociendo como conocian de cuánto eran capaces las gentes que poco antes mandaba el del Carpio.

Sin embargo, corrieron las horas sin que ningun accidente viniera á demostrar el fundamento de sus temores.

Entre tanto que se acercaban á Oviedo, un ginete entraba por sus puertas á todo el escape de su corcel, perfectamente recatado el rostro, y como impaciente por cruzar de un extremo á otro de la ciudad.

No bien hubo entrado, y cubriéndose lo mejor que les fué posible con las tapias más inmediatas, favorecidos á la vez por las primeras sombras de la noche, se deslizaron dos hombres con una ligereza asombrosa, en direccion igual á la que el ginete seguia.

Atajaron por los callejones más estrechos y oscuros, y dejaron atrás al que llegaba.

Poco despues, el caballero, pues tal lo debia ser á juzgar por su porte, echó pié á tierra á pocos pasos de la casa del privado del rey.

Llamó su atención el ver multitud de hombres, mujeres y chiquillos que reunidos en distintos círculos, que progresivamente iban aumentando, hablaban y gestificulaban de una manera rara é inexplicable.

La curiosidad debió hacer que cediera un punto su impaciencia, pues apenas apercebido de lo que pasaba, ató su caballo á una reja aún distante del gentío, dirigiéndose á él despues, y mezclándose y confundiéndose entre la muchedumbre.

La sorpresa más viva, el disgusto más grande se pintó en su rostro, al escuchar las palabras que á la sazón pronunciaban algunos hombres de no muy buena catadura.

—Ya lo veis,—decian.—El remedio que se nos prepara, es peor, mucho peor que la enfermedad.

—Sí, sí, tienes razon;—repetian todos á coro, acompañado de los gruñidos de las viejas, de los aullidos de los muchachos, y de un clamoreo inaguantable que por lo comun hacia que interrumpiera su discurso el orador.

—Las culpas de esa turba de ambiciosos y cobardes,—proseguia el que estaba en el uso de la palabra,—las paga el pobre pueblo. Los despilfarros de ese maldito D. Vela á quien Dios confunda por ruin y miserable, han de satisfacerse con nuestro sudor, con nuestra sangre. Las deudas que otros contrajeron, los conflictos que otros crearon, han de pesar sobre nosotros á viva fuerza, y han de vaciar, aun cuando lo resistamos, nuestros bolsillos. ¿Estais conformes con esto?

—No, no.

—Pues bien; para evitarlo, es preciso que gritemos mucho, mucho; tanto, que nos oiga de una vez el mismo D. Ordoño.

—Eso no es fácil,—dijo uno que en aquel momento se acercaba.

—¿Cómo?

—¿Por qué?

—¿Cuál es la razon?

—Muy sencilla. El rey D. Ordoño...

—Acaba de una vez, con cien legiones.

—Está espirando.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—Tan de repente...

—Los últimos sucesos, la oposicion que encuentra en el pueblo á los nuevos sacrificios que le impone, y la imposibilidad de salvar la ruina que amenaza, han agravado su mal de una manera...

—Pues mira, la verdad es que esto solo nos faltaba.

—Ruede la bola, con tal de que nuestra situacion no empeore.

Siguieron las conversaciones, que á poco recayeron sobre la adminis-

tracion de D. Vela y su influencia fatal sobre todo lo que acontecia. Su atmósfera lo envenenaba todo, todo, hasta el aire que el infeliz pueblo respiraba.

La monarquía se derrumbaba al soplo de aquel hombre siniestro.

Los vecinos de Oviedo calcularon que una vez muerto el rey, y al frente de los negocios su privado, nada contendria su ambicion, destrozando en pocas horas lo que del antiguo reino quedaba.

En esta situacion, decidieron no dar tregua á aquella duda, pidiendo de una vez el exterminio del favorito, ó promoviéndole en caso necesario ellos mismos, á mano armada.

Cuando esto resolvian, ya el caballero á quien poco antes nos referimos, habia abandonado la calle, cruzando otra, y encontrándose á poco al pié de las tapias que cercaban el jardin de D. Vela.

Ya en ellas, sin vacilar, sin detenerse, firme y seguro como si hubiera meditado perfectamente lo que iba á hacer, escaló el muro, y se deslizó rápidamente al interior del jardin.

Apenas pisó el suelo, dos hombres que permanecian há largo rato ocultos cerca del pabellon que nuestros lectores conocen, murmuraron: «Él es.»

El caballero avanzó.

Precisamente para llegar al pabellon, debia pasar junto á los que esperaban.

Nada vió.

Con un cuidado sumo, subió la pequeña escalinata.

En la habitacion habia luz.

El caballero miró al interior.

Su semblante se contrajo.

Doña Luz, sentada, y á sus piés Daniel, en un pequeño taburete, departian con la mayor tranquilidad.

El antiguo paje estrechaba con delirio entre las suyas, una mano de la dama.

—Todo lo sabeis,—dijo aquella prosiguiendo su plática.—Tal es el estado de las cosas; el pueblo mira con indiferencia el estado mortal del rey, y se dispone, segun me han dicho hace un momento, á reclamar la vida del conde, como autor principal de todos sus males.

—Pero el del Carpio... ¡No saber nada de él!... ¡Esto es inexplicable, horrible!

—No tardaremos en saber cuanto ocurra.

—¡Oh!.. Me desespera esta situacion!

—¡Daniel!

—Os juro que solo vuestro amor pudiera contenerme.

—Lo sé.

—Yo hubiera corrido de nuevo á Saldaña; hubiera buscado á vuestro marido; le hubiera arrojado al rostro sus infamias, y...

—Callad, Daniel. Precisamente es lo contrario lo que de vos espero.

—¡Lo contrario!

—Sí.

—No os comprendo.

—Me explicaré.

—Sí, que ardientemente lo deseo.

—Pues escuchad. Con los acontecimientos que se preparan, D. Vela vendrá imprescindiblemente á la córte.

—¿Y bien?

—Os dije que el pueblo está dispuesto á consumir su ruina.

—Proseguid.

—En esta situacion, vos Daniel, tendreis que abandonar esta casa que tan dulces recuerdos nos deja.

—¡Oh!... sí; muy gratos.

—Pues bien; lo que yo deseo, lo que yo os ruego encarecidamente, en nombre de mi amor, es...

—Acabad.

—Que vuestra influencia, vuestro prestigio, esa popularidad de que tantas veces habeis hecho alarde, la empleeis...

—¿En contener el movimiento popular?

—Eso no es posible, ya lo sé.

—Entonces...

—En salvar la vida de D. Vela.

—¡Doña Luz!

—Sí, Daniel; sé el sacrificio que de vos exijo. Pero pensad...

—¡No prosigais, por Dios!

—Pensad en que ese hombre... me dió su posicion, su honra. Si él muriese, si vos pudiéndolo hacer no contuviérais la ira popular y su sangre corriese...

—¡Oh!

—Entonces, Daniel...

—Entonces...

—Nuestro amor seria un crimen.

Daniel meditó.

Despues de un esfuerzo violento, cruel,—teneis razon,—dijo,—procuraré salvar la vida de ese hombre.

—¡Ah!... ¡gracias, Daniel! ¡Bendito seais, vos tan amante, tan noble, tan generoso!

Daniel guardó silencio, levantándose en seguida y disponiéndose á salir.

—¡Tan pronto me dejais!

—Es necesario. Necesito saber lo que pasa por mí mismo.

—¿Volvereis, Daniel?

—Muy en breve.

—Recordad que sin vos estoy sin vida.

—Creed, Luz mia, que no viviré encontrándome lejos de vuestro lado.

El rumor de un beso, llegó distinto y claro hasta los oidos del caballero.

En el mismo momento se encontró suspendido por dos brazos robustos, imposibilitado de gritar é incapaz de hacer el más pequeño movimiento.



J Cebrian dib° y lit°

Lit Iberica Madrid.

¡ Miserables !

CAPÍTULO LXXVIII.

El que á hierro mata...

Á los pocos pasos, cuando ya la voz del conde D. Vela, que no era otro el caballero que espiaba el pabellon donde doña Luz se encontraba, no podia llegar hasta ella, vió que sus extraños raptores se detenian.

Dejáronle en el suelo, y se separaron de él un poco.

La pequeña linterna que uno de ellos llevaba oculta, despidió un rayo de luz.

Un grito ahogado, comprimido, desesperado, al cual contestó un clamoreo lejano, confuso, salió del pecho del conde, á la vez que sus pupilas, inyectadas en sangre, se fijaban en sus dos enemigos.

—¿Quiénes sois? ¿Qué quereis?—Preguntó, aproximándose más hácia aquellos hombres.

—Quiénes somos, ya lo veis,—respondió D. Santos, que era uno de los presentes.—Lo que queremos es vuestra vida.

—¡Mi vida!... y venís á pedírmela en el momento mismo en que mi honor reclama la más sangrienta de las venganzas. ¡Oh!... yo sé que sois mi enemigo; sé con qué placer derramariais mi sangre. ¡Con el mismo placer que yo veria correr la vuestra! Pero este no es el momento en que uno de los dos debemos perder la vida. No es esta la ocasion en que debemos lavar nuestros ultrajes.

—¡Que no es la ocasion!

—No.

—Os engañais.

—Mi honra...

—La teneis perdida.

—¡Perdida!

—Sí.

—¡Cobarde!...

—Silencio, D. Vela, y no hagais que mi cólera estalle antes de tiempo. Vuestra mujer os roba ese honor que con tanto afan invocais...

—¡Pero yo sabré!...

—Vos no podeis hacer nada.

—Su vida responderá de mi honra.

—Su vida está perfectamente guardada.

—¡Oh!... Lo vereis.

D. Vela quiso lanzarse de nuevo al pabellon.

Dos espadas le detuvieron, amenazando atravesar su pecho.

—Quieto, señor conde.

—¿Pero qué intentais?

—Que la deshonra se consume.

—¡Vive Dios!...

—Y se consumará.

—Pero esta es una traicion indigna, un lazo infame.

—Esta es la justicia de los hombres, conde D. Vela. Por la deshonra matásteis muchas conciencias, y por la deshonra acabareis hoy de perder la vuestra. Despues vendrá la justicia de Dios, que tiene ya marcado vuestro fin.

—¡Infierno! ¡Infierno!—gritó aquel hombre apretando los puños con una rabia indefinible.—Ven en mi ayuda; si es verdad que el cielo me abandona, tu poder será bastante á salvarme.

—¡Oh!... sí, mirad. Él os escucha. Ved al amante feliz desprendiéndose de los brazos de su amada. El murmullo de sus ardientes palabras llega hasta nosotros; un beso de amor, de amor inextinguible, sella sus labios. ¡Cuánto os desprecian! ¡Cómo os olvidan!

—¡Callad, callad, miserable!...

—Vedlos; ya se separan; dentro de poco, esos dos amantes serán dos desposados.

—Ella y él perderán la vida.

—La vuestra, querreis decir.

—Acabemos. ¿Qué quereis de mí?

—Ya os lo dije; vuestra sangre.

—¿Pensais matarme?

—Sí.

—¿Desde cuando dejásteis de ser caballero para convertir os en asesino?

—¡En asesino!... Y aunque lo fuera... ¿Creéis que para ello me faltaría razón? ¿Debo yo exponer mi vida ante el acero vuestro? Vos fuísteis mi verdugo... ¡Y os atreveis á llamarme vuestro asesino!... Descuidad, don Vela. Mi razón y mi derecho me aseguran que puedo mataros en combate leal, y así os mataré.

—Soy solo; estais dos contra mí; el duelo no puede verificarse.

—Estais engañado, el duelo se consumará aquí mismo, y este caballero dará fé de todo, si es necesario.

—No sé quién es.

—Vedme, D. Vela.

—¡El paje de doña Munia!

—El mismo, que os odia de una manera mortal, y que quisiera á costa de su vida ocupar el lugar de D. Vela.

—Ya lo veis; estoy entre implacables contrarios.

—Pero con la hidalguía de que vos careceis.

—Basta,—dijo por fin D. Santos avanzando espada en mano.—Mi venganza ha terminado; nada nos resta que decir á este hombre. Hablen ya los aceros, y pensad que vuestra purísima esposa necesita encontrarse viuda, para dar su mano al antiguo paje de Bernardo del Carpio.

—¡Ah!...—rujió el conde.—No prosigais. Vuestra sangre me es ahora necesaria más que nunca. Podreis matarme, solo estoy, pero vais á pagar muy cara vuestra traición.

Los aceros se cruzaron.

Aquellos dos hombres se arrojaron uno sobre otro como hambrientas fieras.

Al uno le movian un odio implacable, un recuerdo sangriento; la imágen de una mujer amada, víctima del privado.

Á este, le impelia el cuadro que se presentaba á sus ojos.

Á dos pasos de allí, se pisaba y escarnecía su poder, su nombre, su honor.

El combate debia terminar pronto, y terminó. Un gemido ahogado, doloroso, terrible, y el golpe de un cuerpo que cayó violentamente en tierra, fué el desenlace de aquella escena, hija del más inextinguible aborrecimiento.

El jardin quedó solo.

El silencio más completo reinó en él.

Dos hombres salvaron las tapias, y se internaron en las callejue-

las vecinas, cuajadas á la sazón de gente que se dirigia á la plaza Real.

El ejército que ganó para el rey el castillo de Saldaña, se acercaba á Oviedo.

Sus primeras avanzadas entraban ya por las puertas de la capital.

La noticia de que Bernardo del Carpio venia preso, se difundió con increíble rapidez.

Pocos instantes despues, el guerrero ocupaba uno de aquellos calabozos que nuestros lectores conocen.

El ejército formaba en la plaza del alcázar.

Como si en vez de intimidarse, recibiera el pueblo nuevo aliento en presencia de aquel aparato belicoso, se unió, y por un movimiento unánime, dictado sin duda por la exasperacion de que se hallaba poseido, lanzó un grito agudo, prolongado, penetrante, que heló la sangre á los habitantes del palacio.

—Justicia, justicia,—gritó el pueblo.

—Abajo los favoritos,—volvió á clamar con más brio.

—Para alcanzar todo eso,—añadió con voz robusta un hombre que seguido de algunos más procuraba atravesar la multitud,—es necesario que reclamemos la cabeza del favorito. Muera el conde D. Vela.

—Muera el conde D. Vela,—contestó la muchedumbre frenética, acercándose más al alcázar.

—El conde D. Vela,—dijo á media voz un caballero que procuraba ocultar el rostro en el embozo de su manto,—no puede morir á vuestras manos.

—¿Por qué? ¿Por qué?—le preguntaron.

—Porque ha muerto á las de otro.

—Eso no es posible.

—Registrad el jardín de su palacio, que allí sin duda alguna encontráis su cadáver. La justicia de los hombres se ha cumplido. Cúmplase ahora la voluntad de Dios.

Dicho está, trató de dirigirse al alcázar.

Una mano de acero le detuvo.

Una voz breve y varonil le preguntó:

¿Dijisteis que D. Vela ha muerto?

—Sí.

—¿Quién lo mató?

—Sus crímenes.

—¿Acaso vos?...

- ¿Con qué derecho me lo preguntais?
- Con el que asiste á su más mortal enemigo.
- ¿Quién sois?
- Miradme.
- ¡Daniel!
- ¿Me conocéis?
- Vos mismo podeis daros la respuesta.
- ¡D. Santos! ¡Ah!... Quizá vos...
- Sí; yo teñí mi espada en su impura sangre. Ahora... pues el cielo os envía, completaré con vos la obra comenzada.
- ¡Pensais!...
- Salvar á dos desgraciados á quienes amais mucho, Daniel.
- ¡Oh!... hablad; me asustan vuestras palabras.
- ¿Sabeis el paradero de Ildaura?
- No, no.
- ¿Sabeis la suerte de Bernardo?
- ¡Oh!... Decid, decid. ¿Dónde están?
- En los calabozos del alcázar.
- ¡Ira de Dios!
- Venid.
- Corramos, corramos á salvarles.

En aquel momento, el pueblo, alentado por la inalterable quietud de las tropas, que lejos de atacar, parecían excitar la sedicion, y por la reciente nueva de la muerte del privado, á quien ya no tenia que temer, lanzó al espacio el más imponente de sus clamores.

—¡Abajo los favoritos!—¡Fuera los impuestos! ¡Pan para el pueblo!—Fueron las palabras que más distintamente se escucharon.

Los balcones y puertas del palacio se conservaban perfectamente cerrados.

- ¡Pan, pan!
- ¡Abajo los favoritos!
- ¡Que nos oiga D. Ordoño!
- ¡Queremos ver al rey!

Como contestando á aquellos gritos tumultuosos y amenazadores, el balcon principal del alcázar se abrió, y los altos funcionarios apreciaron en él, sérios, graves, sombríos.

—¡El rey, el rey!—aulló el pueblo.

—¡El rey ha muerto!—repiteó por tres veces con voz fuerte y sonora uno de los cortesanos.

—¡El rey ha muerto!—repitió tambien la muchedumbre asombrada. La confusion entonces fué grande, inmensa.

Las habitaciones y escaleras del alcázar se inundaron de gente.

Los habitantes de Oviedo afluyeron en masa á la plaza Real.

Mientras que en palacio era todo luto y afliccion, mientras el pueblo se disponia á terciar de una manera fuerte y vigorosa en el nuevo rumbo que iban á tomar las cosas públicas, cuatro corceles partian al escape saliendo por la callejuela del palacio, que ya conocemos, y dirigiéndose al camino de la Rioja.

Fuera de la ciudad, se detuvieron.

—Estais en salvo,—dijo uno de ellos.

—¡Oh!... gracias, D. Santos; solo á vos debemos nuestra salvacion. Noble y generoso sois como ninguno; si alguna vez...

—No prosigais, infante; el tiempo vuela, y necesitais aprovecharlo. Por lo demás, creed que yo he debido llenar esta mision. Víctima vosotros de la injusticia, de la iniquidad, yo dejo satisfecho mi corazon con haberos servido de consuelo.

—Decid mejor, de providencia.

—Ahora... ¿dónde os dirigís?

—Lo ignoro. Es mi propósito alejarme tanto de esta patria ingrata, que no quede en ella ni aun la memoria de Bernardo del Carpio.

D. Santos volvió á Oviedo.

—Y tú, Daniel,—dijo el infante dirigiéndose á su antiguo paje.—¿Tú decides...?

—Seguiros hasta el fin del mundo.

—No quisiera consentir en semejante sacrificio; tú dejas en Oviedo...

—Sí; dejo en Oviedo un sueño de felicidad, compensado con una historia entera de desengaños, de horror, de sangre. Partamos, señor, que bien merece una poca tranquilidad el que tanto como yo ha sufrido.

Ildaura, Bernardo y Daniel se perdieron de allí á poco entre las quebraduras del monte.

Desde aquel momento, su existencia fué de todos ignorada. La historia misma desconoce lo que fué del hijo del conde de Saldaña.

CONCLUSION.

Depositados los restos de D. Ordoño en la iglesia de Santa María, enterramiento de los reyes en aquella época, se hizo cargo del gobierno del estado su hijo D. Alonso.

Al subir al trono, supo variar la administracion del reino de tal suerte, que desde luego mereció el renombre de Magno.

Su madre, doña Munia, vivió en el mayor retiro y aislamiento, dedicada á aconsejar al rey la buena administracion de sus pueblos, y á encomendar á Dios el alma de su esposo á quien tanto habia amado.

Doña Luz fué la última víctima de los trastornos de aquella época.

Los disgustos no interrumpidos que sufriera, y el postrer desengaño de Daniel, la condujeron á una situacion que no pudo resistir en manera alguna.

Si la existencia de D. Vela habia sido el martirio y la desesperacion del reino; su muerte fué ocasion de otras tantas desdichas.

Aquel hombre, aun despues de muerto, arrastraba en pos de sí algunas víctimas.

ÍNDICE.

Capítulos.	Páginas.
PRIMERO.	5
II. La corte de doña Munia.	11
III. El deseo del rey.	24
IV. La primera victoria.	30
V. Impaciencia.	34
VI. La defensa.	41
VII. Despues del asalto.	46
VIII. En que se demuestra que D. Vela era buen mercader de con- ciencias.	50
IX. Los emisarios.	55
X. La noche.	63
XI. Cuatro pinceladas á un cuadro sombrío.	71
XII. En que se reanuda el hilo de nuestra historia.	74
XIII. El regreso.	79
XIV. Resolucion tardía.	85
XV. La ejecucion.	88
XVI. Rumores.	91
XVII. La prisionera.	95
XVIII. Un conocido antiguo.	101
XIX. La loca.	105
XX. En la corte.	111
XXI. El nigromante.	115
XXII. Cuatro rasgos que harán muy al caso para el curso de nuestra historia.	122
XXIII. La prueba.	126

Capítulos.	Páginas.
XXIII. La primera verdad..	131
XXIV. En el que se vé que la situacion del rey empeora.	136
XXV. Un conocido antiguo..	139
XXVI. Los amantes..	143
XXVII. El asesino..	147
XXVIII. La misiva.	150
XXIX. El rey y la córte.	154
XXX. Sobre seguro.	157
XXXI. La consulta.	162
XXXII. Una de tantas resoluciones.	166
XXXIII. En que se sigue el curso de la historia.	170
XXXIV. La descubierta.	173
XXXV. En el alcázar.	175
XXXVI. La brecha.	177
XXXVII. La fortaleza y el campamento.	180
XXXVIII. La verdadera sombra del privado.	182
XXXIX. Un hombre tenaz.	184
XL. El misterio.	188
XLI. La promesa.	191
XLII. La aparicion.	196
XLIII. La solucion de un problema.	200
XLIV. La reaccion.	204
XLV. La reparacion.	208
XLVI. Dos recientes amigos.	211
XLVII. La promesa..	214
XLVIII. Los dos caudillos.	217
XLIX. El plan de ataque..	221
L. Preparativos.	224
LI. Los propósitos del privado..	228
LII. La realizacion de un sueño..	233
LIII. La última página.	236
LIV. El golpe de gracia..	239
LV. El reconocimiento.	242
LVI. La realizacion de un mal pensamiento.	245
LVII. Los hombres de corazon.	252
LVIII. La demostracion.	255
LIX. Buenas nuevas.	259
LX. Un contraste.	262
LXI. Preámbulos.	266
LXII. Primeras disposiciones.	269
LXIII. Antes de partir.	272

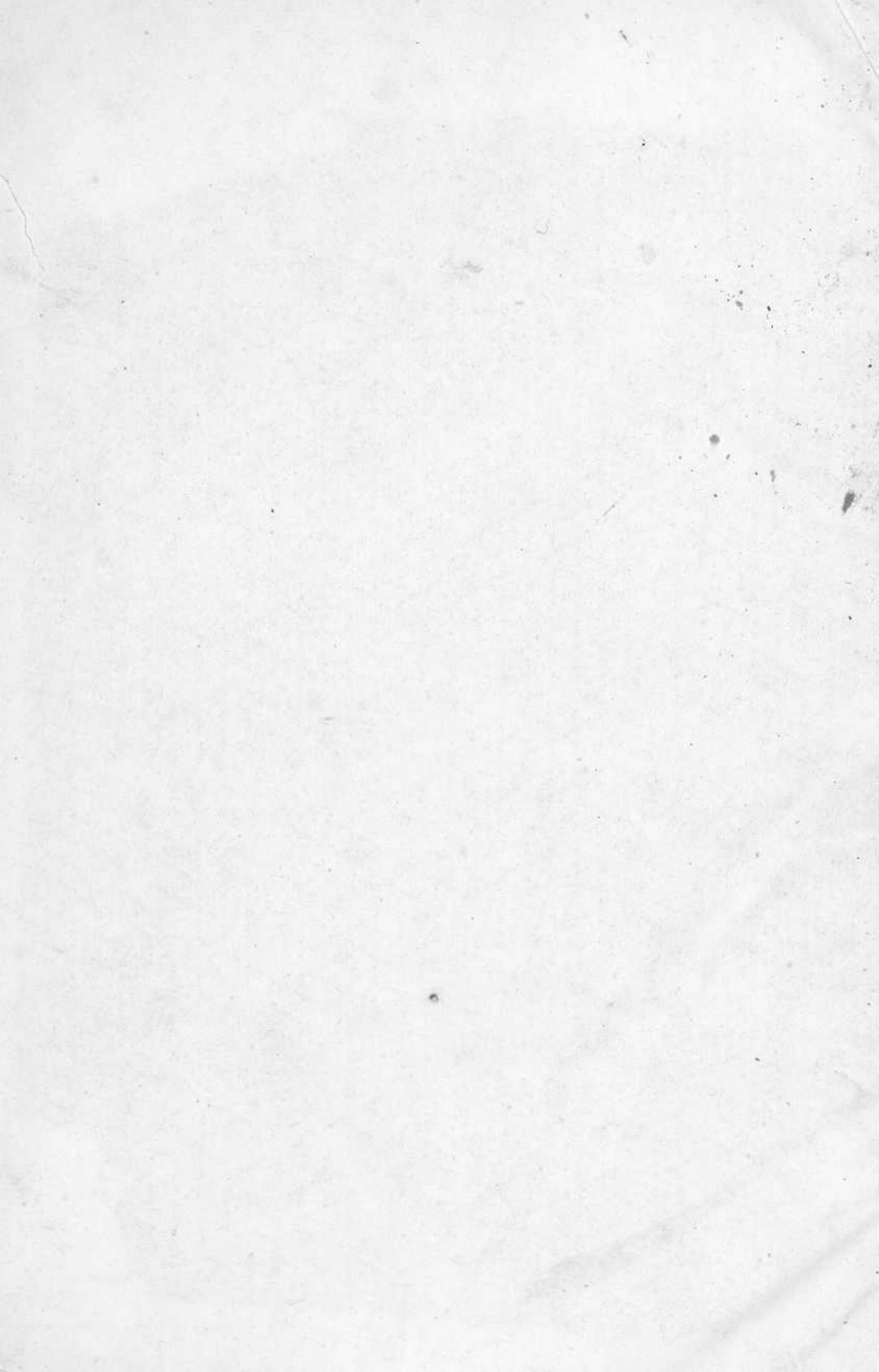
ÍNDICE.

Capítulos.	Páginas.
LXIV. . . Conatos de resistencia.	275
LXV. . . Se restablece la calma.	281
LXVI. . . La última esperanza.	286
LXVII.. . Un deseo irrealizable..	293
LXVIII. . Proyectos.	296
LXIX. . . El convencimiento del rey.	300
LXX. . . El rey y su córte.	305
LXXI. . . Un deseo irrealizable..	308
LXXII.. . La visita.	312
LXXIII. . Una medida previsora.	317
LXXIV. . Nuevos huéspedes..	322
LXXV.. . Tentativas.	325
LXXVI. . La salvacion en la fuga.	329
LXXVII. . El rey y el pueblo..	332
LXXVIII.. El que á hierro mata.	339
CONCLUSION..	345

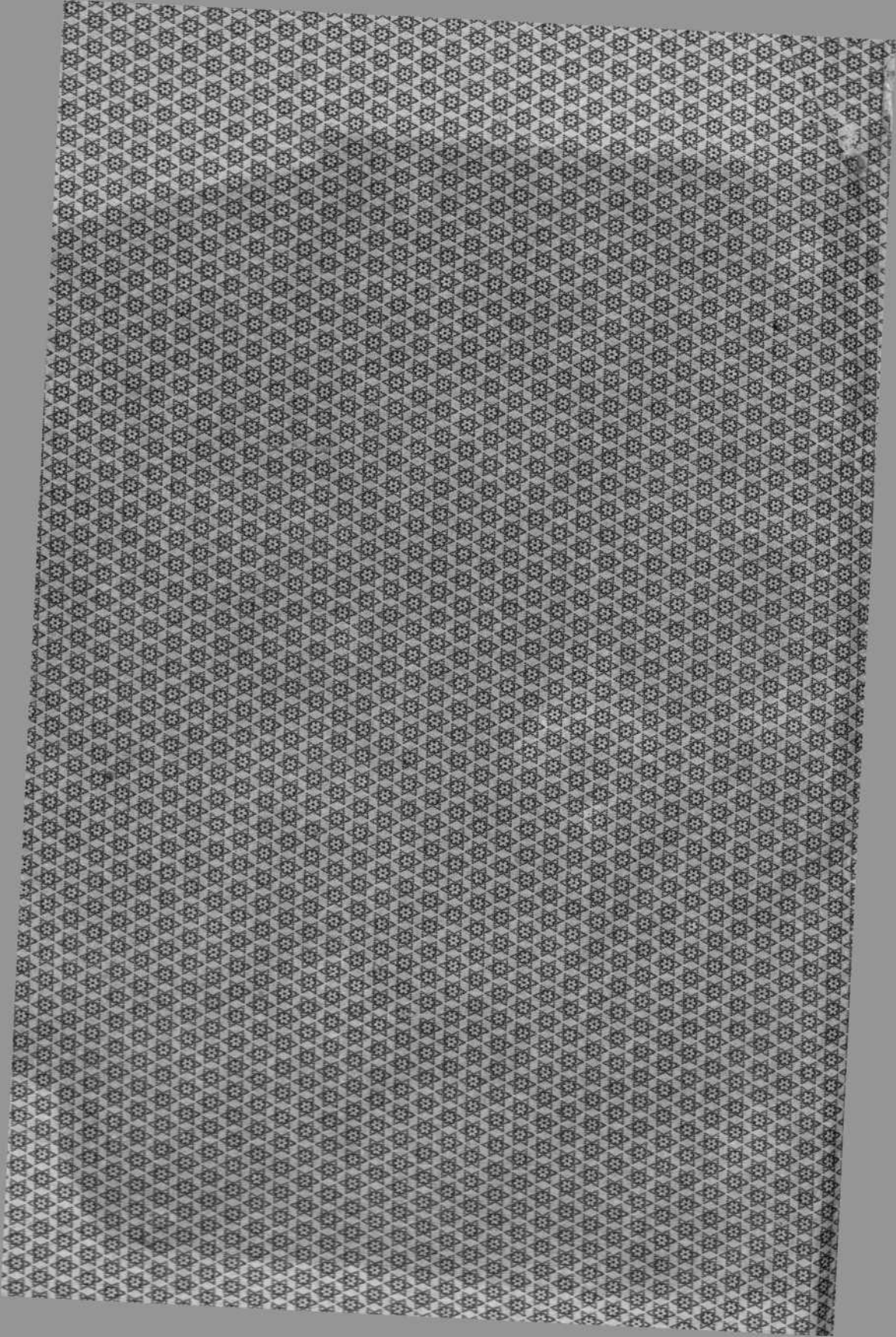
GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

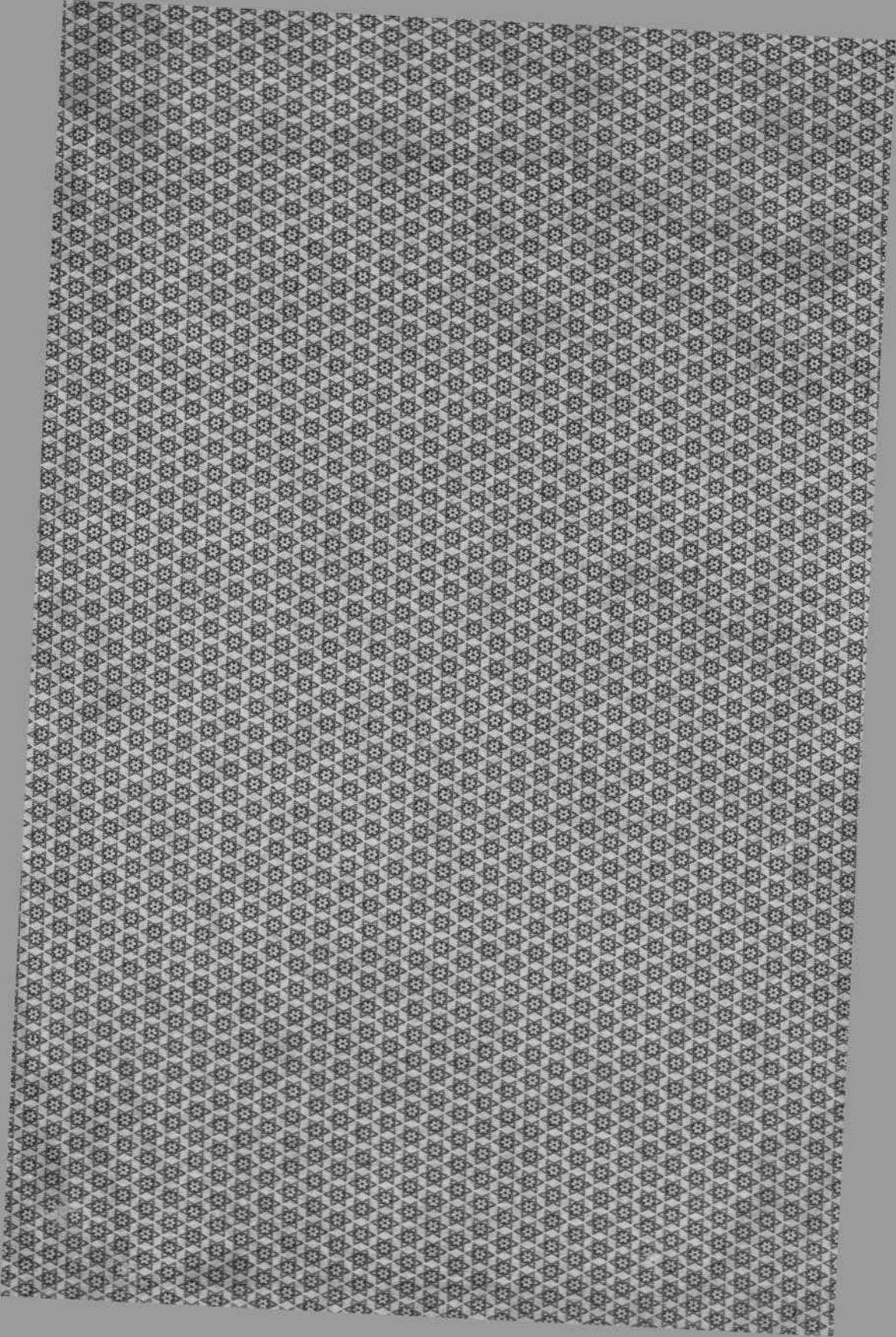
- 7.^a *Esto me mandó repetir en presencia del reino entero el infante Bernardo del Carpio.* Página 28.
- 8.^a *Doña Munia.* Pág. 72.
- 9.^a *Quiero estar sola ¿lo ois? quiero estar sola.* Pág. 108.
- 10.^a *Mirad, señor, lo escrito ha de cumplirse.* Pág. 118.
- 11.^a *Desarmado y solo, puedo haceros comprender...* Pág. 249
- 12.^a *¡Miserables!* Pág. 356.













DAVID.